William Somerset Maugham

Hoy como ayer

Traducción de Dolores Payás



Navona

Table of Contents

Nota del autor
Epílogo

William Somerset Maugham

Hoy como ayer

Traducción de **Dolores Payás**

Navona

Primera edición Junio de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Laia Farrés
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Digital Books
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Imagen de la cubierta Grafissimo en iStock
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19552-33-4

Título original *Then and Now*
© The Royal Literary Fund
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023
© de la traducción: Dolores Payás, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

Nota del autor

Epílogo

Nota del autor

Nadie podría escribir un libro de estas características basándose tan solo en su propia imaginación, y yo me he dedicado a recabar información en tantos lugares como me ha sido posible. Como es natural, la principal fuente con la que he contado ha sido la propia obra de Maquiavelo. También me ha sido muy útil la biografía de Tommasini, y he hecho buen uso del riguroso *César Borgia*, escrito por Woodward. Tengo contraída una gran deuda de gratitud con el conde Carlo Boeuf. No solo por su expresivo y bien documentado trabajo sobre César, sino por haberme prestado libros que de otro modo jamás hubieran llegado a mis manos. Por último, debo también agradecer la paciencia y la amabilidad de las que hizo gala al responder a mis múltiples interrogatorios.

1

Plus ça change, plus c'est la même chose.

2

Biagio Buonacorssi había tenido un día de mucho trajín. Estaba cansado, pero, siendo un hombre de costumbres metódicas, antes de irse a la cama escribió una entrada en su diario. Tan solo una nota breve: «La ciudad de Florencia ha enviado un hombre a Imola para ver al duque». No mencionó el nombre de dicho hombre; quizá lo considerara un dato irrelevante. Se trataba de Maquiavelo. Y el duque era César Borgia.

Había sido un día atareado, y también largo, pues Biagio había partido de su casa al amanecer. Lo acompañaba su sobrino, Piero Giacomini. Maquiavelo había aceptado llevárselo de viaje con él y ahora el chico cabalgaba a su lado, montado en un poni menudo y robusto. Se daba la circunstancia de que ese mismo día, 6 de octubre de 1520, el muchacho cumplía dieciocho años, y, por lo tanto, era una fecha muy adecuada para que saliera a ver mundo por primera vez. Piero era alto para su edad, tenía muy buena presencia y un aspecto agradable. Su madre, viuda, había dejado su formación en manos de Biagio, y, bajo la tutela de su tío, el muchacho había recibido una esmerada instrucción; era capaz de escribir con soltura y buena letra, y sabía componer frases floridas, no solo en italiano, sino también en latín. Por consejo de Maquiavelo, que sentía pasión y admiración por los antiguos romanos, había adquirido conocimientos más que razonables de su historia. Maquiavelo abrigaba la convicción de que el hombre alimenta siempre las mismas pasiones y siempre es igual a sí mismo, de tal modo que, si las circunstancias de la historia se repiten, se replicará también su secuencia, y una misma causa dará como resultado un efecto similar. De todo ello se deducía que, si el hombre contemporáneo se dedicaba a estudiar y comprender el modo en que los romanos se habían enfrentado a una situación concreta, podría entonces abordar una situación parecida actuando con prudencia y eficacia.

Tanto Biagio como su hermana deseaban que Piero entrara al servicio del Gobierno. La misión que Maquiavelo iba a llevar a cabo en Imola sería una buena ocasión para que el chico comenzara a familiarizarse con los asuntos de Estado. El propio Biagio trabajaba también para la República; ostentaba un modesto cargo bajo las órdenes de su amigo Maquiavelo, y tenía claro que el muchacho no hallaría mejor mentor que este. Aquel viaje del chico se había decidido de improviso; de hecho, el propio Maquiavelo había recibido su salvoconducto y las cartas credenciales para el duque tan solo un día antes.

Maquiavelo era un hombre de disposición afable, buen amigo de sus amigos, y, cuando Biagio le pidió que se llevara a Piero, aceptó de inmediato. Sin embargo, la madre del muchacho estaba desasosegada; era consciente de que no se debía desaprovechar semejante oportunidad, pero no podía evitar sentirse inquieta. Nunca antes se había separado de su hijo, lo consideraba demasiado tierno y joven como para salir al encuentro de un mundo hostil. Además, Piero era un buen chico, temía que Maquiavelo se lo corrompiera; nadie ignoraba que era bastante calavera, un compañero algo más que festivo. Y, para colmo, no se avergonzaba en absoluto al respecto, frecuentaba posadas y tabernas, y allí narraba historietas poco edificantes en las que ventilaba sus aventuras con burguesas y sirvientas por igual. Eran cuentos susceptibles de arrebolar las mejillas de cualquier mujer virtuosa, y, lo peor de todo, él sabía exponerlos con tanta gracia y humor que, por más ofendido que uno se sintiera al escucharlos, resultaba muy difícil conservar el semblante grave.

Biagio trató de razonar con su hermana.

—Querida Francesca, ahora que Niccolò se ha casado abandonará sus hábitos libertinos. Marietta, su esposa, es una buena mujer y lo quiere. No irás a creer que va a ser tan tonto como

para andar gastando dinero fuera de casa cuando dentro de ella puede obtener lo mismo, y encima gratis.

—Un hombre al que le gustan tanto las mujeres como a Niccolò jamás se contentará con tener solo una —respondió ella—, y mucho menos si esa una es su esposa.

Biagio pensó que algo de verdad había en ello, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Se encogió de hombros.

—Piero tiene dieciocho años. Si aún no ha perdido la inocencia, va siendo hora de que lo haga. Sobrino, ¿aún eres virgen?

—Sí —contestó Piero, con una sinceridad tan evidente que hubiera sido un pecado imperdonable poner en duda su afirmación.

—Lo sé todo sobre mi hijo. Jamás hará nada que yo pueda reprobar.

—Con más razón —dijo Biagio—. En ese caso, no hay motivo para que vaciles en dejarlo a cargo de un hombre que puede serle muy útil en su futura carrera. Si tiene dos dedos de frente, sabrá sacar provecho de unas enseñanzas que le serán útiles toda la vida.

Doña Francesca lanzó una mirada áspera a su hermano.

—A ti este hombre te tiene encandilado. Eres arcilla en sus manos. Y ya ves qué trato recibes a cambio. Te usa, se ríe de ti. ¿Por qué ha de ser él tu superior jerárquico en la Cancillería? Y tú, ¿por qué te conformas con ser su subordinado?

Biagio tenía treinta y tres años, más o menos la misma edad que Maquiavelo, pero había entrado al servicio del Gobierno antes que él porque había contraído matrimonio con la hija de Marsilio Ficino, un celebrado académico protegido de los Médici, la noble familia que por aquel entonces gobernaba la ciudad. Eran tiempos en que las influencias y los buenos contactos pesaban más que la valía personal a la hora de adjudicar un puesto de trabajo. Biagio era un hombre de estatura discreta y cuerpo algo entrado en carnes, con un rostro esférico subido de color y una expresión siempre amable que revelaba su buen talante natural. Honesto, trabajador incansable e incapaz de sentir celos, conocía sus propias limitaciones y se daba por satisfecho con mantener una posición modesta. Le agradaban tanto la buena vida como la buena compañía y, dado que no alimentaba aspiraciones irrealizables, de él se podía decir que era un alma feliz. No era un genio, pero tampoco un estúpido. De haberlo sido, Maquiavelo no hubiera tolerado su compañía.

—En estos momentos —le dijo a su hermana—, Niccolò es la mente más brillante con que cuenta la Señoría. Ningún otro funcionario del Gobierno le llega a la suela de los zapatos.

—Bobadas —le espetó doña Francesca con sequedad.

(La Señoría era el cuerpo que gobernaba la ciudad de Florencia; también ostentaba el poder ejecutivo del Estado desde la expulsión de los Médici, ocho años antes).

—Su profundo conocimiento de la naturaleza humana y de los asuntos de Estado haría palidecer de envidia a hombres que le doblan la edad. Toma nota de lo que te voy a decir, hermana: Niccolò llegará muy lejos. Y créeme también si te digo que no es de los que abandonan a sus amigos.

—Pues yo no me fiaría de él ni un pelo. Cuando ya no le seas útil, te dejará tirado como si fueras una zapatilla vieja.

Biagio se echó a reír.

—¿A qué viene tanta inquina? ¿Será porque nunca te ha requebrado, hermana? Aunque ya tengas un hijo de dieciocho años, la verdad es que los hombres te siguen encontrando atractiva.

—Niccolò sabe que de nada le servirían sus trucos con una mujer decente. Conozco bien sus hábitos. Es una vergüenza que la Señoría tolere a todas esas prostitutas que se exhiben y pavonean por la ciudad escandalizando a las personas respetables. A ti te cae bien porque te hace reír y te cuenta historias picantes. No eres mejor que él.

—Se te olvida que no hay quien le gane cuando se trata de contar historias picantes.

—Ah, vaya. ¿Y es esa suficiente razón para que lo consideres un hombre maravilloso y una inteligencia sin par?

Biagio volvió a reírse.

—Claro que no, o no solo por eso. La misión que llevó a cabo en la corte francesa concluyó con un éxito incuestionable y los informes que enviaba eran obras maestras. Incluso los miembros de la Señoría que no sienten ninguna simpatía por él se vieron obligados a admitirlo.

Doña Francesca se encogió de hombros. Estaba contrariada.

Piero era un muchacho prudente; calló y mantuvo una actitud serena. El trabajo en la cancillería que su tío y su madre le tenían destinado no lo entusiasmaba mucho ni poco, pero el viaje que estaba por emprender sí le hacía ilusión. Tal y como él había previsto, la sabiduría mundana de su tío pudo más que los ansiosos escrúpulos de su madre. Así que, a la mañana siguiente, Biagio fue a buscarlo a su casa y ambos recorrieron la corta distancia que los separaba de la casa de Maquiavelo. Su tío a pie, y él a lomos del poni.

3

Los caballos estaban ya en la puerta, uno para Maquiavelo y dos para los sirvientes que iban a viajar con él. Piero dejó el poni a su cuidado y siguió a su tío hasta el interior de la casa. Maquiavelo aguardaba con impaciencia. Los saludó con brusquedad.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo.

Marietta tenía los ojos llenos de lágrimas. No era una joven muy bella, pero Maquiavelo no la había elegido por su belleza. Se había casado aquel mismo año porque el matrimonio era lo que correspondía a un hombre de su condición social. Marietta pertenecía a una familia conocida, y la cuantía de la dote que le había aportado cumplía sobradamente con cualquier expectativa razonable para alguien de su importancia y posición.

—No llores, querida mía —le dijo—. No estaré fuera mucho tiempo.

—Pero es que no deberías irte —alegó ella, sollozando, y luego se volvió hacia Biagio—. No está en condiciones de viajar tan lejos. No se encuentra bien.

—¿Qué te pasa, Niccolò? —preguntó Biagio.

—Lo de siempre. Me molesta el estómago. La cosa no tiene remedio.

Tomó a Marietta en sus brazos.

—Adiós, dulzura mía.

—¿Me escribirás a menudo?

—Sí, muy a menudo —le contestó, sonriente.

Cuando Maquiavelo sonreía, desaparecía por completo su habitual expresión sardónica y entonces afloraba un encanto cautivador. Se comprendía que Marietta lo amara. La besó y le acarició la mejilla.

—No pierdas cuidado, cariño. Biagio se encargará de ti en mi ausencia.

Al entrar en la estancia, Piero se había quedado esperando cerca de la puerta. Nadie le prestaba la menor atención, y pudo estudiar al que de allí en adelante iba a ser su amo. Aun cuando su tío Biagio fuera el amigo más querido y cercano de Maquiavelo, lo cierto es que él lo había visto muy pocas veces y, en esas raras ocasiones, apenas si habían cruzado algunas palabras.

Maquiavelo era de mediana estatura, pero su extrema delgadez lo hacía parecer más alto de lo que en realidad era. Tenía la cabeza menuda y la piel cetrina. El pelo, de color azabache, estaba bien recortado y le cubría el cuero cabelludo como un casquete de terciopelo. Sus ojos, pequeños y negros, se movían con viveza. La nariz era larga y los labios, finos. Cuando no estaba hablando, los mantenía tan apretados que su boca no pasaba de ser una línea sarcástica. En estado de reposo, la expresión de su rostro era recelosa, pensativa, severa y fría. Si algo quedaba claro es que, con un hombre así, uno no debía andarse con bromas.

Quizá Maquiavelo sintiera la mirada inquieta de Piero, pues de pronto se volvió hacia él y le lanzó una ojeada veloz e interrogativa.

—¿Y este joven es Piero? —le preguntó a Biagio.

—Su madre espera que cuidéis de él y, sobre todo, que no le permitáis demasiadas diabluras.

Maquiavelo le dedicó una sonrisa afilada.

—Sin duda, aprenderá mucho siendo testigo de mis errores y sus desafortunadas consecuencias. Con un poco de suerte, descubrirá que la virtud y la laboriosidad son los únicos caminos seguros, tanto para alcanzar el éxito en este mundo como la felicidad en el que viene.

Se pusieron en marcha. Pasaron por las calles empedradas con los caballos andando al paso. Tras cruzar las puertas de la ciudad, llegaron al camino real y, a partir de allí, cabalgaron a trote

ligero. Les esperaba un largo camino por delante y la prudencia demandaba no agotar a los caballos antes de tiempo. Maquiavelo y Piero iban juntos, un poco por delante de los dos sirvientes. Los cuatro hombres llevaban armas; aunque Florencia estaba en paz con sus vecinos, se vivían días de inestabilidad y los caminos no eran seguros. El salvoconducto que llevaban les sería de poca o ninguna ayuda si se topaban con algún grupo de soldados merodeando en busca de botín.

Maquiavelo no decía nada y Piero creyó sensato esperar a que le dirigieran la palabra antes de abrir él la boca. No es que fuera de natural tímido, pero se sentía de alguna manera amedrentado por aquel rostro afilado y serio, y su ceño ligeramente fruncido. Pese al frescor otoñal, era una hermosa mañana, y el muchacho cabalgaba con el espíritu ligero y el ánimo alegre. La aventura que se presentaba ante él le parecía maravillosa. Estaba excitado, le costaba mucho contener su efervescencia juvenil y callar cuando hubiera querido hacer cientos de preguntas. Pero siguieron cabalgando y cabalgando. El sol pronto llegó a su cenit y el calorcillo que desprendía resultaba muy placentero. Maquiavelo seguía sin pronunciar una palabra. De vez en cuando, levantaba una mano y con aquel gesto indicaba el paso que debían seguir los caballos.

4

Maquiavelo viajaba inmerso en sus propias elucubraciones. Aquella misión se le había encargado muy en contra de su voluntad; de hecho, había tratado por todos los medios de que mandaran a otro hombre en su lugar. Para empezar, estaba muy lejos de sentirse bien, e incluso ahora, mientras cabalgaba, le seguía molestando el estómago. Y luego, hacía poco que se había casado y hubiera preferido no darle a su mujer el disgusto de dejarla sola tan pronto. Le había prometido que su ausencia sería corta, pero en el fondo sabía que los días se convertirían fácilmente en semanas y las semanas fácilmente en meses; transcurriría mucho tiempo antes de que se le diera permiso para retornar. Si algo había aprendido de su anterior misión en Francia, era que las negociaciones diplomáticas podían prolongarse hasta extremos insospechados.

En cualquier caso, eran problemas menores comparados con los que le tocaría afrontar. Italia estaba en condiciones desesperadas. Luis XII, rey de Francia, ejercía un poder hegemónico sobre la península. Aun cuando los españoles, en posesión de Sicilia y Calabria, lo hostigaban sin cesar, seguía conservando gran parte del Reino de Nápoles. Se había hecho fuerte en Milán y sus territorios, y estaba en buenos términos con Venecia. Las ciudades-Estado de Florencia, Siena y Bolonia le pagaban tributo a cambio de protección. Y, por último, había establecido alianza con el papado. El santo padre le había garantizado dispensa especial para que repudiara a su mujer, estéril y demasiado escrupulosa, y contrajera nuevo enlace con Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII. En justa recompensa, Luis había creado el ducado de Valentinois para César Borgia, hijo del pontífice, y le había dado en matrimonio a Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. También había prometido prestar tropas al papado para que este pudiera recuperar las tierras, feudos y dominios que la Iglesia había perdido.

A César Borgia, más conocido como el Valentino a raíz de su ducado, aún le faltaban unos cuantos años para cumplir los treinta, pero toda Italia se hacía eco de sus proezas. Los mejores capitanes mercenarios de la península estaban bajo sus órdenes; entre ellos, Paolo Orsini, cabeza de la gran familia romana; Juan Pablo Baglioni, señor de Perugia, y Vitellozzo Vitelli, señor de la Città di Castello. César Borgia había demostrado ser un líder tan audaz como astuto, y, en pocos años, había conseguido investirse como príncipe de un considerable Estado haciendo uso de una hábil combinación de fuerza bruta, estrategias marrulleras y simple terror.

Su relación con Florencia era compleja. Tiempo atrás, aprovechando una coyuntura favorable, había chantajeado a la ciudad obligándola a contratar sus servicios por un periodo de tres años, durante los cuales sus capitanes mercenarios deberían defenderla a cambio de una suma astronómica. Pero pasó un cierto tiempo y Florencia prefirió cambiar de proveedor. Ignorando su contrato con él, se aseguró la protección del rey Luis de Francia mediante el desembolso de otra fuerte suma de dinero al contado. La decisión de la República desató la furia del duque, y ahora se estaba tomando la revancha.

En el mes de junio del mismo año en que transcurre esta historia, Arezzo, Estado vasallo de Florencia, había proclamado su independencia declarándose en rebeldía. Vitellozzo Vitelli, el más capaz de los capitanes del Valentino y un enconado enemigo de Florencia desde que la ciudad hiciera ejecutar a su hermano Paolo y a Baglioni, señor de Perugia, acudió en ayuda de los rebeldes. Sus hombres vencieron a las fuerzas de la República; tan solo la fortaleza de Arezzo consiguió resistir el embate. La Señoría, presa del pánico, mandó a Piero Soderini a Milán. Luis de Francia se había comprometido a proporcionarle cuatrocientos lanceros, y Soderini, ciudadano de mucho peso y confaloniero con cargo de gobernante titular de la República, tenía el

encargo de presionarlo para que acelerara el envío de la expedición.

Las tropas de la República se hallaban acampadas cerca de Pisa, ciudad que Florencia había aspirado a conquistar durante largo tiempo. La Señoría les ordenó iniciar su avance en dirección a Arezzo, pero la orden había llegado demasiado tarde, pues, antes de que alcanzaran su destino, la fortaleza ya había caído en manos de los rebeldes. El Valentino se hallaba entonces en Urbino, ciudad que acababa de conquistar, y, a la vista de la nueva situación, escribió a la Señoría exigiéndole que despachara un embajador para parlamentar con él. Envió al obispo de Volterra, hermano de Piero Soderini, y Maquiavelo lo acompañó en calidad de secretario. Pero, a todo esto, Luis de Francia cumplió el compromiso contraído con Florencia y envió la fuerza acordada. César Borgia, enfrentado a semejante amenaza, ordenó la retirada a sus capitanes. La crisis había quedado desactivada, aunque no por mucho tiempo.

Los capitanes que actuaban bajo las órdenes del Valentino también eran nobles y gobernaban sus propios Estados. Temían que Borgia los aplastara sin piedad una vez se hubiera servido de ellos para llevar a cabo sus propósitos. No era una idea peregrina; ya lo había hecho con los señores de otros Estados. Así las cosas, se enteraron de que César Borgia había firmado un pacto secreto con Luis XII, en virtud del cual el rey francés le proporcionaría un contingente armado que le serviría, primero, para capturar Bolonia y, después, para ampliar sus propios dominios, destruyendo a cualquiera que supusiera un obstáculo para sus ambiciones. Tras algunas discusiones preliminares, los capitanes organizaron un encuentro para discutir la mejor manera de enfrentarse a la situación. El lugar elegido para la reunión fue Magione, cerca de Perugia. Vitellozzo estaba enfermo y tuvo que acudir transportado en litera. Paolo Orsini se hizo acompañar por su hermano, el cardenal Orsini, y por su sobrino, el duque de Gravina. Otros de los asistentes fueron Ermes Bentivoglio, hijo del señor de Bolonia, dos miembros de la familia Baglioni de Perugia, el joven Oliverotto da Fermo y Antonio da Venafro, que era la mano derecha de Pandolfo Petrucci, señor de Siena. Todos estuvieron de acuerdo en que la amenaza que pendía sobre ellos era grave; se imponía pasar a la acción si querían preservar sus posesiones y Estados. No obstante, el Valentino era un hombre peligroso y, por tanto, debían actuar con mucha prudencia. Acordaron que aún no había llegado el momento de romper con él de manera abierta; se organizarían en secreto y atacarían solo cuando estuvieran preparados para ello. La artillería de Vitellozzo era muy poderosa y disponían de un buen número de soldados mercenarios, tanto de caballería como de infantería. Aun así, decidieron cubrirse mejor las espaldas y enviar emisarios para que contrataran a varios miles de hombres más, algo que no entrañaba grandes dificultades; por aquel entonces, había enjambres de soldados ociosos deambulando por toda Italia. En simultáneo, despacharon agentes a Florencia. La desmesurada ambición de Borgia era una amenaza tan grave para la República como lo era para sus propios Estados y esperaban conseguir ayuda militar de la Señoría.

César Borgia no tardó mucho en tener noticias de la conspiración. Su siguiente movimiento fue emplazar a la Señoría exigiendo las tropas que, según él, Florencia se había comprometido a prestarle en caso de necesidad. También solicitó el envío de un embajador con plenos poderes, y esta era la razón por la que Maquiavelo se hallaba ahora de camino hacia Imola. Había emprendido el viaje con no pocas dudas y reservas. La Señoría lo había enviado a él, y no a otro, precisamente porque su cargo no tenía relevancia ni autoridad oficial, y, en consecuencia, le sería imposible concretar ningún acuerdo. Lo único que le permitían sus atribuciones era mandar informes a Florencia y luego esperar órdenes de su Gobierno respecto a cómo actuar en las distintas etapas de la negociación. Puede que el Valentino fuera un mero bastardo, hijo ilegítimo del papa, pero en los documentos oficiales firmaba como duque de Romaña, Valencia y Urbino, príncipe de Andria, señor de Piombino, confaloniero y capitán general de la Iglesia. Que la República le enviara un emisario de tan escasa categoría resultaba ofensivo, y Maquiavelo lo sabía bien. Sus instrucciones inmediatas eran comunicarle que la Señoría había rechazado la petición de ayuda de los capitanes rebeldes. Ahora bien, si Borgia quería dinero o insistía en exigir tropas de Florencia, él debía limitarse a informarles y luego aguardar respuesta. En suma,

su misión consistiría en intentar ganar tiempo, pues esta era la política usual adoptada por la República. Los caballeros de la Señoría siempre encontraban excelentes razones para no hacer nada, y, en caso de verse acorralados, se limitaban a abrir las arcas y salir del paso pagando la menor suma de dinero posible. A Maquiavelo le correspondería frenar la impaciencia de alguien poco acostumbrado a las dilaciones, eludir cualquier promesa que contuviera alguna sustancia y engatusar a un hombre desconfiado con falsas palabras. En suma, medir sus mañas contra las de César Borgia, contrarrestar engaño con engaño y descubrir los secretos de quien era famoso por su habilidad a la hora de simular.

Maquiavelo había visto al Valentino una sola vez, en Urbino, y el encuentro había sido muy fugaz, pero la impresión que le causó fue profunda. También fue en Urbino donde se enteró de las artes que César empleó para apoderarse de todas las propiedades de su amigo Guidobaldo de Montefeltro. Aquel noble había sido tan cándido como para confiar en su amistad, error garrafal que lo condujo a la ruina; lo perdió absolutamente todo y se podía dar por satisfecho con haber salido con vida del asunto, pues la salvó por los pelos. Sin duda alguna, el Valentino se había comportado de modo escandaloso, haciendo gala de una perfidia y una malicia sin igual, pero Maquiavelo no podía evitar sentir admiración por él; su estrategia había sido planificada con habilidad y luego ejecutada con vigor y determinación. César tenía múltiples facetas. No solo era temerario, falto de escrúpulos, implacable e inteligente, sino también un general brillante, un organizador eficaz y un político astuto.

Los ojos de Maquiavelo brillaron y en sus labios finos se perfiló una sonrisa sarcástica; la perspectiva de cruzar ingenio y armas con semejante antagonista le resultaba excitante. Empezaba a sentirse mucho mejor. Olvidó las náuseas que le rondaban el estómago, e incluso empezó a fantasear con tomar un tentempié en Scarperia, lugar que se hallaba a medio camino entre Florencia e Imola y donde tenía previsto hacer el relevo de las cabalgaduras. Estaban viajando tan rápido como les era posible porque Maquiavelo deseaba llegar a Imola ese mismo día. Pero también debían ser razonables: los caballos cargaban con un equipaje considerable, además de con los jinetes, y no se les podía exigir que llegaran tan lejos sin descansar so pena de hacerlos sufrir demasiado. En consecuencia, decidió que a partir de Scarperia él y Piero se adelantarían e irían juntos con los nuevos caballos alquilados, mientras que los sirvientes seguirían un día más tarde llevando su propio caballo y el poni de Piero.

Se detuvieron en la casa de postas. Maquiavelo desmontó de su cabalgadura; estaba entumecido y se alegró de poder estirar las piernas. En la posada, preguntó qué podían comer sin verse obligados a esperar demasiado, y no le disgustó saber que la oferta incluía macarrones, un estofado de aves menudas, salchichón de Bolonia y costillas de cerdo. Tenía buen diente y devoró todo lo que le pusieron delante. Bebió el vino de la región, un tinto potente, y aún lo hizo sentir mejor. Piero comió tan copiosamente como su amo, y, cuando ambos se instalaron en las sillas de montar para ponerse de nuevo en camino, el joven se sentía feliz y satisfecho; tan feliz que comenzó a tararear una canción popular que corría por las calles de Florencia. Lo hizo en voz baja, pero Maquiavelo aguzó el oído.

—Caramba, Piero, tu tío nunca me dijo que tuvieras tan buena voz.

Piero se sintió complacido y entonó una escala ascendente.

—Un estupendo tenor —dijo Maquiavelo, dedicándole una sonrisa cálida y amistosa.

Puso su caballo al paso y Piero, asumiendo que el gesto era una invitación, comenzó a cantar una melodía muy conocida, pero sustituyendo la letra original por un texto escrito por el propio Maquiavelo. A este le agradó el cambio, aun cuando no se le escapaba que el halago estaba calculado para ganarse su buena voluntad. La maña resultaba inteligente y no la desaprobaba en absoluto.

—¿Dónde aprendiste la letra de esta canción?

—El tío Biagio me pasó las palabras por escrito y yo vi que se ajustaban a la melodía.

Maquiavelo no respondió y puso de nuevo su caballo al trote. Se le ocurrió que valía la pena indagar más sobre este muchacho que había tomado a su cargo. Básicamente, para complacer a

su amigo Biagio, por supuesto, pero también porque tenía la intención de hacer buen uso de él. Dedicó el resto del viaje a la labor. La región por la que avanzaban era montañosa, y ello los obligaba a poner los caballos al paso muy a menudo, cosa que facilitaba la conversación. Maquiavelo podía ser muy entretenido, y, cuando se ponía a ello, no había quien le ganara en afabilidad, gracia y sutileza. Por su parte, Piero era joven y poco experimentado, y ni siquiera se dio cuenta de que aquellas preguntas desenfadadas y amistosas tenían como única finalidad dejarlo expuesto, tan desnudo como cuando vino al mundo. No era tímido ni cohibido, tenía el aplomo de la juventud, y contestó de modo franco e ingenuo. De hecho, hablar de sí mismo le pareció una manera muy agradable de pasar unas horas que empezaban a hacérsele pesadas. Había tenido como mentor y director de estudios a Marsilio Ficino, suegro de Biagio y un famoso académico fallecido tan solo tres años antes. Siguiendo sus consejos, había adquirido conocimientos sólidos de latín y, muy a su pesar, también algunas nociones rudimentarias de griego.

—Yo nunca estudié griego —le dijo Maquiavelo—, y considero esta carencia como una de las grandes desgracias de mi vida. Tú, en cambio, has podido leer a los autores griegos en versión original. Es algo que te envidio.

—Pues no veo yo qué beneficio pueden reportarme.

—Muchos. De ellos aprenderás que todos los hombres aspiran a recibir el don de la felicidad y que para alcanzarla basta con tener buena cuna, buenos amigos, buena suerte, buena salud, riqueza, belleza, fuerza, fama, honor y virtud.

Piero se echó a reír a carcajadas.

—También aprenderás que la vida es una aventura incierta y llena de tribulaciones. Y de todo ello quizá acabes por concluir que lo más razonable es aprovechar todos y cada uno de los momentos de placer que se te ofrezcan, muy en especial ahora que aún eres joven y estás en edad de disfrutarlos.

—Para saber esto no me hace falta estudiar los tiempos verbales griegos —replicó Piero.

—Puede que no. Pero, cuando uno se dispone a seguir sus inclinaciones naturales, siempre resulta tranquilizador saberse respaldado por una autoridad indiscutible y reconocida.

Mediante preguntas hábilmente dirigidas, Maquiavelo descubrió qué clase de vida llevaba el chico y quiénes eran los amigos que frecuentaba en Florencia. También lo engatusó preguntándole su opinión sobre una materia y otra, y Piero, halagado por semejante muestra de atención, se pronunció de manera inequívoca al respecto. Maquiavelo no tardó mucho en formarse un juicio bastante acertado sobre las capacidades y el carácter del muchacho. Desde luego, le faltaba experiencia, pero, a cambio, era rápido de ingenio, mucho más que su tío Biagio; este, aunque honesto y bondadoso, tenía una inteligencia mediocre. Piero poseía la vitalidad propia de la juventud, el deseo, muy natural, de gozar de la vida y un temperamento aventurero. Aunque en algunos aspectos fuera aún algo ingenuo y, en cierto modo, simplón, en otros no parecía tener excesivos escrúpulos. Este era un rasgo que Maquiavelo no veía con malos ojos; significaba que, si en algún momento tenía que pedirle que llevase a cabo algún encargo que no fuera cien por cien honorable, cumpliría sin verse obstaculizado por el peso de una conciencia demasiado delicada. Piero era fuerte y activo, no había razón para suponer que le faltara valentía. La expresión simpática de su rostro, su franqueza y su aspecto atractivo bien pudieran resultar activos de valor en un momento dado. Ahora faltaba por descubrir si sabía ser discreto y si se podía confiar en él. Requeriría poco tiempo descubrir lo primero y, en cuanto a lo segundo, Maquiavelo jamás confiaba en nadie más de lo estrictamente necesario, y tampoco lo haría con él. De todas maneras, aquel muchacho era lo bastante listo como para saber que le convenía ganarse la buena opinión de su patrón. Una recomendación positiva de Maquiavelo le aseguraría el futuro; un informe negativo acarrearía su inmediato despido del servicio de la República.

5

Se acercaban a Imola. La ciudad estaba situada en una llanura fértil, a orillas de un río, y el paisaje circundante no mostraba ninguno de los estragos propios de la guerra, porque la plaza había capitulado sin resistencia alguna tan pronto como se vio cercada por las tropas de César. Cuando estaban a unos tres kilómetros de la ciudad, se toparon con seis o siete jinetes. Maquiavelo reconoció a uno de ellos. Era Agapito de Amalia, primer secretario del duque, al que ya había tratado en Urbino. Amalia le dio la bienvenida con mucha cordialidad, y, al saber que llegaba en misión diplomática, volvió grupas y le dio escolta. El día anterior, la Señoría había mandado un mensajero para que avisara de su inminente llegada al agente de Florencia en la corte del duque; ahora este mensajero lo estaba aguardando en las puertas de la ciudad.

Imola se había convertido en la capital del Valentino, y, aunque este había ordenado a sus tropas acampar fuera de las murallas, lo cierto es que la ciudad, ya de por sí pequeña, estaba llena a rebosar. Allí había un poco de todo. Miembros del séquito personal de César Borgia, capitanes y cortesanos, diplomáticos y representantes de otros Estados italianos, comerciantes y vendedores de artículos de primera necesidad y de lujo, aduladores, solicitantes de favores, espías, actores, poetas y mujeres de vida ligera. Y a todo ello había que sumar los habituales parásitos; esa chusma que siempre suele seguir a los victoriosos con la esperanza de poder sacar alguna ganancia, ya por medios más o menos legales, ya practicando la más pura picaresca. En cualquier caso, la muchedumbre era tal que resultaba imposible encontrar alojamiento. En la ciudad solo había dos o tres posadas y en ellas ya no cabía una aguja; de hecho, los hombres se amontonaban durmiendo hasta tres, cuatro y cinco en un mismo lecho. No obstante, el representante de Florencia en la corte del duque había tomado medidas y arreglado las cosas para que el recién llegado y sus sirvientes pudieran alojarse en el monasterio de los dominicos. El mensajero sugirió conducirlos hasta allí en primer lugar y Agapito se hizo eco de la propuesta. El viaje había sido largo; seguramente, Maquiavelo prefería lavarse y descansar un poco antes de presentar sus credenciales al duque.

Pero Maquiavelo tenía otra idea en mente.

—Si su excelencia puede recibirme ahora —dijo, volviéndose hacia Agapito—, preferiría presentarme sin más tardanza.

—Me adelantaré y veré si está libre. Y, entretanto, este oficial os guiará hasta palacio.

Tras decir estas palabras, Agapito y los suyos partieron a trote largo, dejando tan solo al oficial mentado. Maquiavelo y sus acompañantes lo siguieron por las estrechas calles que conducían a la plaza mayor. Ya de camino, Maquiavelo le preguntó cuál era el mejor hostal de la ciudad.

—No me apetece demasiado comer y beber lo que puedan ofrecerme los amables monjes del monasterio, pero tampoco deseo acostarme con el estómago vacío.

—El León de Oro es el mejor lugar.

Maquiavelo se dirigió al mensajero.

—Una vez me hayas dejado en palacio, acércate al León de Oro y encárgate de que me preparen una buena comida y, sobre todo, abundante. —Después habló con Piero—: Ve con él para que te muestre cómo llegar al monasterio y ocúpate de buscar establo para los caballos que llegarán mañana con los dos sirvientes. Antonio se hará cargo de las sillas de montar. Luego tú y el mensajero vendréis a palacio y me aguardaréis allí.

El palacio, que ocupaba uno de los lados de la plaza, era un edificio grande, pero carecía de pretensiones porque había sido construido por Caterina Sforza, mujer poco dada al despilfarro.

Maquiavelo y el oficial desmontaron, y los soldados de guardia les permitieron pasar. El oficial despachó a uno de ellos para que avisara de su llegada al primer secretario del duque y, pocos minutos después, este hizo entrada en la habitación donde Maquiavelo lo aguardaba. Agapito de Amalia era un hombre moreno de ojos inteligentes y expresión sombría, con el pelo negro y largo, y adornaba su mentón con una barba corta. Hacía gala de buenos modales, hablaba con suavidad y, en general, se comportaba como un perfecto caballero. Su expresión, cándida y sincera, había engañado a muchos, haciéndolos caer en el error de considerarlo poco capaz. Agapito de Amalia estaba entregado al duque en cuerpo y alma; no solo lo adoraba, sino que también defendía sus intereses con uñas y dientes. El Valentino tenía el supremo don de saberse ganar la lealtad de aquellos que le eran necesarios.

El duque lo recibiría de inmediato, le dijo a Maquiavelo. Ascendieron por una bella escalera y entraron en unas hermosas habitaciones, con frescos pintados en los muros y una gran chimenea de piedra cuyo dintel llevaba labrado el escudo de armas de Caterina Sforza, la intrépida y desdichada mujer que el duque mantenía presa en Roma. En el hogar refulgía una hoguera de troncos, y César Borgia estaba de pie, de espaldas al fuego. En la habitación tan solo había otra persona, Juan Borgia, cardenal de Monreale, el corpulento y astuto sobrino del papa Alejandro. Estaba sentado en una silla de madera tallada y respaldo alto, y apoyaba los pies en la piedra de la chimenea.

Maquiavelo hizo una reverencia en dirección al duque y al cardenal. El Valentino se acercó a él con gentileza, lo tomó de la mano y lo condujo hasta una silla.

—Habéis hecho un largo viaje. Estaréis cansado y además tendréis frío. ¿Habéis comido ya, secretario?

—Sí, excelencia, comí por el camino. Os pido disculpas por presentarme de esta guisa, aún con la vestimenta del viaje, pero no quería demorar en comunicaros lo que debo deciros como representante del Gobierno de la República.

Maquiavelo presentó sus credenciales. El duque les echó un vistazo superficial y luego se las pasó a su secretario. César Borgia era un hombre de altura inusual y sorprendente belleza, tenía los hombros anchos, un pecho poderoso y la cintura estilizada. Vestía de negro, color que realzaba la gallardía general de su figura y el tono de su piel, de natural claro y luminoso. Su aspecto general tendía a la austeridad. Pocos adornos, tan solo un anillo en el dedo índice de la mano derecha y el collar de San Miguel, la orden que le había concedido el rey Luis de Francia. Su pelo, largo y cuidadosamente peinado, era de un rico color broncíneo y le caía sobre los hombros. Llevaba bigote y una barba corta terminada en punta. La nariz era delicada y rectilínea; los ojos, bajo cejas muy bien dibujadas, eran bellos y tenían expresión audaz. Su boca, de líneas perfectas, denotaba sensualidad. Los gestos y andares del Valentino tenían grandeza, pero a la vez poseían gracia y encanto; todos sus movimientos despedían un aire majestuoso. Maquiavelo observaba a aquel joven con asombro. César era fruto del cruce entre una mujer romana de clase baja y un sacerdote español, gordo y de enorme nariz aguileña, que se había hecho con el papado utilizando la más desvergonzada simonía. ¿Cómo y dónde habría adquirido su porte principesco?

—Pedí a vuestro Gobierno que me enviara un embajador porque deseo que Florencia clarifique su posición con respecto a mí.

Maquiavelo pronunció el discurso que llevaba preparado. La Señoría le había encargado transmitir un mensaje en el que prevalecían las declaraciones de buena voluntad y poco más; desde luego, no se desprendía nada concreto de él. El duque permaneció atento, pero a Maquiavelo no le cupo la menor duda de que interpretaba su mensaje como lo que en realidad era: pura palabrería, bonitas frases huecas. Se hizo un momento de silencio. El duque se apoyó en el respaldo de su asiento y acarició la orden que llevaba en el pecho con su mano izquierda. Habló, y en su voz había un toque frío:

—Mis dominios colindan con los vuestros, la frontera que compartimos es extensa. Estoy absolutamente decidido a salvaguardar mis líneas fronterizas utilizando todos los medios a mi alcance. Sé muy bien que Florencia me tiene mala voluntad. Habéis intentado crearme conflictos

con el papado y con el rey de Francia. De haber sido yo un criminal, no me habríais tratado peor. Ha llegado el momento de que decidáis si me queréis tener como amigo o como enemigo.

Su voz era cantarina, más ligera que grave, y desprendía una música que no era exactamente ácida, pero sí cortante. El tono confería a sus palabras una insolencia difícil de tolerar; parecía que estuviera dirigiéndose al último pinche de sus cocinas. Pero Maquiavelo era un diplomático experto y sabía bien cómo contenerse.

—Excelencia, no hay nada que mi Gobierno desee con más ahínco que vuestra amistad, os lo puedo asegurar —le respondió en tono apaciguador—. Sin embargo, la Señoría no ha olvidado lo sucedido con Vitellozzo. Vos le permitisteis invadir nuestros territorios. Es natural que ahora duden de vuestra sinceridad.

—Yo no tuve nada que ver con eso. Vitellozzo actuó por su cuenta, movido por sus propios intereses.

—Era un asalariado vuestro, estaba bajo vuestras órdenes.

—Vitellozzo inició su expedición sin que yo tuviera conocimiento de ello, y luego siguió adelante sin mi ayuda. No voy a pretender que lo lamentara; es cierto que no me importó. Los florentinos me habían retirado su confianza, y me pareció justo que sufrieran las consecuencias de su actitud. No obstante, cuando consideré que ya se los había castigado lo suficiente, exigí a mis capitanes que se retiraran. Con esta decisión me gané su enemistad y ahora están conspirando para derrocarme.

Maquiavelo calló; no era el momento oportuno de recordarle que había retirado a sus oficiales solo porque recibió una orden perentoria del rey de Francia en este sentido.

—Solo a vosotros cabe culpar de lo sucedido. Y también fue culpa vuestra que Vitellozzo invadiera vuestros territorios.

—¿Culpa nuestra? —exclamó Maquiavelo, francamente atónito.

—Nada de esto habría sucedido si no hubierais cometido la estupidez de torturar y ejecutar a Paolo Vitelli. Su hermano Vitellozzo os tiene inquina, cosa que no tiene nada de sorprendente. Yo fui quien le impidió llevar su venganza hasta las últimas consecuencias; ahora me ha vuelto la espalda y se ha rebelado contra mí.

Se hace necesario explicar el significado de las palabras del duque.

Florencia había soñado con apoderarse de Pisa durante largo tiempo, y para ello había puesto sitio a la ciudad, pero la fortuna no fue favorable a la República y su ejército sufrió una severa derrota. La Señoría atribuyó el fiasco a la ineptitud de sus mandos militares y, en consecuencia, contrató a dos condotieros, los hermanos Paolo y Vitellozzo Vitelli, que por aquel entonces se hallaban al servicio del rey Luis. Dio el mando supremo a Paolo, porque era un capitán de mucho renombre. Bajo su comandancia, el sitio de Pisa tomó nuevo empuje y el ejército florentino consiguió abrir una brecha en las murallas de la ciudad. Sin embargo, cuando las tropas estaban a punto de irrumpir en la plaza, Paolo Vitelli dio orden de retirada. Más tarde, al pedírsele explicaciones, alegó que lo había hecho para evitar más pérdidas humanas y porque tenía la convicción de que el asalto era innecesario, puesto que la ciudad iba a rendirse sin condiciones. Los miembros de la Señoría no le creyeron, estaban seguros de que los estaba engañando y tomaron cartas en el asunto. Despacharon a dos representantes. En apariencia, y de manera ostensible, lo visitaban para proveerle de fondos, pero, en realidad, tenían por misión apresarlo a él y a su hermano. Paolo Vitelli se hallaba acuartelado a un par de kilómetros de Cascina, y los enviados de la República solicitaron reunirse con él allí para discutir las estrategias militares a seguir. Le ofrecieron una cena y luego lo condujeron a una cámara secreta, donde fue arrestado. Después lo llevaron a Florencia y lo sometieron a tortura. Jamás admitió su culpabilidad; aun así, fue decapitado.

—Paolo Vitelli era un traidor —dijo Maquiavelo—. Tuvo un juicio justo y fue declarado culpable. Se le aplicó el castigo adecuado a su crimen.

—Que fuera inocente o culpable carece de importancia. Ejecutarlo fue un error, una maniobra poco inteligente.

—La República está obligada a preservar su honor y para ello debe actuar con energía contra sus enemigos. Florencia tenía que exhibir firmeza y valentía para demostrar que es capaz de defender su seguridad.

—En ese caso, ¿por qué dejasteis a su hermano en libertad?

Maquiavelo se encogió de hombros con un gesto irritado. Aquel era un tema que aún le dolía, una espina clavada.

—Despachamos a unos cuantos hombres para que apresaran a Vitellozzo y lo llevaran a Cascina. Pero él se olió la emboscada. Estaba en cama, enfermo, pidió tiempo para vestirse y, de alguna manera, se las arregló para escapar. La operación se llevó a cabo de forma chapucera. No siempre resulta posible protegerse de la estupidez de quienes ejecutan nuestras órdenes.

La risa del duque fue ligera y alegre. Sus ojos chispearon con buen humor.

—Os equivocasteis insistiendo en mantener el plan original cuando las circunstancias os probaron que era de imposible realización. Al ver que Vitellozzo se os escapaba de las manos, deberíais haber cambiado vuestros designios con Paolo. Llevarlo a Florencia estuvo bien, sí, pero, en vez de arrojarlo a una mazmorra, hubierais hecho mejor en alojarlo en las mejores estancias del Palazzo Vecchio. Después tendríais que haberlo juzgado y declarado inocente, prescindiendo de toda evidencia. También hubiera sido inteligente restituirlo en su cargo de comandante en jefe, aumentarle el salario y concederle los mayores honores disponibles en la República. En suma, la estrategia más astuta hubiera sido hacerle creer que confiabais ciegamente en él.

—Y, como resultado, habríamos cosechado una nueva traición. Paolo nos hubiera vendido a nuestros enemigos.

—Quizá fueran estas sus intenciones, pero, durante un tiempo, se habría visto obligado a portarse bien para dejar patente que vuestra confianza en él estaba justificada. Los capitanes mercenarios son codiciosos, harían cualquier cosa por dinero. Y, si le hubierais hecho una oferta lo suficientemente sustanciosa, él no habría podido, ni sabido, rechazarla. Arrullado por su falsa posición de seguridad, pronto se habría reunido con su hermano Vitellozzo, y entonces os habría sido fácil encontrar una ocasión favorable para matarlos a los dos; con rapidez y sin juicio previo.

Maquiavelo se sonrojó, la idea resultaba ofensiva.

—Semejante bajeza hubiera supuesto una mancha indeleble en el buen nombre de Florencia.

—A los traidores hay que pagarles con la misma moneda. Un Estado no se gobierna ejerciendo las virtudes cristianas. Se gobierna con prudencia, astucia, determinación y crueldad.

En ese momento, entró en la habitación un oficial, se acercó a Agapito de Amalia y le susurró algo al oído. La interrupción hizo fruncir el ceño al Valentino, que, impaciente, tamborileó los dedos sobre la mesa a la que se sentaba.

—Su excelencia está ocupado —dijo Agapito—. Diles que esperen.

—¿De qué se trata? —preguntó el duque con brusquedad.

—Han sorprendido a dos soldados gascones saqueando, excelencia. Están presos y la guardia los ha traído hasta aquí junto con los objetos que han robado.

—No sería correcto hacer esperar a dos súbditos del rey de Francia —dijo el duque, sonriendo con sutileza—. Diles que los hagan pasar.

El oficial salió y el duque se dirigió a Maquiavelo con expresión afable.

—Disculpadme. Debo atender a este pequeño asunto.

—Mi tiempo está a disposición de su excelencia.

—Espero que no hayáis sufrido percances en vuestro viaje hasta aquí, secretario.

Maquiavelo adoptó el mismo tono afable que el duque.

—Ninguno en absoluto. Tuve la suerte de encontrar un hostal decente en Scarperia, incluso me ofrecieron una comida tolerable.

—Muy bien. Deseo que quienes viajen por mis dominios lo hagan sabiendo que se hallan tan seguros como aquellos que viajaron durante el Imperio romano de los Antoninos. Durante

vuestra estancia en Imola, tendréis la oportunidad de comprobar, con vuestros propios ojos, los beneficios de mi sabia administración. He liberado a Italia de sus mezquinos tiranos, y ahora mis súbditos, libres de semejante maldición, viven con tranquilidad y prosperidad.

Se escuchó el ruido de pies arrastrándose y un vocerío creciente. Las puertas se abrieron de golpe y un tropel de gente irrumpió en la espaciosa habitación. Encabezaba el grupo el oficial que había entrado un rato antes y lo seguían dos hombres. Maquiavelo dedujo que serían dignatarios de la ciudad, pues vestían de manera lujosa. Pisándoles los talones venían dos mujeres, una anciana y otra de mediana edad, más un hombre maduro de apariencia respetable. A continuación, seguía un soldado que cargaba con unos candelabros de plata, y otro que hacía otro tanto con una copa ornamental de plata dorada y dos bandejas, también de plata. Ambos vestían el uniforme rojo y amarillo de las tropas del duque. Por último, medio a empujones, medio arrastrados por otros soldados, entraron dos hombres con las manos atadas a la espalda. Su aspecto era desaliñado, vestían de modo andrajoso y, al lado de los soldados bien uniformados del duque, semejaban un genuino par de rufianes. Uno era un tipo corpulento de unos cuarenta años y barba negra. Su expresión era malhumorada y ceñuda, y una cicatriz lívida le cruzaba la frente. El otro era un muchacho barbilampiño de piel cetrina y ojos huidizos y atemorizados.

—Poneos firmes.

Los dos hombres recibieron un empellón.

—¿De qué se los acusa?

Al parecer, habían entrado en la casa de las dos mujeres aprovechando que estas habían ido a oír la misa. Una vez en su interior, les habían robado la plata.

—¿Podéis demostrar que estos artículos os pertenecen?

—Doña Brígida es mi prima, excelencia —dijo uno de los dos hombres de aspecto respetable —. Conozco bien los objetos. Formaban parte de su dote.

El otro hombre confirmó el hecho. Entonces, el duque se volvió hacia el anciano que parecía acompañar a las dos mujeres.

—Y tú, ¿quién eres?

—Giacomo Fabronio, excelencia, soy platero. Estos dos hombres me vendieron las piezas. Me dijeron que las habían conseguido en el saqueo de Forlì.

—¿Estás totalmente seguro de que se trata de estos dos hombres?

—Sin duda alguna, excelencia.

—Llevamos a Giacomo al campamento gascón —añadió el oficial, y los señaló sin vacilar.

El duque dirigió una mirada poco amable al platero.

— ¿Y bien?

—Oí decir que la casa de doña Brígida había sido saqueada —contestó el hombre, con la tez demudada y voz quebrada por el miedo— y, cuando me enteré de que le habían robado los candelabros y las bandejas, concebí sospechas. Fui corriendo a ver a *messer* Bernardo y le expliqué que dos soldados gascones me habían vendido algunos objetos de plata.

—¿Lo hiciste instigado por el miedo o por el sentido del deber?

El platero tembló de terror y se quedó sin habla durante unos segundos.

—*Messer* Bernardo es magistrado y he hecho muchos trabajos para él. Si los objetos eran robados, yo no los quería en mis manos.

—Lo que dice es verdad, su excelencia —añadió el magistrado—. Fui a inspeccionar los objetos y los reconocí al instante.

—Son míos, excelencia —exclamó con vehemencia la más joven de las mujeres—. Pregunte a quien quiera, todo el mundo sabe que me pertenecen.

—Cállate. —El duque volvió sus ojos hacia los dos gascones—: ¿Confesáis haber robado estos objetos?

—¡No, no! —chilló el más joven—. Es un error, juro por el alma de mi madre que yo no fui. El platero se equivoca, nunca lo he visto antes en mi vida.

—Lleváoslo, unas cuantas vueltas en el potro le harán confesar la verdad.

El muchacho lanzó un grito agudo.

—No, eso sí que no. No podría soportarlo.

—Lleváoslo.

—Confieso —balbuceó el chico, que apenas si podía respirar.

El duque lanzó una carcajada breve y se volvió hacia el otro hombre.

—Y tú, ¿qué dices?

El hombre, bastante mayor que el joven, irguió la cabeza con expresión desafiante.

—Yo no robé nada. Me hice con estos objetos pues tenía derecho a cogerlos. Habíamos capturado la ciudad.

—Mentira. No la capturasteis; la ciudad capituló, que no es lo mismo.

Las leyes militares italianas de la época establecían que, si una ciudad era arrasada, los soldados tenían vía libre para el saqueo y les estaba permitido hacerse con tanto botín como fueran capaces de coger. No obstante, si la ciudad se había rendido por propia voluntad, entonces la vida y las propiedades de sus ciudadanos debían ser respetadas. Para compensar, el condotiero victorioso obligaba a los habitantes a pagar ciertas sumas, normalmente altas, para sufragar los gastos en que había incurrido al tomar posesión de la ciudad. Se trataba de una regla muy útil: la devoción que los ciudadanos sentían por su príncipe raras veces era tan profunda como para inducirlos a dar la vida por él; antes preferían rendirse y pagar que presentar resistencia.

El duque pronunció su sentencia.

—Mis órdenes fueron claras. Las tropas debían permanecer fuera de las murallas. Quedaba terminantemente prohibido causar daño alguno a los habitantes de la ciudad o a sus bienes. Cualquier transgresión en este sentido sería castigada con la muerte.

El Valentino se dirigió al oficial:

—Los colgaréis en la plaza al amanecer. Ocúpate de que la noticia se extienda por el campamento, que se hagan públicos el crimen que cometieron los hombres y el castigo que se les impuso. Pon a dos soldados de guardia al lado de los cuerpos, que se queden allí hasta mediodía, y dile al pregonero de la ciudad que cada tanto informe a la población de lo sucedido. Los ciudadanos deben saber que pueden confiar en su príncipe cuando se trata de hacer justicia.

—¿Qué dice? —preguntó el aterrorizado joven a su compañero.

El duque había hablado a los dos gascones en francés, pero a la hora de dirigirse al oficial lo había hecho en italiano.

El otro soldado no le respondió y se limitó a mirar al duque con odio acendrado. Y este, que había oído la pregunta, repitió la sentencia, esta vez en francés:

—Seréis ahorcados al amanecer. Serviréis de ejemplo a vuestros compañeros.

El chico lanzó un grito de angustia y cayó de rodillas.

—¡Piedad, piedad! —gritó—. Soy demasiado joven para morir. No quiero morir. Tengo miedo.

—Lleváoslos —dijo el duque.

El chico se lanzó a sus pies, barboteando y chillando incoherencias con el rostro bañado en lágrimas. El otro ladrón, en cambio, tenía el rostro distorsionado por la furia y trató de escupirle en la cara. Los sacaron a toda prisa de la habitación. El duque se volvió entonces hacia Agapito de Amalia.

—Cuida de que reciban los consuelos de la religión. Hay que darles la oportunidad de que se arrepientan de sus pecados antes de reunirse con su Hacedor; de otro modo, yo cargaría con un peso en la conciencia.

El secretario esbozó una leve sonrisa y luego se deslizó fuera de la habitación. Lo sucedido pareció haber puesto de muy buen humor al duque, que ahora se dirigió tanto a su primo, el cardenal, como a Maquiavelo:

—Menudo par, tontos además de sinvergüenzas. Vender los objetos robados en la misma ciudad donde se hicieron con ellos denota una estupidez imperdonable. Tendrían que haberlos escondido y esperar hasta llegar a alguna ciudad mucho más grande, Bolonia o Florencia, por

ejemplo. Allí hubieran podido librarse de la plata sin correr riesgos.

Tras estas palabras, notó que el platero se había quedado rezagado cerca de la puerta de salida. Parecía querer alguna cosa.

—¿Qué estás haciendo aún aquí?

—Excelencia, ¿y a mí quién me va a devolver el dinero? Soy un hombre pobre.

—¿Les pagaste un precio justo por los objetos? —le preguntó el Valentino con suavidad peligrosa.

—Les pagué lo que valían. La suma que me pedían era ridícula. Tenía que sacar algún beneficio de la operación, ¿no?

—Pues que eso te sirva de lección. Cuando se presente otra ocasión, no compres hasta estar muy seguro de que el objeto ha sido adquirido con honestidad.

—Yo no puedo permitirme el lujo de perder tanto dinero, excelencia.

—¡Largo de aquí! —gritó el duque en un tono de voz tan airado que el hombre se escabulló fuera de la estancia lanzando un chirrido de conejo asustado.

El Valentino se echó hacia atrás en su silla y lanzó una carcajada que más pareció un rugido. Después se volvió hacia Maquiavelo y adoptó una expresión cortés.

—Debo pediros que disculpéis esta interrupción. Considero de la mayor relevancia administrar la justicia con presteza. Es mi deseo que quienes viven bajo mi gobierno tengan claro que pueden acudir a mí siempre que sufran algún agravio. Y que, además, lo hagan con la seguridad de que encontrarán en mí a un juez imparcial.

—Una política muy sabia y acertada —apuntó el cardenal—. La más conveniente para un príncipe que quiera asegurarse la conservación de dominios recién adquiridos.

—Los hombres pasarán por alto la pérdida de sus libertades políticas siempre y cuando se preserve su libertad personal —dijo el duque en tono ligero—. Mientras su propiedad esté a salvo y no se moleste a sus mujeres, se mostrarán razonablemente satisfechos con la vida que les ha tocado en suerte.

Maquiavelo había asistido al incidente con calma; incluso le había divertido, aunque se guardó mucho de dejarlo traslucir. Estaba convencido de que no había sido más que una puesta en escena. El Valentino jamás se atrevería a ahorcar a dos súbditos del rey de Francia. Lo más probable es que los dos hombres ya estuvieran de nuevo en libertad, habrían recibido unas cuantas monedas a modo de compensación por la molestia vivida y no tardarían en reunirse con sus compañeros del contingente gascón. Maquiavelo sospechaba que el espectáculo le había estado dedicado, y que había sido preparado para que él lo incluyera en sus informes a la Señoría; un ejemplo de la eficacia desplegada por el duque en la administración de los nuevos territorios conquistados. Y, por supuesto, no había que obviar el último comentario del duque con respecto a Florencia y Bolonia. Insinuar que sus tropas podían entrar más adelante en estas dos ciudades era una amenaza demasiado transparente como para ser ignorada, sobre todo por alguien con un cerebro tan bien pertrechado como Maquiavelo.

Se hizo un silencio. El duque, acariciándose suavemente la pulcra barba, observó a Maquiavelo con expresión pensativa. Y este tuvo la impresión de que lo estaba sopesando, tratando de dilucidar qué clase de negociador le había enviado el Gobierno de la República. No deseando encontrarse con los ojos que lo escudriñaban, bajó la vista y se miró las manos, como si estuviera ponderando la necesidad de un corte de uñas. Lo cierto es que estaba perplejo, y la perplejidad era algo que lo hacía sentir incómodo. Él había sido responsable de la operación que había conducido a la ejecución de Paolo Vitelli. Se había sentido muy seguro de la culpabilidad de Paolo, y había utilizado todo su talento persuasivo para convencer a sus superiores, gente timorata y nerviosa siempre tendiente a postergar cualquier decisión, de que era necesario actuar sin demora. Él fue quien dio orden a sus agentes de que actuaran con energía. Y también fue él quien apremió para que se emitiera y ejecutara rápidamente la sentencia de muerte de Paolo, pese a que su hermano Vitellozzo había escapado. No obstante, todas estas gestiones habían tenido lugar entre bambalinas; no alcanzaba a imaginar cómo se habría enterado el Valentino. Y, sin

embargo, se había enterado. Sus anteriores palabras, con las que había descrito lo sucedido y expuesto los fallos de la operación y su desenlace, así lo daban a entender. De hecho, Maquiavelo empezaba a creer que había sacado a colación el tema solo para demostrarle que sabía qué papel había jugado en él y complacerse maliciosamente señalándole que lo había llevado a cabo con escasa competencia. Un hombre como el duque no daba puntada sin hilo, y Maquiavelo se preguntó cuál era la soterrada intención de sus palabras. ¿Hacerle saber a él, un representante de Florencia, que tenía acceso a los entresijos de la Cancillería de la República? No tenía mucho sentido. Se le ocurrió entonces que César Borgia quizá buscara minar su autoestima, hacerle perder la confianza en sus propias capacidades para, de este modo, convertirlo en un hombre más fácil de doblegar. La idea hizo aflorar la sombra de una sonrisa en sus labios. Levantó los ojos y miró a su interlocutor. Y entonces el Valentino retomó la conversación, como si hubiera estado aguardando este choque de miradas.

—Secretario, quiero confiaros un secreto que no he contado a ningún hombre vivo.

—¿Deseáis que me vaya, primo? —preguntó el cardenal.

—No. Confío en tu discreción tanto como en la del secretario.

Maquiavelo esperó; la mandíbula firme, los ojos fijos en el agraciado duque.

—Los Orsini me han suplicado, casi de rodillas, que ataque Florencia. Yo no siento ninguna animadversión hacia vuestra ciudad y me he negado a ello. No obstante, si los caballeros de vuestro Gobierno quieren estar a buenas conmigo, más les vale demostrarlo antes de que yo llegue a un entendimiento con los Orsini. Los dos somos aliados del rey de Francia y, por tanto, sería aconsejable que también seamos amigos entre nosotros. Nuestros territorios son colindantes, ambos podemos facilitar la vida de nuestros vecinos o bien hacer todo lo contrario, complicársela. Florencia depende de tropas mercenarias bajo el mando de capitanes poco fiables. Yo, en cambio, tengo un ejército propio, bien entrenado y mejor armado, y, además, cuento con los mejores capitanes de Europa.

—No parecen ser más de fiar que los nuestros, excelencia —alegó Maquiavelo con voz cortante.

—Ah, pero cuento con otros que sí son fiables. Después de todo, los que conspiran contra mí no son más que un puñado de chiflados. Paolo Orsini es un bobo, Bentivoglio imagina que yo tengo designios sobre Bolonia, los Baglioni temen por Perugia. Luego están Oliverotti da Fermo y Vitellozzo, que es un hombre totalmente destruido por la sífilis.

—Son poderosos y se han rebelado.

—Estoy al corriente de todos sus movimientos. Cuando la situación esté madura, actuaré en consecuencia. Estos locos están jugando con fuego y acabarán quemándose; llegado el momento, no habrá río ni caudal de agua capaz de apagar la hoguera que han prendido. Haced uso de vuestro sentido común, secretario. Con Urbino en mi poder, soy dueño de toda la Italia central. Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino, era un buen amigo mío, y, además, el papa tenía previsto casar a su sobrina Ángela Borgia con su sobrino y heredero. Yo jamás lo hubiera atacado de no ser por la importancia estratégica de sus dominios. Era imperativo hacerme con ellos para llevar a cabo mis planes, y no iba a permitir que los sentimientos interfirieran en mi política. Conmigo tendréis seguridad, estaréis protegidos contra vuestros enemigos. Si forjáramos una alianza, sumando mi ejército a vuestras tierras fértiles, y contando con la bendición del papa y su autoridad espiritual, nos convertiríamos en la potencia más relevante de Italia. Y, en lugar de tener que estar pagando dinero contante y sonante por los favores de los franceses, serían ellos quienes se verían obligados a tratarnos como a iguales. Ha llegado el momento de que firméis una alianza conmigo.

Maquiavelo estaba alarmado, pero contestó con ligereza y amabilidad.

—Excelencia, no se me escapa la fuerza de vuestros argumentos. Nadie habría podido expresarlos con más claridad o de modo más convincente. Es raro encontrar alguien que aúne tantas cualidades; habéis mostrado ser un hombre de acción y un general de envergadura, pero también estáis en posesión de una mente lógica y un notable don para la oratoria.

El duque sonrió con levedad, a la vez que esbozaba un gesto de modestia, como si se dispusiera a protestar. A Maquiavelo se le encogió el corazón. Lo que iba a decir a continuación no tenía nada que ver con lo que su interlocutor deseaba escuchar, y era muy consciente de ello. Hizo acopio de calma, y por fin habló, con voz suave:

—Escribiré a los caballeros de la Señoría y les transmitiré vuestras palabras.

—¿Qué queréis decir con esto? —exclamó el Valentino—. El asunto es urgente, hay que resolverlo ahora mismo.

—Carezco de las atribuciones necesarias para firmar ningún acuerdo.

El duque dio un brinco en su asiento.

—¿A qué habéis venido, entonces?

De pronto, se abrió la puerta de la sala. Tan solo se trataba de Agapito de Amalia, que regresaba tras haber cumplido las órdenes del duque. Pero su irrupción causó un pequeño sobresalto, e incluso el propio Maquiavelo, hombre poco dado a perder los nervios, se sintió extrañamente turbado.

—He venido porque vuestra excelencia requirió a mi Gobierno el envío de un representante para tratar con él.

—Naturalmente. Un representante con poderes para firmar tratados.

Los ojos del duque llamearon. Hasta ese momento, había tratado a Maquiavelo con tolerable cortesía, pero ahora se acercó a él con actitud intimidatoria. Maquiavelo se levantó, y los dos hombres se hallaron frente a frente.

—Los caballeros de la Señoría me están tomando el pelo. Os han enviado precisamente a vos porque no tenéis capacidad para tomar ninguna decisión. Las eternas dudas y titubeos de vuestros gobernantes me exasperan hasta lo indecible, y no voy a tolerarlos por más tiempo. ¿Hasta cuándo creen poder seguir poniendo a prueba mi paciencia?

El cardenal, que había permanecido sentado en silencio, trató de aplacar la tormenta con algunas frases apaciguadoras, pero el duque lo mandó callar sin contemplaciones. Estaba furioso y se puso a gritar en tanto caminaba de un lado a otro de la habitación. Mostró su amargura con brutalidad y sarcasmo. Parecía haber perdido todo control sobre sus emociones. Maquiavelo no se alteró; lejos de sentirse atemorizado, lo contempló con curiosidad. Por fin, el duque se dejó caer en la silla.

—Decidle a vuestro Gobierno que me siento profundamente ultrajado.

—Lo último que desea mi Gobierno es ofender a vuestra excelencia. Tengo instrucciones de comunicaros que los rebeldes han acudido a Florencia en busca de ayuda, y que esta les ha sido denegada.

—Supongo que, como de costumbre, la Señoría prefiere esperar hasta ver quién se lleva el gato al agua.

Las palabras de Borgia encerraban más verdad de lo que Maquiavelo hubiera deseado escuchar. Su rostro permaneció impasible.

—Mi Gobierno no siente ninguna simpatía por los Orsini ni por Vitellozzo. Su mayor deseo es estar en buenos términos con vuestra excelencia, y por ello debo urgiros para que concretéis más vuestra propuesta. Es necesario que me digáis qué clase de acuerdo buscáis para que yo se lo pueda transmitir a la Señoría en detalle.

—Esta conversación ha finalizado. Me estáis obligando a forjar una alianza con los rebeldes. Me bastaría con aceptar la propuesta de Orsini de atacar Florencia, y todos los capitanes insurgentes volverían a comer de mi mano.

—Florencia se halla bajo la protección del rey de Francia —contestó Maquiavelo con voz afilada—. Se ha comprometido a enviarnos cuatrocientos lanceros y un fuerte contingente de infantería en caso de necesidad.

—Los franceses prometen dar mucho a cambio del dinero que están pidiendo a todas horas, pero, una vez este ha llegado a sus manos, raras veces cumplen con sus promesas.

Maquiavelo sabía que esto era cierto. Los florentinos habían sido víctimas de la rapacidad y la

duplicidad del rey Luis, y a menudo. Más de una vez se había comprometido a enviarles tropas a cambio de un pago por adelantado, y luego, llegada la hora de la verdad, había demorado el envío de la ayuda para al final acabar mandándoles solo la mitad de los soldados convenidos. El duque no podía haberse expresado con más claridad. A Florencia no le cabía otra opción que aceptar la alianza que les ofrecía (y en Italia todos sabían que era un socio desleal); de otro modo, Borgia resolvería sus desavenencias con los capitanes díscolos y juntos atacarían a la República. ¡Chantaje! La situación resultaba muy alarmante y Maquiavelo, preocupado, trató de decir algo que, al menos, dejara la puerta abierta a futuras negociaciones. El duque se lo impidió.

—¿Qué estáis esperando, secretario? Podéis retiraros.

No se tomó la molestia de responder a la leve reverencia que le dirigió Maquiavelo. Agapito de Amalia acompañó a este último escaleras abajo.

—Su excelencia tiene el genio vivo y no está acostumbrado a que lo contraríen —dijo.

—Es un hecho que no ha escapado a mi entendimiento —replicó Maquiavelo con acritud.

6

Piero y el mensajero aguardaban a Maquiavelo en el garito de la guardia. Los soldados desatrancaron los cerrojos, las puertas se abrieron y los tres hombres salieron a la plaza. Piero y el mensajero condujeron a Maquiavelo hasta el León de Oro sin más demora. Cuando, un rato antes, el mensajero había ido a encargar la comida, no había dejado de subrayar y repetir que su amo era una persona de importancia y el representante oficial de Florencia. Como resultado, les dieron una comida buena y abundante. El vino de la región no se podía comparar con el de la Toscana, pero era fuerte y Maquiavelo bebió a discreción. Tras reflexionar un rato, concluyó que, pese a todo, su entrevista con el duque había ido mejor de lo que parecía a primera vista. La furia del Valentino indicaba que estaba nervioso, y su tozuda insistencia en llegar a un acuerdo inmediato con la República significaba que se sabía en posición peligrosa. Desde luego, César Borgia lo había tratado con escasa cortesía, pero el asunto era anecdótico y no le afectaba en absoluto. Contaba con ello, y había emprendido aquella misión sabiendo que no debía esperar miramientos de ninguna clase. Una vez hubo comido y eructado hasta la saciedad, pidió al mensajero que le mostrara el camino al monasterio donde iba a alojarse. En consideración a su cargo oficial, los monjes habían liberado una celda entera para él solo. Piero y el mensajero dormirían en el corredor, donde compartirían un jergón de paja con un buen número de viajeros; y contentos podían estar todos, pues al menos tenían un techo bajo el que cobijarse. Antes de acostarse, Maquiavelo escribió una carta a la Señoría narrándole los acontecimientos de aquella tarde. Al romper el alba, el mensajero se encargaría de llevarla a Florencia.

—Harías bien en escribirle a Biagio, así podrá avisar a tu madre de que has llegado sano y salvo —le dijo a Piero—. Y, de paso, pídele que me mande un Plutarco.

Maquiavelo tan solo se había traído dos libros, su Dante y los anales de Tito Livio. Cuando Piero acabó de escribir su carta, Maquiavelo se la quitó de las manos y la leyó sin reparos. Sonrió un poco cuando leyó: «*Messer* Niccolò estuvo muy callado durante toda la mañana, y yo no lo molesté, pues se me ocurrió que estaría ocupado pensando en asuntos de importancia. Pero, después de que comió, se puso a hablar y lo hizo con tanto ingenio, claridad y buen sentido que el tiempo se me pasó volando. Llegamos a Imola casi sin darnos cuenta; yo hubiera jurado que recién acabábamos de salir de Scarperia. *Messer* Niccolò cree que tengo una voz bonita. Ojalá me hubiera sido posible viajar con mi lira».

—La carta está muy bien —dijo Maquiavelo— y las palabras que pides a Biagio que transmita a tu madre son las que deben ser y están escritas con claridad. Y ahora, tras un día tan largo, vamos a tomarnos un merecido descanso.

7

Maquiavelo no necesitaba muchas horas de sueño y se levantó poco después de salir el sol. Llamó a Piero para que lo ayudara a vestirse. Se puso el atuendo negro que llevaba habitualmente y ordenó que se guardara la ropa de viaje en las alforjas. No tenía intención de permanecer en el monasterio. Le hacía falta un alojamiento en el que poder recibir en secreto, caso de ser necesario, y, viviendo con los monjes, tanto sus movimientos como las visitas que recibiera serían demasiado visibles. El mensajero ya iba camino de Florencia. Él se dirigió al León de Oro con Piero. Imola era una ciudad pequeña y animada; nada indicaba que poco tiempo atrás había cambiado de dueño. Mientras andaban por las calles tortuosas y estrechas, se cruzaron con un buen número de personas dedicadas a sus quehaceres diarios. Se las veía contentas. La impresión general era que el ritmo de la vida cotidiana no se había alterado. De vez en cuando, los peatones se apartaban para ceder el paso a algún jinete y a su caballo, o a una reata de asnos cargados de leña. Un hombre andaba de un lado para otro con una burra anunciando a gritos las bondades de su leche, muy beneficiosa para las mujeres preñadas. Se abrió una ventana y asomó la cabeza de una anciana respondiendo a su llamado. Un minuto más tarde, la mujer salía de su casa llevando una jarra. Pasó al lado de un buhonero que voceaba la lista de su mercancía: agujas y alfileres, hilos y cintas. En la calle del León de Oro había también varias tiendas; el talabartero departía con un parroquiano, el barbero estaba cortando el pelo a un hombre y, en el zapatero remendón, una mujer se probaba unos zapatos. En general, se respiraba una atmósfera, si no de opulencia, al menos de confortable prosperidad. No había mendigos que agobiaran a nadie.

Entraron en el León de Oro, y Maquiavelo pidió pan y vino para él y Piero. Mojaron el pan en el vino para que resultara más apetecible y luego bebieron lo que quedaba de vino. Fortificados con la pequeña colación, entraron en la barbería y Maquiavelo se hizo afeitar. Tras rociar su pelo corto y negro con un agua de colonia muy perfumada, el barbero también lo peinó. Entretanto, Piero no hacía más que palparse el mentón.

—*Messer* Niccolò, creo que yo también necesito un afeitado.

—La cosa aún puede esperar unas cuantas semanas —le contestó Maquiavelo, con una ligera sonrisa. Luego se dirigió al barbero—: Ponle un poco de perfume en el pelo y pásale luego el peine.

Una vez los dos peinados y perfumados, Maquiavelo preguntó por la casa de un hombre al que deseaba visitar, un tal *messer* Bartolomeo Martelli. Les dieron unas instrucciones tan enrevesadas que parecía más sensato encontrar a alguien que les mostrara el camino. El barbero salió a la puerta de la tienda, llamó a un golfillo que estaba jugando en la calle y le ordenó guiar a los extranjeros. De camino, pasaron por la plaza mayor, la misma en que se hallaba el palacio del duque. Era día de mercado y el espacio estaba abarrotado de tenderetes de toda clase. Campesinos que habían traído sus productos a la ciudad y vendían frutas y verduras, pollos, carne y queso, así como caldereros que ofrecían cacharros de hierro y latón, puestos de venta de telas y paños, ropa vieja o cualquier otra cosa. Había una gran cantidad de gente regateando, comprando o, simplemente, mirando, y el guirigay de voces era notable. Una escena alegre y vivaracha iluminada por el sol brillante de octubre. En el momento en que Maquiavelo y Piero entraron en la plaza, se escuchó una trompeta y el barullo se aplacó un tanto.

—¡Es el pregonero! —gritó el golfillo. Estaba muy excitado, cogió a Maquiavelo de la mano y tironeó de él tratando de hacerlo correr hacia el lugar—. Nunca lo he escuchado.

Hubo un movimiento de agitación general, la muchedumbre empezó a desplazarse hacia el fondo de la plaza. A lo lejos, Maquiavelo distinguió un patíbulo en el que colgaban dos ahorcados. El espectáculo no suscitaba su interés, por lo que se desasió de la mano que lo había apresado. El chiquillo olvidó su misión y salió disparado en dirección a los ahorcados. El pregonero empezó a hablar en voz alta, pero estaba demasiado lejos para que Maquiavelo pudiera oír lo que decía. Impaciente, se volvió hacia una mujer corpulenta que se había quedado vigilando su puesto.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó—. ¿Qué anuncia el pregón?

La mujer se encogió de hombros.

—El duque ha hecho colgar a un par de raterillos. Parece que robaron propiedades de alguien de la ciudad. El pregonero tiene que pasar cada media hora para anunciarlo. Dice que son soldados franceses.

Maquiavelo reprimió un gesto de sobresalto. Seguramente sus sospechas andaban erradas, no podía tratarse de los mismos soldados. No obstante, decidió ir a comprobarlo por sí mismo y se dirigió hacia el otro lado de la plaza con los ojos clavados en los dos cadáveres. La multitud era compacta y tuvo que abrirse paso a empellones. El pregonero finalizó su discurso, bajó las escaleras del patíbulo y se alejó caminando a paso ligero y despreocupado. La gente empezó a dispersarse y Maquiavelo consiguió acercarse a los cuerpos. La muerte por estrangulamiento había deformado sus rostros con una mueca horrible, pero no cabía la menor duda de quiénes eran. Allí estaban, el hombre de la cicatriz en la frente, el ceño fruncido y la expresión malhumorada, y el jovenzuelo atemorizado de ojos huidizos. Aquellos eran los dos soldados gascones que la noche anterior habían sido conducidos ante el duque para ser juzgados y sentenciados. Lo que él había creído una farsa no había sido tal. Y Maquiavelo se quedó allí, paralizado, contemplándolos con desaliento. Su pequeño guía le tocó un brazo.

—Ojalá hubiera estado aquí cuando los ahorcaron —dijo con voz pesarosa—. Nadie se enteró de nada hasta que ya los hubieron colgado.

—Esto no es un espectáculo para niños pequeños —dijo Maquiavelo de modo casi automático; tenía la mente muy ocupada en otra cosa.

—No sería mi primera vez —alegó el niño sonriendo—. Es divertido verlos danzando en el aire.

—Piero.

—Aquí estoy, *messere*.

—Vamos, chico, llévanos donde *messer* Bartolomeo.

Maquiavelo no habló una palabra más durante el resto del trayecto. Caminaba pensativo, con el ceño fruncido y los labios tan apretados que su boca era poco más que una línea amarga. Intentaba comprender cómo funcionaba el cerebro del Valentino. El crimen cometido por aquellos ladrones hubiera quedado más que suficientemente castigado con unos cuantos latigazos. ¿Por qué, entonces, ahorcar a dos soldados útiles que tan solo habían robado unas bagatelas y un par de candelabros de plata? Cierto que el duque concedía escaso valor a la vida humana; sin embargo, algo no encajaba. El afán del duque por ganarse la confianza de los habitantes de Imola no podía ser tan grande como para poner en riesgo su relación con las tropas gasconas y, muy en especial, con quien las comandaba, pues estaba claro que con aquella ejecución habría provocado su furia. Resultaba muy desconcertante. Maquiavelo casi estaba convencido de que su presencia en aquella escena del juicio no había sido gratuita; de alguna manera, había servido a los propósitos del duque. Hizo memoria: la discusión que mantenían él y el duque en el momento en que trajeron a los dos ladrones era de relevancia. Aunque este último tuviera decidido atender el asunto personalmente, lo normal es que hubiera esperado hasta finalizar su conversación con el enviado de Florencia. ¿Acaso quiso hacer una exhibición de independencia frente a la Señoría mostrándole que actuaba siguiendo su propio criterio, pese a la rebelión de sus capitanes y aun a riesgo de ganarse la desaprobación de Francia? O también pudiera ser que el propósito de la escena tan solo hubiera sido subrayar la amenaza velada

cuando le dijo a Maquiavelo que los soldados serían muy libres de saquear lo que les diera la gana en cuanto se hallaran en Florencia. ¿Quién sabría decirlo? No había modo humano de conocer las maquinaciones de aquel cerebro tan despiadado como astuto.

—Esta es la casa, *messere* —dijo de súbito el chiquillo.

Maquiavelo le dio una moneda, el golfillo la hizo saltar en el aire y escapó a toda prisa. Piero levantó la pesada aldaba de bronce, luego la dejó caer. No sucedió nada. Piero llamó de nuevo. Maquiavelo notó que el edificio era de bellas proporciones; estaba claro que pertenecía a un hombre de posibles. También se dio cuenta de que las ventanas del segundo piso, el *piano principale*, no estaban cerradas con el usual papel aceitado, sino con cristal de verdad, lo que ratificaba la idea. El dueño de la casa era una persona acomodada.

8

Maquiavelo no conocía a Bartolomeo Martelli, pero había recibido instrucciones de contactar con él porque se trataba de un ciudadano relevante en aquella pequeña ciudad. Era concejal y gran propietario; tenía tierras en las afueras de Imola y varias casas en la ciudad. Su padre había hecho fortuna comerciando en Levante, él había pasado algunos años de su juventud en Esmirna y fue entonces cuando estableció sus vínculos con Florencia. Hacía años que la República comerciaba con Oriente Medio y muchos de sus ciudadanos se habían asentado en sus ciudades. El padre de Bartolomeo se había asociado con un mercader florentino de buena familia, que pronto pasó a ser su suegro cuando él contrajo matrimonio con su hija. Bartolomeo guardaba un lejano parentesco con Biagio Buonaccorsi; sus dos abuelas maternas, fallecidas largo tiempo atrás, eran hermanas. De hecho, este fue uno de los argumentos esgrimidos por Biagio para convencer a Maquiavelo de que llevara consigo al joven Piero en este viaje. El parentesco familiar sería buena excusa, le facilitaría acceso a la intimidad de un hombre que en algún momento de su misión quizá pudiera serle de utilidad.

Era muy cierto que Bartolomeo podía serle útil. En Imola se lo consideraba hombre de importancia, y había encabezado al grupo de notables que pactó los términos de capitulación de la ciudad sin que se produjera una sola escaramuza. El duque, siempre generoso cuando se trataba de regalar propiedades ajenas, lo había recompensado dándole una finca que llevaba consigo el título de conde. Maquiavelo se había enterado de esto último por el barbero, que era locuaz, y también por él supo que a Bartolomeo se le había subido el asunto a la cabeza. Al parecer, y aunque pretendiera lo contrario, se sentía ridículamente orgulloso de su nuevo título nobiliario. El duque confiaba en él sin reservas, y no le faltaba razón; a Bartolomeo le interesaba mucho serle leal. Lo había empleado para llevar a cabo algunas misiones comerciales, y él había cumplido con las tareas de modo ejemplar. Sin duda, el Valentino era un hombre muy hermético, pero siempre cabía la posibilidad de que Bartolomeo fuera uno de los pocos que conociera sus planes. Y Maquiavelo albergaba la esperanza de que con el tiempo conseguiría sonsacarle información. La Señoría, además, contaba con algunos recursos para presionarlo si hacía falta. La madre de Bartolomeo era florentina y, a su muerte, él había heredado dos casas en la ciudad. Le convenía mostrarse colaborador; de otro modo, bien pudiera suceder que un incendio fortuito destruyera alguna de ellas. Y, si esta posibilidad no resultaba lo suficientemente disuasoria, siempre existía la alternativa de recordarle que Florencia sabría encontrar la manera de perjudicar sus negocios en Levante.

«Buena cosa es tener amigos —reflexionaba Maquiavelo—. Mas también es bueno hacerles entender que dispones de armas para perjudicarlos si en algún momento dejan de comportarse como amigos».

Un sirviente abrió la puerta. Maquiavelo dio su nombre y le preguntó por su amo.

—El conde estaba esperando su visita —le dijo.

Lo condujo hacia el interior de la casa, pasaron por un patio y subieron por una escalera exterior hasta llegar a un aposento de tamaño mediano que a primera vista parecía servir como despacho al propietario de la casa. Esperaron un par de minutos, después se abrió la puerta. Bartolomeo irrumpió en el cuarto y dio la bienvenida a sus visitantes con grandes aspavientos y una alegría bulliciosa.

—Supe de vuestra llegada, *messer* Niccolò. Os estaba aguardando con ansiedad —exclamó con entusiasmo.

Era un hombre grande y corpulento de unos cuarenta años, de barba larga y negra y pelo largo peinado hacia atrás a partir de la frente. Tenía el rostro enrojecido y brillante de sudor, doble papada y una barriga que resultaba imponente. A Maquiavelo, que era delgado como una vara, le desagradaban los hombres gordos. Solía decir que en Italia ningún hombre engordaba si no era a costa de oprimir a los pobres y de robar a viudas y a huérfanos por igual.

—Biagio Buonaccorsi me escribió para decirme que llegabais. Un mensajero me trajo la carta ayer.

—Así es, Biagio os mandó la carta aprovechando que venía un mensajero. Este es Piero Canestrini, hijo de la hermana de nuestro buen amigo.

Bartolomeo lanzó una carcajada cascabelera, tomó al chico en sus brazos, lo apretó contra su barriga y le dio un beso en cada mejilla.

—En ese caso, somos primos —proclamó con voz atronadora.

—¿Primos? —murmuró Maquiavelo, afectando sorpresa.

—¿No lo sabíais? La abuela de Biagio y la mía eran hermanas. Las dos fueron hijas de Carlo Peruzzi.

—Biagio nunca me lo comentó, qué extraño. ¿Tú lo sabías, Piero?

—No. Mi madre nunca me lo dijo.

Le complació ver que Piero le seguía la corriente sin vacilar un segundo. Buen chico. Por supuesto que estaba perfectamente informado del parentesco que había entre Bartolomeo y el joven, pero, a menos que existieran buenas razones para hacer lo contrario, Maquiavelo tenía por principio jamás dejar traslucir a nadie cuánto sabía o dejaba de saber.

En la habitación no había chimenea, pero sí un brasero de carbón que atemperaba el frío. Bartolomeo les pidió que tomaran asiento y luego preguntó por sus amigos de Florencia, ciudad que solía visitar por negocios. Maquiavelo le dio noticia de ellos y pasaron un rato charlando de una cosa y otra. Por fin, la conversación recayó sobre Piero Soderini, que acababa de ser nombrado confaloniero vitalicio, y Maquiavelo creyó oportuno hacerle saber al mercader que quien tenía enfrente gozaba de la confianza del presidente de la República.

—Soderini es un buen amigo mío, un hombre honesto y de mucha valía —le dijo—. De hecho, si ahora estoy aquí, en Imola, es por expreso deseo suyo.

—Estoy muy contento de conoceros y podéis tener la seguridad de que os prestaré cualquier servicio que esté en mis manos. Le pedí a Biagio que me enviara una pieza de lino, pero supongo que en las actuales circunstancias no habréis tenido ocasión de traerla.

Biagio era un hombre al que todo el mundo pedía favores porque siempre estaba dispuesto a prestar un servicio a los demás. Y Maquiavelo, que no era en exceso escrupuloso, era uno de los que sabían sacar buen partido de la generosidad de su amigo.

—Todo lo contrario —respondió con presteza—. Biagio insistió mucho en que os lo trajera, pero lo tienen mis criados y no llegarán a Imola hasta hoy por la tarde.

—Mi esposa me está haciendo unas camisas. Las monjas le enseñaron a bordar, y no falto en absoluto a la verdad si os digo que no hay otra bordadora como ella en toda Imola. Es una artista.

La mente de Maquiavelo maquinaba a toda prisa. Trataba de calibrar al personaje. Emocional, algo fanfarrón, de carcajada fácil y vulgar, locuacidad ruidosa. Parecía un hombre sanguíneo, lo que sugería que era amante de la buena mesa y un buen bebedor. Quedaba por ver si las formas joviales y aquella franca cordialidad enmascaraban un cerebro astuto y calculador. Bartolomeo tenía reputación de ser un hombre de negocios sagaz y un regateador implacable. Maquiavelo dirigió la conversación hacia Imola, los últimos acontecimientos y el estado actual de la ciudad. Bartolomeo hizo un encendido elogio del duque y no ahorró palabras a la hora de cantar sus alabanzas. En su opinión, César Borgia había respetado escrupulosamente los términos de la capitulación, y la suma que les había exigido al ocupar la ciudad no había sido desorbitada. Por otra parte, tenía previsto hacer una gran inversión; quería convertir la ciudad en un lugar refinado y de importancia, para que en el futuro próximo gozara de una notoriedad desconocida hasta el momento. Imola iba a ser la capital de su recién estrenado Estado, ni más ni menos. Y, a tal

efecto, ya estaba dibujando el plano de un palacio en el que se alojaría él mismo, además de un gran edificio que serviría como centro de reunión para los mercaderes y un hospital para los pobres. En la ciudad reinaba el orden, la criminalidad había disminuido, la justicia se administraba con presteza y, además, a buen precio. Pobres y ricos eran iguales ante la ley. El comercio florecía, la corrupción y los sobornos habían desaparecido. El duque había asumido un interés personal por los recursos agrícolas de la región y ya había dado instrucciones para que se emprendieran mejoras que aumentarían tanto su cantidad como su calidad. El ejército estaba acuartelado fuera de las murallas. En conclusión, Imola había entrado en una nueva era de prosperidad y todo el mundo estaba satisfecho con la situación.

—Ojalá dure —dijo Maquiavelo con voz agradable—. Pero, decidme, ¿en qué posición os encontraréis vos si los capitanes del duque lo derrocan y entran en la ciudad con sus tropas?

Bartolomeo lanzó una carcajada y se palmeó el muslo con jovialidad.

—Esos no son más que una pandilla de inútiles. Sin el duque no sirven para nada ni tienen poder alguno. Van a llegar a un arreglo con él. Creedme, todo esto no es más que una burbuja de aire vacía, se va a desinflar y pronto pasará al olvido.

Maquiavelo no consiguió dilucidar si Bartolomeo creía de verdad en lo que decía, si lo decía porque deseaba creerlo, o si lo decía porque quería que Maquiavelo lo creyera. Ni siquiera se atrevía a aventurar si el hombre que tenía enfrente era estúpido o inteligente. Tanta franqueza, aquel entusiasmo, la expresión ingenua y aquellos ojos sonrientes y cordiales puede que escondieran algo. Introdujo un nuevo tema en la conversación.

—Hace un rato tuvisteis la amabilidad de decir que estaríais contento de poder prestarme algún servicio. ¿Sabéis dónde puedo encontrar un lugar en el que yo y los míos podamos alojarnos?

Las carcajadas de Bartolomeo reverberaron por toda la estancia.

—Ojalá me hubierais pedido cualquier otra cosa menos esta. Nos hallamos desbordados. Tenemos aquí a toda la corte del duque, más una caterva de holgazanes, poetas, pintores, arquitectos e ingenieros, y eso por no hablar de la gente de sus otros Estados que han venido a hacer negocios. Y a todos esos aún hay que sumar a los mercaderes y vendedores de esto y aquello, atraídos por el olor a dinero fresco de la nueva coyuntura. En suma, que, entre unos y otros, no han dejado libre ni un solo agujero, esquina o rincón de la ciudad.

—No pretendo quedarme más tiempo del que sea estrictamente necesario. Estoy a las órdenes de la Señoría en representación de la República. No me es posible llevar a cabo mi trabajo en la celda de un monasterio, y también debo encontrar acomodo para Piero y mis sirvientes.

—Preguntaré a mi suegra. Ella sabe más de este asunto que yo. Voy a llamarla.

Abandonó la habitación, y poco después regresó e invitó a sus huéspedes a que lo siguieran. Pasaron a una estancia mucho más grande, con bellos muros pintados y una chimenea. Las señoras de la casa estaban sentadas, cosiendo al lado del fuego. En cuanto entraron los extraños, se levantaron y respondieron a la reverencia de ellos con una leve inclinación. Se trataba de dos mujeres; una de ellas era una dama de mediana edad y buena presencia. Bartolomeo la señaló.

—Esta es mi suegra, doña Caterina Cappello —dijo Bartolomeo, y luego señaló a la otra mujer —. Y esta es mi esposa.

La segunda mujer era muy bella y lo suficientemente joven como para ser su hija. El color natural de su pelo debía haber sido oscuro, pero lo llevaba teñido de rubio siguiendo la moda de aquellos días. La piel morena de las italianas no casaba bien con esos tonos claros y ella había corregido el desajuste aplicándose una gruesa capa de maquillaje pálido que le cubría rostro, cuello y escote. Sus cejas, muy depiladas, no eran más que una línea delgada, y el contraste entre sus bellos ojos negros y el pelo dorado creaba un efecto muy llamativo. Tenía una nariz pequeña y recta, y una boca encantadora. Sus ropas eran de color gris pálido, llevaba un vestido largo con mangas abombadas y recogido en la cintura, y un corpiño apretado que marcaba su fina silueta. El escote era cuadrado, mostraba una piel nívea y enfatizaba la forma opulenta de sus pechos juveniles. Su belleza poseía una cualidad virginal, pero también la plenitud de la madurez, y la combinación de ambas resultaba muy atractiva. El rostro de Maquiavelo permaneció

inexpresivo, pero lo cierto es que sintió un calorcillo alegre en ese lugar que él se complacía en denominar «mi corazón».

«Linda muchacha —se dijo—, me gustaría acostarme con ella».

Las mujeres trajeron sillas para que se sentaran los visitantes. Bartolomeo le contó a doña Caterina el problema de Maquiavelo y luego, señalando a Piero, añadió que acababa de conocer a un primo al que jamás había visto anteriormente. Al ser informadas del parentesco, ambas mujeres sonrieron al muchacho y Maquiavelo tuvo la ocasión de comprobar, no sin complacencia, que la esposa de Bartolomeo tenía unos dientes bonitos, pequeños, blancos y bien dispuestos.

—¿Querrían los caballeros tomar un refresco? —inquirió doña Caterina.

Vestía de modo similar a su hija, solo que en un tono más oscuro. Se mostraba tal como la naturaleza la había creado, sin artificio de ninguna clase, pues no hubiera sido respetable que una mujer madura se tiñera el pelo o se coloreara las mejillas. Sin embargo, tenía los mismos ojos hermosos de su hija y de joven debía haber sido tan bella como ella. Maquiavelo le dijo que ya habían tomado el desayuno, pero su anfitrión insistió en que al menos bebieran un vaso de vino.

—Aurelia, ve y díselo a Nina —le dijo a su esposa.

Cuando la joven salió, volvió a explicarle a su suegra que Maquiavelo buscaba un alojamiento adecuado a sus necesidades.

—Imposible —respondió ella—. No queda una sola habitación libre en toda la ciudad. No obstante, podrías preguntarle a Serafina. Ella siempre se ha negado a tener arrendatarios, y precisamente el otro día le comenté que era una lástima mantener una habitación vacía habiendo tanta gente dispuesta a pagar cualquier cosa con tal de tener un techo bajo el que resguardarse. Pero, ya que *messer* Niccolò es una persona de importancia y este joven es primo tuyo, quizá acepte quedárselos.

Bartolomeo explicó que Serafina era la viuda de uno de sus distribuidores en Levante. Vivía en una casa de su propiedad y además el hijo mayor de la mujer trabajaba para él en su oficina de Esmirna. Serafina tenía otros dos hijos viviendo con ella, un chico que iba para sacerdote y una chica de catorce años. Precisamente estos hijos eran la causa de que rehusara alojar a gente desconocida en casa; no quería correr el peligro de exponerlos a las malas compañías.

—Hijo mío, si tú se lo pidieras, difícilmente podría decirte que no.

Era extraño oír a doña Caterina dirigirse a Bartolomeo como a su hijo cuando apenas debía ser dos o tres años mayor que él.

—Os llevaré yo mismo a verla —le dijo Bartolomeo a Maquiavelo—. Estoy seguro de que lo podremos arreglar.

Aurelia regresó seguida por una sirvienta que traía una bandeja con una botella de vino, copas y un plato de dulces. Luego la joven retornó a su asiento y a su labor de aguja.

—*Messer* Niccolò te ha traído la pieza de lino, querida —dijo Bartolomeo—. Podrás confeccionarme unas camisas.

—Dios sabe que necesitas unas cuantas nuevas —apuntó doña Caterina.

Aurelia sonrió, pero no dijo nada.

—Permitid que os muestre los bellos bordados que hace mi esposa.

Bartolomeo se dirigió a Aurelia y cogió la pieza de tela en la que estaba trabajando.

—Deja, Bartolomeo, que esto es cosa de mujeres —se apresuró a decir ella.

—Si *messer* Niccolò no ha visto nunca la labor de aguja de una mujer, ya va siendo hora de que lo haga.

—Soy un hombre casado, doña Aurelia —dijo Maquiavelo sonriendo, y su habitual rostro delgado y austero quedó súbitamente iluminado por un insólito atractivo.

—Mirad la belleza de su bordado, la elegancia del dibujo.

—¿Es esto una creación propia? ¿Será posible?

—Desde luego. Es una artista.

Maquiavelo alabó el trabajo tal y como se esperaba, y la prenda regresó a manos de la mujer,

que le dio las gracias con una sonrisa asomando en sus ojos brillantes. Tras comer los dulces y beber un vaso de vino, Bartolomeo propuso que se acercaran a visitar a la viuda Serafina.

—Su casa está justo detrás de la nuestra —dijo.

Maquiavelo y Piero lo acompañaron escaleras abajo. Cruzaron un pequeño patio en el que había un castaño y un pozo con un brocal de piedra labrada. Con las primeras heladas de otoño, el árbol había perdido las hojas y ahora alfombraban el suelo. Una pequeña puerta los condujo a un estrecho callejón.

—Es aquí —dijo Bartolomeo.

El callejón estaba desierto. Muy conveniente, pensó Maquiavelo; cualquier visitante potencial podría ir a verlo sin ser apercibido. Bartolomeo llamó a una puerta y un minuto después salió a abrirles una mujer. Era delgada y alta, tenía un rostro anguloso, la piel cetrina, ojos hoscos y pelo entrecano. Su mirada, al principio desconfiada, pasó a ser amistosa y efusiva en cuanto descubrió la identidad de quienes habían llamado. Les rogó que entraran en casa.

—Este es *messer* Niccolò Maquiavelo, primer secretario de la Segunda Cancillería y enviado en misión diplomática por la República de Florencia. Y este joven es mi primo Piero, sobrino de mi querido amigo y pariente Biagio Buonaccorsi.

Doña Serafina los condujo hasta una salita y allí Bartolomeo expuso el objeto de su visita. El rostro de doña Serafina se ensombreció.

—Oh, *messer* Bartolomeo, usted sabe que siempre me he negado a tener arrendatarios. Con dos hijos jóvenes viviendo conmigo, una nunca sabe quién se mete en casa.

—Claro, claro, Serafina, pero estas son personas de las que yo mismo respondo. Piero es mi primo, será buen amigo para vuestro Luigi.

La discusión siguió su cauce. En un principio, la viuda se mostró reacia, pero, a su manera campechana y amistosa, Bartolomeo se las arregló para dejar bien recalcado que el dueño de la casa era él y que, si así se le antojaba, podía echarla en cualquier momento. También le recordó que su hijo mayor estaba empleado en una de sus oficinas; los progresos que hiciera en su carrera dependían enteramente de su buena voluntad. Y todo este despliegue fue hecho con tal cordialidad y afabilidad que despertó la admiración de Maquiavelo. Bartolomeo podía parecer un simplón a primera vista, pero la verdad es que no tenía un pelo de tonto.

Serafina era pobre, no podía permitirse el lujo de ofenderlo. Acabó por ceder y, con una sonrisa tensa, les dijo que estaría muy contenta de hacerles el favor. Acordaron que Maquiavelo dispondría de un dormitorio y también podría hacer uso del salón; Piero dormiría con su hijo Luigi, y se colocarían dos colchones para los criados en el ático. La cantidad que Serafina pidió por el alquiler era alta y Bartolomeo así se lo hizo notar, pero Maquiavelo consideró que regatear sería indigno de su cargo oficial. Prefirió mostrar buena disposición y pagar sin chistar. No ignoraba que la mejor manera de ganarse el favor de alguien es permitir que a uno le roben un poco. Como era de esperar, las ventanas de la casa no tenían cristal, pero sí postigos y mamparas de papel aceitado que se podían abrir por completo o parcialmente para permitir la entrada de aire y de luz. En la cocina había chimenea y el salón se calentaba con un brasero. Serafina consintió en ceder su propio dormitorio a Maquiavelo, y ella y su hija se mudaron a una habitación más pequeña que había en el piso de abajo.

9

Una vez resuelto este asunto, Bartolomeo los dejó, y Maquiavelo y Piero regresaron al León de Oro para cenar. Estaban a punto de acabar cuando llegaron los dos criados de Scarperia con los caballos y el equipaje. Maquiavelo le pidió a Piero que los guiara hasta el monasterio; allí debían recoger todo lo que habían dejado la noche anterior.

—Después llevarás la pieza de lino a casa de Bartolomeo. Dile a la criada que se lo entregue a las señoras. No era una chica mal parecida, quizá valdría la pena que entablaras conocimiento con ella. Luego vete a casa de Serafina y aguarda allí hasta que llegue yo.

Durante un momento calló, pensativo.

—Es una charlatana y sin duda será amante de los comadreos. Siéntate un rato en la cocina con ella, seguro que estará contenta de tener compañía. Háblale de tu madre y deja que ella te cuente cosas de sus hijos. Luego trata de sonsacarle todo lo que puedas sobre Bartolomeo, su mujer y su suegra. Serafina le debe muchos favores a Bartolomeo, y lo más probable es que le guarde rencor; cuando la deuda de gratitud es demasiado grande, la gente tiende a albergar resentimiento contra sus benefactores. Tú solo eres un muchacho y tienes una expresión franca y honesta. Si te ganas su confianza, te abrirá su corazón. Lo que te encargo será una buena práctica para ti. Aprenderás que con palabras amables y discursos bonitos uno puede conseguir que la gente se traicione, dejando al descubierto sus sentimientos íntimos y el odio que anida en su corazón.

—Pero, *messer* Niccolò, ¿cómo podéis estar tan seguro de que Serafina odia a Bartolomeo?

—No lo estoy. Puede que solo sea una mujer charlatana y tonta. Pero es un hecho que ella es pobre y él es rico, y que ella depende enteramente de su generosidad. La carga de la gratitud es muy difícil de sobrellevar. Créeme, es más fácil perdonar las ofensas que te infligen tus enemigos que las bondades que te prodigan los amigos.

Dijo estas últimas palabras con una sonrisa afilada, y después se puso en camino porque tenía una cita con el agente de Florencia. Irían juntos a visitar a un conciudadano, un contable muy eficaz llamado Giacomo Farinelli, que se había exiliado de Florencia en tiempos de los Médici y ahora estaba a sueldo del duque. Farinelli ardía en deseos de volver a Florencia y recuperar las propiedades que le habían sido confiscadas, por lo que estaría predispuesto a serles útil. Cuando se reunieron con él, les confirmó lo que Bartolomeo le había explicado a Maquiavelo por la mañana. El gobierno del duque era severo pero competente. Sus súbditos estaban contentos con la nueva administración. Los ciudadanos de Imola, que habían sufrido bajo el yugo de príncipes mezquinos, gozaban ahora de una libertad desconocida en los últimos cien años. César Borgia había emitido una orden de reclutamiento válida en todos sus dominios según la cual cada familia aportaría un hombre joven y sano al ejército. De este modo, había conseguido crear una fuerza militar mucho más sólida y fiable que todas aquellas tropas formadas por mercenarios a sueldo. El rey Luis podía reclamar para sí, y cuando se le antojara, a los mercenarios franceses y gascones. Sus equivalentes suizos estaban siempre dispuestos a desertar si otro poderoso les presentaba una oferta mejor, y, en cuanto a los alemanes, estos eran el terror de la población civil, pues arrasaban cualquier territorio por el que pasaban. Por oposición, los soldados del duque llevaban con mucho orgullo el uniforme rojo y amarillo que se les había entregado, tenían una buena paga, recibían buena instrucción y estaban bien armados. El duque había conseguido inspirarles lealtad.

—¿Y qué hay de los capitanes? ¿Vitellozzo y los Orsini? —preguntó Maquiavelo.

No había noticias de ellos. Nadie sabía qué estaban haciendo.

—¿Qué ambiente se vive en palacio?

—Se diría que no sucede nada de importancia —contó Farinelli—. El duque es muy reservado y vive encerrado en sus aposentos. Los secretarios se comportan como si no existiera ningún motivo de preocupación. Nunca he visto a *messer* Agapito de mejor humor.

Maquiavelo frunció el ceño; estaba desconcertado. Era obvio que algo se estaba tramando y, aunque el contable se mostró más que bien dispuesto a contar todo lo que sabía, cuando la conversación llegó a su fin Maquiavelo se vio obligado a admitir que no estaba mejor informado que antes. Regresó a su alojamiento. Piero lo estaba aguardando.

—¿Entregaste el corte de lino? —le preguntó.

—Sí. *Messer* Bartolomeo no estaba en casa, sino en palacio. La criada me hizo esperar mientras llevaba la tela a las señoras. Cuando volvió, me dijo que ellas querían agradecerme personalmente el regalo. Así que subí a verlas.

—Entonces no te hiciste amigo de la criada, tal y como te dije.

—No se dio la oportunidad.

—Al menos podías haberle dado un pellizco o decirle que era bonita. Seguro que tuviste oportunidad para eso.

—Las señoras fueron muy amables conmigo. Me dieron fruta, pastel y vino. Me hicieron un montón de preguntas sobre usted.

—¿Qué te preguntaron?

—Querían saber cuánto tiempo llevaba usted casado y con quién, y también cómo es doña Marietta.

—¿Y hablaste con Serafina?

—Tenía usted razón respecto a ella, *messere*. Si usted no hubiera vuelto, aún seguiría contándome cosas. Creí que no iba a callarse nunca.

—Dime.

Cuando Piero acabó su narración, Maquiavelo lo obsequió con una sonrisa estupenda.

—Lo has hecho muy bien. Yo tenía razón al pensar que tu juventud le resultaría atractiva a una mujer madura. También adiviné que tu aire inocente alentaría sus confidencias.

Piero había conseguido descubrir una buena cantidad de información interesante.

Bartolomeo estaba muy bien considerado y gozaba de los favores del duque. En el momento presente, era uno de los ciudadanos más importantes de la ciudad. Se lo tenía por honrado, amable, generoso y devoto. El matrimonio con doña Aurelia era la tercera de sus uniones. La primera había sido arreglada por sus padres y duró ocho años; luego su esposa murió de cólera. Pasado un intervalo decente, volvió a casarse, pero también su segunda esposa murió, esta vez once años más tarde. Ambas consortes habían aportado sustanciosas dotes y ninguna de ellas tenía hijos de anteriores matrimonios. Bartolomeo había permanecido viudo durante tres años; luego se casó con Aurelia de manera inesperada. Aurelia había nacido en Sinigaglia, un puerto del Adriático en el que su padre había sido propietario y a la vez capitán de un bajel que transportaba mercancías a las ciudades de Dalmacia. Ambos, capitán y bajel, naufragaron durante una tormenta. La viuda quedó entonces reducida a la pobreza y se vio obligada a ganarse la vida como costurera. Su único hijo varón se había ahogado junto con el padre; le quedaban tres hijas, pero dos de ellas ya estaban casadas. En la época del naufragio, Aurelia tenía dieciséis años, y fue entonces cuando Bartolomeo la vio por primera vez. La muchacha no era de buena cuna ni poseía fortuna; en principio, no resultaba un partido adecuado para un hombre de su categoría. Pero él quedó prendado de su belleza virginal y además vio en ella una madurez que auguraba futura fecundidad. El tema no era baladí. Bartolomeo se moría de ganas de tener un hijo y este deseo se había convertido en el asunto más importante de su vida. Durante el tiempo en que estuvo casado con sus dos primeras esposas, mantuvo relaciones íntimas con algunas jóvenes de clase baja, pero ninguno de estos amores ilegítimos había dado fruto. El hecho de que doña Caterina hubiera tenido seis hijos (dos de los cuales habían muerto durante la infancia) demostraba que su linaje era fértil. Y, para asegurar más el tiro, Bartolomeo hizo algunas

indagaciones discretas y descubrió que las hermanas mayores de Aurelia tenían ya tres o cuatro hijos cada una; ambas habían dado a luz cada año con la regularidad que es propia de cualquier joven de su sexo. No obstante, el comerciante quiso ser cauto. Ya se había casado con dos mujeres estériles y no quería volver a hacerlo con una tercera. Mandó un intermediario para que negociara con doña Caterina. Les ofreció, a ella y a su hija, una buena asignación y alojamiento gratis en una de las villas que poseía en las afueras de Imola. A esta oferta sumó la promesa de reconocer a cualquier hijo que naciera de su relación con Aurelia. Estaba tan interesado en llegar a un acuerdo que incluso dio instrucciones al intermediario para que insinuara la posibilidad de un futuro matrimonio en caso de que el hijo nacido resultara ser un varón. Sus esfuerzos fueron vanos; ya fuera por motivos religiosos o por mor de una astucia mucho más apegada a lo crematístico, la cosa es que doña Caterina rechazó la propuesta con indignación. Su marido, un modesto capitán de barco, había sido sin duda un hombre honorable, y, aunque sus otras dos hijas no se habían casado con hombres de fortuna, ambas habían contraído alianzas respetables. Y, en suma, antes que permitir que su amada hija se convirtiera en la mantenida de un mercader, prefería mil veces meterla en un convento. Bartolomeo repasó la lista de posibles candidatas al matrimonio que había en Imola. Ninguna le resultaba tan atractiva como Aurelia, y ninguna parecía tener mejores aptitudes que ella para darle el heredero que deseaba tanto. Bartolomeo era un hombre de negocios y tenía los pies bien asentados en la tierra. Sabía que, cuando un hombre arde en deseos de poseer algo y no puede conseguirlo por el precio que él ofrece, tan solo le queda una solución, y esta es aceptar el precio que se le pide por ello. En definitiva, pidió la mano de Aurelia con la debida gentileza. Y fue aceptado de inmediato. Ahora bien, Bartolomeo no solo era un negociante, sino también un negociante astuto. Aurelia tenía veinte años menos que él y, por tanto, resultaba muy aconsejable buscarle una compañía que estuviera siempre a su lado, que la vigilara y atendiera. Y qué mejor acompañante que su madre; Bartolomeo invitó a doña Caterina a vivir con él y su esposa.

Llegados a este punto, siguió explicando Piero, Serafina soltó una risita maliciosa.

—El viejo bobo confía en ella —le contó—. Y hace mal, pues doña Caterina no le fue fiel a su marido. Cuando él se embarcaba, hacía lo que le daba la real gana. No se puede decir que fuera muy virtuosa.

—Es evidente que doña Caterina le cae mal —dijo Maquiavelo—, y me pregunto por qué. A lo mejor ella misma hubiera querido casarse con Bartolomeo y así lograr que este adoptara a sus hijos. Quizá sea solo envidia. Puede que no tenga ninguna importancia, pero siempre es bueno estar enterado de estas cosas.

El matrimonio había sido un acierto, Bartolomeo estaba encantado con su joven esposa. Le regalaba hermosos vestidos y joyas refinadas. Ella era cumplidora, respetuosa, sumisa; de hecho, era todo lo que debe ser una esposa. Sin embargo, aunque llevaban ya tres años de casados, Aurelia no había tenido ningún hijo y no parecía haber señales de que hubiera ninguno en camino. Esta carencia era la gran cruz en la vida de Bartolomeo, y, ahora que había recibido un título nobiliario, las ansias de tener un heredero habían aumentado más que nunca.

—¿Insinuó doña Serafina la posibilidad de que Aurelia le fuera infiel a su viejo marido? —preguntó Maquiavelo con una sonrisa.

—No. Raras veces sale de casa y cuando lo hace es solo para ir a misa, y aun entonces va siempre acompañada de su madre o de una sirvienta. Doña Serafina dice que es muy piadosa y que engañar a su marido le parecería un pecado mortal.

Maquiavelo ponderó el asunto.

—Dime, cuando hablaste a las señoras sobre mí, ¿les comentaste que doña Marietta estaba embarazada?

El muchacho se sonrojó.

—No creí que hubiera nada malo en ello.

—Y no lo hay, ninguno en absoluto. No me parece mal que lo sepan.

Maquiavelo sonrió de modo expresivo, pero a Piero se le escapó el significado de su sonrisa.

Tal y como se dijo anteriormente, Maquiavelo no se había casado con Marietta por amor. La respetaba, valoraba sus buenas cualidades y aprobaba la devoción que ella sentía por él. Era una ama de casa ahorradora que jamás despilfarraba una moneda, virtud importante para alguien que, como él, no disponía de grandes medios. Marietta sería la madre de sus hijos, y sería una buena madre. En definitiva, existían muchas razones para que él la mirara con afecto y benevolencia, pero jamás se le hubiera ocurrido pensar que tenía obligación de serle fiel. La belleza de Aurelia lo había dejado sin aliento, mas no era solo su belleza lo que lo había conmocionado. No recordaba que ninguna otra mujer le hubiera trastornado los sentidos de manera similar; le bastó con poner sus ojos sobre ella para sentir una excitación súbita y violenta. De hecho, era un deseo tan vehemente que incluso le estaba afectando la digestión. Había decidido que aquella mujer iba a ser suya a cualquier precio, aunque le fuera la vida en ello.

Maquiavelo era un gran entendido en sexo femenino, y raras veces fracasaba cuando se trataba de satisfacer su lujuria. No se hacía ilusiones respecto a su aspecto físico; había otros hombres mucho más apuestos que él, y otros tantos con la ventaja añadida de poseer fortuna y cargos de mucha más categoría. Pero él estaba muy seguro de sus capacidades como seductor; sabía cómo divertir al sexo opuesto y era muy hábil cuando decidía mostrarse halagador. Trataba a las mujeres de tal modo que ellas se sentían cómodas y a gusto con él. Pero, por encima de todo, las deseaba con gran intensidad, y esta intensidad de su deseo despertaba el deseo de ellas.

—Cuando una mujer descubre que la deseas, y todo su ser, su piel y su sistema nervioso comprenden lo que sientes por ella, será incapaz de resistirse. Tan solo te negará sus favores si está apasionadamente enamorada de otro —le había explicado a Biagio en una ocasión.

Era inimaginable que Aurelia estuviera enamorada de su marido, un hombre obeso y muchos años mayor que ella, con el que su madre la había casado solo porque la transacción económica les resultaba ventajosa. No obstante, seguro que Bartolomeo estaría en guardia; no podía ignorar que en la ciudad abundaban los jóvenes disolutos miembros de la corte del duque, y sin duda más de uno habría percibido ya la belleza de Aurelia. Por otra parte, lo más probable es que el criado de las mujeres, un tipo taciturno, de cejas gruesas, nariz grande y huesuda, boca cruel y ojos que parecían desconfiar de todo, fuera un espía de Bartolomeo puesto al servicio de las señoras para vigilar a la joven ama. La madre era otro elemento que considerar. Serafina decía que había vivido una juventud alegre. Quizá fuera cierto, pues tenía una mirada descarada; la clase de mirada propia de las mujeres que han vivido muchas aventuras. Si su hija tomaba un amante, a lo mejor no lo sentiría como un ataque a su virtud, pero aun así el asunto no dejaba de entrañar ciertos riesgos. Maquiavelo había llegado a la conclusión de que Bartolomeo era un hombre hinchado de vanidad, y él sabía, por experiencia, que cuando un hombre vanidoso descubre que le han tomado el pelo se convierte en el ser más rencoroso y vengativo que hay sobre la tierra. En suma, la hazaña que había decidido emprender no sería nada fácil, pero las dificultades hacían el asunto más interesante; Maquiavelo tenía confianza en sí mismo y disfrutaba con los desafíos. Estaba claro que lo primero era ganarse la confianza de Bartolomeo; tendría que cortejarlo, hacer que se sintiera seguro. También le sería muy útil estar en buenos términos con doña Caterina. Había sido buena idea pedir a Piero que interrogara a Serafina, pues ahora se había hecho una idea bastante clara de la situación general. Sin embargo, aún le faltaba información, y sería inútil exprimirse ahora el cerebro. Tenía una mente fértil e imaginativa; a su debido momento, llegaría la inspiración y entonces concebiría algún plan efectivo.

—Vámonos a cenar —le dijo a Piero.

Caminaron hasta el León de Oro y después de comer volvieron a su alojamiento. Los hijos de Serafina ya se habían acostado y ella estaba en la cocina zurciendo un par de medias. Maquiavelo ordenó a Piero que se retirase a su habitación, la que compartía con el hijo de Serafina. Después se dirigió a la viuda y, con mucha ceremonia, pidió permiso para sentarse a su lado y calentarse un rato cerca del fuego. El instinto le decía que doña Caterina no tardaría mucho en acudir a su casera para hacer averiguaciones sobre él, y quería que los informes fueran buenos.

Maquiavelo sabía ser un hombre encantador cuando se lo proponía, y esta vez se lo propuso.

Conversó largamente con Serafina. Primero se extendió en pormenores sobre la misión que le llevó a pasar una temporada en la corte francesa; en parte para entretenerla, pero sobre todo porque la narración le permitía impresionarla y darse lustre, poniendo de relieve su propia importancia. Así pues, le habló del rey y de su ministro, el cardenal, con naturalidad, como si él fuera un hombre de alta cuna y el trato familiar con ellos fuera cosa normal, y a continuación pasó a contarle chismorreos escandalosos e historias divertidas que hacían referencia a los galanteos de unas cuantas damas de la nobleza. Más tarde, cambió de tema y de tono para hablarle de doña Marietta, su mujer. Le dijo lo duro que había sido abandonarla precisamente ahora, estando ella embarazada, y le confesó que ansiaba retornar a Florencia y a su hogar feliz. En suma, se presentó como un hombre honesto y llano, y a Serafina no le cupo la menor duda de que se hallaba frente a un esposo leal y devoto; hubiera tenido que ser una mujer mucho más sagaz e inteligente de lo que era para pensar otra cosa. Tras explayarse sobre sus asuntos, Maquiavelo escuchó con interés y comprensión el relato de los de ella. La enfermedad y muerte de su marido, la descripción de los felices días del pasado y la de las angustias del presente, la responsabilidad que implicaba criar sola a dos hijos y prepararlos para su entrada en el mundo.

Serafina pensó que Maquiavelo era un hombre encantador, distinguido y amable. Y, cuando él habló de su estómago delicado y de los problemas digestivos que eran el suplicio de su vida, añadiendo que la comida del León de Oro no le convenía ni le resultaba apetitosa porque estaba habituado a los platos simples y caseros de doña Marietta, resultó la cosa más natural del mundo que Serafina reaccionara con presteza. Sin dudarlo un segundo, le dijo que si él se consideraba lo suficientemente llano como para avenirse a sentarse en la mesa con ella y sus hijos, estaría encantada de darles comida, tanto a él como a Piero. La oferta fue aceptada; de hecho, le interesaba mucho a Maquiavelo, porque le permitiría ahorrar dinero y además iba a serle útil en otros sentidos.

Acabada la velada, dejó a la viuda y subió a su habitación. Estaba satisfecho, había causado la impresión deseada. Una vez en su cuarto, encendió una vela y leyó a Tito Livio hasta que le entraron ganas de dormir.

10

Al día siguiente, se quedó en cama hasta bien entrada la mañana. Estuvo leyendo uno de los cantos del *Infierno* de Dante y, aunque conocía el magnífico poema casi de memoria, no por ello dejó de sentir la exaltación acostumbrada. Podía leerlo una y mil veces; la belleza de su lenguaje siempre lo sobrecogía y extasiaba. No obstante, en algún rincón de su cerebro acechaba la imagen de Aurelia inclinada sobre sus delicados bordados, y, de vez en cuando, se veía obligado a interrumpir la lectura para deleitarse en algunas fantasías bastante indecentes. Se preguntaba cómo se las podría arreglar para verla de nuevo. Claro que en un segundo encuentro quizá la hallaría menos deseable y, de alguna manera, eso sería una bendición; la verdad es que ya tenía suficientes obligaciones como para encima andar enredándose en líos amorosos. Pero, por otra parte, un romance también supondría una distracción agradable en medio de su compleja misión diplomática. La llegada de su criado Antonio interrumpió todas estas reflexiones. *Messer* Bartolomeo estaba abajo y deseaba verlo. Maquiavelo le mandó mensaje de que se reuniría con él al instante; luego se vistió y bajó las escaleras.

—Perdonadme que os haya hecho esperar, conde, pero estaba terminando de escribir una carta a la Señoría —mintió sin ningún empacho.

Cuando Bartolomeo oyó que Maquiavelo se dirigía a él por su título, esbozó un pequeño gesto de protesta, como dándole a entender que el asunto carecía de importancia, pero era evidente que se sintió halagado. Le traía noticias frescas. San Leo, la fortaleza más poderosa perteneciente a Urbino, había caído. La plaza estaba ubicada en lo alto de un peñasco aislado y tenía fama de inexpugnable, pero en aquellos días se estaban llevando a cabo obras de reparación en ella. Aprovechando la circunstancia, un grupo de campesinos armados había tirado abajo la puerta y masacrado a la guarnición del Valentino. La noticia se propagó de inmediato por otras ciudades y causó un levantamiento general. Cuando el duque fue informado de los hechos, padeció un acceso de furia. Sin duda, la revuelta había sido instigada por los capitanes conspiradores de La Magione, y eso solo podía significar una cosa: que habían decidido atacarle. El palacio bullía de actividad.

—¿De qué tropas dispone el duque ahora mismo? —interrumpió Maquiavelo.

—Lo mejor será que me acompañéis y lo veáis vos mismo.

—Dudo que su excelencia me conceda permiso para ello.

—Venid conmigo. Yo voy a ir al campamento en este momento, os llevo.

Aquella invitación era el motivo real de la visita, pensó Maquiavelo en un súbito arranque de lucidez. Bartolomeo no había acudido a él como un amigo desinteresado para ofrecerle información, sino que había sido enviado expresamente por el duque. Y Maquiavelo reaccionó como el cazador que acecha en el bosque y escucha el susurro de una posible presa moviéndose entre los matorrales. Mente y sentidos se agudizaron; entró en estado de alerta. Pero no dejó traslucirlo, y tan solo sonrió con amabilidad.

—Amigo mío, muy poderoso e influyente debéis ser si podéis entrar y salir del campamento a vuestro libre antojo.

Bartolomeo lanzó una carcajada rotunda.

—No, no, nada de eso —replicó Bartolomeo, con falsa modestia—. Sucede que el duque me ha puesto al frente de la comisión de ciudadanos que se encarga del aprovisionamiento de las tropas.

—Buen provecho sacaréis de ello, supongo —apuntó Maquiavelo con expresión ladina.

—Una ganancia insignificante, a lo sumo, os lo aseguro. El duque no es hombre al que uno pueda tratar a la ligera. Os voy a contar lo que sucedió en Urbino para que os hagáis una idea. Al parecer, la comida del campamento era de baja calidad, los hombres estaban muy descontentos y casi se amotinaron por esta razón. El incidente llegó a sus oídos. Indagó y descubrió que las quejas de los hombres eran justificadas. Entonces hizo ahorcar a tres de los responsables del aprovisionamiento.

—Entiendo. Haréis bien en andar con pies de plomo.

Se dirigieron al campamento, que estaba a cinco kilómetros de la ciudad. Lo formaban tres compañías de cincuenta lanceros comandados por capitanes españoles; además de otro centenar de lanceros, esta vez romanos, que se habían alistado en el ejército del duque por puro afán aventurero y ganas de medrar. Cada lancero disponía de un caballo y dos auxiliares: un paje montado en un poni y un soldado de infantería. Luego había dos mil quinientos mercenarios, y además se esperaba que los soldados reclutados por el duque, unos seis mil, llegaran en dos días. El Valentino había enviado a un agente a Milán con el encargo de alistar a quinientos soldados gascones en aquel momento diseminados en Lombardía, y también había mandado a otro agente para que contratara a mil quinientos suizos. Su artillería era formidable y estaba en buenas condiciones. A Maquiavelo le interesaban los temas militares; en el fallido sitio de Pisa, había adquirido cierta experiencia sobre la materia y se preciaba de tener buenos conocimientos. Durante la visita mantuvo los ojos muy abiertos. Hizo infinidad de preguntas, tanto a los oficiales como a los soldados rasos. Analizó la información obtenida en sus respuestas, desestimó la que parecía poco realista y dio por buena la que tenía visos de ser verdadera. Tras esta labor de cribado, llegó a la conclusión de que las fuerzas del duque estaban muy lejos de ser desdeñables.

Al volver a la ciudad, encontró un mensaje de Agapito de Amalia: el duque deseaba verlo esa noche a las ocho. Después de la cena, envió a Piero a casa de Bartolomeo con un mensaje; por la noche tenía audiencia con el duque, pero si a Bartolomeo le apetecía podían reunirse más tarde y tomar una copa de vino juntos en el León de Oro. Maquiavelo tenía claro que en aquel momento su única vía posible de relación con Aurelia pasaba por estar a buenas con el marido; no quedaba más remedio que entablar amistad con él. Bartolomeo era un alma confiada y le agradaba divertirse en buena compañía. El hecho de que un representante oficial de la República le propusiera amistad y un trato de confianza no podría por menos que halagar su vanidad.

Maquiavelo se retiró un rato a su habitación para dormir la siesta. Luego decidió que merecía la pena tener otra charla con Serafina. Quizá pudiera sonsacarla con más habilidad que Piero. Hasta el momento, ella le había hablado bien de Bartolomeo, pero a lo mejor había sido solo por discreción. Si sus ideas sobre la naturaleza humana no iban erradas, la gratitud que Serafina sentiría por aquel hombre grasiento sería bastante relativa. Lo más seguro es que en el platillo de la balanza pesara mucho más el resentimiento por los favores omitidos que el agradecimiento por los concedidos. Maquiavelo se consideraba lo suficientemente inteligente como para inducirla a revelar sus sentimientos reales.

Tras levantarse, se dirigió hacia el salón. Bajó las escaleras mientras canturreaba el estribillo de una canción florentina en voz un poco más alta de lo necesario.

—Ah, estáis aquí, Serafina —dijo, al pasar frente a la puerta de la cocina—. Creí que habíais salido.

—Tenéis una hermosa voz, *messere* —dijo ella.

—Mil gracias. ¿Me permitís entrar un minuto?

—Mi hijo mayor también posee buena voz. *Messer* Bartolomeo lo invitaba a ir a su casa a menudo y cantaban juntos. *Messer* es un bajo, aunque resulta sorprendente que un hombre de su corpulencia y fuerza tenga una voz tan poco potente.

Las últimas palabras eran significativas, y a Maquiavelo se le enderezaron las orejas.

—A Biagio Buonaccorsi, primo de *messer* Bartolomeo, y a mí nos gusta mucho cantar juntos. ¡Qué pena que no haya podido traer mi laúd! Hubiera sido un placer entreteneros con algunas de

mis canciones.

—Qué coincidencia. Mi hijo dejó su laúd aquí. Quería llevárselo cuando partió a Levante, pero yo no se lo permití. Es un instrumento de valor y perteneció a su padre, mi pobre marido. Fue el regalo de un caballero al que había hecho un favor.

—¿Me lo dejaríais ver?

—Hace tres años que nadie lo usa. Supongo que se habrán roto algunas de las cuerdas.

Fue en su busca y, un poco más tarde, lo puso en manos de Maquiavelo. Era un bello instrumento de cedro con incrustaciones de marfil. Él lo templó y luego se puso a cantar en voz bajita. Maquiavelo no solo era un buen aficionado a la música, sino que también había estudiado armonía y composición. Él mismo había creado aquella y otras melodías, y también les había puesto la letra. Cuando terminó la canción, vio que los ojos de Serafina estaban llenos de lágrimas. Apartó el laúd y la miró con amabilidad.

—No era mi intención haceros llorar.

—Me recuerda a mi chico —Serafina dio un suspiro—. Lejos de casa, viviendo entre paganos y expuesto a tantos peligros.

—La experiencia le será beneficiosa, y, gozando de la protección de *messer* Bartolomeo, se puede decir que tiene el futuro asegurado.

Serafina le lanzó una mirada esquinada.

—Naturalmente. Lázaro se ve obligado a agradecer las migajas de pan que caen de la mesa de los ricos.

El amargo comentario de la viuda confirmaba sus anteriores conjeturas; había estado en lo cierto al creerla resentida.

—Las Sagradas Escrituras nos aseguran que, una vez en el reino de los cielos, las posiciones se intercambiarán —le contestó.

Serafina lanzó una carcajada que más bien semejó un bufido.

—Desde luego. Lo que sí os puedo asegurar es que él daría la mitad de su fortuna por tener unos hijos como los míos.

—Entiendo. Es extraño que ninguna de sus tres esposas le haya dado un hijo.

—Vosotros, los hombres, siempre preferís creer que la culpa es de la mujer. Doña Caterina es una mujer que tiene los pies en el suelo, y sabe que si Aurelia no tiene pronto un hijo las cosas no pintarán nada bien para ellas dos. Se acabaron los vestidos hermosos, los anillos y brazaletes. He tratado con Bartolomeo toda mi vida. No es de los que regalan algo a cambio de nada. Doña Caterina está preocupada y hace bien en estarlo. Ahora mismo da buenos dineros a fray Timoteo, le ha pedido que rece por ella y que diga misas para que su hija conciba.

—¿Y quién, si se puede saber, es este fray Timoteo?

—Su confesor. Bartolomeo le ha prometido hacer donación de una Virgen con niño cuando Aurelia tenga un hijo. Y fray Timoteo está sacando buen provecho de la familia, los tiene a todos comiendo de la palma de su mano. Pero el fraile está al corriente de lo que pasa, igual que lo estoy yo. Bartolomeo es estéril.

Maquiavelo no había esperado recibir informaciones tan jugosas, y de pronto su mente forjó un plan, tan bello y luminoso como simple. Había llegado el momento de finalizar la conversación. Acarició las cuerdas del laúd como al desgaire.

—Tenéis razón, Serafina, es un hermoso instrumento. Y resulta muy placentero tocarlo. Comprendo que le hayáis prohibido a vuestro hijo llevárselo al extranjero.

—Sois un hombre bondadoso y comprensivo, *messere* —contestó ella—, y, si os apetece tocar, con mucho gusto yo os lo presto durante el tiempo que estéis alojado aquí. Me consta que lo trataréis con todo cuidado.

La oferta de Serafina le ahorró trabajo a Maquiavelo, pues en aquel preciso momento estaba maquinando cómo conseguir que la mujer le prestara el instrumento. «Desde luego —se dijo con complacencia—, había que reconocer que tenía buena mano con las mujeres». Lástima que esta fuera vieja, demacrada y macilenta; de otro modo, no le hubiera importado cometer una pequeña

locura con ella. Le dio las gracias efusivamente.

—Me reconfortará el corazón poder cantar las cancioncillas que tanto gustan a mi esposa. Hace muy poco que nos hemos casado y está embarazada; me ha sido difícil abandonarla. Pero ¿qué le vamos a hacer? Soy un servidor de la República y debo anteponer el deber a mis deseos personales.

Cuando, un rato más tarde, Maquiavelo se separó de Serafina, dejó a la mujer convencida de que su huésped era no solo una persona distinguida, sino también un buen marido, un amigo sincero en el que se podía confiar, y un hombre honesto y encantador.

11

A la hora acordada, uno de los secretarios del duque se presentó en casa de Maquiavelo. Venía acompañado por una escolta de hombres con antorchas. Maquiavelo llamó a uno de sus criados y se pusieron todos en camino hacia palacio. El duque lo recibió con unas muestras de afecto que resultaban bastante extravagantes teniendo en cuenta que dos noches antes lo había despedido en un arrebato de ira. Parecía estar de un humor inmejorable. Mencionó la caída de la fortaleza de San Leo tan solo de pasada, y habló como si estuviera convencido de poder resolver el conflicto de Urbino sin dificultad. A continuación, pasó a explicar el motivo de la audiencia, y lo hizo adoptando un tono íntimo y confidencial que hubiera halagado a Maquiavelo de no ser este inmune a tales lisonjas. Quería comunicarle, dijo, unas noticias que seguramente serían de interés para los caballeros de la Señoría. Dicho esto, le enseñó una carta que acababa de recibir del obispo de Arlés, nuncio papal en Francia. En la misiva, el obispo le explicaba que el rey y su ministro, el cardenal, no deseaban otra cosa que complacerlo. Se habían enterado de que necesitaba hombres para atacar Bolonia y, en consecuencia, habían dado órdenes al señor de Chaumont de Milán para que le mandara trescientos lanceros comandados por el señor de Lancres. El obispo continuaba diciendo que, a petición del propio duque, él mismo se personaría en Parma con otros trescientos lanceros. César Borgia le pasó la carta a Maquiavelo para que la leyera y diera fe de su autenticidad.

El duque tenía motivos más que sobrados para estar de buen humor. Si tras haber capturado Urbino no se había lanzado de inmediato sobre Florencia, había sido solo porque los franceses enviaron fuerzas para proteger la ciudad, lo que significaba que debía descartar cualquier ayuda de esa parte, al menos en aquel momento. Esta certeza fue la que envalentonó a sus capitanes y alentó la rebelión contra él. Pero si ahora, por los motivos que fueran, Luis de Francia estaba de nuevo dispuesto a darle su apoyo, entonces su situación había mejorado de modo ostensible.

—Y ahora, secretario, prestad atención a lo que voy a deciros. Esta carta es la respuesta a mi petición de ayuda para atacar Bolonia. Vos sois testigo de su contenido: ya veis que no me faltarán fuerzas ni poder para aplastar a esos bandidos. Las máscaras han caído en el momento más oportuno. Ahora sé quiénes son mis amigos y quiénes son los enemigos de los que debo protegerme. Os digo todo esto para que podáis notificarlo a vuestros superiores; de este modo, comprenderán que estoy bien pertrechado para capear esta tormenta. Tengo buenos amigos, y me agradaría poder decir que los caballeros de la Señoría se cuentan entre ellos, pero para eso deben mostrar su buena voluntad a llegar a un acuerdo conmigo, y sin más dilaciones. De lo contrario, estoy decidido a cortar toda relación con Florencia. Y os aseguro que si se da el caso la ruptura será para siempre, no importa lo que suceda después. Pues nunca, jamás, volvería a apelar a su amistad, aun cuando me encontrara con el agua al cuello.

Las palabras eran una clara amenaza, pero las pronunció en un tono tan alegre y amable que no resultaron ofensivas. Maquiavelo le contestó que escribiría e informaría a la Señoría de todo lo dicho sin más tardanza. El duque le deseó las buenas noches con cordialidad.

Cuando Maquiavelo llegó a la fonda, encontró a Bartolomeo esperándolo ya. Pidieron vino caliente con especias. Maquiavelo imaginó que Bartolomeo estaba al corriente de las noticias, y, si no lo estaba, pronto lo estaría. Aun así, le contó su conversación con el duque, no sin antes suplicarle que guardara el secreto, para así otorgar más relevancia a sus palabras. Coloreó un tanto la historia, algo que convenía a sus intereses, explicándole que el duque había hablado en términos muy elogiosos de él. Y, cuando su obeso interlocutor quiso saber cuáles habían sido

exactamente esos términos, no tuvo ningún reparo en mostrarse más específico. Bartolomeo se hinchó como un pavo real. Estaba en las nubes.

—*Messer* Bartolomeo —le dijo sin ningún empacho—, ahora mismo ya sois el hombre más importante de Imola. Si el papa vive y sus negocios con el duque prosperan, no me sorprendería veros convertido en uno de los más importantes de Italia.

—No apunto tan alto, querido amigo. Tan solo soy un comerciante.

—¿Y qué sino un comerciante fue Cosme de Médici? Sin embargo, se convirtió en el máximo dirigente de Florencia, y su hijo, Lorenzo el Magnífico, se codeó con reyes y príncipes como un igual.

Su dardo había hecho diana, lo supo de inmediato por la expresión del rostro de Bartolomeo.

—¿Es verdad que vuestra esposa está embarazada, *messer* Niccolò?

—Sí, y creedme que es una gran alegría. Espera dar a luz el año próximo.

—Sois más afortunado que yo —suspiró Bartolomeo—. He tenido tres esposas y ninguna de ellas me ha dado un hijo.

—Doña Aurelia es una joven fuerte y saludable. Me resulta impensable creer que sea estéril.

—¿Qué otra explicación puede haber? Llevamos casados tres años.

—Quizá si la llevarais a tomar los baños…

—La llevé a los baños, y, cuando la medida no surtió efecto, entonces la llevé de peregrinación a Santa María de la Misericordia, en Alviano. Allí hay una Virgen milagrosa que hace concebir a las mujeres estériles, pero tampoco sirvió de nada. No podéis ni imaginar cuánto me mortifica este asunto. Mis enemigos van por ahí diciendo que soy impotente. ¿Yo, impotente? Qué absurdo, existen pocos hombres más viriles que yo. Mirad lo que os digo: he sembrado de bastardos todos los pueblos cercanos a Imola, no se salva ni uno en diez millas a la redonda. Me consta.

Maquiavelo sabía que esto era mentira.

—¿Cómo puede ser que haya tenido tan mala suerte como para casarme con tres mujeres estériles?

—No debéis desesperar, amigo mío. Siempre cabe un milagro, y estoy seguro de que nuestra santa madre Iglesia os sabe digno y merecedor de ello.

—Esto es, precisamente, lo que me dice fray Timoteo. Reza por mí cada día.

—¿Fray Timoteo? —preguntó Maquiavelo como si el nombre no significara nada para él.

—Nuestro confesor. No se cansa de repetirme que debo tener fe.

Maquiavelo pidió más vino y emprendió la tarea de levantar los ánimos de Bartolomeo. Primero se dedicó a halagarlo con astucia, pidiéndole consejo sobre cómo comportarse durante las difíciles negociaciones con el duque. Luego pasó a contarle unas cuantas historietas indecentes; tenía un buen surtido de ellas en reserva y sabía contarlas con mucha gracia. Bartolomeo las celebró con grandes risotadas y, para cuando los dos hombres se separaron, tenía claro que jamás había conocido compañero de bebida tan entretenido como aquel enviado de Florencia. Maquiavelo, por su parte, decidió que la velada había sido provechosa. En general, era un hombre moderado, y además aguantaba bien el alcohol. Bartolomeo acabó la velada ligeramente achispado; él, en cambio, estaba por completo sereno. De vuelta a su alojamiento, procedió a redactar una larga carta a los caballeros de la Señoría explicándoles su entrevista con el duque, la visita al campamento, las tropas que tenía a su disposición y las que iban a llegarle próximamente. Escribió con fluidez, sin borrones ni correcciones. Después leyó el texto. Era una buena carta.

12

El Valentino tenía por costumbre trabajar hasta bien entrada la noche y, en consecuencia, no solía madrugar. Sus secretarios, a los que sobrecargaba de trabajo, aprovechaban la circunstancia para darse un respiro. Y lo mismo hizo Maquiavelo, pues, una vez despachada la carta escrita la noche anterior, poco le quedaba por hacer hasta la hora de la cena. Pasó la mañana leyendo su ejemplar de Tito Livio, anotando, aquí y allá, algunas reflexiones sobre la lectura. Después se entretuvo tañendo el laúd que le había prestado la viuda. Su sonoridad era bella, grave pero dulce; ya la primera vez que lo tuvo en las manos se dio cuenta enseguida de que casaba muy bien con su voz de barítono ligero. El día había amanecido soleado y se sentó al lado de la ventana abierta para disfrutar del gratificante calorcillo. En algún lugar no muy lejano, estaban quemando madera; el humo que desprendía acariciaba su olfato con agradables aromas. El callejón que separaba la casa de Serafina de la de *messer* Bartolomeo era tan angosto que a un burro cargado con alforjas le hubiera sido difícil pasar por él, y desde su ventana Maquiavelo podía ver el minúsculo patio de la casa vecina, con su pozo y su nogal. Se puso a cantar. Le gustó el sonido de su propia voz: aquella mañana la tenía clara y limpia. Siguió cantando. Notó que en la casa de enfrente se entreabría una ventana. No supo dilucidar quién estaba tras ella; ni siquiera alcanzó a ver la mano que descorrió la pantalla de papel. Sin embargo, sintió un estremecimiento de emoción. Tenía el convencimiento de que aquella persona invisible no era otra que Aurelia. Cantó dos de sus canciones favoritas, ambas canciones de amor, y estaba a mitad de la tercera cuando la ventana se cerró de golpe, como si la persona que escuchaba se hubiera visto repentinamente sorprendida por alguien que entrara en la habitación. El gesto lo desconcertó; quizá quien había estado tras la ventana había sido una de las sirvientas y no quería que su ama la pillara escuchando las canciones de un extraño en vez de ocupada en las labores que eran su obligación. Más tarde, durante la cena, dirigió la conversación hacia el tema y se las arregló para descubrir que la ventana entreabierta era la del cuarto donde dormían Bartolomeo y su joven esposa.

Al atardecer, se dirigió a palacio para intentar conseguir audiencia con el duque o, al menos, con alguno de sus secretarios, pero fracasó en ambos intentos. Después entabló conversación con varias personas que deambulaban, ociosas, por los pasillos. Preguntó por las últimas noticias y le contestaron que no sabían nada, pero él tuvo la impresión de que sí había pasado alguna cosa. En cualquier caso, fuera lo que fuera, se mantenía en secreto. Antes de abandonar el lugar, se topó con Bartolomeo. Había acudido a palacio porque tenía una cita con el duque, pero le acababan de notificar que este se hallaba demasiado ocupado como para recibirlo.

—Los dos estamos perdiendo el tiempo aquí —le dijo Maquiavelo con afable cordialidad—. Vamos al hostal a tomar un vaso de vino. Podríamos echar una partida de cartas o, si vos jugáis al ajedrez, una de ajedrez.

—Soy un gran aficionado al ajedrez.

De camino al León de Oro, Maquiavelo le preguntó si sabía el porqué de tanto ajetreo en palacio.

—No tengo ni la menor idea. Y no he conseguido que nadie me dijera nada.

En la voz de Bartolomeo apuntaba un leve toque de malhumor, por lo que Maquiavelo sospechó que decía la verdad. El mercader tenía un alto concepto de sí mismo y de su propia importancia, y le resultaría humillante constatar que no contaba con la confianza absoluta del duque.

—Me han dicho que, cuando el duque desea mantener algo en secreto, no lo comparte con nadie, ni siquiera con sus más íntimos —dijo Maquiavelo, conciliador.

—Se ha pasado el día encerrado y despachando con sus secretarios. Han estado enviando un mensajero tras otro.

—Es obvio que ha sucedido alguna cosa.

—Sé que esta mañana ha llegado un correo de Perugia.

—¿Un correo? ¿O alguien disfrazado de correo?

Bartolomeo le lanzó una mirada veloz.

—No lo sé. ¿Qué es lo que sospecháis?

—Nada. Solo estaba preguntando.

Del palacio al hostal había tan solo un breve paseo. Al llegar, pidieron una jarra de vino y un tablero de ajedrez. Maquiavelo jugaba bien, y pronto descubrió que Bartolomeo no era un rival a su altura, pero le divirtió complicar y alargar las jugadas para, al final, dejar que su adversario le derrotara. Bartolomeo se hinchó de orgullo y, mientras tomaban el vino, le fue señalando a Maquiavelo los errores que había cometido en el juego y qué jugadas debería haber realizado para neutralizar la estrategia de su oponente. Maquiavelo se culpó a sí mismo por su falta de visión. De camino a sus respectivos domicilios, Bartolomeo le comentó que aquella mañana su suegra había escuchado cantar a alguien en la casa vecina.

—Una voz muy hermosa, me ha dicho. ¿Era la vuestra o la de mi joven primo Piero?

—La voz de Piero es más bonita que la mía, pero el que cantaba era yo. Me halaga mucho que doña Caterina haya apreciado en algo mis esfuerzos. Suelo cantar a menudo con Biagio y otro par de amigos.

—También yo disfruto con el canto, y soy un bajo bastante bueno.

—Pues Piero es un tenor, con lo cual los tres juntos haríamos una excelente combinación. Si algún día os apetece y tenéis tiempo libre, y si mis aposentos no os resultan demasiado desagradables, venid a casa y le ofreceremos un pequeño concierto a nuestra buena amiga Serafina.

Maquiavelo había lanzado su anzuelo con astucia; ahora quedaba por ver si el pez se lo tragaría. No pareció que fuera a ser así.

—Claro que sí —respondió Bartolomeo con prontitud—. Lo haremos, lo haremos. Me traerá recuerdos de mi juventud. Entonces, yo vivía Esmirna, y nos juntábamos a todas horas con los italianos para dar serenatas.

«Paciencia —se dijo Maquiavelo—, paciencia».

De vuelta en su alojamiento, cogió una vieja baraja grasienta y se puso a hacer solitarios. Le daba vueltas a lo que Bartolomeo le había dicho y a lo que había descubierto a través de Serafina. Ya tenía un plan, y era un buen plan, pero para llevarlo a cabo necesitaba agudizar el ingenio. Cuanto más pensaba en Aurelia, más se le encendía la imaginación. Y le divertía enormemente la idea de que quizá él pudiera darle a Bartolomeo ese hijo, preferiblemente un varón, que tanto ansiaba. Después de todo, reflexionaba, raras veces la vida le pone a uno en situación de realizar una buena obra procurándose al mismo tiempo un placer tan grande.

Estaba claro que debía ganarse la buena voluntad de doña Caterina, pues sin su ayuda no podía hacer nada. Pero para reclutarla para su causa necesitaba intimar lo suficiente con ella, cosa que no iba a resultar fácil. ¿Cómo hacerlo? Doña Caterina era una mujer de aspecto voluptuoso, y Piero era un joven atractivo. Quizá podría convencerlo de que se acostara con ella; siendo una mujer madura, seguro que se mostraría agradecida. Sin embargo, desestimó la idea; serviría mejor a sus propósitos que Piero se convirtiera en amante de la criada. Volvió a pensar en doña Caterina y recordó lo que había oído: que en sus tiempos mozos había sido de vida alegre. Maquiavelo estaba convencido de que todas las mujeres se convierten en celestinas cuando dejan de ser deseables; llegada esa edad en la que ciertos placeres les están ya prohibidos, el instinto natural de su sexo las llevará a disfrutarlos por vía interpuesta. Y, en lo que se refería al honor de Bartolomeo, lo más seguro es que a doña Caterina le importara un comino. Lo que a ella le

convenía es que Aurelia tuviera un hijo.

¿Y qué decir de aquel fray Timoteo? Era el confesor de las mujeres, un amigo de la familia. Quizá valiera la pena hacerle una visita y ver de qué pie cojeaba. A lo mejor podía ser un instrumento útil. Las especulaciones de Maquiavelo se vieron interrumpidas por un ligero golpecito en la ventana. Levantó los ojos del solitario, pero permaneció inmóvil. El pequeño golpe, suave y discreto, se repitió. Fue a la ventana y entreabrió un poco uno de los postigos. Se escuchó un murmullo:

—Farinelli.

—Espere.

—Vengo solo.

Maquiavelo se dirigió a la puerta que daba al pasaje y la abrió. En la oscuridad, tan solo alcanzó a distinguir la silueta de alguien de pie en el callejón. Estaba arrebujado en una capa y usaba un pañuelo para ocultar su rostro. Era Farinelli, aquel contable florentino con el que Maquiavelo había contactado al día siguiente de su llegada. Se deslizó dentro de la casa y siguió a Maquiavelo hasta el salón. Estaba iluminado por una sola vela. Farinelli se sentó muy cerca de Maquiavelo para no tener que alzar la voz.

—Tengo algo importante que deciros —le dijo en un susurro.

—Hablad.

—¿Puedo contar con que los caballeros de la Señoría se mostrarán generosos si la información que vengo a ofreceros es útil a vuestro Gobierno?

—Sin duda alguna.

—Esta mañana llegó a palacio un mensajero con un correo. Los capitanes rebeldes se han aliado y han firmado un documento de acuerdo. Se comprometen a prestar apoyo a Bentivoglio en la defensa de Bolonia y a reinstaurar a los príncipes que han sido expulsados de sus dominios, y también acuerdan que ninguno de ellos iniciará negociaciones por su cuenta con el duque. Han decidido reclutar a setecientos soldados armados, un centenar de jinetes de caballería ligera y nueve mil hombres de infantería. Bentivoglio va a atacar Imola; Vitellozzo y los Orsini marcharán sobre Urbino.

—Desde luego, eso sí son noticias —dijo Maquiavelo.

Estaba agradablemente excitado. Disfrutaba con la acción, muy en especial cuando le era dado contemplar los acontecimientos como un mero espectador, exactamente lo que sucedía ahora mismo. Sería estimulante anticipar y tratar de imaginar las nuevas estrategias que idearía el duque, y cuáles serían sus siguientes movimientos al verse enfrentado a este nuevo peligro.

—Y aún tengo más noticias —continuó Farinelli—. Vitellozzo ha insinuado al duque que está dispuesto a llegar a un compromiso con él, siempre y cuando este le ofrezca garantías firmes de que no actuará contra los suyos ni hará intento alguno para apoderarse de Castello, su propio Estado.

—Y vos, ¿cómo sabéis todo esto?

—Basta con decir que lo sé.

Maquiavelo estaba perplejo. Conocía a Vitellozzo, era un hombre huraño, desconfiado y de humor errático, sujeto a súbitos raptos de furia y a ataques de depresión profunda. La sífilis que padecía había causado tan hondos estragos en su cuerpo y mente que raras veces se hallaba en posesión de sus facultades. No había modo de saber qué perversos planes tramaba su torturado cerebro. Maquiavelo despidió al contable.

—¿Puedo contar con vuestra discreción, *messer* Niccolò? Si se descubriera que os he contado todo esto, poco valdría mi vida.

—Lo sé. Y no tengo por costumbre matar a la gallina que me da huevos de oro.

13

A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron. Cuando el levantamiento de Urbino llegó a oídos del duque, este envió a dos de sus capitanes, don Hugo de Moncada y don Miguel de Corella, ambos españoles, para sofocar la rebelión. Se acuartelaron en Pérgola y Fossombrone, y desde allí arrasaron los territorios colindantes, saqueando las ciudades y asesinando a la mayor parte de sus habitantes. En Fossombrone, las mujeres prefirieron arrojarse al río junto con sus hijos antes que verse sometidas a la ferocidad salvaje de semejante soldadesca. El duque hizo llamar a Maquiavelo y le contó estas hazañas con ligereza; estaba de un humor excelente.

—El clima de la región no ha mejorado la salud de los insurgentes. No parece sentarles demasiado bien —le dijo con una sonrisa lobuna.

César Borgia acababa de recibir noticias del representante papal en Perugia. Cuando los Orsini llegaron a esta ciudad, lo primero que hicieron fue visitarlo para reiterarle su lealtad al santo padre, y de paso aprovecharon para pedir disculpas por su conducta. Maquiavelo recordó lo que Farinelli le había dicho sobre Vitellozzo.

—¿Por qué iban a hacer semejante cosa los Orsini? —le dijo a César.

—Usad vuestro cerebro, secretario. Lo hacen para ganar tiempo. No están lo suficientemente preparados para atacarme, y actúan como si aún existiera la posibilidad de que arreglemos nuestras diferencias y lleguemos a un acuerdo.

Pocos días después, Vitellozzo tomó la ciudad de Urbino por asalto y el duque mandó llamar a Maquiavelo de nuevo. Este esperaba hallarlo afectado por las malas noticias, pero el Valentino ni siquiera las mencionó.

—Deseo hablaros de los asuntos que conciernen a vuestro Gobierno y a nuestros intereses comunes —le dijo—. He recibido esta carta de alguien a quien mandé a Siena.

Inició su lectura en voz alta. La había escrito un miembro de la poderosa familia de los Orsini, un bastardo que él había contratado a su servicio. Explicaba que había hablado con los cabecillas de la conspiración y que estos le habían manifestado deseos de reconciliarse con el duque. Estarían dispuestos a aceptar su autoridad para volver a trabajar a sus órdenes siempre y cuando él abandonara la idea de atacar Bolonia. A cambio, y como compensación, ellos le proponían aunar fuerzas para invadir los territorios de Florencia.

—Os he leído esta carta para que veáis el grado de confianza que os otorgo, secretario —añadió al terminar de leer la carta—, y la fe que tengo en vuestro Gobierno. En justa correspondencia, la Señoría debería rectificar su actitud pasada y volver a depositar su confianza en mí. Si así lo hacen, os aseguro que no voy a defraudarlos.

Maquiavelo no sabía cuánto creer de todo aquello. Los Orsini eran enemigos acérrimos de Florencia y, desde luego, si se diera la oportunidad de restaurar a los exiliados Médici en el poder, serían los primeros en acoger la idea con entusiasmo. Por ello, la oferta que le habían hecho al duque parecía bastante plausible. Maquiavelo intuía que si este no la había aceptado era tan solo porque temía la furia del rey Luis. Y si ahora había decidido hacer pública la propuesta, era porque eso le permitía colocar a la Señoría en un compromiso. Se trataba de un simple chantaje. El Valentino quería que el Gobierno de la República le restituyera su contrato, aquella provechosa *condotta* que tiempo atrás le había impuesto con amenazas y que luego, pasado el inminente peligro, la Señoría había anulado, algo que lo había humillado y ofendido. *Condotta* era el término con el que se designaba un contrato con los capitanes mercenarios; de ahí que a

estos se los llamara condotieros. Estos pactos solían hacerse por un periodo determinado de tiempo, y el precio de la contratación se decidía tras negociaciones largas y correosas por ambas partes. El dinero recibido le servía al condotiero para pagar a sus propios hombres y, naturalmente, para sacar un beneficio personal sustancioso.

Dos días más tarde, las fuerzas de los capitanes rebeldes atacaron y derrotaron a los ejércitos del duque que peleaban bajo el mando conjunto de los dos españoles. Don Hugo de Moncada fue hecho prisionero, y don Miguel de la Corella quedó herido, pero consiguió escapar y se refugió en la fortaleza de Fossombrone. No se trataba de una retirada táctica, sino de un descalabro sin paliativos. En Imola, las noticias se mantuvieron en secreto. Tal y como Maquiavelo escribió a los caballeros de la Señoría, en la corte del duque no se hablaba de ningún asunto o acontecimiento que no pudiera exponerse en la plaza pública. No obstante, él tenía sus propios métodos para enterarse de lo que era relevante, y, tan pronto como llegó a sus oídos lo sucedido, se dirigió a palacio y pidió una audiencia.

Maquiavelo fue llevado en presencia del duque. Sentía una gran curiosidad, tenía ganas de ver en qué estado iba a encontrar a César Borgia. Hasta el momento, se había mostrado siempre imperturbable y muy seguro de sí mismo, pero ahora las tornas habían cambiado. Lo acechaban la ruina y la derrota, y sin duda sabía que no podría esperar clemencia de sus enemigos. Lo halló calmado, incluso alegre. Habló de los rebeldes con desdén.

—No pretendo vanagloriarme de nada —dijo—, pero espero que el desenlace de esta historia, sea el que fuere, acabe por demostrar de qué madera están hechos ellos y de qué madera estoy hecho yo. Los conozco como a la palma de mi mano, a la pandilla entera, y tengo muy pobre opinión de todos ellos. Vitellozzo goza de gran reputación, pero de él solo puedo decir que jamás lo he visto llevar a cabo una acción que requiera auténtico coraje. Apela siempre a su enfermedad como pretexto, pero lo cierto es que solo sirve para arrasar territorios indefensos y robar a quienes carecen de agallas suficientes para oponerse a él. Es un falso amigo y un enemigo traicionero.

Maquiavelo no podía reprimir su admiración por aquel hombre que se enfrentaba a su destrucción con tan indomable espíritu. La situación de César Borgia era desesperada. Los Bentivoglio, señores de Bolonia, lo acechaban en las fronteras del norte de sus posesiones. Vitellozzo y los Orsini, alentados por la reciente victoria, debían estar ya avanzando en las del sur. Sería atacado simultáneamente en dos frentes y por dos ejércitos superiores al suyo; parecía imposible que pudiera librarse de un aniquilamiento total. El Valentino no era amigo de Florencia; de hecho, su caída y muerte significarían un alivio para la República. Pero Maquiavelo, aun contra su voluntad, y a pesar de que se tratara solo de una vaga aspiración, deseaba que César Borgia consiguiera salir con éxito de los apuros en los que se hallaba.

—He recibido cartas de Francia —le dijo, tras una pausa—. Me comunican que el rey Luis ha transmitido órdenes a vuestro Gobierno. Deberán concederme toda la ayuda que yo les solicite.

—No tengo noticias de semejante orden —replicó Maquiavelo.

—Bien, pues es la verdad. Escribiréis ahora mismo a vuestros superiores y les diréis que me envíen diez escuadrones de caballería. En vuestro mensaje podéis añadir que estoy dispuesto a sellar una alianza firme e indisoluble con ellos. De esta manera, podrán siempre contar con mi ayuda y gozar de todas las ventajas y beneficios que se desprenden de mi buena fortuna.

—Naturalmente, transmitiré las instrucciones que me dé su excelencia.

El duque no estaba solo. En la sala, se hallaban también Agapito de Amalia, su primo el obispo de Elna y otro secretario. Se hizo un repentino silencio que no auguraba nada bueno. El duque contempló al enviado de Florencia con expresión reflexiva. El silencio y aquellos ojos inquisitivos hubieran puesto nervioso a un hombre menos templado que Maquiavelo, e incluso él tuvo que hacer un esfuerzo para conservar cierta compostura.

Por fin, el duque volvió a hablar.

—He sabido, por varios conductos, que vuestro Gobierno está apremiando a los señores de Bolonia para que me declaren la guerra. La actitud de los caballeros de la Señoría puede deberse

a dos razones. La primera, que pretendan mi ruina; la segunda, que busquen pactar conmigo en términos más favorables para ellos.

El temperamento de Maquiavelo era de natural frío y un tanto austero, pero en aquel momento se esforzó por sonreír con tanta afabilidad como le fue posible.

—No lo creo ni por un momento, excelencia —replicó—. Las cartas que yo recibo de la Señoría nunca dejan de contener las más cálidas declaraciones de amistad hacia el santo padre y hacia vos mismo.

—Yo tampoco lo creo, secretario. Pero las declaraciones de amistad resultan más convincentes cuando se acompañan de acciones acordes con ellas.

—Estoy seguro de que mi Gobierno hará cualquier cosa que esté en su poder para demostrar la sinceridad de sus intenciones.

—Si su sabiduría corre parejas con su capacidad dilatoria, estoy seguro de que así será.

A Maquiavelo se le encogió el alma. Jamás, en lo que llevaba de vida, había escuchado semejante ferocidad y gelidez en la voz de un hombre.

14

Durante los días que siguieron a esta entrevista, Maquiavelo estuvo muy ocupado recabando información. Acudió a Bartolomeo, a Farinelli, a todos sus agentes y a quienes rodeaban al duque. No podía confiar ciegamente en nadie; sabía que los íntimos del Valentino elegían bien las noticias y le comunicaban solo las que a ellos convenía. Lo más desconcertante de todo era la repentina inactividad de los capitanes insurgentes. Las nuevas tropas, que el Valentino había conseguido mediante levas diversas y la compra indiscriminada de mercenarios, aún no habían llegado. Cierto que todavía conservaba el dominio sobre algunas fortalezas en el interior de los Estados amotinados, pero era impensable que pudieran resistir un asalto contundente y bien organizado. De hecho, aquel era el mejor momento para atacarlo, precisamente aquel. Era entonces o nunca. No obstante, los capitanes no se movieron un milímetro. Maquiavelo estaba atónito, no comprendía absolutamente nada; era incapaz de entender cuáles serían los motivos de la demora. Después sucedió algo que acrecentó aún más su estupefacción: los Orsini enviaron un emisario a la corte del duque. El hombre llegó un atardecer y partió al día siguiente. Maquiavelo no consiguió descubrir el motivo de su visita.

Para entonces, ya había recibido respuesta de la Señoría sobre la petición de apoyo militar del duque. Aprovechó la circunstancia para pedirle audiencia; quizá en un cara a cara consiguiera siquiera adivinar algo de lo que estaba pasando. Fue a palacio sin tenerlas todas consigo. Lo que debía comunicarle al duque no sería de su gusto; los florentinos no disponían de tropas para enviarle, tan solo podían ofrecerle palabras de ánimo y la seguridad de su buena disposición. Maquiavelo ya había sido testigo de la furia del Valentino; cuando se desataba era terrible. Se avecinaba un temporal, así que se dirigió hacia palacio mentalizado para capearlo con la mayor calma posible. Sin embargo, el Valentino recibió la negativa de ayuda de su Gobierno con indiferencia. Aquel hombre no dejaría nunca de sorprenderlo.

—Ya os he dicho varias veces, y os lo vuelvo a decir ahora, que no me hallo desprovisto de recursos. Los lanceros franceses llegarán pronto, al igual que la infantería suiza. Vos mismo podéis comprobar que estoy reclutando tropas a diario. Ni al papa le falta dinero, ni el rey Luis anda corto de hombres. Puede muy bien suceder que mis enemigos acaben lamentando su traición.

Sonrió, y su sonrisa era astuta y cruel.

—¿Os sorprenderíais si os digo que los rebeldes ya me han hecho llegar una oferta de paz?

Maquiavelo reprimió un gesto de sobresalto.

—*Messer* Antonio de Venafro vino a verme de su parte.

Evidentemente, se trataba del misterioso visitante del que Maquiavelo había oído hablar. Venafro era confidente, consejero y mano derecha de Pandolfo Petrucci, el señor de Siena, y todos sabían que este había sido el cerebro de la conspiración.

—Me propuso que juntáramos fuerzas para derrocar al Gobierno de Florencia. Yo le contesté que vuestra ciudad nunca me había ofendido y que además estaba a punto de firmar un tratado de alianza con vosotros. Él me pidió que no firmara nada hasta su regreso y me aseguró que volvería para hacerme una mejor oferta, pero yo le dije que nuestras negociaciones estaban ya demasiado avanzadas como para poderme retirar. Así están las cosas, secretario. Quiero que lo sepáis. Aunque yo me preste a escuchar a esta gentuza, siempre les echaré tierra a los ojos. Y, desde luego, nadie ni nada me inducirá a actuar contra vuestro país a menos que me vea obligado a ello.

Maquiavelo se disponía ya a abandonar la habitación, cuando el duque aún hizo un último comentario:

—Espero a Paolo Orsini en cualquier momento.

Había hablado de manera ligera, como de pasada. Con toda seguridad, esperaba dejar atónito al enviado de la República y, desde luego, lo consiguió.

Piero había acompañado a Maquiavelo a palacio y lo aguardaba en la garita de los guardias con una antorcha para alumbrarle el camino de vuelta a su alojamiento. Para entonces, el joven ya había aprendido a interpretar las expresiones del rostro de su mentor, y al instante vio que no estaba de humor para conversaciones. Anduvieron en silencio. Al llegar a casa, Maquiavelo se quitó capa y sombrero, y pidió a Piero que le trajera tinta, plumas y papel. Luego se sentó para escribir a la Señoría.

—Me voy a la cama —anunció el muchacho.

—No, espera —le dijo Maquiavelo apoltronándose en su silla—. Quiero hablar contigo.

Dudaba si creer en lo que le había dicho el duque; era imposible saber cuánto de ello sería verdad y cuánto mentira. Expresar sus reservas en voz alta le ayudaría a articular sus ideas antes de ponerlas por escrito.

—Me confunde tanto embrollo y tanta mentira. Todas las personas con las que me veo obligado a tratar actúan con astucia y falsedad.

Con parquedad, y sin usar una palabra más de lo necesario, le contó al muchacho lo que el duque le había dicho.

—El Valentino es orgulloso, posee grandes ambiciones y hasta ahora lo ha acompañado la buena fortuna. ¿Cómo se entiende que un hombre de semejante calibre esté dispuesto a consentir los actos de los rebeldes? No solo le han impedido apropiarse de un Estado que codiciaba, sino que, además, han sido la causa de que perdiera otro que ya había conquistado. Y, en cuanto a ellos, los capitanes insurgentes, se le amotinaron porque deseaban destruirlo antes de que él los destruyera a ellos. ¿Por qué, entonces, han demorado su ataque precisamente ahora, cuando lo tienen prácticamente a su merced?

Maquiavelo miró a Piero con el entrecejo fruncido. El muchacho no hizo amago de responderle. Tenía la suficiente sensatez como para comprender que la pregunta era meramente retórica.

—Ahora ha reforzado la guarnición de sus ciudades y ha fortificado plazas estratégicas. Cada día llegan nuevas tropas. Está consiguiendo que el santo padre le dé dinero y que el rey de Francia le envíe hombres. Y con la ventaja añadida de poder hacer lo que le plazca sin tener que consultar a nadie más que a sí mismo. La situación de los capitanes, en cambio, es muy distinta. Las alianzas que han tejido entre ellos son frágiles, pues lo único que los une es su odio hacia el duque; cada facción está más preocupada en proteger sus intereses particulares que en buscar un beneficio común. Son incapaces de actuar con celeridad porque deben discutir y consensuar cada uno de los pasos que deciden dar. La estupidez, la incompetencia o la falta de preparación de uno solo de ellos puede causar el desastre de todos los demás. A la fuerza, deben sentir envidia los unos de los otros, pues ninguno querrá que alguno de los otros adquiera tanto poder como para convertirse más tarde en una amenaza. Sumado a esto, seguro que estarán al corriente de las idas y venidas de los emisarios y mensajeros de unos y otros; puedes tener por seguro que el Valentino se habrá ocupado de que les llegue esta información por la cuenta que le trae. A estas alturas, no me cabe la menor duda de que todos sospechan y desconfían de todos, y que todos estarán pensando en quién va a ser el primero en ser arrojado a los leones.

Maquiavelo se mordió la uña del pulgar; estaba nervioso.

—Cuantas más vueltas le doy, más convencido estoy de que los rebeldes ya no se hallan en posición de perjudicar mucho al duque. Han tenido su oportunidad y la han dejado escapar. Si esto es así, entonces es cierto que ahora les conviene más buscar una reconciliación.

Maquiavelo lanzó una mirada irritada a Piero; desde luego, totalmente injustificada, pues el pobre muchacho no había abierto la boca.

—¿Sabes qué significa esto?

—No.

—Significa que, si los rebeldes se alían con el duque, este dispondrá de un ejército formidable. Y entonces será inevitable que lo utilice contra alguien, pues nadie puede permitirse pagar a una ingente cantidad de hombres para que se pasen el día sentados mano sobre mano. ¿Y en qué momento va a usar a semejante ejército? ¿Y contra quién? Sospecho que la decisión se tomará cuando el Valentino y Paolo Orsini se vean las caras.

15

En Italia, nadie era tan cándido como para confiar en su prójimo a ciegas, y un salvoconducto apenas si llegaba a la categoría de papel mojado. Así las cosas, el cardenal Borgia, sobrino del papa, se puso él mismo en manos de los Orsini, ofreciéndose como rehén. Dos días más tarde, Paolo, jefe de la familia, llegaba a Imola camuflado como correo. Se trataba de un hombre de mediana edad, regordete, calvo, de cara redonda y suave y aspecto afeminado. Hinchado de vanidad, era estúpido y locuaz, y tenía modales remilgados y quisquillosos. El Valentino lo trató con muchísima deferencia y ofreció un gran banquete en su honor seguido por una representación de *Los Menecmos*, de Plauto. Los dos mandatarios sostuvieron una larga conferencia, pero Maquiavelo no consiguió enterarse de sus pormenores. De nada le sirvieron dinero y arrumacos; los secretarios del duque que poco antes lo habían tratado con gran cordialidad ahora lo eludían de modo notoriamente deliberado. Lo más que pudo conseguir fue que Agapito de Amalia le dedicara una sonrisa y cuatro palabras superficiales; a decir de él, el único fin de las negociaciones era evitar que el enemigo pasara a la acción. De hecho, lo cierto es que ninguno de los ejércitos avanzó y las tropas de Bolonia incluso se retiraron de las ciudades que antes habían ocupado. El suspense iba en aumento y a Maquiavelo le estaba resultando insoportable. Aprovechando que acababa de recibir una carta de Florencia, pidió audiencia al duque. Esta vez, el Valentino lo recibió en la cama. Escuchó las declaraciones de amistad y buenas intenciones de la Señoría con su habitual buen humor, y luego abordó el tema que de verdad preocupaba a Maquiavelo.

—Creo que pronto llegaremos a un acuerdo —le dijo—. La única exigencia de los capitanes rebeldes es que les garantice la posesión de sus Estados actuales, y ya solo nos resta decidir cómo arreglamos este asunto. El cardenal Orsini está redactando los términos del acuerdo; ahora debemos esperar hasta poder examinarlos con calma. Y, en lo referente a vuestras inquietudes, podéis tener la seguridad de que no se hará nada que perjudique los intereses de vuestro Gobierno. Yo jamás permitiría que se causara el menor daño a Florencia.

Calló y, cuando reanudó su discurso, lo hizo con la sonrisa indulgente que un hombre utilizaría para dar respuesta a los caprichos de una mujer mimada.

—El pobre Paolo está furioso con Ramiro de Lorca. Dice que oprime al pueblo y que comete desfalcos. También lo acusa de maltratar a ciertas personas que se encuentran bajo la protección de los Orsini.

Ramiro de Lorca era el más leal de todos los capitanes del duque y el que gozaba de su mayor confianza. Había sido él quien dirigiera la retirada de las fuerzas de infantería tras la derrota de Fossombrone, y la decisión que tomó en aquel momento ahorró muchas vidas al ejército. El Valentino lanzó una risita ahogada.

—Parece que, en una ocasión, un paje de los Orsini lo manchó de vino; supongo que le estaría sirviendo y se le derramó. La cuestión es que a Ramiro le dio un ataque de furia y ordenó que arrojaran al chico al fuego, donde, claro está, se quemó vivo. Por una razón u otra, Paolo tenía un especial interés en el muchacho. Le he prometido que estudiaré los cargos y, si se demuestran ciertos, aplicaré el castigo justo para que él se sienta satisfecho.

Después de esto llegaron más noticias. Al parecer, los capitanes rebeldes estaban muy lejos de ponerse de acuerdo entre sí. Si bien es cierto que los más cautos se inclinaban por hacer las paces con el duque, los más arrojados, en cambio, seguían obstinados en presentar batalla. Vitellozzo se apoderó de la fortaleza del duque en Fossombrone y, dos días después, Oliverotto da Fermo

conquistaba Camerino. De este modo, el Valentino perdía todos los territorios que había ganado en su última campaña militar. Parecía como si aquel par de canallas quisieran frustrar las negociaciones a toda costa. Paolo Orsini estaba encendido de furia, pero el duque no perdió la compostura. Sus enemigos más poderosos eran Bentivoglio y Orsini. Si conseguía llegar a un acuerdo con ellos, los otros no tendrían más remedio que claudicar. Paolo se dirigió a Bolonia. Cuando regresó, Agapito de Amalia habló con Maquiavelo: se había llegado a un acuerdo y tan solo se esperaba el visto bueno definitivo del cardenal Orsini, el hermano de Paolo.

La aprensión embargaba a Maquiavelo. Si las últimas noticias eran ciertas, el Valentino estaba dispuesto a perdonar la ofensa que le habían infligido los rebeldes, siempre y cuando ellos estuvieran dispuestos a olvidar el temor que los había movido a levantarse en armas contra él. Y la razón de esta nueva armonía solo podía ser una: que juntos se habían puesto de acuerdo para atacar a una tercera parte. Las únicas candidatas a ser esta tercera parte eran Venecia y Florencia. Venecia era fuerte y Florencia, frágil. Su única salvaguarda consistía en el poder de Francia, pero la protección de Francia se compraba con oro contante y sonante, y ahora mismo los cofres de la República estaban vacíos. Estaba por ver cómo reaccionaría Francia en caso de verse ante la disyuntiva de ciertos hechos consumados. ¿Qué haría el rey Luis si César Borgia, aliado con sus antiguos capitanes rebeldes, invadía los territorios de Florencia y capturaba sus ciudades indefensas?

Maquiavelo no tenía una gran opinión de los franceses. La experiencia le había enseñado que su visión solía ser muy a corto plazo; se preocupaban mucho por las posibles ganancias o pérdidas del presente sin detenerse a considerar los beneficios o problemas que ello les podría traer en el futuro. Cuando se les pedía algún favor o servicio, de inmediato manipulaban el asunto para ver qué ganancia podían sacar de él, y luego cumplían con sus compromisos únicamente durante el tiempo en que estos sirvieran a sus propósitos. El jubileo del pontífice había significado la entrada de grandes cantidades de dinero en las arcas del Vaticano, y las propias actuaciones del santo padre, liberales y arbitrarias en aspectos muy convenientes, contribuían no poco a aumentar su riqueza. Cada vez que un cardenal fallecía, él se apropiaba de sus posesiones sin complejos, y hay que tener en cuenta que la tasa de mortalidad de los príncipes de la Iglesia era alta. De hecho, corrían algunas historias maliciosas. Se rumoreaba que de vez en cuando su santidad consideraba útil acudir en ayuda de la providencia; muy discretamente, eso sí. En suma, entre una cosa y otra, lo relevante era que el Vaticano disponía de fondos más que suficientes para aplacar al rey Luis de Francia si este llegara a tomarse a mal que sus órdenes fueron desobedecidas. Cuestiones de dinero al margen, el Valentino contaba con un ejército muy bien equipado y adiestrado; Luis se lo pensaría mucho, y dudaría otro tanto, antes de medir sus fuerzas contra alguien que, después de todo, era su vasallo y su amigo. Considerando la idiosincrasia de los franceses y su falta de visión a largo plazo, lo más plausible era pensar que Luis tendería a aceptar la situación actual, pues esta le podía reportar un beneficio inmediato. Y, en cambio, ignoraría los peligros que lo acecharían a medio y largo plazo; no cabía la menor duda de que un César Borgia todopoderoso podría acabar siendo una amenaza muy real para Francia y para su propio poder.

Todos los razonamientos de Maquiavelo llevaban a la misma conclusión. Florencia, a la que él amaba de todo corazón, parecía estar abocada al desastre.

16

Sin duda, Maquiavelo era un siervo diligente y devoto de la República, pero no por ello dejaba de ser un hombre consumido por los apetitos carnales. Se dedicaba a su trabajo, sí, pero en paralelo pensaba en Aurelia. Analizaba las cartas que recibía de la Señoría, escribía cuidadosos informes con descripciones precisas de acontecimientos y noticias; recibía a sus informantes, mensajeros y espías en casa de Serafina, algunas veces abiertamente y otras veces en secreto. Iba de acá para allá, de palacio a la plaza pública, y vuelta a palacio, y luego a visitar las casas donde tenía conocidos a los que consultar o con los que discutir. Recababa novedades y rumores, atendía a cada habladuría, por menuda que fuera; cualquier información podía serle útil para llegar a conclusiones que, al menos, fueran algo realistas. Y, aun con todo, se las arreglaba para seguir con su plan de seducir a Aurelia. Pero su plan conllevaba gastar dinero, y dinero era justo lo que no tenía. El Gobierno florentino era rácano, el salario de Maquiavelo suponía una miseria, y ya había consumido gran parte de la suma que le habían entregado al abandonar Florencia. Cierto que a Maquiavelo le gustaba la buena vida y a veces tendía a la extravagancia, pero, además de sus gastos personales, debía pagar por adelantado a los mensajeros que llevaban los despachos. Y también se veía obligado a satisfacer la codicia de varias personas del entorno del duque, gente presta a darle información útil, pero solo a cambio de dinero. No obstante, no todo estaba perdido. En la ciudad vivían algunos comerciantes acomodados de Florencia que quizá pudieran adelantarle alguna suma; también escribió a Biagio pidiéndole que le enviara cualquier cosa que pudiera conseguir de una manera u otra. Y esta era la situación cuando sucedió algo extraño. Giacomo Farinelli, aquel contable florentino que una noche había ido a visitarlo embozado hasta la coronilla para no ser reconocido, apareció en la puerta de su casa a la luz del día, y además pidió verlo abiertamente. Su actitud, antes furtiva y atemorizada, era ahora segura y cordial. No tardó mucho en explicarle el objeto de su visita.

—He venido a visitaros por encargo de alguien que os tiene en alta estima. Es un amigo que valora mucho vuestras cualidades y os pide que aceptéis este regalo como muestra de su apreciación y gratitud.

Tras decir esto, sacó una bolsa que llevaba en los pliegues de su ropa y la depositó sobre la mesa. Maquiavelo escuchó con claridad el tintineo de las monedas. Su mirada se endureció.

—¿Qué es esto? —masculló con los labios apretados.

—Cincuenta ducados —contestó Farinelli con una sonrisa.

Era una bonita suma y no podía haber llegado en mejor momento. A Maquiavelo le hubiera sido de gran utilidad.

—¿Por qué razón desea regalarme el duque cincuenta ducados?

—No tengo ningún motivo para suponer que el duque esté implicado en esto. A mí se me ordenó entregaros este dinero de parte de alguien que os desea bien y que quiere permanecer en el anonimato. Podéis tener la seguridad de que nadie, a excepción de vuestro amigo y este humilde servidor, tendrá jamás noticia de este regalo.

—Al parecer, tanto vos como este amigo que me desea bien me tomáis por idiota, además de por corrupto. Coged vuestros ducados y devolvédselos a la persona que os los dio. Decidle que el enviado de la República no acepta sobornos.

—¿Y quién habla de sobornos? Esto es un regalo espontáneo ofrecido por un amigo como muestra de gratitud por vuestras virtudes y vuestro gran talento literario.

— No veo yo de qué manera ha podido forjarse tan buena opinión de mis talentos literarios

este amigo tan generoso —contestó Maquiavelo con acidez.

—Tuvo el privilegio de leer las cartas que escribisteis a la Señoría durante la misión que llevasteis a cabo en Francia. La agudeza y el sentido común de vuestras observaciones, vuestro tacto y, por encima de todo, la excelencia de vuestro estilo le causaron gran admiración.

—Es imposible que la persona de la que habláis haya tenido acceso a los documentos de la Cancillería.

—Yo también lo he pensado. Pero mirad, bien pudiera ser que alguien de vuestro Gobierno encontrara las cartas lo suficientemente interesantes como para decidir copiarlas; y que luego, debido a cualquier azar, estas copias hubieran llegado a manos de vuestro generoso amigo. Vos sabéis mejor que nadie la parsimonia que gasta la República cuando se trata de pagar a sus servidores.

Maquiavelo frunció el ceño y permaneció en silencio; se preguntaba qué funcionario habría sido el que vendió las cartas al duque. Cierto que todos estaban muy mal pagados, y, sin duda, algunos seguirían conservando alguna alianza secreta con los Médici. O a lo mejor Farinelli mentía; resultaba muy fácil inventar semejante historia.

—El duque sería la última persona del mundo en desear que hicierais algo que atentara contra vuestra conciencia o que perjudicara de algún modo a Florencia —dijo Farinelli, retomando su argumentación—. Lo que él busca es un beneficio compartido, una solución que convenga tanto a los intereses de la República como a los suyos. La Señoría confía en vuestro criterio. Todo lo que vos debéis hacer es presentar el caso señalando aquellos aspectos que apelan al sentido común de cualquier hombre inteligente.

Los labios de Maquiavelo se curvaron ligeramente, dibujando una sonrisa sarcástica.

—Creo innecesario continuar con esta conversación —replicó con sequedad—. El dinero del duque no me hace falta, ni sabría en qué utilizarlo. Pienso seguir aconsejando a la Señoría de acuerdo a mi criterio, y pensando en los intereses de la República.

Farinelli se levantó, cogió la bolsa de oro y la devolvió al lugar del que había salido.

—El enviado del duque de Ferrara fue lo suficientemente humilde como para aceptar un regalo de su excelencia cuando lo que estaba en cuestión era que su señor enviara un destacamento en ayuda del duque. Y, si el señor de Chaumont apresuró la expedición de sus tropas francesas desde Milán, fue porque la petición de ayuda llegó respaldada por un valioso regalo del duque.

—No me cabe la menor duda al respecto.

De nuevo a solas, Maquiavelo rememoró la conversación y se rio con ganas. Desde luego, ni por un instante se le había pasado por la cabeza la posibilidad de aceptar el dinero, pero tenía su gracia que la oferta le hubiera llegado precisamente ahora, cuando aquel dinero podía haberle sido endemoniadamente útil. Y, de pronto, le asaltó una nueva idea que lo hizo estallar en nuevas carcajadas. Estaba seguro de que Bartolomeo le prestaría el dinero que necesitaba si se lo pedía, y no solo eso, sino que encima estaría contentísimo de hacerle el favor. Algo así convertiría su hazaña en una broma impagable; sería una broma impagable seducir a una esposa utilizando dinero aportado por el marido. Una historia perfecta, bella y redonda. Se regodeaba pensando en cómo entretendría a sus amigos cuando la contara en Florencia. Imaginó la escena: estarían todos en la taberna, congregados a su alrededor, él explicaría la aventura con la gracia y la chispa que le eran propias y ellos se asombrarían. «Ah, Niccolò. Nadie como él para contar una historia pícara. Qué afilado humor, qué ingenio. Escucharlo es mucho más entretenido que ir al teatro».

Llevaba dos días sin ver a Bartolomeo. Fue a palacio en busca de noticias frescas cuando se topó con él. Intercambiaron unas cuantas palabras amables.

—¿Por qué no os acercáis esta noche por casa? —le dijo al mercader—. Podríamos dedicar la velada a la música.

La propuesta deleitó a Bartolomeo. La aceptó diciéndole que no se le ocurría nada más placentero.

—Cierto que mi salón es algo pequeño —continuó Maquiavelo—, y que el sonido reverbera demasiado en la bóveda. No obstante, con el brasero encendido y un buen vino para entrar en

calor, creo que estaremos a gusto.

Apenas había terminado de comer cuando llegó un sirviente de Bartolomeo con una carta. Las señoras de la familia habían protestado, pues no comprendían por qué iban a verse ellas privadas de una placentera velada musical. El salón de su casa era mucho más grande y adecuado para la música que el pequeño cuarto frío de Serafina, y además disponía de una chimenea que los calentaría a todos con su alegre fogata. Si él y su primo Piero los honraban con su presencia a la hora de la cena, su felicidad sería completa.

Maquiavelo aceptó la invitación con celeridad. «Tan fácil como la caída de las hojas en otoño», se dijo.

Aquella tarde fue a que lo afeitaran y peinaran, y se vistió con lo mejor que tenía. Una túnica adamascada negra, larga y sin mangas, y una chaqueta ceñida de terciopelo con mangas abombadas. Piero también se esmeró para la ocasión. Su túnica, de color azul celeste, era corta y le cubría tan solo hasta medio muslo, y se la ató con un cinturón lila que marcaba su cintura. Al igual que Maquiavelo, debajo llevaba una chaqueta ceñida con mangas, aunque la suya era mucho menos lujosa y de color azul marino. Sus piernas, bien torneadas, estaban enfundadas en medias azules, y se tocaba la cabeza con un bonete colocado con gracia sobre sus rizos.

Maquiavelo sonrió con aprobación.

—Vas a causar una gran impresión a la pequeña sirvienta, Piero. ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Nina?

—¿Por qué queréis que me acueste con ella? —le preguntó el muchacho.

—Me agradaría saber que este viaje no te va a significar una completa pérdida de tiempo, y además puede que me sea útil.

—¿Útil? ¿Por qué?

— Porque yo quiero acostarme con su ama.

—¿Vos?

Había tal genuina expresión de sorpresa en la voz de Piero que a Maquiavelo le subieron los colores.

—¿Acaso hay alguna razón especial que lo impida? —le replicó en tono malhumorado—. Ten la bondad de explicarte.

Piero se dio cuenta de que Maquiavelo estaba enfadado, y vaciló al contestar:

—Vos estáis casado… y además sois tan viejo como mi tío.

—Hablas como un necio. Una mujer con buen juicio siempre preferirá a un hombre maduro y en la flor de su edad antes que a un muchacho inexperto.

—No se me había ocurrido pensar que doña Aurelia pudiera significar algo para vos. ¿Acaso la amáis?

—¿Amar? Yo amé a mi madre, tengo afecto por mi esposa y amaré a mis hijos, pero quiero acostarme con Aurelia. Muchacho, aún te queda mucho por aprender. Anda, coge el laúd y vámonos.

Maquiavelo era de carácter fácilmente inflamable, pero los enfados no le duraban mucho. Palmeó la mejilla de Piero con suavidad.

—Una sirvienta lo sabe absolutamente todo sobre su ama —le dijo, sonriendo—. Me prestarás un buen servicio si a esta le cierras la boca con tus besos.

La casa estaba a dos pasos, solo tuvieron que atravesar el angosto callejón estrecho. Llamaron a la puerta y un sirviente los hizo entrar. Doña Caterina vestía majestuosamente de negro y doña Aurelia llevaba un opulento vestido de brocado veneciano, cuyo rico colorido subrayaba la blancura de su escote y el fulgor dorado de su pelo. A Maquiavelo casi se le escapó un suspiro de alivio: Aurelia era aún más hermosa que la imagen guardada en su recuerdo. Ciertamente, era una mujer muy deseable. Parecía un disparate que tuviera por marido a aquel cuarentón obeso y pagado de sí mismo.

Se intercambiaron los usuales saludos y cumplidos, y se sentaron a esperar la cena. Poco antes, cuando Maquiavelo y Piero habían entrado en la sala, habían encontrado a las señoras dedicadas

a sus labores de aguja.

—Fijaos —dijo Bartolomeo—, están ya bordando el lino que me trajisteis de Florencia.

—¿Estáis satisfecha con la tela, doña Aurelia? —preguntó Maquiavelo.

—En Imola no es posible conseguir material de tanta calidad —contestó ella.

Los grandes ojos negros se posaron un momento sobre su interlocutor, y, bajo aquella mirada, el corazón de Maquiavelo latió a más velocidad de la acostumbrada. «Tengo que poseer a esta mujer así me vaya la vida en ello», se dijo una vez más. Naturalmente, se trataba de una frase retórica; lo que en realidad quería decir es que jamás había conocido a una hembra que excitara su deseo con una urgencia tan violenta.

—Nina y yo hacemos primero el trabajo más burdo —dijo doña Caterina—. Medimos, cortamos y cosemos; luego mi hija hace el bordado. Mis dedos son demasiado groseros y torpes para una tarea tan delicada, y los de la pobre Nina no son mejores.

—Doña Aurelia nunca borda dos dibujos iguales —aseveró Bartolomeo con orgullo—. Enséñale a *messer* Niccolò el dibujo que has hecho para la camisa que estás cosiendo ahora.

—Oh, no. Me da demasiada vergüenza.

—Simplezas. Se lo voy a mostrar yo mismo.

Bartolomeo fue en busca de una hoja de papel.

—Fijaos con qué inteligencia y habilidad ha introducido mis iniciales entre el follaje decorativo.

—Es una auténtica obra maestra, elegante y llena de talento —aseguró Maquiavelo simulando un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir. La verdad es que el asunto lo dejaba indiferente—. Ya quisiera yo que mi Marietta tuviera semejante don para la aguja y que lo usara con tanta aplicación como vos.

—Mi querida esposa es tan laboriosa como buena —dijo Bartolomeo con afecto.

A Maquiavelo le traían sin cuidado la bondad y la laboriosidad de Aurelia. Teniendo en cuenta las actuales circunstancias, que Bartolomeo hiciera aquel elogio no dejaba de tener su gracia. Llevando su reflexión un poco más lejos, pensó en lo equivocados que solían estar los maridos cuando se trata de elegir las virtudes que mejor adornan a sus esposas.

Sirvieron la cena y él se esmeró en hacer una buena exhibición de encanto. Poseía talento natural como narrador y su estancia en Francia lo había provisto de un buen repertorio de anécdotas, más o menos picantes, sobre las damas y los caballeros de la corte del rey. Tenía material suficiente con el que divertir y entretener a su audiencia. Cuando las historias resultaban algo indecentes, Aurelia se sonrojaba y asumía una expresión entre confusa y modesta, pero Bartolomeo se partía de la risa y doña Caterina, que parecía estar pasándolo en grande, lo alentaba a seguir hablando. Desde luego, se decía Maquiavelo, no había invitado que le ganara en cuanto a amenidad. Entre todos hicieron buena justicia a una copiosa cena, y, tras un intervalo decente durante el cual se las arregló para halagar a Bartolomeo haciéndolo hablar largamente de sí mismo, de sus negocios y propiedades, sugirió que empezaran a probar sus voces. Templó él mismo su laúd y, a modo de introducción, cantó una pequeña melodía alegre. Tras lo cual entonaron al unísono una canción conocida por todos. La música y el canto eran adornos propios de la sociedad educada de la época, y, con Bartolomeo como bajo, Maquiavelo como barítono y Piero como tenor, consiguieron organizar un trío muy satisfactorio. Luego Maquiavelo hizo de solista cantando una de las composiciones de Lorenzo de Médici, con los otros dos acompañándolo como coro. De vez en cuando, miraba en dirección a Aurelia, con la esperanza de que adivinara a quién estaba destinada su canción. Y cuando sus ojos se encontraron y al instante ella bajó los suyos hacia el suelo, a él lo complació pensar que al menos ella habría comprendido lo que él sentía. A su modo de ver, este reconocimiento era ya un primer paso hacia la victoria.

La velada transcurrió de modo muy agradable para todos. Las señoras de la casa solían llevar una vida muy monótona, y semejante diversión les supuso un raro placer. La alegría de Aurelia era evidente, asomaba en el brillo de sus espléndidos ojos. Maquiavelo no cesaba de

contemplarlos. Cada vez estaba más convencido de que allí había una mujer aún dormida, pero muy capaz de sentir pasiones y, desde luego, él estaba más que preparado para contribuir a su despertar.

La velada llegó a su fin. Mas antes de partir, Maquiavelo encontró el momento propicio para lanzar una idea que llevaba en mente desde hacía un rato. No se tenía por un hombre vanidoso, pero esta vez no pudo evitar pensar que lo que se le había ocurrido era tremendamente hábil e ingenioso.

—*Messer* Bartolomeo —empezó diciendo—, un día fuisteis tan amable como para decirme que os agradaría poder prestarme algún servicio. Pues bien, ahora voy a tomaros la palabra.

Bartolomeo, que había bebido mucho vino y estaba, si no borracho, sí bastante achispado, respondió con prontitud.

—Siempre pondré empeño en satisfacer a cualquiera que hable en nombre de la República, pero, si además su representante es mi buen amigo Niccolò, entonces estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Pues bien, el asunto es el siguiente: los caballeros de la Señoría están buscando a un predicador para los sermones de la próxima Cuaresma en la catedral, y me han pedido que vea si en Imola hay alguno al que se le pueda confiar una misión tan importante.

—Fray Timoteo, hijo —exclamó doña Caterina sin vacilar.

—A callar, querida suegra —dijo Bartolomeo—. Este es un tema de relevancia que deben resolver los hombres tras las necesarias deliberaciones. Un predicador puede traer gloria a nuestra ciudad, pero también desacreditarla. Debemos estar muy seguros de recomendar tan solo a quien sea digno de semejante honor.

Pero no resultaba fácil silenciar a doña Caterina.

—Precisamente este año él predicó en nuestra iglesia durante la Cuaresma. La ciudad en pleno asistió a los sermones para escucharlo cuando describía las torturas de las almas condenadas, y os aseguro que fue un espectáculo digno de verse. Los hombres lloraban, incluso los más fuertes estallaron en sollozos. Las mujeres estábamos aterrorizadas. Hubo una pobre criatura que estaba a punto de dar a luz y durante un sermón rompió aguas; tuvo que ser llevada a rastras y gritando fuera de la iglesia.

—No voy a desmentirlo —añadió Bartolomeo—. Yo mismo, que soy un hombre de negocios, y poco dado a las emociones, lloré como un niño. Fray Timoteo posee el don de la elocuencia y sabe elegir con cuidado sus palabras.

—¿Quién es este fray Timoteo? —preguntó Maquiavelo simulando oír aquel nombre por primera vez—. Lo que me contáis es interesante. A los florentinos les encanta arrepentirse cuando llega la época apropiada para hacerlo; de esta manera, pueden seguir estafando a sus vecinos durante el resto del año, aunque, eso sí, con la conciencia tranquila.

—Fray Timoteo es nuestro confesor —dijo Bartolomeo—, y por mi parte debo decir que jamás doy un paso sin antes consultarlo. No solo es un hombre de valía, sino también un hombre sabio. Mirad, hace tan solo unos pocos meses yo estaba por comprar un cargamento de especias en Levante cuando él me advirtió de que no lo hiciera, pues había tenido una visión en la que se le apareció san Pablo para avisarle que el barco naufragaría frente a las costas de Creta. Le hice caso y anulé la compra.

—¿Y qué sucedió? ¿Naufragó el barco? —inquirió Maquiavelo.

—No, pero llegaron tres carabelas de Lisboa cargadas con especias que inundaron el mercado, con lo cual bajó mucho su precio. Si yo hubiera traído también las mías, habría perdido dinero con la transacción, así que su consejo resultó acertado de todos modos.

—Cuanto más me habláis de este fraile, más curiosidad siento por conocerlo.

—Es muy posible que lo encontréis en la iglesia por las mañanas. Si no está, preguntad al hermano sacristán para que vaya a buscarlo.

—¿Puedo decirle que mi visita se debe a vuestras recomendaciones? —preguntó Maquiavelo con cortesía.

—El enviado de la República no necesita ninguna recomendación de un pobre mercader que, además, vive en una ciudad sin apenas relevancia comparada con la magnífica Florencia.

—¿Y vos, doña Aurelia? ¿Qué pensáis de fray Timoteo? —dijo ahora Maquiavelo dirigiéndose a la joven—. Naturalmente, me interesa mucho conocer la opinión de un hombre de posición y discernimiento como *messer* Bartolomeo, y la de una mujer discreta y con experiencia como doña Caterina. No obstante, tengo el mismo interés en saber la de una mujer joven entusiasta, inocente y sensible, que aún desconoce el mundo y sus peligros. El predicador que yo vaya a recomendar a la Señoría no solo deberá llamar a los pecadores al arrepentimiento, sino también afianzar y alentar la bondad e integridad de los virtuosos.

Aurelia no tardó en contestarle.

—A mis ojos, fray Timoteo es un hombre intachable. Yo siempre me dejo guiar por él en todo.

—Y yo, querida esposa —añadió Bartolomeo—, estoy contento de que cuentes con semejante guía. Pues sé que jamás te aconsejará algo que no redunde en tu beneficio.

Las cosas habían ido muy bien, exactamente como Maquiavelo deseaba. Y, además, su discurso le había salido redondo. Estaba contento, y se fue a la cama muy complacido de sí mismo.

17

Al día siguiente era día de mercado, y, a primera hora de la mañana, Maquiavelo fue a la plaza haciéndose acompañar por Piero. Primero compró un par de ristras de codornices bien cebadas y luego, en otro de los puestos, adquirió un cesto de higos llenos y espléndidos, una especialidad de Rímini muy apreciada que se vendía en toda Italia. Le entregó los víveres a Piero con la orden de llevarlos a casa de *messer* Bartolomeo y allí entregarlos a las señoras con los mejores deseos de su parte. En la situación actual, con la ciudad llena de foráneos, la comida escaseaba y había encarecido mucho, por lo que sabía que el regalo sería valorado. Después él emprendió el camino en dirección a la iglesia franciscana adjunta al monasterio en el que fray Timoteo vivía como monje.

El monasterio, un edificio de tamaño considerable sin mérito arquitectónico, no estaba muy lejos de la casa de Bartolomeo. Cuando llegó, la iglesia estaba casi vacía. Había dos o tres mujeres rezando, un hermano laico, a todas luces el sacristán, que barría el suelo, y un monje aparentemente atareado en una de las capillas. A Maquiavelo le bastó con echarle una mirada para darse cuenta de que sus trajines eran simulados. En realidad, el monje estaba ocioso y eso lo llevó a pensar que quizá aquel sería el fray Timoteo del que le había hablado doña Caterina. A lo mejor, ya sabía que él iba a visitarlo y hasta puede que lo estuviera esperando en aquel mismo momento.

—Disculpadme, padre —le dijo, inclinando cortésmente la cabeza—. Me han dicho que habéis sido bendecido por la suerte y que esta iglesia posee una Virgen milagrosa. Mi esposa está embarazada y quisiera encender una vela en su altar para pedirle que la ayude a sobrellevar los dolores del parto.

—Es esta de aquí, *messere* —le contestó el monje—. Precisamente ahora mismo iba a cambiarle el velo. No logro que que mis hermanos monjes la mantengan limpia y bien vestida, y luego se sorprenden de que la gente piadosa pase de largo sin detenerse a rezarle. Aún recuerdo los tiempos en que en esta capilla ni cabían las ofrendas votivas en agradecimiento a los favores recibidos. Había docenas de ellas, y ahora ni siquiera llegan a veinte, y tan solo podemos culparnos a nosotros mismos de esta negligencia. Mis amados hermanos monjes son unos insensatos.

Maquiavelo eligió un cirio de tamaño imponente, por el cual pagó la extravagante suma de un florín. El fraile lo fijó en un candelabro de hierro y luego lo encendió. Maquiavelo lo contempló y, una vez completado el trámite, se dirigió a él.

—Padre, debo pediros un favor. Necesito hablar en privado con un monje llamado Timoteo y os estaría muy agradecido si me indicarais dónde puedo encontrarlo.

—Yo soy fray Timoteo —replicó el monje.

—¡Increíble! Tal parece que aquí haya intervenido la mano de la Providencia. ¿Acaso no es un milagro que yo haya venido aquí en su busca y la primera persona con la que me encuentro y con la que hablo sea él?

—Los designios del Señor son inescrutables —dijo fray Timoteo.

El monje era un hombre de estatura mediana y cierta corpulencia que no resultaba excesiva ni desagradable. La mente inquisitiva de Maquiavelo dedujo que el monje no cumplía a rajatabla la regla de ayuno de su orden, pero estaba claro que tampoco vivía entregado a la glotonería. Tenía una cabeza noble y digna. Le recordó a la de cierto emperador romano cuyos rasgos, aún bellos, no envilecidos por los estragos que causan el lujo y el poder desmesurado, apuntaban ya la

sensualidad cruel que, en última instancia, lo conduciría a morir de manera violenta a manos de sus asesinos. Era un tipo con el que Maquiavelo estaba familiarizado. Labios rojos y carnosos, nariz atrevida y aguileña, hermosos ojos negros en los que se podía leer ambición, astucia y codicia; todo ello, enmascarado bajo una expresión de aparente benevolencia y piedad sencilla. No era difícil comprender los motivos por los que había conseguido ejercer una influencia tan grande sobre Bartolomeo y las mujeres de su familia. El instinto le dijo que este era un hombre con el que podía negociar. Maquiavelo detestaba a los frailes; en su opinión, todos eran o tontos o granujas. Lo más probable era que este entrara en la categoría de los granujas. Aun así, le convenía actuar con prudencia.

—Padre, debo confesaros que he oído hablar mucho, y muy bien, de vos a *messer* Bartolomeo Martelli. Mi amigo tiene una altísima opinión de vuestra virtud y de vuestro talento.

—*Messer* Bartolomeo es un hijo fiel de la Iglesia. Nuestro monasterio es muy pobre y nosotros debemos mucho a su generosidad. Mas, decidme, ¿a quién tengo el honor de dirigirme?

Maquiavelo sabía que el monje estaba perfectamente al corriente de quién era él; sin embargo, le respondió con toda gravedad:

—Os pido perdón. Debiera haberme presentado. Soy Niccolò Maquiavelo, ciudadano de Florencia y secretario de la segunda Cancillería.

El monje hizo una profunda reverencia.

—Es un gran privilegio hablar con el enviado de tan ilustre Estado.

—Me llenáis de confusión, padre. No soy más que un hombre con todas las flaquezas propias del ser humano. Pero, decidme, ¿dónde podríamos hablar en privado y sin prisas?

—¿Por qué no aquí, *messere*? El hermano sacristán es sordo como una tapia y estúpido como una mula, y las tres o cuatro ancianas que veis están demasiado absortas en sus devociones como para prestar atención a nuestras palabras. Y, aun cuando las escucharan, son demasiado ignorantes para comprenderlas.

Se sentaron en dos de los bancos que había en la capilla y Maquiavelo explicó que la Señoría le había encargado buscar a un sacerdote que predicara los sermones de Cuaresma en la catedral. Las facciones romanas del fraile permanecieron impasibles, pero Maquiavelo percibió que estaba muy alerta. Una actitud que ratificó su idea inicial: el monje había sido informado de la conversación que había tenido lugar la noche anterior. La conversación no lo pillaba desprevenido ni le suponía una novedad.

Maquiavelo le aclaró los requerimientos de la Señoría.

—Como es natural, están algo nerviosos —explicó—. No quieren cometer otro error como el que cometieron con fray Girolamo Savonarola. Bien está persuadir a la gente de que se arrepienta y haga actos de contrición, pero la prosperidad de Florencia depende enteramente de su comercio. La Señoría no puede permitir que las penitencias alteren la paz o interfieran en el comercio; en lo que se refiere al Estado, el exceso de virtud puede ser tan pernicioso como el exceso de vicios.

—Si mal no recuerdo, esa era la opinión de Aristóteles —replicó el fraile.

—Ah, padre. Ya veo que sois un monje letrado, algo que es poco habitual entre vuestros compañeros de vocación. Tanto mejor; en nuestra ciudad se aprecia la educación. Los florentinos son de mente ágil y espíritu crítico, y, por muy elocuente que sea un predicador, poca paciencia tendrían con él si descubrieran que es un ignorante.

—Es cierto que muchos de mis compañeros son de una ignorancia asombrosa —dijo fray Timoteo con mal simulada complacencia—. Creo comprender que vos deseáis saber si, en mi opinión, en Imola hay alguien merecedor del honor del que usted habla. Bien, es un asunto que merece consideración. Primero debo hacer algunas indagaciones discretas. Os prometo pensar en ello.

—Me prestaríais un gran servicio. Por *messer* Bartolomeo y las señoras de su familia, sé que sois un hombre de perspicacia singular y de una rectitud a toda prueba. Tengo la seguridad de que me daréis una opinión desinteresada.

—La esposa y la suegra de *messer* Bartolomeo son unas santas. Esa es la única razón de que tengan tan favorable opinión de mi pobre persona.

—Yo me alojo en casa de doña Serafina, justo detrás de la casa de *messer* Bartolomeo. Si pudiera convenceros de que vengáis a compartir mi modesta comida mañana por la noche, podríamos discutir esta materia con calma. No me cabe la menor duda de que, para mi buena Serafina, supondrá un enorme placer que vos os sentéis a su mesa.

Fray Timoteo aceptó la invitación. Maquiavelo regresó a su alojamiento, pero por el camino se detuvo en casa de Bartolomeo y le pidió dinero prestado. Le contó que se veía obligado a hacer grandes gastos por culpa de su misión en Imola y que la suma convenida con la Señoría aún no le había llegado. A continuación, inició una larga historia sobre la parsimonia del Gobierno de Florencia. Se lamentó de sus dificultades; con superiores tan cicateros, le resultaba difícil mantener la dignidad que requería su cargo. Por si esto fuera poco, tenía que invertir dinero de su propio bolsillo para pagar a sus informantes. Bartolomeo atajó su discurso rápidamente.

—Querido Niccolò —le dijo con su usual expresión de jovialidad—, no necesitáis darme tantas explicaciones. Sé de sobra que en esta corte no se consigue nada sin antes pagar por ello. Tanto por amistad hacia vos como por respeto y consideración hacia la Señoría, me sentiré muy satisfecho de prestaros la suma que os haga falta. ¿Cuánto queréis?

Su pronta reacción sorprendió y agradó a Maquiavelo.

—Veinticinco ducados —le dijo.

—¿Solo eso? Esperad un momento y os los traigo ahora mismo.

Bartolomeo abandonó la habitación y, un par de minutos más tarde, volvió con el dinero. Maquiavelo lamentó no haberle pedido más.

—Y, cuando necesitéis más, no dudéis un segundo en pedírmelo —le dijo Bartolomeo; estaba resplandeciente de buen humor—. Debéis considerarme como a vuestro banquero, ni más ni menos.

«Un tonto y su dinero no permanecen mucho tiempo juntos», pensó Maquiavelo mientras regresaba a su casa.

18

El padre Timoteo llegó a la hora de cenar. Maquiavelo había instruido a Serafina para que comprara lo mejor que hubiera aquel día en la ciudad, y al fraile no hizo falta apremiarlo demasiado para que comiera de todo y muy a gusto. Maquiavelo se ocupó de que tuviera la copa de vino siempre llena y, en cuanto dieron fin a la comida, lo llevó a la sala para que pudieran hablar sin ser estorbados. Ordenó a uno de los sirvientes que les llevara una jarra de vino; luego se dispuso a entrar en materia.

—Y ahora vos y yo vamos a hablar de nuestros asuntos —le dijo.

Fray Timoteo le explicó que había estado cavilando sobre su anterior conversación y mencionó los nombres de tres monjes, predicadores que gozaban de cierta reputación en la ciudad. Habló en detalle de los tres, y Maquiavelo no pudo por menos de admirar la astucia con que los presentó. Describió sus respectivos méritos con honestidad y buena fe. Sin embargo, con la misma franqueza se las arregló para apuntar que cada uno de ellos tenía alguna pega o defecto que, de hecho, lo invalidaba para la recomendación.

Maquiavelo le dedicó una sonrisa afable.

—Me habéis hablado de estos excelentes sacerdotes con la sinceridad y generosidad que esperaba de vos, pero creo que os habéis dejado en el tintero un nombre importante. Por lo que he oído decir, en esta ciudad hay un sacerdote de piedad y talentos infinitamente superiores a los de aquellos que vos me habéis nombrado.

—¿Y quién, *messere*, puede ser este hombre?

—Fray Timoteo.

El monje hizo un gesto de ligero sobresalto; simuló sorpresa y lo hizo bien.

«Un buen actor», se dijo Maquiavelo. Sin duda, un predicador debía también poseer el don del histrionismo, y, si el supuesto encargo de la Señoría hubiera sido real, muy posiblemente se hubiera sentido inclinado a proponerles a fray Timoteo como candidato.

—Estáis de broma, *messere* —continuó el monje, con falsa modestia.

—¿Qué os hace pensar que voy a bromear en una materia de semejante importancia, padre? Por mi parte, yo tampoco he permanecido ocioso y he indagado por mi cuenta. En toda la historia de Imola, no ha habido un predicador que haya causado tan profunda impresión como la que vos causasteis con los sermones de la pasada Cuaresma. Sí, padre, he sido bien informado del poder de vuestra elocuencia, y yo mismo he podido comprobar que poseéis una voz melodiosa y de timbre sonoro, al igual que una presencia noble que os confiere autoridad natural. Y, en lo que se refiere a otras cualidades, me ha bastado un rato de charla con vos para descubrir que sois inteligente, discreto y culto. No me cabe la menor duda de que vuestro conocimiento de los padres de la Iglesia es tan amplio y profundo como el que tenéis de nuestros clásicos.

—Me llenáis de embarazo, *messere*. La Señoría busca a un monje con reputación y yo soy tan solo el pobre capellán de un monasterio empobrecido en una ciudad de provincias. No provengo de noble cuna, ni poseo amigos poderosos que me recomienden. Yo os agradezco con todo mi corazón vuestra buena opinión y la generosidad que mostráis conmigo, pero creo que no soy digno del honor que me proponéis.

—Permitid que esto lo juzguen quienes os conocen mejor de lo que vos mismo os conocéis. Pues es seguro que ellos serán jueces más equitativos.

Maquiavelo se estaba divirtiendo enormemente. Valoraba en lo que es debido la actuación del monje; los remilgos, la falsa modestia. Sus ojos astutos escrutaban los recovecos más íntimos del

fraile, y lo que allí veían era codicia y ambición. De aquel hombre podría conseguir cualquier cosa, seguro; el anzuelo que le había lanzado era demasiado atractivo como para que no picara en él.

—No obstante, padre —añadió—, sería poco honesto por mi parte ocultarle que no soy yo una figura relevante en Florencia. Lo único que puedo hacer es aconsejar a los caballeros de la Señoría; ellos son quienes van a tener la última palabra.

—Sería inimaginable que semejantes caballeros se tomaran a la ligera la opinión de aquel a quien ellos mismos han enviado a negociar con su excelencia el duque de Romaña y el Valentinois —replicó el fraile con una sonrisa servil.

—Es verdad que Piero Soderini, nuestro nuevo confaloniero vitalicio, es buen amigo mío. Puedo también deciros, sin miedo a ser tildado de vanidoso, que su hermano el obispo de Volterra tiene cierta confianza en mi honestidad y buen juicio.

El último comentario dio pie a que Maquiavelo se explayara hablando de su anterior misión frente a César Borgia, cuando acompañó al mencionado obispo a Urbino para protestar sobre el ataque de Vitellozzo contra Arezzo. Narración que, a su vez, le proporcionó el hilo conductor para seguir hablando, primero, de sus actividades durante la guerra con Pisa y, luego, de su misión en Francia. Naturalmente, tuvo buen cuidado de minimizar la trascendencia de su papel y sus actividades, sobre todo en la corte gala, pero se las ingenió para dejar caer que de alguna manera él había movido los hilos de complejas tramas diplomáticas. Habló de reyes y cardenales, de príncipes y generales, en un tono tan ligero, divertido y coloquial que, al cabo de un rato, y sin darse cuenta, su interlocutor estaba convencido de hallarse frente a un hombre que se codeaba con todos los grandes de Francia e Italia, y que además tenía acceso a todos los secretos de Estado. Claro está, pensaba fray Timoteo, que Maquiavelo era muy discreto, como correspondía a un diplomático, pero habría que ser muy ingenuo para no darse cuenta de que tras su tacto se escondían pozos de conocimiento. El monje estaba deslumbrado.

—Ah, *messere* —le dijo, arrobado—. No puede usted imaginar lo que significa para mí hablar con alguien de vuestra inteligencia y experiencia. Es como tener un atisbo de la tierra prometida. Vivimos aquí, encerrados en esta ciudad pequeña y aburrida, y lo ignoramos todo sobre el mundo. En toda Imola no encontraréis un solo hombre que tenga cultura o categoría. Y nuestros talentos y capacidades, si es que los tenemos, se nos oxidan por falta de práctica y uso. Se necesita la paciencia del santo Job para soportar la estupidez de la gente con la que nos vemos obligados a compartir nuestras vidas.

—Padre, de lo que había oído decir de vos y lo que yo mismo he podido descubrir, se deduce que vuestra queja es legítima. Lamento mucho que alguien con vuestras virtudes y talentos se esté desperdiciando en este lugar. Aunque quizá no sea yo el más adecuado para recordarle a un hombre de fe aquella famosa parábola de los talentos.

—Ah, *messere*. No creáis que no he pensado a menudo en ello. He sepultado mi talento en una tierra que no da frutos, y cuando el Señor me pregunte cómo lo he utilizado, no sabré qué respuesta darle.

—Padre, lo mejor y más grande que uno puede hacer por un semejante es ofrecerle una oportunidad. A partir de ahí, será cosa de este semejante saber cómo hacer buen uso de ella.

—Pero ¿quién va a ofrecerle semejante oportunidad a un monje desconocido?

—Yo ya me considero vuestro amigo, padre, y, por poca que sea mi influencia, la pongo a vuestro servicio. Cuando mencione vuestro nombre al obispo de Volterra, dejaréis de ser un completo desconocido. No sería correcto que un hombre que lleva los hábitos haga propaganda de sí mismo, pero nada impide que yo hable del asunto con nuestro buen amigo Bartolomeo. Él tiene amigos poderosos en Florencia, y no me cabe la menor duda de que será fácil persuadirlo para que les escriba unas cuantas palabras de recomendación, asumiendo la idea como una iniciativa propia.

—Nuestro querido Bartolomeo es la bondad encarnada, aunque sea algo simplón. De él no se puede decir que combine la astucia de la serpiente con la inocencia de la paloma.

La observación del fraile llevó la charla a la meta que Maquiavelo se había fijado desde el inicio de la velada. Volvió a escanciar vino. Las copas estaban llenas. El brasero despedía un calorcillo agradable.

—Bartolomeo es una persona de gran valía —replicó Maquiavelo, haciendo una breve pausa antes de proseguir—. Los hombres de negocios me sorprenden a menudo. Muchos de ellos son capaces de realizar transacciones mercantiles con éxito y, sin embargo, dan muestra de una torpeza inaudita cuando se trata de gestionar asuntos mundanos. Resulta muy notable. En cualquier caso, no por ello tengo en menos estima a Bartolomeo y, desde luego, haría cualquier cosa que estuviera en mi mano para ayudarlo a ser más feliz de lo que es. Creo que vos ejercéis una gran influencia sobre él, padre.

—Es lo suficientemente bondadoso como para estimar en algo mis consejos.

—Lo que demuestra que en esta materia su sentido común goza de muy buena salud. Una auténtica pena que a una persona tan excelente y meritoria le sea negado lo que más desea su corazón.

Fray Timoteo miró a Maquiavelo con expresión inquisitiva.

—Padre, usted lo sabe tan bien como yo. Bartolomeo daría la mitad de todo lo que posee con tal de tener un hijo.

—Este asunto se ha convertido en una obsesión, no sabe hablar de otra cosa —corroboró el monje—. Varias veces hemos intercedido en su favor en la capilla de nuestra Virgen milagrosa, pero ha sido en vano. Ahora está disgustado con nosotros, los franciscanos, porque nuestras oraciones no dan ningún resultado. Pero no está siendo razonable; lo cierto es que el pobre hombre es estéril.

—Mirad, padre —replicó Maquiavelo, algo pensativo—, cerca de Florencia yo tengo una pequeña propiedad llamada San Casiano. El salario que recibo de la Señoría es magro, así que complemento mis ingresos vendiendo la madera de mis bosques y cultivando la tierra. También crío ganado vacuno, y alguna vez he comprado un toro de apariencia fuerte y saludable que luego, puesto en la labor, ha resultado tener un problema similar al de nuestro buen amigo Bartolomeo. En ese caso, lo que hago es matar al toro y entregarlo al carnicero para que lo convierta en buenos filetes. Y, más importante aún, lo sustituyo por otro que sí funcione.

Fray Timoteo sonrió.

—Una solución tan extrema no es viable aplicada a los seres humanos.

—Ni necesaria, por supuesto. Pero su base teórica sigue siendo válida.

El monje tardó unos segundos en captar el significado exacto de las palabras de Maquiavelo. Y cuando lo hizo sonrió de nuevo.

—Doña Aurelia es una esposa virtuosa, y, además, su madre y Bartolomeo la mantienen a buen resguardo, aunque por diferentes razones. Bartolomeo es lo bastante inteligente como para saber que una esposa joven y bella es una permanente tentación para los jóvenes disolutos de la ciudad. Doña Caterina, por su parte, ha sido pobre durante mucho tiempo, el suficiente como para valorar lo que significa tener una vida confortable; jamás permitiría que una indiscreción de su hija pusiera en riesgo las ventajas de las que goza ahora mismo.

—Y, sin embargo —respondió Maquiavelo—, bien pudiera ser que, en este caso, lo que vos denomináis una indiscreción acabara por ser el colmo de la sensatez. La posición de doña Caterina quedaría mejor consolidada si tuviera un nieto al que sentar en sus rodillas.

—No voy a negarlo. Desde que Bartolomeo ha entrado en posesión del título y de las propiedades que le ha concedido el duque, está más ansioso que nunca por tener un heredero. En Forlì viven dos sobrinos suyos, hijos de una hermana viuda, y doña Aurelia y doña Caterina han descubierto que está pensando en adoptarlos. La hermana estaría encantada con el arreglo, pero pone como condición que no la obliguen a separarse de sus hijos, lo que significa que se mudaría a casa de Bartolomeo junto con ellos.

—Es natural que una madre no quiera separarse de sus hijos.

—En efecto. No obstante, esta posibilidad perturba a las mujeres de la familia, pues entienden

que se encontrarían en una situación muy incómoda. Doña Aurelia no aportó ninguna dote al matrimonio y Bartolomeo, que es vanidoso, se aferra a la idea de que la estéril es ella. El hombre es de carácter débil y, en muchos aspectos, un bobo. Doña Constanza, su hermana y la madre de los hijos que quiere adoptar, minaría la influencia de la esposa, y no pasaría mucho tiempo antes de que se convirtiera en la dueña real de la casa. Doña Caterina me ha pedido que hable con Bartolomeo para tratar de disuadirlo, pues, si se decidiera a dar este paso, la posición de la que gozan ella y su hija se vería en entredicho.

—Y él, ¿os ha consultado al respecto?

—Naturalmente.

—¿Y qué le habéis aconsejado vos?

—He tratado de contemporizar. El confesor que tiene su hermana en Forlì es un dominico. Si ella se viene a vivir aquí, lo más probable es que tome un confesor de la misma orden, y los dominicos no son amigos de los franciscanos. Nuestro convento depende mucho de la generosidad de Bartolomeo y, como os he dicho, ahora mismo él está decepcionado con nosotros, pues piensa que le hemos fallado en este asunto. Sería una gran desgracia que doña Constanza se aprovechara de sus sentimientos actuales y tratase de influenciarlo para que concediera sus favores a otra orden que no fuera la franciscana.

—Veo el asunto con toda claridad. Nadie como yo para comprender la difícil situación en la que os halláis, padre. Y, precisamente por ello, creo que la única solución posible es la que yo os sugiero.

—No habréis dejado de notar, *messer* Maquiavelo, que vuestra sugerencia huele un tanto a pecado —replicó el sacerdote con una sonrisa indulgente.

—Un pecado menor, padre, del que podría derivar un gran beneficio. Podéis procurar felicidad a un hombre de valía y seguridad a dos mujeres piadosas merecedoras de vuestra ayuda. Y, por último, pero no menos importante, podéis proteger a vuestra orden evitando que pierda a un generoso benefactor cuya munificencia le es necesaria. Sería presuntuoso que yo os hable de las Sagradas Escrituras, pero no puedo por menos que recordar a aquella famosa mujer de Samaria. De no ser por su adulterio, el fundador de nuestra religión jamás hubiera encontrado la ocasión de exponer los famosos preceptos de tolerancia y perdón que desde entonces han sido de tan inestimable valor para los miserables pecadores como nosotros.

—Vuestra observación no deja de ser interesante.

—Soy humano, padre. No voy a ocultaros que la belleza de doña Aurelia me ha arrebatado. La pasión que ha despertado en mí es tan intensa que me veo abocado a satisfacerla, pues de otro modo moriré.

—En ningún momento pensé que el interés que mostráis por la felicidad de Bartolomeo y por la paz y tranquilidad de sus dos mujeres fuera un sentimiento gratuito nacido de la nobleza y generosidad de vuestro corazón —le contestó fray Timoteo con sequedad.

—Vuestro monasterio es pobre y, sin duda, está muy necesitado de la caridad del prójimo. Estoy dispuesto a daros veinticinco ducados para asegurarme vuestra buena voluntad, padre.

Maquiavelo vio el brillo de la codicia asomar en los ojos negros del monje.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Maquiavelo extrajo el saquito de monedas de uno de sus bolsillos interiores y lo dejó caer sobre la mesa con naturalidad. Las monedas tintinearon alegremente al golpear sobre la superficie de madera.

—*Messere* —dijo el fraile—, habéis conseguido ganaros mi buena voluntad con el encanto y la gracia de vuestra conversación y maneras. No obstante, no veo yo cómo puedo seros de utilidad.

—Padre, no os pediré nada que vaya contra vuestra conciencia. Lo único que quiero es que me facilitéis una charla privada con doña Caterina.

—No veo ningún mal en ello. Mas os advierto que mis oficios no irán más allá. Bartolomeo será algo tonto, pero también es un comerciante astuto y no está dispuesto a correr riesgos

innecesarios. Cuando sus negocios lo obligan a ausentarse, siempre deja a su propio sirviente en casa; el hombre se encarga de proteger a doña Aurelia, frenando cualquier avance de los varones lascivos y faltos de escrúpulos.

—Soy perfectamente consciente de ello, mas nuestro buen Bartolomeo ha depositado en vos una confianza tan grande como bien merecida. En algunas ocasiones, ha llevado a doña Aurelia a los baños, y también ha emprendido algún peregrinaje para visitar iglesias o lugares en los que se conservan reliquias de santos capaces de hacer milagros y bendecir con el don de la fertilidad a mujeres estériles. Mi sugerencia es que aconsejéis a nuestro buen amigo un viaje a Ravena. Que vaya acompañado por su sirviente, y que, una vez allí, pase una noche entera de oración y meditación frente al sarcófago que contiene los restos mortales de san Vital. Creo que, si sigue vuestros consejos, podéis garantizarle que doña Aurelia concebirá.

—San Vital fue un santo de gran relevancia; de otro modo, no se hubiera levantado una iglesia en su honor. Aun así, ¿qué os hace suponer que sus huesos tienen el poder de sanar la esterilidad masculina?

—Nada. Pero el santo tiene un nombre altamente sugestivo. Bartolomeo no sabe de poderes milagrosos más de lo que sabemos vos o yo, y un hombre desesperado se agarra a un clavo ardiendo. Ravena está tan solo a treinta kilómetros de Imola. No creo que nuestro amigo dude un segundo en emprender un viaje tan corto para satisfacer el deseo más grande de su vida. ¿No pensáis vos lo mismo?

—Permitid que yo, a mi vez, os haga una pregunta. ¿Tenéis alguna razón para suponer que doña Aurelia, una esposa virtuosa y tímida, va a responder positivamente a vuestros requerimientos? ¿Acaso le habéis hecho saber ya vuestro deseo por ella?

—Solo he intercambiado unas cuantas palabras con ella. Pero, si no es diferente al resto de las de su sexo, seguro que ha tomado buena nota de mi deseo. Las mujeres están sujetas a dos defectos, uno es la curiosidad y el otro es la vanidad.

—Pecados veniales ambos —dijo el monje.

—Cierto. Y, sin embargo, son estos pequeños pecados, más que las grandes pasiones, los responsables de que estas agradables criaturas abandonen el estrecho sendero de la virtud demasiado a menudo.

—El hábito que llevo me ha preservado; vivo en una feliz ignorancia respecto a la mayor parte de estos asuntos.

—Cuando vuestros propios méritos os hayan elevado hasta la posición que merecéis, aprenderéis que para ejercer una auténtica influencia sobre los hombres sale más a cuenta seguirles la corriente y tolerar sus pequeñas flaquezas que alentar sus virtudes o fomentar sus vicios.

—Vuestro plan es ingenioso. No me cabe la menor duda de que conseguiréis convencer a doña Caterina de que os ayude; ella hará lo que sea con tal de impedir que Bartolomeo adopte a sus sobrinos. Sin embargo, conozco demasiado bien a doña Aurelia como para creerla dispuesta a cometer un pecado mortal por mucho que vos o su propia madre tratéis de inducirla a ello.

—Es posible. No obstante, existen muchas cosas que, en principio, y vistas desde lejos, parecen extrañas y terroríficas, pero que luego, ya sujetas a cierta consideración y cercanía, se convierten en algo natural, fácil y razonable. No hay razón para que yo atribuya a doña Aurelia más inteligencia que la propia de sus compañeras de sexo, por lo que sería conveniente que vos la guiarais en este asunto y le explicarais que, cuando se nos da la posibilidad de elegir entre un bien cierto y un mal incierto, es un error renunciar al primero por temor al segundo. El bien cierto es que ella concebirá y aportará un alma inmortal al mundo. El mal incierto es el riesgo de ser descubierta por su marido, pero creo que podemos minimizar este riesgo tomando las debidas precauciones. Y, en lo que concierne al supuesto pecado mortal, a mi modo de ver no habrá tal cosa, ya que uno peca con la voluntad y no con el cuerpo. Desde luego, sería pecaminoso que doña Aurelia disgustara a su marido, mas en este caso lo que ella va a hacer es complacerlo. Debemos ponderar nuestros actos en función de sus objetivos, y aquí el objetivo es satisfacer el

deseo que alberga el corazón de un marido, al tiempo que contribuimos a crear una nueva plaza en el paraíso.

Fray Timoteo dio la callada por respuesta. Observaba a Maquiavelo, y este tuvo la impresión de que el fraile estaba haciendo un notable esfuerzo para contener las carcajadas que pugnaban por salir de su boca. Poco después, el monje trasladó la mirada a la bolsa de oro que estaba sobre la mesa.

—Los caballeros de la Señoría mostraron mucha sabiduría cuando decidieron mandaros a vos para que tratarais con el duque. Quizá condene vuestras intenciones, pero no puedo por menos que admirar la sutileza con que las disfrazáis.

—Agradezco vuestras palabras. Soy receptivo a los halagos —respondió Maquiavelo.

—Debéis darme algún tiempo para que pueda pensar en el asunto con detenimiento.

—Padre, mi parecer es que siempre es mejor confiar en el impulso del momento, pero, si me lo permitís, saldré un momento al patio para satisfacer a la naturaleza; sospecho que el vino local tiene efectos algo diuréticos.

Cuando Maquiavelo regresó, el monje seguía sentado donde lo había dejado, pero la bolsa de oro ya no estaba sobre la mesa.

—El viernes doña Caterina me traerá a su hija a la iglesia para que la confiese —le dijo, mientras contemplaba sus manos bien cuidadas—. Cuando doña Aurelia está en el confesionario, tendréis oportunidad de hablar con ella.

19

La fortuna deparó a Maquiavelo una oportunidad para proseguir sus estrategias de seductor. A no ser que tuviera alguna obligación, no era hombre que se levantara temprano, y, en la mañana que siguió a su conversación con fray Timoteo, despertó cuando ya hacía un rato que había salido el sol. Se vistió y fue a la cocina, donde Serafina le sirvió un desayuno frugal. Salió al patio, sacó agua del pozo, se lavó la cara y las manos temblando de frío, y después subió a su habitación en busca de algunos papeles. Necesitaba más luz, por lo que se acercó hasta la ventana y descorrió el postigo. Y entonces vio que Nina, la criada de doña Aurelia, sacaba una silla y un taburete a la terraza de la casa de Bartolomeo. Durante los días anteriores, el cielo había estado encapotado e incluso habían caído algunos chaparrones ocasionales, pero aquella mañana el sol brillaba desde un cielo limpio y claro. Maquiavelo intuyó lo que presagiaba la acción de la criadita. Aguardó. Poco después apareció Aurelia; iba envuelta en un chal a cuadros y en las manos llevaba un sombrero de paja muy amplio que en vez de copa tenía un agujero. Se sentó en la silla, Nina cogió su larga melena rubia, la pasó por el agujero del sombrero y le colocó el sombrero en la cabeza. Después extendió todo el pelo repartiéndolo de manera uniforme por el perímetro del ala para que el sol le diera de lleno y acentuara el color del tinte. La suposición de Maquiavelo había sido acertada: Aurelia aprovechaba aquel día claro y bello para teñirse el pelo.

La ocasión era demasiado buena como para dejarla pasar; se imponía un rápido cambio de planes. Estaba por escribir unas cartas, pero decidió posponer la tarea para mejor momento. Fue en busca de su laúd y luego subió las escaleras y se dirigió al salón que había en el piso de arriba de la casa de Serafina. Para cuando llegó, Nina había regresado a sus tareas en el interior de la casa y su ama se había quedado sola. Aurelia no podía verlo, pues el ala de su sombrero era muy amplia, y, además, la mujer estaría demasiado entretenida soñando con la futura perfección del color de su pelo como para pensar en otros temas. Aun así, cuando Maquiavelo empezó a cantar, esbozó un ligero movimiento de sobresalto, levantó un poco el ala del sombrero y su mirada viajó a través del estrecho espacio que dividía las dos casas. Él buscó sus ojos, pero, antes de encontrarlos, ella ya había bajado de nuevo los suyos. Maquiavelo se puso entonces a canturrear como para sí mismo. Entonaba una canción de amor muy en boga entonces. Hablaba de Cupido y sus dardos, describía la crueldad de sus flechas y las heridas que infligían en el corazón del ser amado, y la felicidad que el amante sentiría si pudiera, aunque solo fuera por un instante, dejar de pensar en su amada. Aurelia estaba enteramente a su merced. Su timidez quizá le hiciera sentir deseos de retirarse, pero el sol era crucial para fijar el tinte de su pelo, y Maquiavelo sabía que no había mujer dispuesta a sacrificar su buena apariencia en aras de la modestia. Simplemente, no entraba en la naturaleza femenina hacer algo así.

Y, si hasta el momento Aurelia había ignorado sus sentimientos hacia ella, estaba claro que a partir de ahora toda duda quedaría disipada. Una ocasión como aquella no se presentaba todos los días, pensó Maquiavelo; lo mejor que podía hacer era dejarse de subterfugios y asegurar el tiro, haciéndole saber claramente lo que sentía por ella. Tiempo atrás, había compuesto una serenata para una mujer llamada Felicia que se iniciaba con un «Oh, vos, Fenicia, única entre todas las mujeres», y que luego continuaba ensalzándola como ejemplo extraordinario de hermosura terrenal, alma perfecta adornada con todos los encantos. Resultaba bastante fácil cambiar algunas palabras sin alterar el ritmo, y sustituir el «Oh, vos, Fenicia» por un «Oh, vos, Aurelia». Y así lo hizo, pulsando las cuerdas de su laúd al tiempo que pronunciaba las palabras en un tono recitativo que no necesitaba demasiada melodía.

Aurelia, entretanto, permaneció sentada e inmóvil; el rostro oculto bajo la amplia ala de su sombrero y la melena expuesta al sol. No dio muestras de recibir el mensaje, aunque Maquiavelo estaba seguro de que lo estaba escuchando con mucha atención. Por el momento, le bastaba con eso. Sin embargo, cuando no llevaba cantadas más que un par de estrofas, la muchacha hizo tintinear una pequeña campana que llevaba consigo. Poco después, apareció Nina y ella se levantó de la silla. Las dos mujeres cruzaron unas palabras, luego la criada cogió silla y taburete y los trasladó a otra parte de la azotea. Aurelia volvió a sentarse, pero esta vez hizo que Nina se quedara a su lado, en el taburete. Ama y criada se pusieron a charlar y Maquiavelo comprendió que Aurelia no despediría a Nina hasta que él se retirara. A pesar de todo, cuando abandonó su puesto no lo hizo descontento. Bajó a su habitación, sacó papeles y documentos de la caja donde los tenía bajo llave, y, poco después, estaba inmerso en la tarea de escribir una carta a los caballeros de la Señoría.

Todo iba bien.

20

Maquiavelo no tenía por costumbre asistir a los oficios religiosos. El viernes esperó a que las vísperas hubieran terminado y la pequeña congregación de fieles hubiera salido de la iglesia antes de cruzar la puerta del templo. Llegó a tiempo de ver que fray Timoteo entraba en el confesionario. Poco después, Aurelia se reunía con él, y doña Caterina se quedó sola, sentada en una de las capillas laterales. No pareció sorprendida al verlo; posiblemente, el monje ya hubiera hablado con ella y estuviera esperándolo. En cualquiera de los supuestos, no tenía ningún sentido marear la perdiz, así que abordó el asunto sin ambages. Le contó que se había enamorado con pasión de su hija y le pidió que abogara por su causa. Doña Caterina se mostró más divertida que indignada. Le hizo saber que no era el primero en atentar contra la modestia de su hija; otros habían tratado de acercarse a ella, pero todos habían fracasado en el intento.

—Yo la eduqué de modo estricto, *messer* Niccolò. La deposité en el lecho de *messer* Bartolomeo siendo una virgen inocente, y, desde ese día, se ha comportado como una esposa devota y leal.

—Si los informes que he recibido son correctos, jamás se le ha dado la oportunidad de comportarse de otra manera.

Doña Caterina lanzó una carcajada queda y algo impúdica.

—*Messer* Niccolò, vos habéis vivido lo suficiente como para saber que, si una esposa quiere engañar a su marido, lo hará caiga quien caiga; no importa cuántas precauciones adopte su consorte.

—Tenéis razón, la historia del mundo lo corrobora. Por vuestras palabras, deduzco que sois una mujer a la que puedo hablar con franqueza.

Ella ladeó un poco la cabeza y lo contempló con expresión muy sincera.

—Mirad, *messere*. Yo he padecido grandes desgracias en mi vida. He navegado por mares muy tormentosos y, ahora que he llegado a un puerto seguro, no tengo ningún deseo de verme de nuevo expuesta a sufrir la furia de los elementos.

—Me es fácil comprender vuestras razones. Mas, decidme, ¿estáis segura de que vuestro puerto es seguro y el ancla que os mantiene en él lo suficientemente firme?

Doña Caterina no respondió. Siguió un silencio elocuente y a todas luces fruto de la incomodidad. Maquiavelo, consciente de ello, retomó la palabra.

—Si no me equivoco, a menos que doña Aurelia le dé pronto un heredero a Bartolomeo, vuestro yerno tiene previsto adoptar a los dos hijos de doña Constanza.

De nuevo, silencio. Doña Caterina seguía sin hablar.

—Señora, vos tenéis gran experiencia en asuntos mundanos. No creo necesario recordaros en qué posición os encontraréis, tanto vos como vuestra hija, si se diera el caso de que sucediera esta desgracia.

Por las mejillas de la mujer se deslizaron dos gruesos lagrimones. Maquiavelo le palmeó una mano con amabilidad.

—A grandes males, grandes remedios. Las situaciones desesperadas demandan soluciones radicales.

Doña Caterina se encogió de hombros y habló con expresión de desaliento.

—Aun cuando yo fuera capaz de acallar los temores de mi hija, no veo el modo de favorecer una oportunidad para lo que queréis.

—Vamos a ver. Decidme, doña Caterina, ¿le resulto yo desagradable a su hija?

—La hacéis reír —contestó ella—, y para conquistar los favores de una mujer, una buena carcajada suele ser tan o más eficaz que un rostro hermoso.

—Vos y yo pensamos de manera similar, sois una mujer de mi gusto. Decidme, pues: si se presentara la oportunidad de realizar lo que ambos deseamos sin que de ello se derive ningún peligro, ¿podría entonces contar con vuestra ayuda?

—No es solo el miedo de Aurelia lo que debo acallar, sino también sus escrúpulos.

—Lo que vos no consiguierais con vuestra habilidad y apelando al sentido común se puede dejar en manos del excelente fray Timoteo. Os aseguro que sabrá bien cómo gestionar el asunto. Siente un gran disgusto por los dominicos.

Doña Caterina se rio con disimulo.

—Sois un hombre encantador, *messer* Niccolò. Si yo aún estuviera en edad de merecer y vos me desearais, os prometo que no sabría negaros nada.

«Vaya con la vieja», se dijo Maquiavelo mientras le daba un apretoncito en la mano.

—Y yo os digo y proclamo que, si no estuviera tan ardientemente enamorado de vuestra hija, no dudaría un segundo en tomaros la palabra.

—Ah, aquí llega Aurelia.

—Voy a dejaros, pues.

Salió de la iglesia de modo subrepticio y de allí fue directo a la tienda de un joyero. Compró una cadena; no tenía suficiente dinero para una de oro y tuvo que contentarse con adquirir una de plata, pero, de todos modos, era un trabajo bellamente labrado. Más tarde, recordando que un día doña Caterina había comentado cuánto le agradaban los higos, envió a Piero al mercado a que comprara un cesto lleno. Después puso la cadena de plata bajo la fruta y le dijo al chico que llevara el regalo a casa de Bartolomeo. Debía entregárselo a doña Caterina en mano, explicarle que los higos eran un presente de Maquiavelo y añadir que en el fondo de la cesta hallaría un objeto que él le suplicaba que aceptara como muestra de su estima. Maquiavelo tenía la impresión de que la mujer y él se habían entendido perfectamente el uno al otro, pero no hay nada mejor ni más útil que un regalo para ratificar cualquier buen entendimiento.

21

Unos días más tarde, Bartolomeo le propuso repetir aquella alegre sesión musical que tanto placer había procurado a todos. Así lo hicieron, y la velada transcurrió como la anterior, con charlas agradables y buena música. Aurelia, que nunca había sido muy locuaz, estuvo más callada que de costumbre. Maquiavelo notó que, cuando él tomaba la palabra y hacía su habitual exhibición de ingenio, lo observaba como si estuviera estudiando su carácter y personalidad. Estaba casi seguro de que su madre le habría hablado de él y del deseo que sentía por ella; aquellas miradas inquisitivas solo podían significar que la muchacha estaba calibrando sus posibilidades como amante. Maquiavelo sabía que el éxito del que gozaba con las mujeres no se debía a su apariencia física, sino a su actitud desenvuelta y segura y a la agudeza que desplegaba en la conversación. Aquel día decidió sacar lo mejor de todo ello. En su opinión, las mujeres no sentían aprecio por la ironía o el sarcasmo, pero, en cambio, disfrutaban de las bromas sencillas y las historias alegres. Él poseía un buen repertorio de ambas, y las carcajadas con que fueron recibidos sus esfuerzos resultaron emocionantes y alentadoras. Estaba muy complacido consigo mismo, y en su fuero interno se decía que jamás se había mostrado tan gracioso como durante aquella velada. La recepción resultaba muy halagadora, desde luego, pero tuvo buen cuidado de no pasarse de rosca con las bromas; también le interesaba demostrar que era un hombre amable y fácil de trato, un hombre en el que se podía confiar y al que sería fácil amar. De vez en cuando, sus ojos se encontraban con los de Aurelia y en ellos le parecía leer una ternura sonriente, lo que sugería que la mujer no era del todo indiferente a sus avances. ¿O acaso eran solo fantasías suyas? Conocía aquella mirada, la había visto en los ojos de otras mujeres. Qué criaturas tan extrañas. Necesitaban complicar tediosamente las cosas, revistiendo de sentimientos un placer que la misericordiosa Providencia había puesto a disposición de los humanos, con toda probabilidad para compensarlos por la expulsión de sus primeros padres del jardín del Edén. Y, sin embargo, algunas veces esta flaqueza femenina resultaba muy práctica y útil. Durante unos instantes, pensó en su Marietta. El matrimonio había sido de conveniencia, un arreglo entre sus dos familias. Sin embargo, su esposa se había enamorado perdidamente de él y ahora apenas si toleraba perderlo de vista. Desde luego, era una buena mujer y él sentía un genuino afecto por ella, pero no iba a esperar tenerlo siempre atado a sus faldas.

Tras aquella velada, pasaron unos días en los que se vio obligado a dedicar todo su tiempo a la misión que le habían encargado. No obstante, envió un frasco de perfume de rosas a Aurelia utilizando a Piero como mensajero. Se lo compró a un mercader que acababa de llegar de Oriente y le costó una fortuna; desde luego, mucho más de lo que él podía permitirse. Pero Aurelia no rechazó el presente, y él interpretó su gesto como un buen presagio. Piero había cumplido el recado con diligencia, arreglándoselas para llevarlo a cabo sin que nadie se enterara. Maquiavelo lo felicitó por su tacto y habilidad, y le dio un escudo para que lo invirtiera en la conquista de Nina.

—¿Cómo va el asunto, muchacho?

—Creo que no le desagrado —contestó Piero—, pero le tiene mucho miedo al otro criado de la familia. Es su amante.

—Eso me figuré. No permitas que el obstáculo te desanime. Si tiene ganas de estar contigo, se las arreglará para organizar un encuentro.

Poco después llovió y, por la tarde, Bartolomeo envió un mensaje a Maquiavelo preguntándole si tenía tiempo para acercarse a su casa a jugar una partida de ajedrez. Maquiavelo decidió que el

trabajo que se traía entre manos podía esperar y aceptó la invitación. Bartolomeo lo recibió en su estudio. No había chimenea, pero sí un brasero que caldeaba la atmósfera de modo satisfactorio.

—He creído mejor jugar aquí. Estaremos más tranquilos que en compañía de un par de mujeres charlatanas —le dijo nada más llegar.

Maquiavelo había acudido a la casa con la esperanza de ver a Aurelia. No obstante, supo ocultar su frustración con mucha cortesía.

—Desde luego. Las mujeres hablan, y el ajedrez es un juego que requiere concentración.

Jugaron. Maquiavelo estaba distraído y Bartolomeo lo venció sin dificultades, cosa que lo dejó lleno de felicidad. Pidió que les trajeran más vino, llenó las copas y, cuando Maquiavelo comenzó a disponer las piezas para una nueva partida, se apoyó en el respaldo de su asiento y adoptó un tono confidencial.

—Estimado Niccolò, no os he hecho venir tan solo por el placer de jugar al ajedrez con vos. Quisiera pediros consejo.

—Me tenéis a vuestro servicio.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de San Vital?

Maquiavelo tuvo que contener el leve suspiro de satisfacción que pugnaba por brotar de sus labios. Fray Timoteo no le había fallado.

—Es curioso que me preguntéis esto. ¿Os referís a la iglesia que hay en Ravena? Los huesos del santo están enterrados en ella. En los últimos meses, toda Florencia hablaba de este santo. En realidad, no se hablaba de otro tema.

—¿Qué tema? ¿Qué relación guarda con el santo?

—Amigo mío, la tontería de los seres humanos carece de límites. Nuestros buenos florentinos se precian de poseer inteligencia y perspicacia, mas lo cierto es que a veces también son de una credulidad inimaginable.

—¿A qué os referís?

Bartolomeo estaba ansioso por conocer más detalles, y Maquiavelo decidió tenerle un rato en ascuas.

—Bien. La historia es tan disparatada que casi me da vergüenza contárosla. Por norma general, mis conciudadanos hacen gala de un sano escepticismo y, aunque siempre acatando los límites que establece nuestra santa Iglesia, la verdad es que no suelen ser propensos a creer en algo que no puedan ver, oler o tocar por sí mismos.

—Ah, precisamente. De ahí que sean tan excelsos negociantes —replicó, raudo, Bartolomeo.

—Puede que sea así. Y, por ello, resulta aún más sorprendente que de vez en cuando incurran en las más absurdas supersticiones. La verdad es que apenas si me animo a contaros una historia que los presenta bajo una luz tan ridícula.

—Niccolò, vos sabéis que yo soy casi florentino y, ahora que me habéis contado esto, no me quedaré tranquilo hasta haber oído la historia completa. Además, escucharos a vos es siempre un placer, y unas cuantas risas animarán este día tan tristón que tenemos hoy.

—Pues bien, os voy a exponer los hechos tal y como se sucedieron. Atañen a un ciudadano de Florencia llamado Giuliano degli Albertelli. En apariencia, Albertelli debería haber sido un hombre feliz. Estaba en la flor de su edad y gozaba de muy buena posición, vivía en una bonita casa de la ciudad y tenía una hermosa mujer de la que estaba muy enamorado. Sin embargo, el hombre arrastraba una amargura constante porque no tenía hijos. Tiempo atrás, se había peleado a muerte con su hermano; la idea de que en el futuro este y su pandilla de hijos codiciosos fueran a heredar sus posesiones y fortuna le resultaba intolerable. Así las cosas, intentó por todos los medios que su esposa concibiera. Consultó a toda clase de doctores y acudió a viejas expertas que se vanagloriaban de poseer recetas de hierbas secretas que curaban la esterilidad. Llevó a su esposa a tomar los baños y peregrinó a varios lugares milagrosos con ella. Todo fue en vano.

Maquiavelo hizo una breve pausa y contempló a Bartolomeo. Al hombre se le había acelerado la respiración, bebía sus palabras.

—Así estaban las cosas —continuó explicándole—, cuando un buen día conoció a un monje

que acababa de regresar de Tierra Santa. Por el camino, se había detenido en Ravena; sí, precisamente en la ciudad donde se halla esa iglesia de San Vital por la que vos me habéis preguntado. Pues bien, según el monje, aquel santo tenía poderes milagrosos y era capaz de devolver la fertilidad a los hombres estériles. Albertelli se tomó la información muy en serio pese a que sus amigos se rieron de su credulidad y trataron de hacerle ver que aquello era una perfecta tomadura de pelo. Él hizo caso omiso, e insistió en que iba a visitar la capilla del santo. Ya os imaginaréis la de risas y chirigotas que causó aquel viaje. Todos se burlaban del hombre, hasta llegó a publicarse un panfleto que corrió de mano en mano. Y, por supuesto, cuando regresó de su peregrinaje la gente lo rehuía para no carcajearse en su propia cara. No obstante, y aquí viene lo bueno, fue él quien rio el último, pues sucedió que, justo nueve meses después del día en que volvió de viaje, su mujer dio a luz a un hijo varón que pesó cuatro kilos al nacer. El nacimiento causó gran confusión. Toda Florencia se hizo cruces del asunto, y quienes eran piadosos proclamaron que, sin duda, aquello era un milagro.

La frente y las cejas de Bartolomeo estaban perladas de sudor.

—Es natural. ¿Qué podía ser sino un milagro?

—Estimado amigo, entre nosotros, y a solas entre estas cuatro paredes ciegas, mudas y sordas, yo diría que el tiempo de los milagros ya ha pasado. Seguramente, porque hemos pecado en exceso y no los merecemos. A pesar de todo, y aviso que esto es algo que tan solo me atreveré a reconoceros a vos, confieso que lo sucedido me conmovió mucho. Tal y como vos habéis apuntado, si no fue un milagro, entonces ¿qué fue? En fin, amigo. Yo os he narrado los hechos, vos deduciréis qué conclusión se puede extraer de ellos.

Bartolomeo bebió un gran trago de vino y Maquiavelo decidió encender otra candela en la capilla de la Virgen de fray Timoteo. Desde luego, la Madona era milagrosa y le estaba sirviendo más que bien.

Bartolomeo retomó la palabra tras un momento de reflexión.

—Sé que puedo confiar en vos, estimado Niccolò. Me tengo por buen juez de la naturaleza humana y estoy convencido de que sois un hombre discreto. Os seré sincero. No fue azaroso que os preguntara si habíais oído hablar de san Vital. Buscaba confirmación a una noticia que me ha llegado. Pero, la verdad, nunca pensé encontrar una ratificación tan inmediata y tranquilizadora.

—Amigo, habláis de modo muy enigmático.

—Vos conocéis mis cuitas. También yo necesito un heredero al que legar mi fortuna, mis tierras y posesiones diversas, así como el título y la propiedad que el duque se dignó a concederme. Tengo una hermana viuda con dos hijos, y, al carecer de descendencia propia, se me ha ocurrido que lo mejor será adoptar a mis dos sobrinos. He hablado del asunto con mi hermana y, aunque mi decisión solo puede aportar grandes beneficios a los chicos, no consiente de ninguna manera que los separe de ella e insiste en que debemos vivir todos juntos. Ahora bien, ella y yo somos de carácter similar. Entendámonos. Yo no tengo nada en contra de la fortaleza de carácter, puesto que me ha hecho el hombre que soy. Pero, francamente, si ella viene a vivir a esta casa no creo que vayamos a gozar de un momento de paz. Pensad en lo que va a ser esto, un campo de batalla; el escenario donde tres mujeres van a competir por ver quién manda más. Preveo constantes peleas.

—No me cabe la menor duda de que las habrá.

—Yo viviría en un constante desasosiego.

—Vuestra existencia sería un tormento. Entre las tres, os arrancarían la piel a tiras.

Bartolomeo exhaló un profundo suspiro.

—¿Queríais pedirme consejo sobre este asunto? —le preguntó Maquiavelo.

—No, sobre el otro. Fijaos qué cosa tan curiosa. Precisamente ayer estaba hablando de mis preocupaciones con fray Timoteo y entonces me nombró a san Vital. Ni por un momento se me ha ocurrido pensar que la causa del problema radique en una incapacidad mía, pero, si las reliquias de este santo son tan milagrosas como se dice, nada pierdo con acercarme hasta allí. De hecho, ahora mismo tenía pendiente resolver unos negocios en Ravena, así que, aun cuando el

objetivo prioritario del viaje acabe por resultar fallido, al menos no se podrá decir que he perdido por completo el tiempo.

—Tal y como presentáis las cosas, creo que tenéis mucho que ganar y poco que perder. ¿Por qué dudáis entonces?

—Fray Timoteo es un santo varón, pero lo ignora todo sobre el mundo. Si es cierto que este santo tiene el poder que él le atribuye, me parece muy raro que su fama haya quedado confinada a la ciudad de Ravena. Lo normal sería que se hubiera extendido por todas partes.

Durante unos segundos, Maquiavelo se quedó sin palabras. Se rehízo pronto.

—Olvidáis que son muy pocos los hombres dispuestos a admitir que padecen infertilidad, y que casi todos preferirán antes atribuir la deficiencia a sus esposas. Podéis estar bien seguro de que quienes han ido a interceder frente al santo lo han hecho con el mayor de los secretos. Y, si la intercesión ha resultado exitosa y a los nueve meses sus mujeres han tenido un hijo, ellos se habrán cuidado mucho de divulgar por qué medios han logrado hacerlas concebir.

—No se me había ocurrido pensar en esto. Y, sin embargo, tiene lógica. Si mi peregrinación a Ravena se hiciera pública, y para colmo no se viera bendecida por un feliz acontecimiento, me convertiría en el hazmerreír de la ciudad. Sería casi una admisión de mi impotencia.

—No veo yo cómo iba a hacerse público. Nadie tiene manera de saberlo, ¿acaso no os ha explicado fray Timoteo cómo debéis proceder? Si mal no recuerdo, Giuliano degli Albertelli contó que había pasado una noche en ayunas, orando y meditando frente a las reliquias del santo.

—Eso parece casi imposible, ¿cómo lo hizo?

—Muy fácil. Basta con darle una pequeña propina al sacristán. Os permitirá quedaros cuando cierre la iglesia por la noche. Nadie se dará cuenta. A la mañana siguiente, podéis asistir a la primera misa, tras lo cual os olvidáis del ayuno y vais a comer algo. Después hacéis los negocios que tengáis que hacer y volvéis presto aquí, donde os aguardarán los brazos amorosos de vuestra esposa.

Bartolomeo sonrió a su amigo con gran satisfacción.

—Entonces, ¿no me vais a considerar un completo bobo si hago el experimento?

—Mi estimado amigo, los caminos de la providencia son inescrutables. Yo me he limitado a contaros lo que le sucedió a Giuliano degli Albertelli. Si aquello fue o no milagro, ¿quién soy yo para decidirlo?

—Este viaje es mi última esperanza —dijo Bartolomeo—. Voy a hacer la prueba. Si el milagro funcionó con este Albertelli, no hay razón para pensar que no vaya a funcionar conmigo.

—Por supuesto que no. Ninguna —corroboró Maquiavelo.

22

Durante la semana que siguió a esta conversación, Maquiavelo vivió en un constante vaivén emocional. Tan pronto se sentía pletórico de esperanzas como sumido en el desaliento. Pasaba de la felicidad anticipada a una frustrante irritación, de un estado de febril excitación a otro de profundo desespero. En realidad, sus estados de ánimo iban acompasados con los de Bartolomeo; lo cierto es que el mercader no acababa de decidirse a emprender el viaje. Por una parte, se moría de ganas de ir, pero, por otra, se resistía. Era como aquel hombre que está por arriesgar todo su dinero en una sola jugada y, en el último momento, se encuentra desgarrado entre el horrible temor de perderlo todo y el ansia incontenible de ganar mucho más. Eso le sucedía a Bartolomeo. Un día decidía que iba a Ravena, y a la mañana siguiente decidía que no iba.

La digestión de Maquiavelo siempre había sido muy delicada, y su estómago padecía lo indecible con estas incertidumbres. Sería demasiado sangrante, pensaba, que, después de haberse tomado tanto trabajo en organizar un plan astuto que además le había costado un dineral, ahora cayera enfermo y, llegado el día, no pudiera cosechar lo que había cultivado con tanto empeño. Por si acaso, había hecho que lo sangraran y purgaran, y había reducido su ingesta de alimento a menudencias ridículas. Y, para empeorar el asunto, tenía más trabajo que nunca. Las negociaciones entre el duque y sus capitanes rebeldes estaban llegando a su momento álgido. Se veía obligado a escribir constantemente a la Señoría, a visitar y escuchar a sus agentes e informadores; a pasar horas y horas en palacio intentando recabar noticias e informaciones, y otras tantas horas charlando con personajes de consideración venidos a Imola en representación de sus respectivos Estados. No obstante, al final le sonrió el destino. Bartolomeo recibió una carta de su agente en Ravena. El hombre lo advertía de que corrían el peligro de perder una mercancía; había aparecido otro pujador y, si él no se presentaba de inmediato en la ciudad para cerrar el trato, el proveedor estaba dispuesto a dársela a su rival.

Los dolores y molestias de Maquiavelo desaparecieron como por ensalmo. Un día después de su conversación con Bartolomeo había hablado con fray Timoteo. Acordaron que el monje instruiría al comerciante detallándole, tal y como él había sugerido, cómo debía pasar la noche frente a las reliquias del santo. Para congraciarse con Aurelia, visitó a un comerciante de paños que se había instalado en Imola atraído por el olor a dinero fácil, y le compró un par de guantes de seda perfumados y bordados con hilo de oro. Le costaron un ojo de la cara, pero aquel no era momento para regateos ni mezquindades. Se los envió mediante Piero, con instrucciones de que el chico preguntara por doña Caterina. De este modo, los sirvientes de la casa no sospecharían la verdad; tan solo pensarían que se trataba de un mensaje cualquiera para su amo. Piero también debía avisarla de que quería hablar con ella, proponerle la iglesia como lugar de encuentro y pedirle que fijara la hora que más le convenía. Cuando un rato más tarde regresó, le explicó que doña Caterina había llamado a su hija al instante y que Aurelia había expresado su deleite al ver tan valioso regalo. Los guantes de aquella clase costaban mucho dinero y eran muy apreciados, a tal punto que la marquesa de Mantua había ofrecido un par a la reina de Francia, segura de que el regalo tenía la suficiente categoría como para ser digno de una reina.

—Y ella, ¿cómo estaba? —preguntó Maquiavelo.

—Doña Aurelia parecía complacida.

—No seas tonto, muchacho. Me refiero a su aspecto. ¿Estaba hermosa?

—No sé. Tenía el aspecto acostumbrado.

—¡Eres un bobo! ¿Cuándo irá doña Caterina a la iglesia?

—Esta noche asistirá a vísperas.

Después de encontrarse con ella, Maquiavelo regresó a casa andando. Estaba muy satisfecho de la entrevista y, mientras le daba vueltas al asunto, pensó que el ser humano es un animal notable; no hay prácticamente nada que no sea capaz de conseguir cuando actúa con astucia y audacia e invierte algo de dinero.

Doña Caterina le había contado que, al principio, su propuesta había sido rechazada de modo contundente. Aurelia estaba muy asustada, pero poco a poco los argumentos de su madre la habían ido convenciendo. Naturalmente, se decía Maquiavelo; eran argumentos irrebatibles, ¿cómo no iban a serlo si los había ideado él mismo? Y, para reforzar aún más su aplastante lógica, fray Timoteo los había ratificado mediante sus admoniciones, que habían sido afectuosas pero firmes. Aurelia era una muchacha sensata y acabó por reconocer que no sería una locura incurrir en un pequeño pecado del que podía derivarse un enorme bien general. En definitiva, si Bartolomeo se hallaba ausente y las circunstancias se organizaban de modo que ella se sintiera segura, estaba dispuesta a entregarse a Maquiavelo.

Y, entretanto, Bartolomeo había tomado su decisión. Ya no había razón para retrasar más el viaje y, al mediodía del día siguiente, se puso en camino a Ravena acompañado por su sirviente y un paje. Maquiavelo hizo gala de su habitual cortesía; salió a la calle para despedirlo y desearle éxito en el viaje. Tras su partida, compró pescado de río fresco y dos capones bien cebados, fruta, dulces y media garrafa del mejor vino que encontró en la ciudad. Luego pidió a Piero que llevara todas las vituallas a las mujeres de la casa. Para entonces, ya habían enviado a Nina a casa de sus padres, donde pasaría la noche. El plan estaba perfectamente dispuesto. Maquiavelo esperaría a que dieran las nueve de la noche; habrían pasado unas tres horas tras la puesta del sol y a buen seguro Serafina estaría en su cama profundamente dormida. Entonces, él se personaría en la pequeña puerta del patio de la casa de Bartolomeo y doña Caterina le franquearía la entrada. Cenarían los tres juntos y, un poco más tarde, llegado el momento estratégico, ella se retiraría de modo discreto a sus aposentos y dejaría al ansioso amante a solas con el objeto de sus deseos. Maquiavelo, por su parte, se comprometía a abandonar la casa mucho antes de que amaneciera. Cuando Piero regresó tras haber entregado el cesto, le trajo un último mensaje de doña Caterina: en cuanto el reloj diera las nueve, lo estaría aguardando en la puerta del callejón. Para asegurarse de que quien llamaba era él, debía golpear la puerta dos veces seguidas, hacer una pausa, volver a golpearla una sola vez y luego, tras otra pausa, golpear otras dos veces seguidas. Ella le abriría y él entraría, con cuidado de no hacer ruido y, desde luego, sin pronunciar palabra.

—Ventajas de tratar con una mujer de experiencia —dijo Maquiavelo con una sonrisa—. No suelen dejar nada al azar.

Ordenó a uno de sus sirvientes que le trajera un barreño con agua caliente a la habitación y se lavó todo el cuerpo, algo que no había hecho desde la noche anterior a su boda con Marietta. Recordó que aquella vez había pillado un resfriado como resultado del baño y que, luego, cosa natural, se lo había contagiado a la pobre Marietta. Después del baño, se roció con un perfume comprado en la misma tienda y el mismo día en que adquirió también el destinado a Aurelia. Finalmente, se vistió con la mejor ropa que tenía. Decidió no comer a mediodía; prefería reservarse para disfrutar mejor de la excelente cena que le aguardaba aquella noche. Y, cuando Serafina puso en la mesa la modesta colación de cada día, se excusó de compartirla alegando que más tarde debía cenar en el hostal con un enviado del duque de Ferrara. Mientras esperaba, trató de leer un rato, mas estaba demasiado excitado y emocionado como para concentrarse. Luego rasgó un poco las cuerdas del laúd, solo para descubrir que los dedos no le obedecían. Le vino a la cabeza un diálogo de Platón, aquel pasaje donde el filósofo demuestra de modo fehaciente, poniéndose él mismo como ejemplo, que cualquier placer siempre llega acompañado por algo de dolor y que, por tanto, es un bien imperfecto. Dedicó unos minutos a pensar en ello; sin duda, Platón estaría cargado de razón, pero en la vida hay momentos en los que meditar sobre asuntos trascendentes es una tarea demasiado insípida. Pasó revista a los obstáculos con que se había

topado a la hora de forjar sus planes y a las ingeniosas argucias de las que se había valido para superarlos todos. El repaso le hizo reír de buena gana. Maquiavelo opinaba que la falsa modestia no era digna de alguien de su nivel, así que no tuvo reparos en felicitarse por haber sido muy listo. De hecho, más que listo, había sido brillante. Había logrado que todos los protagonistas de la historia se plegaran a su voluntad, sacando el mejor partido de sus pasiones, intereses y flaquezas. Bien pensado, se dijo, nadie conocía los entresijos de la naturaleza humana tan bien como él y, desde luego, su talento para manipularla era extraordinario. En el reloj de la iglesia dieron las ocho. Aún tenía una larga hora de espera por delante y llamó a Piero para jugar unas partidas de damas. Solía vencerlo con facilidad, pero esa noche el muchacho le ganó partida tras partida porque él estaba distraído y jugó con descuido. Parecía que el tiempo se había detenido, que la hora no iba a pasar nunca. Y luego, de pronto, empezaron a sonar de nuevo las campanadas del reloj. Maquiavelo se puso en pie de un brinco, se embozó en la capa y abrió la puerta que daba al exterior. Estaba ya por poner un pie en el callejón cuando escuchó el sonido de pasos sobre el empedrado. La noche era muy oscura y no alcanzó a ver a nadie. Se introdujo de nuevo en casa, entrecerró rápidamente la puerta y se quedó tras ella, esperando a que aquella gente, quienquiera que fuera, pasara y se alejara. Los pasos se acercaron, pero en vez de alejarse se detuvieron justo frente a él. Hubo una llamada y luego uno de los hombres, viendo que la puerta no estaba cerrada, la empujó. El resplandor de las dos antorchas que llevaban los recién llegados iluminó de lleno a Maquiavelo.

—Ah, estáis aquí, *messer* Niccolò —dijo una voz que Maquiavelo reconoció de inmediato como perteneciente a uno de los secretarios del duque—. Precisamente veníamos a buscaros para llevaros hasta palacio. Su excelencia desea veros, tiene noticias importantes que comunicaros.

Por una vez en la vida, Maquiavelo perdió su presencia de ánimo. No se le ocurría ninguna excusa para zafarse del compromiso. Si los hombres del duque no lo hubieran encontrado en el momento de salir, habría mandado un mensaje diciendo que no podía acudir a la cita porque estaba enfermo y en cama, pero en las circunstancias actuales este pretexto quedaba descartado. El duque no era hombre al que uno le pudiera decir que tenía otras cosas que hacer, y si además quería comunicarle alguna noticia importante, era esencial que fuera de inmediato a verlo; quizá concernía a la seguridad de Florencia. Se le cayó el alma a los pies.

—Aguardad un instante. Voy a avisar a mi sirviente de que no necesita acompañarme.

—En efecto. Es innecesario; más tarde los hombres del duque os traerán de regreso a casa sano y salvo.

Maquiavelo entró de nuevo en el salón y cerró la puerta tras él.

—Atiende bien, Piero. El duque me ha mandado llamar. Procuraré que la audiencia sea breve alegando que sufro de cólico. Doña Caterina debe estar ya esperando, así que ve tú y llama a la puerta siguiendo las instrucciones que nos dio ella. Explícale lo que ha pasado y dile que iré tan pronto como me sea posible. Pídele que te deje esperar en el patio y así podrás abrirme cuando yo vuelva.

—Entendido. Así lo haré.

—Y dile que estoy molesto, exasperado y mortificado. Que soy un perfecto infeliz sumido en la desesperación, pero que estaré de regreso en media hora.

Dicho esto, se reunió con los hombres que habían ido a buscarlo y juntos se dirigieron a palacio. Al llegar, lo condujeron a una antesala, y un secretario lo dejo allí y dijo que iba a informar al duque de su llegada. Maquiavelo aguardó. Pasaron los minutos; cinco, diez, quince. Entró de nuevo el secretario, solo para comunicarle que el duque le pedía disculpas por la tardanza, pero que en aquel preciso momento acababa de llegar un correo del papa que portaba misivas de importancia y estaba en audiencia con el obispo de Elma y Agapito de Amalia para estudiarlas. Mandaría a por él tan pronto como pudiera. Maquiavelo se quedó otra vez solo. Pasó el tiempo y, con él, aumentó su amargura. Lo consumía la impaciencia; aquella era una prueba muy dura de soportar. Se removió en su silla, se levantó y anduvo de un lado a otro de la habitación; se sentó de nuevo y se mordió las uñas. Se desesperó, se irritó y se enfureció, hasta

que por fin perdió los nervios y salió de la habitación en estampida. Buscó al secretario con el que había tenido tratos y en tono gélido le preguntó si el duque había olvidado su presencia.

—Mirad, sufro de un cólico severo. Si el duque no puede recibirme ahora, me iré a mi casa y regresaré mañana.

—Lo lamento mucho, creedme. Lo del cólico es un percance muy desafortunado, pero su excelencia jamás os tendría esperando de no ser por un asunto de gran urgencia. Creo que debe deciros algo que es de vital interés para la Señoría. Os ruego que tengáis paciencia.

Maquiavelo controló su vejación lo mejor que pudo y se dejó caer en una silla cercana. El secretario aprovechó la circunstancia para iniciar una charla a la que él tan solo respondió con monosílabos. Su obvia falta de atención no pareció desalentar al secretario, que siguió hablando sin parar. Maquiavelo tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no decirle a aquel estúpido charlatán que se callara la boca. Estaba muy enojado, pero también dirigía el enfado contra sí mismo; no paraba de decirse que, si hubiera abandonado la casa tan solo un minuto antes, ya no lo habrían encontrado y ahora no se hallaría en semejante situación. Por fin, llegó Agapito y le comunicó que el duque estaba listo para recibirlo. Para entonces, Maquiavelo llevaba ya esperando una hora; pensó en Piero, aguardando en el patio de la casa vecina y temblando de frío. Sonrió con acritud. Suponía un mínimo consuelo saber que no era el único en padecer tormentos.

El duque se hallaba acompañado por su primo el obispo de Elna. Lo recibió con cortesía, mas no perdió tiempo en ceremonias ni cumplidos.

—Siempre he sido muy sincero con vos, secretario, y deseo exponeros mi posición con la máxima claridad posible. La declaración de buena voluntad que me transmitisteis por orden de los caballeros de la Señoría me resulta sumamente insatisfactoria. El santo padre puede fallecer en cualquier momento, y, si quiero preservar mis Estados, debo tomar medidas para asegurarlos. Dispongo de un buen ejército, y el rey de Francia es mi aliado. No obstante, quizá esto no sea suficiente. En consecuencia, tengo intención de establecer alianzas con mis vecinos: Bolonia, Mantua, Ferrara y Florencia.

Maquiavelo actuó con prudencia y contuvo la lengua; no era el momento adecuado para reiterar las vacuidades y la buena voluntad de la República.

—He estrechado y consolidado mis lazos de amistad con el duque de Ferrara casándolo con mi amada hermana doña Lucrecia, que además ha aportado una considerable dote donada por el papa; también he favorecido a su hermano el cardenal, facilitando su enriquecimiento. En lo que respecta al marqués de Mantua, estoy negociando dos arreglos. En primer lugar, haré que nombren cardenal a su hermano a cambio de que él reserve un depósito de cuarenta mil ducados. Luego casaré a mi hija con su hijo, y esos cuarenta mil ducados de depósito pasarán a ser la dote de la novia. El beneficio mutuo es siempre la base más sólida y segura para construir amistades duraderas. Pero eso es algo que vos sabéis de sobra, secretario; es innecesario que insista en ello.

—En efecto, no seré yo quien os contradiga al respecto —respondió Maquiavelo, sonriendo—. Pero, decidme, ¿qué pensáis hacer con Bolonia?

La pregunta era muy intencionada. El señor de Bolonia se había sumado a los capitanes rebeldes y, aunque su ejército se había retirado de las fronteras del duque, lo cierto es que continuaba en guerra con él. El Valentino se acarició la barba, muy bien cuidada y acabada en punta.

—No tengo intención de apoderarme de Bolonia —aseguró con una sonrisa maliciosa—. Lo único que busco es asegurarme su cooperación. Antes prefiero tener a *messer* Giovanni como amigo que expulsarlo de un Estado que quizás no me vea capaz de mantener y que, en última instancia, podría acarrearme la ruina. Por otra parte, el duque de Ferrara se niega a colaborar conmigo si antes no he llegado a un acuerdo con Bolonia.

—*Messer* Giovanni ha firmado un acuerdo con los rebeldes.

—Por una vez, vuestra información es falsa, secretario —le contestó el duque con aire afable —. *Messer* Giovanni opina que las cláusulas de este supuesto acuerdo no protegen sus intereses

y, por lo tanto, ha rehusado firmarlas. Yo estoy en permanente contacto con su hermano el protonotario, y las conversaciones progresan de modo satisfactorio para ambos. Cuando lleguemos a un acuerdo definitivo, recibirá la mitra cardenalicia o, en caso de que prefiera renunciar a las órdenes sagradas, podrá optar a la mano de mi prima, la hermana del cardenal Borgia. Las fuerzas de nuestros cuatro Estados juntos, más el apoyo del rey de Francia, serán formidables, y, cuando llegue el momento, los caballeros de la Señoría me necesitarán más ellos a mí que yo a ellos. No os estoy diciendo que les tenga mala voluntad, pero los cambios de circunstancias alteran también las situaciones; si no me encuentro ligado a ellos por un pacto definitivo, me sentiré libre de actuar del modo que mejor convenga a mis intereses.

El guante de terciopelo había caído; por fin aparecía el puño de hierro. Maquiavelo se permitió un momento de reflexión; era muy consciente de que tanto Agapito como el obispo de Elna lo estaban sometiendo a un atento escrutinio.

—Decidme, excelencia, qué es exactamente lo que deseáis que hagamos nosotros —le dijo con una expresión lo más desenvuelta posible—, pues, si mal no he comprendido, vos ya habéis llegado a un acuerdo con Vitellozzo y con los Orsini.

—Aún no hemos firmado nada, y, en lo que a mí se refiere, no se firmará nada en el futuro próximo. No contemplo la aniquilación de los Orsini, porque si el papa muere me conviene tener amigos en Roma. Cuando Paolo Orsini vino a verme, se quejó de la conducta de Ramiro de Lorca. Yo prometí responder satisfactoriamente a su demanda y me atendré a mi palabra. Otra cosa es lo que concierne a Vitellozzo; ese hombre es un reptil y ha hecho todo lo que ha podido para tratar de impedir que arregle mis diferencias con los Orsini.

—Quizá sería mejor que su excelencia fuera más explícito.

—Muy bien. Lo que quiero es que escribáis a los caballeros de la Señoría y les expliquéis que quizá un día de estos el rey de Francia les ordene reanudar la *condotta* que me cancelaron sin sentido ni razón, y, en ese caso, no les quedará más remedio que obedecerle. Así las cosas, seguramente les conviene más hacerlo por voluntad propia que obligados.

Maquiavelo permaneció un rato en silencio. Estaba haciendo acopio de fuerzas; sabía que entraba en un territorio erizado de peligros en el que cualquier palabra podía conducir al desastre. Cuando habló, lo hizo en el tono de voz más afable y conciliador que consiguió encontrar.

—Su excelencia actúa con mucha sabiduría y prudencia al unificar sus fuerzas y buscar alianzas. No obstante, en lo que se refiere a la *condotta*, pienso que no deberíais emplazaros en la misma categoría que los capitanes a sueldo, esos que tan solo pueden ofrecer un puñado de tropas y su propia persona. Vos sois uno de los hombres más poderosos de Italia. Sería mucho más interesante y adecuado teneros como aliado que contrataros como a un vulgar mercenario.

—Ah, pero es que yo consideraría semejante contrato como un honor —respondió el duque con suavidad—. Seamos serios, secretario, seguramente somos capaces de llegar a un arreglo que implique beneficios para ambas partes. Yo soy un soldado profesional ligado a vuestro Estado por lazos de amistad. Vuestros dirigentes me hacen un desprecio al rechazar mi petición. No creo equivocarme al pensar que yo puedo servirles tan bien, o mejor, que cualquier otro capitán.

—Si me permitís la osadía, excelencia, no veo yo cómo podría sentirse seguro mi Gobierno si tres cuartas partes de su ejército estuvieran en vuestras manos.

—¿Significa esto que dudáis de mi buena fe?

—Por supuesto que no —dijo Maquiavelo con un fervor que estaba muy lejos de sentir—. Pero los caballeros de la Señoría son cautos y están obligados a ser circunspectos. No pueden permitirse el lujo de tomar decisiones que quizá más tarde hayan de lamentar. Su mayor deseo es estar en paz con todos.

—Secretario, vos sois demasiado inteligente como para ignorar que la única manera de asegurarse la paz es estar preparado para la guerra.

—No me cabe la menor duda de que mi Gobierno tomará las decisiones que considere necesarias.

—¿Contratando el servicio de otros capitanes a sueldo? —preguntó el duque con voz cortante.

Esta era, precisamente, la oportunidad que Maquiavelo había estado aguardando. Sabía que el Valentino estaba sujeto a súbitos ataques de cólera y que, cuando esto sucedía, solía despedir con malos modos al objeto de su cólera. Y él quería irse de allí a toda costa. La impaciencia lo corroía, por esta vez le importaba muy poco enfurecer al duque. Respondió a su pregunta sin vacilar.

—Tengo razones para creer que esta es, exactamente, su intención.

La reacción del duque lo pilló por sorpresa, pues en lugar de enfurecerse se echó a reír. Luego se levantó de la silla y se quedó en pie, de espaldas al fuego que ardía en la chimenea.

—¿Acaso los caballeros de la Señoría creen que les será posible permanecer neutrales en las circunstancias presentes? —el duque hablaba con afabilidad y buen humor—. Vivimos épocas de inseguridad e incertidumbre, y estoy seguro de que vuestros dirigentes tienen algo de sentido común. Cuando dos Estados vecinos se declaran la guerra, el que antes había sido aliado vuestro considerará que estáis obligado a compartir su suerte debido al vínculo establecido, y, si no acudís en su ayuda, entonces os guardará rencor. Y el otro Estado os despreciará acusándoos de debilidad y falta de coraje. De todo lo cual se deduce que, para una de las partes, no seréis otra cosa que un amigo inútil, y para la otra, un enemigo al que no vale la pena temer. A primera vista, el Estado neutral se halla en posición de poder ayudar a una facción o a la otra, pero a la larga su posición es falsa. Tarde o temprano, se encontrará tan acorralado que se verá obligado a participar en esa refriega que había intentado evitar a toda costa y en la que más le hubiera valido entrar con arrojo y determinación. Creedme, siempre es más inteligente tomar partido por uno u otro bando, y además sin vacilar. A la postre, una u otra facción saldrá victoriosa, y entonces seréis presa del vencedor, pues, al haberos mantenido al margen, no tendréis argumentos que enarbolar para pedir rescate o protección. Al victorioso no le interesan los amigos en los que no puede confiar, y el que ha sido vencido tampoco hará nada por vosotros porque lo habéis dejado en la estacada cuando os necesitaba.

Una disquisición sobre la neutralidad era lo último que Maquiavelo deseaba oír en aquellos momentos. Tenía la esperanza de que el duque hubiera dicho lo que tenía que decir. Pero no había terminado.

—Cualesquiera que sean los riesgos que entraña la guerra, los que comporta la neutralidad son mucho más grandes porque os convierten en objeto general de odio y menosprecio. Y, en semejante situación, es fácil acabar siendo víctima de cualquiera que crea que merece la pena destruiros. Pero si, en cambio, os pronunciáis de manera contundente por una de las facciones y esta resulta ganadora, aun cuando su poder sea grande y os atemorice, ahora se encontrará en deuda de gratitud con vosotros; y esta será una obligación que estrechará y consolidará su vínculo de amistad con vosotros.

—No me cabe la menor duda de que vuestra experiencia en materia de gratitud es mucha, excelencia. ¿Pensáis, entonces, que los favores recibidos en el pasado van a impedir que un hombre destruya a su antiguo benefactor cuando lo que está en juego son sus ambiciones y su ansia de poder?

—Ninguna victoria es lo suficientemente aplastante como para que el vencedor pueda permitirse el lujo de prescindir de sus amigos. Tratarlos de modo justo es lo que más conviene a sus intereses.

—Supongamos que la parte elegida es la perdedora. A vuestro modo de ver, ¿qué sucedería entonces?

—En ese caso, aún ganaríais valor a ojos de vuestro aliado, os ayudaría siempre que le fuera posible y seríais su compañero de destino. Y todos sabemos que la rueda de la fortuna gira; algún día podríais veros de nuevo en el lado del vencedor. Así pues, se mire como se mire, la neutralidad es siempre una locura. Esto es todo cuanto os deseo decir. Y sería una idea sensata que transmitierais a vuestros dirigentes esta pequeña lección sobre asuntos de Estado que he creído oportuno daros.

Tras decir estas palabras, el duque se repantingó en su silla y acercó las manos al fuego.

Maquiavelo se despidió con una inclinación y ya iba a retirarse cuando el Valentino se volvió hacia Agapito da Amalia.

—¿Le habéis dicho ya al secretario que su amigo Buonarotti se ha tenido que quedar más tiempo del previsto en Florencia y no llegará aquí hasta pasados unos días?

Agapito negó con la cabeza.

—Excelencia, no conozco a esa persona —dijo Maquiavelo.

—Claro que la conocéis, es el escultor.

El duque lo observaba con atención; en sus ojos brillaba una sonrisa maliciosa. Y, de pronto, Maquiavelo comprendió de quién estaba hablándole. Poco antes había escrito a su amigo Biagio pidiéndole dinero y este le había contestado que se lo enviaba con Miguel Ángel, el escultor. Aquel era un nombre que no significaba nada para él, pero los comentarios del duque implicaban que alguno de sus espías había estado revolviendo entre sus pertenencias, seguramente con la connivencia de Serafina. El descubrimiento no suponía una gran sorpresa, y se congratuló de haber escondido la parte más relevante de sus cartas y documentos en un lugar seguro. De hecho, en su alojamiento tan solo había conservado papeles de poca importancia, pero es cierto que entre ellos estaba la carta que le había escrito Biagio.

—En Florencia hay muchos hombres que trabajan la piedra, excelencia —respondió con frialdad—. No se puede esperar que yo los conozca a todos.

—Ah, pero es que este Miguel Ángel es diferente, no anda falto de talento. Esculpió un Cupido de mármol y luego lo enterró, sabiendo que cuando fuera descubierto sería tomado por una antigüedad, cosa que, en efecto, sucedió. El cardenal de San Giorgio lo adquirió como tal. Luego, al descubrir el fraude, lo devolvió al vendedor, y al final la pieza acabó en mis manos. Se la acabo de enviar a la marquesa de Mantua como regalo.

El Valentino habló con mucha jovialidad y desenvoltura, y Maquiavelo, aun sin saber muy bien por qué, tuvo la impresión de que se estaba burlando de él. Como todo hombre dotado con una gran sensibilidad, Maquiavelo era irascible. En aquel momento, la irritación y la impaciencia que lo consumían pudieron más que sus obligaciones diplomáticas. Estaba más que dispuesto a un enfrentamiento con el duque si ello le significaba recuperar la libertad y poder acudir a su cita.

—Decidme, excelencia, ¿acaso os proponéis encargarle una estatua que rivalice con la que Leonardo hizo del duque de Milán?

El dardo tembló en el aire. Los secretarios contemplaron al duque entre atónitos y asustados, temiendo su reacción. La gran estatua ecuestre de Francesco Sforza, considerada por muchos la obra maestra de Leonardo, había sido destruida por la soldadesca cuando el mariscal Trivulzio capturó la ciudad. Y Ludovico, el Moro, hijo de Francesco, que había encargado la estatua y que, al igual que César Borgia, era un usurpador, estaba prisionero en el castillo de Loches. La frase de Maquiavelo apuntaba bien; le recordaba al Valentino que su situación era peligrosa y que, si la buena fortuna lo abandonaba, su caída iba a ser muy dura. La indirecta era una provocación, pero el duque se echó a reír.

—Lo de hacer estatuas es irrelevante y yo tengo trabajos más importantes que encargarle a vuestro conciudadano Miguel Ángel. Las defensas de esta ciudad están en malas condiciones, voy a pedirle que diseñe los planos para levantar nuevas fortificaciones. Pero, ya que me habéis nombrado a Leonardo, me agradaría enseñaros algunos de los bocetos que me ha hecho.

Tras decir esto, hizo señas a uno de los secretarios, que abandonó la habitación para regresar poco después con una gran carpeta. El duque la abrió sin ninguna prisa y luego mostró, uno a uno, los dibujos a Maquiavelo.

—De no ser porque me habéis dicho que son retratos de vuestra excelencia, jamás lo hubiera pensado —le dijo Maquiavelo.

—El pobre Leonardo no tiene gran talento para capturar los parecidos, pero me han asegurado que los dibujos tienen cierto mérito.

—Puede que sea verdad. En ese caso, es una pena que con semejante talento pierda su tiempo

pintando cuadros o haciendo estatuas.

—Os aseguro que, en tanto se halle a mi servicio, esto no va a suceder. Lo he hecho ir a Piombino para desecar las marismas, y hace poco ha estado en Cesena y Cesenatico construyendo un canal y un puerto.

Devolvió los dibujos al secretario y luego despidió a Maquiavelo con mucha elegancia. «De hecho —pensó este con ácido sarcasmo mientras salía de la habitación—, ni el rey de Francia hubiera podido igualar semejante despliegue de gracia y majestad».

Agapito de Amalia lo había acompañado fuera de la habitación. Durante su mes de estancia en Imola, Maquiavelo se había tomado muchas molestias tratando de ganarse la confianza del secretario principal del duque. Agapito estaba emparentado con la gran familia romana de los Colonna, rivales históricos de los Orsini, y, dado que estos eran también enemigos de Florencia, podía suponerse que aquel hombre albergaría cierta simpatía hacia la República. En cualquier caso, lo cierto es que de vez en cuando le había pasado información; noticias sueltas que él había juzgado como ciertas o falsas aplicando su propio criterio sobre la posible verosimilitud. Ahora caminaron un rato juntos y, al pasar frente a la sala que se solía utilizar durante las grandes ceremonias, Agapito lo tomó del brazo.

—Acompañadme a mis aposentos, quiero mostraros algo que a buen seguro os va a interesar.

—Es tarde y no me encuentro bien. Volveré mañana.

—Como gustéis. Os quería dar a leer las cláusulas del acuerdo entre el duque y los capitanes rebeldes.

A Maquiavelo le dio un brinco el corazón. Sabía que el documento había llegado a Imola y había utilizado toda suerte de estratagemas para conseguir echarle un vistazo, pero sus esfuerzos habían sido vanos. Conocer los términos exactos del pacto era de suma importancia para los dirigentes de Florencia. De hecho, los caballeros de la Señoría le habían escrito quejándose, acusándolo de negligencia por no haber logrado acceso a aquella información. No había tratado de justificarse ni defenderse de la acusación. De nada serviría recordarles que les iba enviando información puntual y detallada de todo cuanto conseguía descubrir. Y tampoco sería de utilidad explicarles que en la corte del duque los secretos solían guardarse bajo llave. Nadie sabía cuáles eran las intenciones o decisiones del duque hasta que este pasaba a la acción. Mientras se decía todo esto, sonaron las campanadas del reloj; para entonces, ya había tenido a Aurelia esperando dos horas. El pescado frito se habría echado a perder, aquellos capones grasos y bien cebados se habrían asado tanto que ya estarían reducidos a cenizas, y, entretanto, él se moría de hambre porque no había comido nada desde antes del mediodía. Se le escapó un suspiro. El amor y el hambre son los dos instintos más profundamente arraigados en el hombre y, desde luego, nadie podía condenarlo por aspirar a satisfacerlos. Sin embargo, lo que estaba en juego era demasiado importante; la seguridad y la libertad de Florencia peligraban.

—Vayamos a sus aposentos, secretario —le contestó a Agapito en tanto rumiaba sus amarguras; jamás un hombre se había visto obligado a sacrificar tanto por el bien de su país.

Agapito lo condujo por un tramo de escaleras, abrió una puerta que estaba cerrada con llave y lo hizo entrar en un cuarto cuyo mobiliario consistía en una cama apoyada contra uno de los muros, un par de sillas y una mesa atestada de papeles. El espacio era pequeño y estaba mal iluminado por la débil llama de una lámpara de aceite que el secretario del duque utilizó para encender una vela. Ofreció luego una de las sillas a Maquiavelo, y él se acomodó en la otra repantingándose y cruzando las piernas con familiaridad. Parecía que el tiempo no poseía ningún valor para él.

—No me ha sido posible ofreceros copia de estas cláusulas con anterioridad por una razón que ahora mismo os explicaré; por la misma razón, tampoco le he dado copia al agente del duque de Ferrara o a ninguna otra persona. Lo que sucedió fue lo siguiente. Nuestro duque y Paolo Orsini redactaron un primer documento beneficioso para ambos. Paolo quedó encargado de llevar el documento a los capitanes para someterlo a su consideración y, antes de partir, el duque le otorgó poderes legales para que firmara en su nombre, de tal modo que el asunto pudiera concluirse con

rapidez si los capitanes mostraban su acuerdo. Pero sucedió que tras su partida el duque revisó el documento y creyó conveniente incluir en él una cláusula que tuviera en cuenta los intereses de Francia.

Maquiavelo había estado escuchando con impaciencia la primera parte de estas explicaciones. Lo que quería era leer los acuerdos, hacerse con una copia de ellos y luego irse lo más rápidamente posible. Pero las últimas palabras de Agapito cambiaron su actitud; ahora prestó mucha atención a las palabras de su interlocutor.

—La nueva cláusula fue debidamente redactada. Luego el duque me ordenó partir en busca de Paolo para comunicarle que el añadido era condición obligada para la firma del acuerdo. Hice lo que se me ordenó. En un principio, Paolo se negó en redondo a aceptar el documento con la nueva cláusula, pero, tras algunas discusiones, acabó por decir que se lo llevaría a los capitanes; aunque, señaló, estaba convencido de que ellos serían del mismo parecer y rechazarían también firmar. En definitiva, le entregué el documento y lo dejé.

—¿Y cuál es, en esencia, el contenido de esta nueva cláusula?

La voz de Agapito era más que risueña cuando contestó:

—Si Orsini y los capitanes aceptan firmarla, deja abierta una rendija que nos permitirá incumplir nuestros compromisos. Y, si no aceptan firmarla, entonces nos abren la puerta de salida de par en par. En ese caso, podríamos abandonar el pacto ahora mismo, y además con la cabeza muy alta.

—Tal y como presentáis el asunto, no parece que el duque tenga muchas ganas de hacer las paces con quienes lo han perjudicado. Más bien, lo contrario; se diría que lo que busca es vengarse.

—El duque jamás dejará que sus deseos personales interfieran con sus intereses.

—Prometisteis mostrarme el acuerdo.

—Y cumplo. Aquí lo tenéis.

Maquiavelo lo leyó con avidez. Según los términos del documento, el duque y los rebeldes acordaban vivir en paz, concordia y unión a partir de su firma. Los capitanes conservarían sus antiguos puestos bajo el mando del duque y, además, con la misma retribución que recibían antes del conflicto. En señal de buena voluntad, cada uno de ellos le haría entrega de uno de sus hijos legítimos; quedarían todos bajo la custodia de César Borgia en calidad de rehenes. El acuerdo también estipulaba que en el campamento del duque no podía haber más que un solo capitán al mismo tiempo, y sería el duque quien decidiría la duración de la estancia del capitán de turno. Los rebeldes se comprometían a devolverle Urbino y Camerino, y él, por su parte, se comprometía a defender sus Estados y territorios contra cualquier amenaza exterior salvo que esta llegara de la mano de su santidad el papa o de su majestad el rey de Francia. Esta última era la cláusula que el Valentino había insistido en incluir y, tal y como Agapito había dicho, hasta un niño podía ver que convertía el tratado en papel mojado. En aquellos momentos, Bentivoglio de Bolonia y Petrucci de Siena estaban firmando, por separado, un acuerdo con el papa.

Maquiavelo frunció el ceño y leyó el documento una segunda vez.

—Resulta inexplicable. ¿De verdad creen los capitanes que el duque les perdonará la ofensa que le han infligido? —exclamó una vez finalizada la nueva lectura—. ¿Y cómo pueden tan siquiera imaginar que olvidará los peligros a los que se ha visto expuesto por culpa de su rebelión?

—*Quem Jupiter vult perdere dementat prius*. Júpiter vuelve antes locos a quienes quiere destruir —comentó Agapito con una sonrisa alegre.

—Dejaréis que me lo lleve para hacer una copia.

—Este documento no debe salir de aquí.

—Prometo devolvéroslo mañana.

—Imposible. El duque puede pedir verlo en cualquier momento.

—Su excelencia me ha jurado una y otra vez que su amistad con Florencia es sincera. Estos acuerdos son asunto de la mayor relevancia. Los caballeros de mi Gobierno deben ser

informados con la mayor premura. Os aseguro que no los hallaréis ingratos si les prestáis un servicio.

—Llevo mucho tiempo en asuntos de Estado, el suficiente como para saber que no debo contar con la gratitud de príncipes y gobernantes.

Maquiavelo continuó presionándolo y por fin Agapito pareció ceder un tanto.

—Vos no ignoráis que yo haría lo que me fuera posible con tal de teneros contento. El respeto que siento por vuestra inteligencia es solo igualable a la admiración que me inspira vuestra integridad. Por todo ello, y aun con muchos temores y reservas, voy a permitiros que hagáis copia del documento, pero tendrá que ser aquí y ahora.

Maquiavelo suspiró con desaliento. El tiempo seguía corriendo; hacer una copia le llevaría al menos media hora. ¿Acaso había existido alguna vez, en toda la historia del mundo, amante que se viera en trance tan espinoso y difícil? No había nada que hacer excepto someterse. Agapito despejó una parte de la mesa, le dio una hoja de papel y una pluma nueva, y luego se tumbó tranquilamente en la cama mientras él se dedicaba a escribir tan rápido como le era posible. Justo cuando estaba acabando de copiar las últimas frases del texto, escuchó la voz del sereno que voceaba la medianoche. Pocos segundos después, las campanadas del reloj de la iglesia corroboraron la hora.

Agapito lo acompañó escaleras abajo, salieron al patio central del palacio y allí llamó a dos soldados que estaban de guardia y les pidió que lo condujeran hasta su casa para iluminarle el camino. La noche era oscura y desapacible, caía una lluvia fría. Al llegar a las puertas de su alojamiento, Maquiavelo despidió a los hombres con una propina. Luego entró y aguardó a que el sonido de sus pasos se alejara. Cuando se hizo el silencio, se deslizó de nuevo hacia el exterior, cruzó el callejón y llamó quedamente a la puerta de la casa vecina utilizando la secuencia de golpes acordada. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, primero dos veces, luego pausa, una sola vez, otra pausa y después dos veces más. Esperó, mas no sucedió nada. Por el estrecho callejón bufaba un viento violento y desolador, las ráfagas de lluvia le azotaban la cara. Se había embozado bien en su capa para protegerse el pecho de los rigores del clima, y aun así temblaba de frío. ¿Sería posible que las mujeres se hubieran cansado de esperarlo? Y, en ese caso, ¿dónde estaba Piero? Le había dado instrucciones precisas de que lo esperase hasta que él llegara. El chico no le había fallado nunca hasta el momento. Estaba seguro de que habría explicado a las mujeres las razones de su tardanza. Al fin y al cabo, aprovechar aquella oportunidad era tan trascendental para ellas como para él mismo, aunque la urgencia se debiera a diferentes motivos. Cuando, un rato antes, volviendo de palacio, había pasado frente a la fachada principal de la casa de Bartolomeo con los soldados, no había visto ninguna luz en ella. Ahora pensó que podría dar la vuelta a la casa para comprobar si había alguna luz encendida en la fachada posterior. Lo hizo, sin resultado. A continuación, volvió al callejón para llamar de nuevo a la puerta. Tampoco esta vez obtuvo respuesta y, finalmente, regresó a casa y subió a su dormitorio. Desde allí alcanzaba a ver el patio de la casa de Bartolomeo y las ventanas que daban a él. Escrutó la noche; nada, tan solo una impenetrable oscuridad. Pensó en Piero, quizá antes había salido un momento para calentarse con un vaso de vino y ahora estaba de nuevo en su puesto de guardia. Era una posibilidad a tener en cuenta. Bajó una vez más las escaleras para adentrarse en la gélida crueldad de la noche. Cruzó el callejón, llamó, esperó; llamó, esperó. Tenía las manos y los pies fríos como el hielo, le castañeteaban los dientes.

—Voy a pillar un catarro mortal —murmuró para sí.

De pronto, le embargó la furia y a punto estuvo de ponerse a golpear la puerta con toda la fuerza de sus puños. Se impuso la prudencia; no serviría de nada ni le traería ningún beneficio despertar a los vecinos. Y al fin se vio forzado a concluir que las mujeres, cansadas de esperarlo, habían abandonado y se habían ido a la cama. Se dio la vuelta y regresó a sus aposentos. Tenía frío y un hambre feroz. Se sentía muy desgraciado; la decepción había sido demasiado amarga. «Si no muero de un resfriado —se dijo—, lo más seguro es que muera del cólico que tendré mañana».

Ya en la casa, fue a la cocina para ver si encontraba algo de comer, pero no halló ni un mendrugo. Serafina hacía solo compras para el día y, si acaso sobraba algo, se cuidaba de mantenerlo bajo llave y candado. El brasero que solía calentar el salón ya había sido retirado y hacía un frío de muerte. A Maquiavelo no le quedaba ni el consuelo de poder acostarse; tenía que sentarse a redactar el informe de su conversación con el duque y lo sucedido posteriormente. No era tarea fácil ni rápida, porque las partes más relevantes del reporte debían ser escritas en clave cifrada. Y luego tuvo que copiar, palabra por palabra, el documento al que había tenido acceso para adjuntarlo al mensaje que iba a enviar. Terminó su labor ya bien entrada la madrugada y, aun así, no pudo descansar. La misiva era urgente; no podía permitirse esperar a que amaneciera para entonces ponerse a buscar un mensajero fiable que llevara la carta por un par de florines. Subió al ático, donde dormían sus dos sirvientes, los despertó y ordenó al que le parecía más de fiar que ensillase uno de los caballos y estuviera listo para partir al galope tan pronto como abrieran las puertas de la ciudad. Esperó a que el hombre se vistiera, le abrió la puerta de la calle y entonces, por fin, pudo irse a la cama.

—Y pensar que esta debería haber sido una noche de amor —se dijo con un murmullo furioso en tanto se encasquetaba el gorro de dormir hasta las orejas.

23

Pasó la noche revolviéndose, inquieto, en la cama. Despertó tarde y descubrió que sus peores augurios se habían cumplido. Había pillado un buen resfriado y, cuando fue hasta la puerta para desde allí llamar a Piero, su voz sonó como el graznido de un cuervo viejo.

—Me he puesto enfermo —le dijo con un gruñido—. Tengo fiebre y juraría que me voy a morir en cualquier momento. Consígueme vino caliente y algo para comer, porque si no me mata esta fiebre, lo hará el hambre. Y tráeme un brasero. Tengo los huesos helados. ¿Dónde demonios estabas ayer por la noche?

Piero abrió la boca para responder, pero Maquiavelo lo detuvo.

—Déjalo, no importa. Ya me lo contarás más tarde. Ahora ve a por el vino.

Tras haber bebido y comido se sintió algo más aliviado, aunque no por ello le mejoró el humor. Escuchó las explicaciones de Piero con el ceño fruncido y expresión irritada. El muchacho le explicó que se había quedado esperando en el patio durante más de una hora, tal y como él le había ordenado. Luego cayó un chaparrón que lo dejó empapado de arriba abajo y, aun así, siguió de guardia, pese a que doña Caterina le suplicó que entrara en la casa.

—¿Les explicaste a las señoras lo que me había sucedido?

—Sí, *messere*. Les repetí con exactitud lo que vos me dijisteis.

—Y ellas, ¿cómo reaccionaron?

—Comentaron que era una lástima.

—¿Eso dijeron? ¿Que era una lástima? —exclamó Maquiavelo, iracundo—. ¡Santo Cielo! Y pensar que el Altísimo creó a la mujer para que fuera compañera y soporte del hombre en sus horas bajas. Comentaron que era una lástima. ¡Una lástima! ¿Qué hubieran comentado de habérseles comunicado la muerte de Héctor y la caída de Troya?

—Al cabo de un rato, cuando vieron que me castañeteaban los dientes, me obligaron a entrar a refugiarme en el interior de la casa. Dijeron que desde la cocina podríamos oír perfectamente vuestro llamado. Luego me hicieron quitar el abrigo y me pidieron que me sentara frente al fuego para secarme.

—¿Y qué pasó con la comida? ¿Qué fue de aquel pescado y de los dos capones?

—Los mantuvimos al rescoldo del fuego durante largo tiempo hasta que por fin doña Caterina dijo que iban a estropearse y que lo más sensato sería comerlos. La verdad es que teníamos buen apetito.

—Y, mientras tanto, yo desfallecía de hambre —recordó Maquiavelo con aspereza.

—No nos lo comimos todo. Os guardamos algo de pescado y medio capón.

—Cuánta consideración. Muy amable por vuestra parte —la aspereza había dejado paso al sarcasmo feroz.

—Escuchamos las campanadas del reloj una vez. Más tarde, las escuchamos por segunda vez, y entonces doña Aurelia se fue a la cama.

—¿Que se fue a la cama? —escupió, más que exclamó, Maquiavelo.

Estaba escandalizado.

—Tratamos de que os esperara un ratito más. Le aseguramos que llegaríais en un minuto, pero ella alegó que dos horas era tiempo más que suficiente. Ningún hombre, por bueno que fuera, se merecía una espera más larga. Ah, y también dijo que si vos preferíais dar prioridad a los asuntos de vuestra profesión antes que al placer de su compañía, entonces ella no esperaba mucha gratificación de una relación íntima con vos.

— Un *non sequitur*.

—Y añadió que si la amabais tanto como pretendíais, os las habríais arreglado para encontrar alguna excusa y eludir o posponer vuestra entrevista con el duque. Intentamos razonar con ella.

—Como si se pudiera razonar con una mujer.

—Pero no quiso escucharnos. Entonces, doña Caterina dijo que no valía la pena esperar más, me hizo beber otra copa de vino y luego me pidió que me fuera.

De pronto, Maquiavelo recordó que Piero no tenía llaves para entrar en casa de Serafina.

—¿Dónde has pasado la noche?

—Con Nina —contestó ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja.

—En ese caso, la has aprovechado mucho mejor que yo —dijo Maquiavelo entre dientes—. Pero tenía entendido que la chica había ido a dormir con sus padres.

—Bueno, sí. Eso es lo que le había dicho a doña Caterina, pero la verdad es que ya lo habíamos planeado todo de antemano. Nina arregló las cosas para que Barberina le alquilase una habitación en su casa, y quedamos en que me estaría esperando allí. Yo iría a su encuentro tan pronto como terminara mis obligaciones con vos.

La Barberina era una celestina que dirigía un establecimiento respetable, muy conocido en Imola. Maquiavelo calló durante unos minutos. No era hombre al que le resultara fácil aceptar la derrota.

—Mira, Piero —dijo tras considerar el asunto durante un rato—, este viejo tonto de Bartolomeo estará de regreso antes de que caiga la noche, así que debemos actuar con rapidez. No olvidemos que, cuando Júpiter quiso ganarse los favores de la bella Dánae, se aproximó a ella en forma de lluvia dorada. Ve ahora mismo a casa de Luca Capelli, ese mercader al que le compré los guantes para doña Aurelia, y pídele que te dé el chal de seda azul con bordados de plata que me enseñó el otro día. Asegúrale que se lo pagaré tan pronto como me llegue el dinero que espero de Florencia. Luego llevas el chal a donde doña Caterina, que ella se lo entregue a Aurelia de mi parte y le diga que muero de amor y también del resfriado que pillé ayer esperando a que me abrieran la puerta. Y a doña Caterina dile, insistiendo mucho, que espero recuperarme muy pronto. Entonces me reuniré de nuevo con ella y diseñaré un nuevo plan para satisfacer tanto los deseos de doña Aurelia como los míos.

Piero se fue. Él aguardó con impaciencia a que regresara de su misión y le diera un informe completo de las reacciones y estados de ánimo imperantes en la casa vecina.

—Le ha gustado el chal —explicó Piero—. Declaró que era muy bonito y preguntó por su precio. Cuando se lo dije, aún le gustó más.

—Cosa muy natural. ¿Qué más?

—Le expliqué que os había sido del todo imposible zafaros de la entrevista y abandonar palacio antes de que el duque os diera permiso para ello. Dijo que el asunto carecía de importancia y que, por favor, no le dierais más vueltas al tema.

—¿Cómo? —exclamó Maquiavelo, ultrajado—. Realmente, las mujeres son las criaturas más irresponsables de este mundo. ¿Acaso no es consciente de que lo que está en juego es su futuro? ¿Le explicaste que me pasé una hora entera en pie, bajo la lluvia, esperando a que me abriera la puerta de la calle?

—Sí. Dijo que había sido una gran imprudencia por vuestra parte.

—¿Y quién espera prudencia de los amantes? Es como pedirle al mar que se mantenga en calma cuando lo asaltan los furiosos vientos del cielo.

—Ah, y doña Caterina dijo que confiaba en que os cuidaseis como es debido.

24

Maquiavelo se vio obligado a guardar cama durante varios días, pero mediante purgas y sangrías acabó por recuperarse. En cuanto se levantó, lo primero que hizo fue ir en busca de fray Timoteo y le contó su trágica historia. El monje se mostró comprensivo.

—Y, ahora —dijo Maquiavelo—, vos y yo vamos a utilizar nuestros respectivos cerebros para urdir un plan que nos permita volver a librarnos del buen amigo Bartolomeo.

—*Messere*, yo ya hice todo lo que pude. No me veo capaz de hacer más.

—Padre, cuando nuestro ilustre duque atacó la ciudad de Forlì, fue repelido en un primer asalto, pero no por ello levantó el sitio. Hizo buen uso de su inteligencia para idear nuevas estratagemas que, finalmente, le sirvieron para conseguir la rendición de la plaza.

—He hablado con *messer* Bartolomeo. Siguió al pie de la letra las instrucciones que yo le di, y está convencido de que su intercesión ante san Vital ha sido efectiva. Cree, a pies juntillas, que doña Aurelia concibió la misma noche de su retorno de Ravena.

—Ese hombre es un tonto de remate.

—*Messere*, aunque he hecho votos de castidad, no soy tan obtuso como para ignorar que debe transcurrir un cierto tiempo antes de que se sepa si Bartolomeo está en lo cierto o bien yerra.

Maquiavelo contuvo su irritación. El fraile se le resistía; le negaba una colaboración con la que él había contado.

—Vamos, vamos, padre. No me tome también a mí por tonto. Cualesquiera que sean los poderes milagrosos de las reliquias del santo, ambos tenemos claro que convertir a un hombre estéril en fecundo no se cuenta entre ellos. Yo mismo fui quien inventó esta historia, y vos sabéis tan bien como yo que no hay un ápice de verdad en ella.

Fray Timoteo sonrió con aparente benevolencia. Había un toque untuoso en su voz cuando le contestó:

—Los designios de la Providencia son misteriosos, no tenemos modo de saber los caminos de los que se sirve el Altísimo. ¿Acaso desconocéis la historia de santa Isabel de Hungría? Su marido, un hombre cruel, le había prohibido socorrer a los necesitados, y un día, cuando ella les llevaba pan a escondidas, se dio de bruces con él por la calle. El marido, sospechando su desobediencia, le preguntó qué llevaba en el cesto y ella, asustada, contestó que llevaba rosas. Entonces él le arrebato el cesto y lo abrió para ver su contenido, solo para encontrarse con que su esposa le había dicho la verdad: las hogazas de pan habían sido milagrosamente convertidas en rosas que olían a miel.

—Una historia muy edificante —dijo Maquiavelo con frialdad—, pero se me escapa su moraleja.

—¿No creéis posible que san Vital, escuchando desde el paraíso las oraciones que el piadoso Bartolomeo le ha dirigido, se haya sentido conmovido por la fe sencilla de este buen hombre y que, siendo así, haya decidido recompensarlo con un milagro? Vos le dijisteis a Bartolomeo que el santo poseía el don de restaurar la fecundidad y él os creyó. Las Sagradas Escrituras aseguran que quien tiene fe es capaz de mover montañas.

De no haber sido Maquiavelo un hombre habituado a ejercer un férreo control sobre sí mismo, en aquel momento habría dado rienda suelta a su furia. La posición del monje era diáfana: le estaba negando su ayuda. Se había prestado a ser su cómplice por veinticinco ducados, había cumplido con su parte y, si el plan había fallado, no había sido por su culpa. Quería más dinero y Maquiavelo no tenía nada que darle. La cadena que le había regalado a doña Caterina, más los

guantes y el perfume de rosas que había comprado para Aurelia, habían agotado todas sus reservas. Estaba en deuda con Bartolomeo y también con diversos mercaderes. Las sumas que recibía de la Señoría tan solo le alcanzaban para cubrir sus gastos diarios. Lo único que podía ofrecer eran promesas, y el instinto le decía que las promesas no impresionarían a fray Timoteo.

—Padre, vuestra elocuencia y la piedad de la que hacéis gala confirman los buenos informes que he recibido sobre vos. Si la carta que he enviado a la Señoría produce el efecto que tanto vos como yo deseamos, estoy seguro de que la gestión reportará grandes mejoras espirituales para los habitantes de Florencia.

El monje le respondió con una inclinación ceremoniosa y digna, pero Maquiavelo se dio cuenta de que permanecía inconmovible.

—El hombre sabio no pone todos sus huevos en un solo cesto —continuó diciéndole—, y, si un plan resulta fallido, entonces prueba suerte con otro. No perdamos de vista la esencia del asunto; si Bartolomeo ve frustradas sus esperanzas de tener un heredero, optará por adoptar a sus sobrinos. Esta es una decisión que perjudicaría a su esposa y a su suegra y causaría daños a vuestra iglesia.

—Sin duda, sería una desgracia, pero en ese caso mi deber como sacerdote sería reconfortar a todos los implicados y ayudarles a sobrellevar sus desdichas con resignación.

—Padre, siempre se nos dice que Dios ayuda a quien se ayuda. En el pasado, no me habéis encontrado mezquino, y os digo que tampoco lo seré en el futuro. Lo que conviene a vuestros intereses y a los de las señoras es que las esperanzas de Bartolomeo no se vean truncadas.

Una leve sonrisa iluminó por un instante las facciones patricias de fray Timoteo.

—*Messere*, vos sabéis cuánto me agradaría complacer a una persona de vuestra distinción. Supongamos que, tal y como vos decís, nuestro buen Bartolomeo ve truncadas sus esperanzas. ¿Cómo creéis vos que podríamos conseguir la ayuda de Dios? ¿Cuál sería, a vuestro modo de ver, la acción a la que deberíamos nosotros recurrir para que se cumpliera el vaticinio?

A Maquiavelo lo asaltó una idea. Le hizo tanta gracia que casi soltó una carcajada.

—Mirad, padre, seguro que vos, al igual que el resto del mundo, os aplicáis alguna purga de vez en cuando, y, sin duda, habréis descubierto que si a vuestra dosis nocturna de aloes le añadís una cantidad complementaria de sales por la mañana, el resultado del remedio es mucho más efectivo. La misma idea podría ser aplicada a nuestro asunto. ¿No se os ha ocurrido pensar que el peregrinaje de Bartolomeo sería mucho más eficaz si se viera consolidado con otra peregrinación a Rímini, por ejemplo, un pequeño viaje que lo obligara a ausentarse de la ciudad por otras veinticuatro horas?

—*Messere*, sois un hombre de inagotables recursos, y no puedo por menos que sentir admiración por vos. Pero vuestra propuesta llega demasiado tarde. Puede que *messer* Bartolomeo no sea muy listo, pero yo lo sería aún menos si lo tomara por más bobo de lo que en realidad es.

—La influencia que tenéis sobre él es mucha.

—Razón de más para ser prudente. No sería sensato que me arriesgara a perderla.

—¿Debo entonces deducir que ya no puedo contar con vuestra ayuda?

—No he dicho tal cosa, *messere*. Dejad que pase un mes; luego podemos volver a hablar del asunto.

—Para un amante, un mes es un siglo.

—Recordemos que el patriarca Jacob esperó siete años a Raquel.

Maquiavelo era consciente de que el monje le estaba tomando el pelo. Estaba claro que no iba a mover un dedo a menos que él le ofreciera alguna recompensa que mereciera la pena. Estaba encendido de rabia, pero sabía que mostrar sus sentimientos sería un error fatal. Dominó su enfado y se despidió del monje con una broma afable: le rogó que aceptara un florín y que encendiera una vela frente al altar de la Virgen para que se cumplieran los deseos de Bartolomeo. La mejor manera de quitar hierro a una derrota es aceptarla con gracia y buen humor.

25

La única posibilidad de seducir a Aurelia era agenciarse la ayuda de doña Caterina. Según veía las cosas Maquiavelo, la mujer debía sentirse cuando menos tan frustrada como él tras la desgracia que había venido a arruinar los planes concebidos con tanto cuidado. De hecho, debía estarlo mucho más, pues en su caso lo que estaba en juego eran la seguridad y el confort de su vida actual. Para él, en cambio, tan solo se trataba de satisfacer el deseo por una bonita muchacha. Doña Caterina tenía motivos muy serios para estar preocupada y, dado que los intereses de ambas partes confluían, Maquiavelo dio por hecho que ella se convertiría en su aliada fiel ahora que le había fallado fray Timoteo. Maquiavelo tenía una visión muy precisa e inconmovible del género femenino; creía que todas las mujeres actuaban con doblez y que el engaño y la mentira les resultaban tan naturales como comer y beber. A doña Caterina la beneficiaría ayudarlo a urdir otro plan que pudiera llevarse a cabo con éxito, por lo que decidió organizar un encuentro con ella. No sería fácil. La vida recluida que llevaban las dos mujeres complicaba el asunto, pero tenía la suerte de poder contar con Piero como mensajero. Había sido buena cosa aconsejarlo y alentarlo para que tuviera una aventura con Nina, la criada.

A la mañana siguiente, fue a la plaza y compró un hermoso pescado que Piero se encargó de llevar a casa de Bartolomeo en un momento en que él lo sabía fuera de casa, entretenido en los varios negocios que tenía en la ciudad. Si la fortuna no les era muy adversa, Piero hallaría la oportunidad de ver a doña Caterina a solas para pedirle una cita. El muchacho le hizo el recado con su habitual competencia, y luego volvió a casa para decirle que, tras algunas dudas, doña Caterina había aceptado una reunión para tres días más tarde, pero esta vez había de ser en la iglesia de Santo Domingo. La elección del lugar no era baladí y sí muy astuta. Con intuición femenina, la mujer había percibido que fray Timoteo ya no era de confianza; ella y Maquiavelo no debían ser vistos juntos.

El día en cuestión, Maquiavelo acudió a la iglesia de Santo Domingo sin ninguna idea previa. No estaba inquieto; esperaba que fuera la misma doña Caterina quien sugiriera el curso de la siguiente acción. Lo único que temía es que el asunto fuera a costarle demasiado caro. No obstante, se tranquilizó tomándose el asunto con frescura. Llegado el caso, no tendría ningún empacho en volver a pedir dinero prestado a Bartolomeo. Después de todo, se trataba de mera justicia; era de recibo que aquel hombre gordo y grasiento pagara por el servicio que Maquiavelo estaba dispuesto a prestarle.

En la iglesia no había un alma. Maquiavelo le explicó a doña Caterina los acontecimientos que le habían impedido cumplir con sus compromisos aquella aciaga noche. Le contó que se había pasado horas llamando a la puerta bajo la lluvia y que había pillado un horrible resfriado.

—Lo sé, lo sé —dijo doña Caterina—. Piero nos puso al corriente y os aseguro que lamentamos muchísimo lo sucedido. Aurelia no cesaba de compadeceros. «Pobre caballero —decía— si muere, su muerte pesará sobre mi conciencia».

—No tuve ni tengo ninguna intención de morir —dijo Maquiavelo—, y si en algún momento me hubiera encontrado a las puertas del paraíso, os aseguro que pensar en Aurelia me hubiera traído de regreso a la tierra.

—Lo que sucedió fue muy desafortunado.

—No pensemos más en el pasado. He recobrado mi salud y vigor. Estoy de nuevo en plena forma. Pensemos mejor en el futuro. Nuestro plan se echó a perder y ahora debemos pensar en urdir otro. Vos sois una mujer inteligente, y no me cabe la menor duda de que sabréis encontrar

el modo de que todos nuestros deseos sean satisfechos.

—*Messer* Niccolò, yo no quería venir aquí hoy. Tan solo acepté reunirme con vos porque vuestro Piero insistió mucho en ello.

—El chico me dijo que habíais tenido algunas dudas, mas no comprendo por qué.

—A nadie le agrada ser mensajero de malas noticias.

—¿Qué queréis decir? —exclamó Maquiavelo—. No creo posible que Bartolomeo haya concebido alguna sospecha.

—No, no. No se trata de eso. Es Aurelia. He discutido el tema con ella, me he puesto de rodillas para suplicarle que atienda a razones, pero todo ha sido en vano. Mi pobre y querido amigo, las chicas de hoy ya no son lo que eran cuando yo era joven. En aquellos tiempos, a ninguna de ellas se le hubiera ocurrido, ni en sueños, desobedecer a sus padres.

—No mareéis más la perdiz, mujer —interrumpió Maquiavelo con irritación—. Decidme claramente lo que tengáis que decir.

—Aurelia no quiere oír hablar más de este tema. Se niega a acceder a vuestros deseos.

—No comprendo. ¿Estáis segura de haberle explicado bien las consecuencias de su rechazo? ¿Es consciente de lo difícil que va a ser su posición, y la vuestra, si Bartolomeo adopta a sus sobrinos y su hermana doña Constanza se convierte en dueña del hogar?

—Con estas mismas palabras se lo he dicho.

—En ese caso, ¿cuál es el motivo que aduce? Aun siendo mujer, alguna razón habrá de tener que justifique sus actos.

—Mi hija cree que lo que sucedió la otra noche fue un aviso de la Providencia, alertándola para que no cayera en pecado mortal.

—¿Pecado? —contestó Maquiavelo en voz demasiado alta y con escaso decoro; estaba tan agitado que había olvidado el lugar sagrado en que tenía lugar la conversación.

—No os enfadéis conmigo, *messer* Niccolò. No le corresponde a una madre persuadir a su hija de que actúe contrariamente a lo que le dicta la conciencia.

—Con todo el respeto debido a la Virgen aquí presente, lo que habláis no son más que bobadas e insensateces. Vos sois una mujer con experiencia de la vida y ella no es más que una muchacha ignorante. Vuestro deber es señalarle que, enfrentados a la disyuntiva de elegir entre dos males, no solo la razón, sino también los mismos cielos, nos mandan optar por el menor de entre ellos. Nadie con dos dedos de frente se negaría a cometer un pecado menor, y además uno que conlleva semejante placer, sabiendo que este dará por resultado un bien a todas luces indiscutible.

—Es inútil que insistáis, *messere*. Conozco bien a mi hija, es terca como una mula. Ha tomado su decisión y nada hará que la cambie. Me ha encargado deciros que, en memoria de vuestro interés por ella, conservará vuestros regalos, el pañuelo de seda y los elegantes guantes, y que los guardará siempre como su más preciado tesoro. Sin embargo, a partir de ahora ya no aceptará otros presentes. No desea que le ofrezcáis ninguno más, y tampoco quiere que hagáis nuevos intentos, directos o indirectos, para acercaros a ella. Yo, por mi parte, os puedo asegurar que siempre recordaré vuestra amabilidad con gratitud, y que mi mayor deseo sería poder hacer algo que os ayudara a superar la decepción que habéis sufrido.

Tras estas palabras hizo una pausa, a la que Maquiavelo no respondió. Luego prosiguió su discurso.

—A un caballero de vuestro ingenio y sabiduría mundana no necesito decirle que las mujeres somos caprichosas y erráticas. Si un hombre sabe elegir el momento adecuado, hasta la más pacata y puritana de las mujeres caerá en sus amantes brazos. Mas si ese mismo hombre pierde su oportunidad, se verá entonces rechazado incluso por la mujer más libertina. Os deseo que paséis un buen día.

Doña Caterina le hizo una leve reverencia que bien pudiera interpretarse, dependiendo de la perspicacia de quien la observara, como desdeñosa, resentida, cortés o burlona. Unos segundos después, había desaparecido.

Maquiavelo quedó sumido en la perplejidad.

26

Durante el mes que siguió a esta entrevista, hizo varios intentos de acercarse a Aurelia, pero solo consiguió verla cuando ya estaba a punto de abandonar Imola. Fue una suerte que el trabajo lo mantuviera muy ocupado; ello impidió que siguiera dándole vueltas a su disgusto.

Habían llegado noticias de los capitanes rebeldes. Se habían peleado entre ellos, pero acabaron por firmar el documento que Agapito le había mostrado a Maquiavelo. Todos menos Baglioni de Perugia, que se negó a estampar su nombre y advirtió a los demás de que eran unos idiotas y unos ingenuos si se prestaban a aceptar semejante acuerdo. Los capitanes prestaron oídos sordos a sus protestas; estaban decididos a hacer las paces con el duque a toda costa. Y, cuando Baglioni se dio cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, tuvo un arrebato de ira y abandonó de malas maneras la iglesia en la que se hallaban reunidos. El duque nombró a Paolo Orsini gobernador de Urbino, ciudad que había recuperado, tal y como estipulaban los términos del documento. Además de este cargo, y para recompensarlo por su labor como mediador con los capitanes, le hizo una donación de cinco mil ducados.

Entre tanto, Vitellozzo le escribía cartas en las que usaba un tono humilde y sumiso con el que buscaba justificar sus acciones pasadas.

—El traidor os apuñaló por la espalda —decía Agapito—, y ahora cree poder reparar el daño con unas cuantas palabras amables.

Pese a todo lo que había sucedido y le habían hecho, el Valentino parecía estar muy complacido. Se hubiera dicho que estaba dispuesto a olvidar los agravios del pasado para volver a otorgar su confianza a los insurgentes arrepentidos. A Maquiavelo, tanta amabilidad le resultaba sospechosa, y así se lo hizo saber a los caballeros de la Señoría en una de sus misivas. Era en extremo difícil adivinar lo que pasaba por la cabeza del duque, e imposible saber a ciencia cierta cuáles serían sus próximos movimientos. César Borgia tenía un enorme ejército a su disposición, y a todos les parecía evidente que en algún momento haría uso de él. Los rumores de aquellos días apuntaban a que estaba haciendo preparativos para abandonar Imola, pero nadie se veía capaz de profetizar si sus intenciones serían partir en dirección sur para atacar el Reino de Nápoles, o si se dirigiría hacia el norte para declarar la guerra a los venecianos.

Maquiavelo tuvo un disgusto cuando se le dijo que ciertos ciudadanos influyentes de Pisa habían visitado al duque para ofrecerle su ciudad en bandeja. La Señoría había invertido tiempo, dinero y muchas vidas tratando de capturar aquella ciudad, cuya posesión era clave para el buen funcionamiento del comercio de la República. Si caía en manos del duque, entonces la posición de Florencia, tanto desde un punto de vista económico como militar, sería delicada. Lucca estaba muy próxima a Pisa, y un día, hablando como de pasada, el duque dejó caer que era un Estado muy rico, un bocado susceptible de despertar el apetito de cualquier glotón ambicioso. El comentario no auguraba nada bueno. Si el duque se hacía también con Lucca, además de con Pisa, Florencia se hallaría completamente a su merced.

En una de las entrevistas que mantuvieron Maquiavelo y César Borgia, este último volvió a traer a colación el tema de la restauración de su *condotta*, algo que puso en bastantes apuros a Maquiavelo. Le costó explicarle, de modo que no resultara ofensivo, los recelos que sentían los caballeros de la Señoría con respecto a concederle el mando militar que él solicitaba. La realidad era simple: los gobernantes de Florencia no tenían la menor intención de ponerse en manos de un hombre cuya falta de escrúpulos era notoria y del cual tenían todas las razones para desconfiar. No era posible saber qué siniestros planes rondaban por la hermosa cabeza del duque. En cualquier caso, fueran los que fueran, resultaba evidente que en aquel preciso momento no estaba

preparado para mostrarse demasiado agresivo. Sus amenazas a Florencia no pasaban de ser indirectas y frases veladas; es más, escuchó el rechazo de Maquiavelo con inusitada serenidad. Al finalizar la conversación, le comunicó que estaba a punto de partir hacia Cesena con su ejército y que, una vez allí, decidiría el curso de acción más conveniente.

Partió hacia Forlì el 10 de diciembre y llegó a Cesena el 12. Maquiavelo hizo preparativos para seguirlo. Envió a Piero y a uno de sus criados como avanzadilla para que le aseguraran alguna clase de alojamiento. Luego fue a despedirse de las personas con las que había contraído deudas de gratitud durante su estancia en Imola, ciudad que ahora, tras la partida del duque y su corte de satélites, había quedado extrañamente vacía. Por último, se acercó a casa de Bartolomeo para decirle adiós. Un sirviente lo llevó directamente a su despacho, donde fue recibido con la ruidosa jovialidad que ya era habitual en el grasiento comerciante. Bartolomeo estaba al corriente de la inminente partida de Maquiavelo y expresó su pesar en términos muy floridos. Le hizo saber lo mucho que había disfrutado trabando conocimiento con tan talentoso y distinguido visitante, y cuánto deploraba que ya no tuviera la oportunidad de jugar aquellas partidas de ajedrez, que él hubiera deseado fueran mucho más frecuentes. Y, en general, se lamentó de que ya no tendría el placer de recibirlo en su casa, ni de ofrecerle sus humildes manjares, ni de disfrutar de veladas musicales con él. Maquiavelo, por su parte, le devolvió los cumplidos del modo apropiado y, a continuación, aunque no sin cierto embarazo, abordó el asunto que llevaba en mente.

—Escuchadme un momento, mi querido amigo. No solo he venido aquí para daros las gracias por las muchas amabilidades que habéis tenido conmigo, sino para pediros un último favor.

—No tenéis más que hablar.

Maquiavelo lanzó un pequeño bufido no desprovisto de amargura.

—Os debo veinticinco ducados y ahora mismo no tengo el dinero para devolvéroslos. Debo pediros que seáis tan amable de esperar un poco.

—*Messer* Niccolò, eso no tiene la menor importancia.

—Veinticinco ducados son una suma considerable.

—Dejad que esperen, que esperen. Y si, al final, no os viene bien pagarlos, no hay razón para que tengáis que hacerlo. Considerad la suma más como un regalo que como un préstamo.

—No hay razón alguna para que vos me hagáis semejante regalo, y tampoco me sería posible aceptar un favor así viniendo de vos.

Bartolomeo lo miró, se echó atrás en la silla y estalló en una gran carcajada.

—Pero, bueno, ¿acaso no lo adivinasteis ya en su momento? Ese dinero nunca ha sido mío. Nuestro buen duque sabía que el alza de precios y los gastos inherentes a vuestra misión acabarían por poneros en situación económica apurada. Y, como nadie ignora lo cicateros que son los caballeros de la Señoría, recibí instrucciones del tesorero de su excelencia. Mis órdenes eran daros cualquier cantidad que necesitarais, así que, si me hubierais pedido doscientos ducados en vez de los veinticinco que me pedisteis, yo os los hubiera dado igualmente.

Maquiavelo se puso pálido. Estaba estupefacto.

—De haber sabido que el dinero procedía del duque, nada ni nadie me hubiera inducido a aceptarlo.

—Precisamente ahí está la cosa. El duque sabe lo escrupuloso que sois y admira mucho vuestra integridad, por eso me eligió a mí como intermediario. Ha querido actuar con tacto y delicadeza. Entiendo que ahora estoy traicionando su confianza, pero sería injusto que vos permanecierais en la ignorancia de un gesto tan desinteresado y generoso.

Maquiavelo contuvo la obscenidad que pugnaba por salir de sus labios. Tenía muy poca fe en la generosidad del duque y ninguna en la gratuidad de cualquiera de sus gestos. ¿Creyó César Borgia poder comprar su buena voluntad por veinticinco ducados? La mera idea era ultrajante. Maquiavelo apretó la boca con tal fuerza que sus labios pasaron a ser tan solo una línea amarga.

—No me iréis a decir que os ha pillado por sorpresa —le dijo Bartolomeo sonriendo.

—A estas alturas, nada que haga el duque puede sorprenderme.

—Es, ciertamente, un gran hombre. Y estoy convencido de que quienes hemos disfrutado del

privilegio de serle útil seremos recordados por la posteridad gracias a haber vivido a su sombra.

—Mi buen Bartolomeo —respondió Maquiavelo—, no son las nobles gestas las que hacen que los hombres sean recordados por la posteridad, sino la grandiosidad de lenguaje que utilizan los hombres de letras para describirlas. Pericles no sería más que un nombre olvidado si Tucídides no hubiera puesto en su boca aquel discurso que lo hizo famoso.

Tras decir estas palabras, se levantó para irse.

—*Messere*, de ninguna manera debéis iros sin antes ver a las señoras. Sentirían en el alma que os fuerais sin poder deciros adiós.

Maquiavelo lo siguió hasta el salón. Al entrar, se le aceleraron los latidos del corazón y sintió que se le cerraba un poco la garganta. Su visita encontró a las mujeres desprevenidas. Aquel día no esperaban visita y estaban ataviadas con su ropa sencilla de a diario, algo que no debió agradarles demasiado. No obstante, se levantaron con cortesía y lo saludaron con leves inclinaciones. Bartolomeo les explicó que Maquiavelo estaba a punto de partir hacia Cesena.

—Ah, no sé yo cómo nos las vamos a arreglar sin vuestra compañía —exclamó doña Caterina.

Maquiavelo se limitó a sonreír con un poco de acritud. Estaba convencido de que se las arreglarían perfectamente sin el placer de su compañía.

—Sin duda, *messer* Niccolò se alegrará de poder abandonar un lugar que ofrece tan pocas diversiones a un extranjero —dijo Aurelia.

A Maquiavelo le pareció notar una cierta chispa de malicia en aquella voz y sus palabras. La mujer retomó su labor, y él percibió que trabajaba con la pieza de lino que él había traído de Florencia; seguía bordando aquel complicado dibujo para las camisas de su marido.

—Verdaderamente, doña Aurelia —replicó—, no sé qué debo admirar más, si vuestra paciencia o vuestra laboriosidad.

—Dicen que el diablo sugiere tareas a quienes tienen las manos ociosas…

—Tareas a veces muy placenteras.

—Pero peligrosas.

—Cosa que acrecienta su valor.

—Quizá, pero la discreción es la mejor cualidad del valor. En boca cerrada no entran moscas.

A Maquiavelo no le agradó en absoluto este pequeño intercambio de esgrima verbal que cuestionaba sus comentarios. Y, aunque sonrió, lo cierto es que su tono de voz fue más ácido que afable.

—Se asegura que los proverbios son la sabiduría del pueblo, pero el pueblo siempre se equivoca.

Aquella mañana, Aurelia no presentaba el mejor de sus aspectos. El mal tiempo había persistido durante muchos días y no había podido renovar el color rubio de su pelo, que ahora dejaba ver sus raíces oscuras. Y parecía que también hubiera descuidado el maquillaje aplicándoselo a toda prisa; la cosmética no bastaba para camuflar el tono naturalmente oliváceo de su piel.

Maquiavelo se dijo que, para cuando alcanzara los cuarenta años, no sería mucho más deseable que su madre. El pensamiento lo consoló.

Tras pasar un intervalo decente en la casa, se despidió. Estaba contento de haber visto de nuevo a Aurelia. Aunque aún le hubiera gustado acostarse con ella, su deseo ya no tenía la urgencia ni la intensidad de antes; había dejado de importunarlo. Maquiavelo era un hombre práctico que no se desanimaba con facilidad. Si se le negaban las codornices cebadas que se había prometido para la cena, no por ello iba a rechazar los pies de cerdo que le ponían delante. Cuando por fin comprendió que la persecución de Aurelia no iba a dar fruto, había buscado desahogos ocasionales con los que satisfacer sus necesidades más perentorias; le fue fácil encontrar algunas muchachas rozagantes, pero no demasiado caras, a las que conoció utilizando los buenos oficios de la Barberina. Ahora, analizando sinceramente su corazón, comprendió que sus padecimientos por Aurelia se debían más a la vanidad herida que a los del dolor de un amor no correspondido. También llegó a la conclusión de que la muchacha era bastante estúpida; de

otro modo, no se hubiera ido a la cama enojada tan solo porque él la había tenido esperando unas tres horas. Y, desde luego, tampoco se le hubiera ocurrido que estaba cometiendo un pecado, incluso antes de haberse acostado con él, cuando aún no lo había cometido. Si la chica hubiera tenido algo de la experiencia que él tenía, habría entendido que en esta vida uno no suele lamentarse de las tentaciones a las que ha sucumbido, sino de las tentaciones a las que se ha resistido.

«En fin —se dijo Maquiavelo—, le estará bien merecido que Bartolomeo adopte a sus sobrinos. Quizá entonces lamentará haber sido tan corta de miras».

27

Dos días más tarde llegó a Cesena. Las tropas del duque estaban bien provistas de fondos y su artillería se acercaba a la ciudad haciendo un gran despliegue de fuerza. Era evidente que se estaba preparando algo, aunque nadie sabía exactamente qué. Prevalecía una frenética actividad y, sin embargo, en el aire se respiraba una extraña quietud, algo similar a lo que acontece en las horas que preceden a un terremoto. Quienes lo han vivido cuentan que los hombres están incómodos y desasosegados sin motivo hasta que de pronto, sin previo aviso, el suelo empieza a moverse bajo sus pies y las casas se estremecen y derrumban sobre sus cabezas.

Maquiavelo solicitó audiencia con el duque dos veces. Él le dio largas; agradecía su amabilidad y le haría llamar cuando tuviera necesidad de él. Sondeó a los secretarios tratando de sacarles alguna información. Le respondieron que el duque era hermético; no se manifestaría hasta que estuviera preparado para pasar a la acción y, cuando actuara, lo haría según dictaran sus necesidades. Resultaba obvio que compartían la ignorancia del resto de gente; tampoco ellos conocían los planes del duque. Maquiavelo se sentía enfermo, estaba de mal humor y, además, no tenía dinero. Escribió a los caballeros de la Señoría pidiendo que lo llamaran de vuelta a Florencia; de paso, les aconsejó que en su lugar enviaran a un embajador con plenos poderes. Los que se habían dignado concederle a él eran insuficientes en las actuales circunstancias.

No había aún transcurrido una semana de su llegada a Cesena cuando tuvo lugar un acontecimiento inesperado. Una mañana en que se dirigía al palacio que el duque había requisado para su uso personal, se encontró con los capitanes franceses congregados frente a sus puertas. El enfado y la excitación eran generales; al parecer, todos ellos habían recibido orden de abandonar la ciudad en el plazo de dos días y, como es natural, se habían tomado la abrupta despedida como una grave ofensa. Maquiavelo se exprimió el cerebro tratando de encontrar una explicación plausible a tan extraordinaria medida. Los conocidos e informantes que tenía en palacio le dijeron que el duque ya no podía tolerar a los franceses, pues su presencia no compensaba la cantidad de problemas que le traían. Pero, aun si eso fuera cierto, semejaba el colmo de la locura que el Valentino despidiera a una parte tan relevante de su ejército; sin los franceses, las tropas que le quedaban no serían superiores a las que estaban bajo el mando de Orsini, Vitellozzo, Oliverotto da Fermo y el resto de los capitanes rebeldes. César Borgia no podía ser tan cándido como para otorgar plena confianza a unos hombres que se habían amotinado hacía poco tiempo y que tan solo habían vuelto al redil muy a regañadientes y tras arduas negociaciones. ¿Sería posible que el duque quisiera demostrar al rey de Francia que podía prescindir de él? ¿Que no necesitaba su ayuda? De ser así, César Borgia se sentía muy seguro de sí mismo.

Se fueron los franceses y, pocos días más tarde, se dio otro acontecimiento que Maquiavelo, gran aficionado a estudiar la naturaleza humana además de los avatares políticos, encontró de sumo interés. El asunto guardaba relación con Ramiro de Lorca. Ramiro siempre había permanecido fiel al duque, era un buen soldado y un administrador capaz, y, durante un tiempo, había ejercido el cargo de gobernador de Romaña. Sin embargo, los habitantes de este Estado lo odiaban por su extrema crueldad y su falta de honradez y, cuando se vieron acorralados más allá de lo soportable, enviaron una delegación para exponer sus quejas ante el duque. Este convocó a Ramiro a Cesena y, en cuanto llegó, lo hizo arrestar y lo mandó a la cárcel.

El día de Navidad, Piero despertó a Maquiavelo muy temprano.

—Venid a la plaza, *messere* —le dijo con los ojos chispeantes de excitación—. Vais a ver un

espectáculo que merece la pena.

—¿Qué sucede?

—No os lo voy a decir. Venid. En la plaza se ha reunido una gran muchedumbre. Todo el mundo está muy sorprendido.

Maquiavelo no tardó mucho en vestirse. Luego caminó hasta la plaza con Piero. Había estado nevando y la mañana era inhóspita y dura. El cuerpo decapitado de Ramiro de Lorca yacía sobre un lecho de nieve. No lo habían despojado de su opulenta ropa usual; llevaba todas las condecoraciones y adornos, y sus manos seguían enguantadas. La cabeza estaba expuesta en una pica levantada a poca distancia del cuerpo. Maquiavelo apartó la vista del desagradable espectáculo y regresó a su alojamiento andando despacio.

—¿Qué opináis de ello, *messere*? —le preguntó Piero—. De todos los capitanes del duque, Ramiro era el más arrojado y valiente. Siempre se dijo que el duque le tenía plena confianza y que contaba con él más que con cualquier otro de sus oficiales.

Maquiavelo se encogió de hombros.

—Lo han ejecutado porque así se le ha antojado al duque. Es su manera de mostrar que tiene poder sobre los hombres; puede hacer y deshacer vidas a su antojo, o de acuerdo con los méritos del hombre en cuestión. Me supongo que Ramiro ya no le resultaba útil. Quizá le atrajo la idea de pronunciar una sentencia que complacería a sus súbditos; de este modo, podrá decir que escucha sus quejas y se ocupa de sus intereses.

De hecho, los rumores aseguraban que Ramiro había sido amante de Lucrecia Borgia, y de todos era sabido cuán peligroso resultaba ser marido o amante de la hermana de César Borgia. Estaba enamorado de ella. El primer marido de Lucrecia, Giovanni Sforza, se libró de morir solo porque ella le avisó que César había ordenado su asesinato. La advertencia llegó con el tiempo justo para salvarle la vida; Sforza saltó a lomos de su caballo y cabalgó sin descanso hasta llegar a Pesara, ciudad segura. Cuando sacaron al duque de Gandía del Tíber, se descubrió que su cuerpo tenía heridas de nueve cuchilladas, y todo el mundo adjudicó este asesinato a César; era creencia general que el hombre había amado a Lucrecia. Pedro Calderón, español y chambelán del papa, también fue asesinado por órdenes del duque porque este pensó que «había ofendido el honor de doña Lucrecia en alguna forma»; algo de verdad debía haber en ello, pues, según decían, Lucrecia habría quedado preñada de él. Su segundo marido, Alfonso, duque de Bisceglie, sufrió también los embates de la fortuna. Un año después de su matrimonio, cuando tenía tan solo diecinueve primaveras, un grupo de hombres armados lo atacó a la salida del Vaticano y allí mismo fue herido de muerte. Un alma caritativa lo recogió y lo llevó de nuevo al Vaticano, donde pasó un mes debatiéndose entre la vida y la muerte en los aposentos del mismo pontífice. Y luego, nos cuenta Burchard, dado que el muchacho se negaba a morir como resultado de sus heridas, alguien remató la faena estrangulándolo al anochecer. Alfonso era el muchacho más atractivo de Roma y Lucrecia cometió el error de amarlo en exceso. Nadie en toda Italia tenía la menor duda al respecto: su muerte se debió a los celos de César Borgia.

Maquiavelo tenía una excelente memoria y no había olvidado lo que el duque le había contado cuando ambos se hallaban en Imola. Paolo Orsini se había lamentado de la brutalidad de Ramiro y él había prometido darle satisfacción. No era muy probable que lo sucedido fuera respuesta a las quejas de Paolo; seguramente, al duque estas le traían sin cuidado. No obstante, bien pudiera ser que esta ejecución tuviera como objetivo disipar las últimas sospechas que anidaban en los capitanes rebeldes. El razonamiento era simple; si para complacer a uno de ellos César Borgia era capaz de sacrificar al más competente y leal de sus lugartenientes, a ellos no les quedaría más remedio que confiar en su buena voluntad. A Maquiavelo lo invadió el regocijo. Esta era, exactamente, la clase de jugada que podía idear una mente como la del duque. Una idea muy seductora; con ella mataba varios pájaros de un tiro. Aplacaba al ultrajado pueblo de Romaña, se aseguraba la confianza de sus falsos amigos y se vengaba de un hombre que había gozado de los favores de Lucrecia.

—Sea como fuere —le dijo a Piero en tono alegre—, nuestro buen amigo el duque ha librado a

la tierra de otro canalla. Busquemos una taberna y bebamos una copa de vino caliente para sacudirnos el frío de los huesos.

28

Existían razones de peso que explicaban el fracaso de Maquiavelo a la hora de descubrir los proyectos del Valentino, y es que estos aún eran inciertos. Desde luego, algo había que hacer; carecía de sentido estar al mando de un ejército y no hacer uso de él. Sin embargo, no resultaba tan sencillo decidir el curso de acción. Los capitanes mandaron representantes a Cesena para tratar el tema con el duque, mas no se llegó a ningún consenso. Pasados unos días, enviaron a Oliverotto da Fermo con instrucciones de presentarle una propuesta concreta.

Oliverotto da Fermo era un joven que poco tiempo antes había dado mucho que hablar. Huérfano de padre desde muy temprana edad, se había criado al lado de un tío, hermano de su madre, llamado Giovanni Fogliati. Al alcanzar la edad prescrita para iniciar una carrera militar, lo enviaron a que aprendiera el oficio de armas bajo las órdenes de Paolo Vitelli. Tras la muerte de Vitelli a manos de los florentinos, se sumó a las fuerzas de su hermano Vitellozzo. Oliverotto era un muchacho inteligente y vigoroso; no tardó en ascender y pronto fue considerado como uno de los mejores oficiales de Vitellozzo. Sin embargo, él ambicionaba bastante más que eso; le parecía humillante servir a las órdenes de alguien cuando él mismo se consideraba muy apto para mandar. Maquinó entonces un plan ingenioso para convertirse en dueño de su propio destino. Escribió a su tío y benefactor explicándole que había pasado demasiado tiempo ausente de casa y que ahora le agradaría visitarlo, volver a ver su ciudad nativa y ocuparse de su herencia paterna. Durante los años pasados en el ejército, su único objetivo había sido progresar y hacerse un nombre para demostrar a sus conciudadanos que había aprovechado bien los años de educación. Deseaba que su nueva posición quedara ratificada y, en consecuencia, tenía intención de hacer una llegada triunfal: entraría en la ciudad con una comitiva formada por un centenar de hombres a caballo, más todo un séquito de amigos y sirvientes. Por último, rogaba a su tío que le preparara una recepción honorable y acorde con la importancia de su rango, y le recordaba que semejante pompa y boato redundarían también en su propio beneficio, ya que el huésped al que iba a honrar era nada menos que su propio sobrino. A Giovanni Fogliati lo reconfortó pensar que su hijo adoptivo era agradecido y no olvidaba el cariño y las atenciones recibidas de niño. Estaba satisfecho, y le ofreció alojarse bajo su propio techo con toda naturalidad. Al principio, Oliverotto aceptó, pero pocos días más tarde alegó que no deseaba serle una carga y se trasladó a vivir a una casa propia. Una vez allí, organizó un solemne banquete, al que invitó a su pariente y a los personajes más relevantes de la ciudad.

Durante el banquete, se festejó y bebió en abundancia. Cuando los invitados estuvieron algo achispados, Oliverotto sacó a colación un tema que en aquel momento preocupaba a todos por igual. Inició un discurso hablando de la grandeza y el poder del santo padre y su hijo César Borgia, y mencionó también sus espectaculares hazañas. En mitad del discurso, se interrumpió de súbito, como si acabara de darse cuenta de que estaba cometiendo una indiscreción. Se levantó entonces de la mesa e invitó a los comensales más importantes a que lo acompañaran a otra habitación, donde podrían hablar mejor del tema. Estos aceptaron seguirlo. Apenas tomaron asiento en la nueva estancia, un puñado de soldados, hasta entonces ocultos, se abalanzaron sobre ellos y los asesinaron a todos. De esta manera, Oliverotto tomó posesión de la ciudad. De un plumazo, se deshizo de todos aquellos que pudieron haberle presentado resistencia y, por lo tanto, se vio en situación de imponer sus propias leyes, tanto civiles como militares. Su gobierno fue eficaz; un año después, no solo había afianzado su posición en Fermo, sino que también se había convertido en un adversario formidable al que sus vecinos respetaban. Y este era el hombre

que los capitanes habían enviado a parlamentar con el Valentino.

La propuesta que le hizo a César Borgia fue aunar fuerzas para invadir Toscana. Y, si la oferta no le resultaba conveniente, entonces la alternativa podía ser tomar Senigallia. Toscana era una presa muy preciada. La captura de Siena, Pisa, Lucca y Florencia reportaría un botín más que sustancioso a todos aquellos que tomaran parte en la empresa, y tanto Vitellozzo como los Orsini albergaban viejos rencores contra la República, por lo que estarían muy satisfechos de poder saldar sus cuentas pendientes con ella. No obstante, Siena y Florencia se hallaban bajo la protección del rey de Francia, y el duque no estaba en condiciones de enojar a un aliado al cual aún podía necesitar. En consecuencia, su respuesta a Oliverotto fue que no se sumaría a un ataque a la Toscana, pero, en cambio, sí aceptó con agrado la alternativa de tomar Senigallia.

Aunque Senigallia fuera un Estado pequeño, no por ello carecía de importancia; tenía salida al mar y un puerto en buenas condiciones. Su gobernante, la hermana viuda del desafortunado duque de Urbino, había firmado el pacto de la Magione junto con los capitanes rebeldes, pero más tarde no había aceptado el posterior acuerdo de reconciliación. Tras el rechazo, había escapado a Venecia con su hijo pequeño, dejando la defensa de Senigallia en manos del genovés Andrea Doria. Oliverotto marchó sobre la ciudad y la ocupó sin que se le presentara oposición. Vitellozzo y los Orsini llegaron también con sus tropas y acamparon en la vecindad. Toda la operación se llevó a cabo sin complicaciones, con una única salvedad, y es que Andrea Doria rehusó entregar la plaza si no era al Valentino en persona. Los capitanes ponderaron el asunto. Andrea Doria era un militar de consideración; tomar la ciudad por la fuerza costaría tiempo, dinero y hombres. Ahora que el duque había despedido a su contingente francés, sus fuerzas habían mermado mucho y ya no lo contemplaban como a un poder formidable. Así las cosas, prevaleció el sentido común; le trasladaron la petición de Andrea Doria de que se presentara en Senigallia.

Cuando le llegó la invitación, el duque había ya abandonado Cesena y se hallaba en Fano. Envió entonces a uno de sus secretarios de confianza para avisar de que se ponía de inmediato en camino hacia Senigallia, y pidió a los capitanes que lo aguardaran allí. Desde que se había firmado el acuerdo de reconciliación, ninguno de los insurgentes parecía haber tenido interés en encontrarse con él, una negligencia que mostraba, cuando menos, cierta desconfianza por su parte. Para disipar cualquier posible temor, César Borgia instruyó bien a su secretario: debía decirles, con tacto y cordialidad, que semejante distanciamiento no favorecía en absoluto el cumplimiento efectivo de los pactos que habían acordado. Su único deseo, debía reiterarles, era servirlos; tanto su ejército como su propia persona estaban a disposición de lo que ellos y sus consejeros dictaran.

Maquiavelo se quedó atónito al tener noticia de que el duque había aceptado la invitación de los antiguos rebeldes. En su momento, había analizado los acuerdos firmados en todo detalle; resultaba evidente que ninguna de las partes tenía la menor confianza en la otra. Y, cuando supo que el Valentino iría a Senigallia a reunirse con los capitanes porque el comandante de la ciudad se negaba a capitular si no era a él en persona, quedó plenamente convencido de que le estaban preparando una encerrona. César había despedido a sus soldados franceses y su fuerza había disminuido considerablemente. Los capitanes, en cambio, tenían a todos a sus hombres congregados en Senigallia o muy cerca de allí. Visto desde una posición ajena al conflicto, era obvio que Andrea Doria había puesto sus condiciones de capitulación en connivencia con ellos. En cuanto el duque llegara a Senigallia con su caballería, él y los suyos serían atacados y destruidos sin piedad. No se entendía que César estuviera dispuesto a ponerse en manos de sus enemigos mortales estando casi indefenso. La única explicación plausible era que tenía una fe absoluta en su buena estrella. Cegado por la arrogancia, se creía capaz de someter a aquellos hombres brutales con tan solo su férrea voluntad y el poder de su carácter. Ciertamente, había sabido inspirarles temor, pero quizás olvidara que a veces el miedo envalentona incluso a los hombres más cobardes. Hasta el momento, la fortuna le había sido favorable, mas la fortuna es inconstante. El orgullo precede siempre a la caída. Maquiavelo se carcajeó para sus adentros; no

derramaría muchas lágrimas si el duque caía en la trampa que le habían tendido. Su destrucción supondría una gran ventaja para Florencia. César Borgia era el enemigo más peligroso de la República. Los capitanes, en cambio, resultaban manejables; su alianza tan solo se sostenía por el temor que le tenían todos. Si el Valentino desaparecía de escena, Florencia sabría maniobrar con habilidad; crearía la división entre ellos y luego los liquidaría uno a uno.

El regocijo de Maquiavelo era prematuro. Cuando, tiempo antes, los Orsini acudieron a Andrea Doria ofreciéndole dinero a cambio de que se negara a entregar la ciudad si no era al duque en persona, Doria ya estaba en posesión de una sustanciosa suma de oro que el propio duque le había hecho llegar para que hiciera precisamente lo mismo. César Borgia había anticipado la estrategia de sus capitanes, pues enseguida comprendió que tratarían de inducirlo a que se presentara en Senigallia. Siendo, como era, un hombre muy hermético, no tenía por costumbre comunicar sus planes hasta el último momento, cuando ya se disponía a ejecutarlos. En esta ocasión, convocó a sus ocho oficiales de confianza pocas horas antes de salir de Fano; en concreto, la noche anterior a la partida. Una vez los tuvo a todos reunidos, impartió sus instrucciones. Cuando llegaran a Senigallia, los capitanes rebeldes saldrían de la ciudad para darle la bienvenida. En ese momento, los oficiales debían aproximarse discretamente a ellos y flanquearlos, poniéndose uno en cada lado, a modo de honorable escolta. Esta posición debía mantenerse inamovible hasta que toda la comitiva llegara al palacio que serviría como residencia del duque durante esos días. Era fundamental que todos los capitanes llegaran a este palacio, porque una vez dentro quedarían por completo a merced del duque, y su intención era que ninguno de ellos saliera vivo o libre de allí. César llevaba ya un tiempo distribuyendo sus tropas por el país para que nadie supiera con exactitud de cuántos hombres disponía. Ahora les había dado órdenes de movilizarse y dirigirse hacia Senigallia, y se congregarían en un río que había a ocho kilómetros de la ciudad. Para inspirar confianza a los capitanes y aplacar cualquier posible reserva por su parte, había hecho enviar su equipaje y enseres por adelantado. El gesto no era solo estratégico. La verdad es que le divertía imaginar su reacción cuando vieran llegar sus pertenencias personales; imaginarlos haciendo cálculos, regodeándose con la idea del gran botín que les esperaba.

Una vez hubo organizado toda la estrategia, el duque se acostó y durmió profundamente. Se levantó a primera hora de la mañana. Era el 31 de diciembre de 1502. Entre Faro y Senigallia, había unos veinticinco kilómetros, distancia cubierta por un camino que discurría entre montañas y el mar. Al frente del ejército iban las tropas de vanguardia, quince mil hombres, bajo el mando de Ludovico della Mirandola; seguían luego los destacamentos de gascones y suizos, que formaban un millar de hombres de infantería. Tras ellos, cabalgaba el duque, ataviado con la armadura completa y con todo su aparejo militar; su espléndida figura encabezaba las fuerzas de caballería. Maquiavelo no era hombre en exceso receptivo a ciertas emociones estéticas, pero aquel día pensó que pocas veces en la vida le había sido dado contemplar algo tan bello como el lento avance de este ejército abriéndose camino entre las cumbres nevadas de las montañas y el azul del mar.

Los capitanes lo aguardaban en un lugar situado a cuatro kilómetros de Senigallia.

Vitellozzo Vitelli había sido un hombre de físico muy potente hasta que la sífilis quebrantó su salud. Alto y fuerte, aunque enjuto y casi rozando la escualidez, tenía un rostro de piel cetrina, nariz agresiva, mentón huidizo y unos párpados caídos que casi le cubrían los ojos y conferían a su mirada una rara expresión, ensimismada y espesa. Implacable, cruel, arrojado y rapaz, Vitellozzo era un soldado estupendo y tenía la reputación de ser el mejor artillero de Europa. Estaba muy orgulloso de su Estado, Città di Castello, de sus bellos palacios decorados con frescos, bronces, estatuas de mármol y tapicerías flamencas, obras adquiridas por él y su familia. Había amado mucho a su hermano Paolo, al que los florentinos habían decapitado. Los odiaba por ello, y el tiempo no había aplacado su odio. Como consecuencia del mercurio que los médicos le daban para tratar su sífilis, padecía frecuentes ataques de honda depresión. Se había convertido en una sombra de sí mismo.

Cuando, durante la época de las negociaciones, Paolo Orsini acudió a los capitanes con el documento que recogía los términos exigidos por el Valentino para hacer efectiva la reconciliación, Gian Paolo Baglioni, señor de Perugia, rehusó aceptarlos y Vitellozzo se puso entonces de su parte, alegando que desconfiaba de las ofertas del duque. Sin embargo, pronto quedó claro que no tenía la suficiente fortaleza ni la convicción para resistir los embates y argumentos del resto de capitanes, por lo que acabó por ceder y firmar el acuerdo. Lo hizo a regañadientes, y proclamó que estampaba su nombre muy en contra de su propio criterio. Y, aunque él mismo había escrito al duque en tono sumiso solicitando su perdón y el duque, a su vez, le había contestado tranquilizándolo y asegurándole que todo estaba olvidado, seguía sin tenerlas todas consigo. Su instinto le decía que César Borgia no perdonaba ni olvidaba. Una de las cláusulas del acuerdo establecía que, sirviendo en el campamento del duque, solo podría haber un solo capitán al mismo tiempo; si la ocasión lo requería, los antiguos rebeldes deberían hacer turnos para cumplir esta misión. Y, sin embargo, ahora mismo estaban todos reunidos allí, contradiciendo lo acordado. Paolo Orsini trató en vano de razonar con él. Había visitado al duque en varias ocasiones; siempre habían hablado de manera franca y abierta, de hombre a hombre, y había quedado plenamente convencido de su honestidad. Por otra parte, el duque les estaba dando pruebas más que fehacientes de su buena fe. Había despedido a sus lanceros franceses y ahora iba a llevar a cabo una nueva empresa contando tan solo con ellos. Y, además, había ejecutado a Ramiro de Lorca, lo que demostraba que estaba muy dispuesto a atender sus demandas.

—Creedme, Vitellozzo, nuestro motín le ha dado una buena lección a ese joven. Tenemos todas las razones para pensar que, a partir de ahora, nuestros tratos con él van a ser satisfactorios.

Así hablaba Paolo Orsini, pero en realidad no era totalmente sincero, pues omitió contarle a Vitellozzo cierta conversación mantenida con el duque. Se refería al pontífice. El santo padre ya tenía setenta años, era de carácter exuberante y se comportaba como un hombre joven en la flor de su edad. Dadas sus costumbres, en cualquier momento podía morir de una apoplejía. El Valentino tenía comprado el voto de los cardenales españoles y de aquellos que su padre había nombrado a dedo; contando con estos votos, estaba dispuesto a darle la mitra papal al cardenal Orsini, hermano de Paolo, si a cambio este le ofrecía garantías de que en el futuro sus Estados y propiedades serían respetados. Una idea deslumbrante y tentadora. De todos los capitanes, Paolo Orsini era el más inclinado a confiar en el duque; tenía la convicción de que César Borgia necesitaba a los Orsini tanto como estos lo necesitaban a él.

Vitellozzo fue el primer capitán que se adelantó para dar la bienvenida al duque. Iba desarmado, montaba una mula y vestía una raída túnica negra sobre la cual se había puesto una capa, también negra, ribeteada de verde. Estaba pálido y tenía el rostro desencajado; se diría que sabía lo que el destino le tenía reservado. Viéndolo en semejante estado, nadie hubiera podido imaginar que tiempo atrás aquel hombre había creído poder expulsar al rey de Francia de Italia solo con sus propias fuerzas y recursos. Al llegar al lado del duque, trató de descabalgar, pero César se lo impidió e, inclinándose hacia él desde su caballo, le echó los brazos al cuello y le besó ambas mejillas con expresión afectuosa. Poco después, llegaban Paolo Orsini y el duque de Gravina junto con sus pajes. César Borgia los recibió con la cortesía debida a los hombres de alta cuna, pero también con la desenvoltura y naturalidad de quien se reencuentra con viejos amigos a los que no ha visto durante largo tiempo. Faltaba Oliverotto da Fermo, y su ausencia no le pasó desapercibida al duque, que preguntó por él. Le contestaron que lo estaba aguardando en la ciudad. El duque mandó a don Miguel para que fuera a buscarlo y, mientras lo esperaban, conversó animadamente con los capitanes. Nadie podía ser más encantador que él cuando consideraba que el esfuerzo merecía la pena, y cualquiera que hubiera contemplado a los hombres en aquel momento hubiera pensado que estaban en perfecta armonía y que jamás se había dado conflicto alguno entre ellos. El duque fue gentil, gracioso y elegante, y se expresó con benevolencia, como correspondía a su encumbrada posición, pero eludiendo toda altivez, pues no deseaba que su tono dejara traslucir el menor asomo de condescendencia. Se mostró

contenido, sereno, cortés y afable. Inquirió por la salud de Vitellozzo y propuso enviarle a su propio médico para que lo tratara. Luego se dirigió al duque de Gravina con una sonrisa alegre en los labios; sabía que por aquel entonces el duque estaba enredado en un romance y le hizo bromas simpáticas al respecto. Por último, alentó a Paolo Orsini para que le describiera en detalle la villa que se estaba construyendo en los montes Albanos, un interés que a este último le resultó muy halagador.

Oliverotto estaba adiestrando a sus tropas en un campo que se hallaba cerca del río, fuera de las murallas de la ciudad. Don Miguel lo encontró y se apresuró a aconsejarle que permitiera a sus hombres entrar en la ciudad e instalarse en sus cuarteles; de otro modo, las tropas del duque podían adelantarse y ocupar su lugar. Era un consejo sensato. Oliverotto se lo agradeció y, tras dar las órdenes pertinentes a sus tropas, lo acompañó al lugar donde los capitanes y el duque estaban esperando. El Valentino lo recibió con la misma cordialidad que a los otros capitanes; no permitió que le rindiera los honores debidos a un superior en rango y lo trató más como a un compañero de armas que como a un subordinado.

César Borgia dio orden de avanzar.

Vitellozzo estaba sobrecogido por el terror. Para entonces, ya había visto que el ejército del duque era colosal y sabía con certeza que el complot urdido por los capitanes no tenía la menor posibilidad de acabar con éxito. Durante unos momentos, pensó en reunirse con sus propias tropas; las tenía acampadas a pocos kilómetros y su enfermedad le ofrecía un pretexto plausible para ausentarse. Paolo Orsini no se lo permitió, argumentando que en aquel momento debían evitar a toda costa que el duque pusiera en duda su buena voluntad. A Vitellozzo se le cayó el alma a los pies, pero era un hombre frágil; no se vio con fuerzas para presentar oposición y seguir lo que le dictaba su instinto. Y así, aun a sabiendas que se le cerraba la única vía de escape, se plegó a los deseos de Paolo Orsini.

—Sé que me encamino a una muerte cierta —le dijo—, pero, ya que estáis decididos a afrontar el riesgo, yo compartiré destino con vosotros, ya sea para morir o para vivir.

Los ocho hombres a quienes el duque había instruido para que escoltaran a los capitanes se posicionaron como estaba previsto, flanqueando a cada uno de los hombres sentenciados. Y la cabalgata, encabezada por su reluciente comandante, se puso en marcha hacia la ciudad. Una vez llegaron al palacio designado como residencia del duque, los capitanes quisieron despedirse del Valentino, pero él insistió en que lo acompañaran al interior. Deseaba exponerles el plan que había ideado para que lo discutieran conjuntamente. Tenía mucho que contarles; estaba seguro de que el asunto era del mayor interés para todos ellos. El tiempo volaba, era crucial que se tomaran decisiones y que se pasara a la acción sin más tardanza. Todo esto fue dicho con franqueza y cordialidad, de tal manera que los capitanes estuvieron de acuerdo y aceptaron su propuesta. Precedidos por el duque, cruzaron el zaguán de entrada y luego subieron por unas bellas escaleras hasta llegar a la gran sala de recepciones del palacio. Allí su anfitrión les pidió que lo excusaran unos minutos; debía ausentarse para atender a un llamado de la naturaleza. Pocos segundos después, los hombres del Valentino irrumpieron en la sala y apresaron a todos los que se hallaban en ella. Fue una operación sencilla y rápida. César Borgia se limitó a copiar la estratagema utilizada por Oliverotto para librarse de su tío y los notables ciudadanos de Fermo, solo que esta le salió mucho más barata; ni tan siquiera tuvo que pagar por el banquete. Paolo Orsini protestó airadamente; el duque los había traicionado incumpliendo sus acuerdos. Pidió a los soldados que lo llamaran, pero el Valentino ya había abandonado el palacio, no sin antes impartir órdenes para que se requisaran las armas a las tropas de los cuatro capitanes. Dado que los hombres de Oliverotto se hallaban muy cerca de la ciudad, fueron los primeros en ser diezmados; el asalto los pilló por sorpresa y los que se resistieron fueron asesinados sin piedad. Los otros contingentes estaban acampados a cierta distancia y tuvieron mejor fortuna. Pronto les llegó la noticia de la caída de sus comandantes; combinando sus fuerzas, consiguieron abrirse camino y escapar al cerco que se les había tendido, aunque no sin sufrir serias pérdidas. César Borgia tuvo que contentarse con ejecutar a los oficiales que habían acompañado a Vitellozzo y a

los Orsini.

El ataque y el desmantelamiento de las fuerzas de Oliverotto no bastaron para contentar a los hombres del duque, que de allí pasaron a saquear la ciudad. La habrían dejado totalmente arrasada de no ser porque el duque tomó medidas severas e hizo ahorcar a los saqueadores. César Borgia no tenía el menor interés en tomar posesión de una plaza devastada; quería una ciudad próspera de la cual pudiera extraer beneficios. Senigallia quedó sumida en el caos. Los comerciantes atrancaron las puertas de sus tiendas y los ciudadanos honrados se cerraron a cal y canto en sus casas. La soldadesca irrumpía en las bodegas y exigía vino a punta de espada. Los cadáveres estaban tirados por las calles y los perros vagabundos lamían su sangre.

29

Maquiavelo había seguido al duque y a su ejército hasta Senigallia. El día estuvo presidido por la ansiedad. Andar por las calles solo y desarmado hubiera sido peligroso, y las veces en que se vio obligado a salir de la desastrosa posada donde había hallado refugio se aseguró de hacerse acompañar por Piero y los sirvientes. No tenía ningunas ganas de ser degollado por algún gascón sobrexcitado y repleto de vino.

A las ocho de aquella misma tarde, el duque lo hizo llamar. Hasta entonces, todas las audiencias que había mantenido con él habían sido en presencia de terceros, ya fueran secretarios, miembros del clero o bien hombres de su séquito personal. En esta ocasión, se llevó una gran sorpresa; el oficial que se encargó de guiarlo lo condujo hasta una habitación en la que no había nadie excepto César Borgia. El oficial se retiró de inmediato y, por primera vez, los dos hombres se quedaron solos, frente a frente.

El Valentino estaba sentado y parecía eufórico. Su pelo despedía reflejos broncíneos, llevaba la barba pulcramente recortada y tenía las mejillas arreboladas y los ojos relucientes. Maquiavelo pensó que aquella tarde su belleza física y su atractivo se hacían más patentes que nunca; también la seguridad y la majestuosidad de su porte se habían acrecentado. Puede que aquel hombre no fuera más que el bastardo de un sacerdote pícaro y licencioso, pero no cabía la menor duda de que sabía comportarse como un rey. Tal y como tenía por costumbre, no se anduvo por las ramas.

—Acabo de librar a vuestros gobernantes de un puñado de enemigos. Bien podríamos decir que les he prestado un gran servicio. Quiero que les escribáis ahora mismo para pedirles que reúnan a sus fuerzas de infantería y me las manden junto con la caballería. Juntos atacaremos Castello o bien Perugia.

—¿Perugia? —inquirió Maquiavelo.

Una alegre sonrisa iluminó el rostro del duque.

—Baglione se negó a firmar nuestro acuerdo de reconciliación y abandonó la reunión de los capitanes diciéndoles: «Si César Borgia quiere algo de mí, que venga a buscarme a Perugia, y, cuando venga, será mejor que lo haga armado». Eso es exactamente lo que me propongo hacer.

Maquiavelo se contentó con callar y sonreír para sus adentros. Tenía su gracia el asunto, teniendo en cuenta que al resto de los capitanes no les había reportado gran beneficio aceptar firmar el acuerdo.

—A vuestros caballeros de la Señoría les hubiera costado mucho dinero aplastar a Vitellozzo y destruir a los Orsini —siguió diciendo el duque—, y ni de lejos lo hubieran sabido hacer con tanta limpieza y contundencia. Creo que no deberían ser desagradecidos.

—Estoy seguro de que no lo son, excelencia.

Durante unos segundos, César Borgia clavó sus ojos en Maquiavelo. Sus labios aún sonreían, pero la expresión de su mirada se había endurecido.

—En ese caso, que me lo demuestren. Hasta el momento, no han levantado un dedo, y lo que yo he hecho por ellos vale, como mínimo, cien mil ducados. Han contraído conmigo una obligación; puede que no sea legal, pero sí es tácita. Sería buena cosa que empezaran a pensar en devolverme el favor.

Maquiavelo tenía claro que semejante petición no haría más que ultrajar a la Señoría. Estaba harto de ser portador de malas noticias; lo único que deseaba era irse de allí. Y, por esta vez, tuvo la satisfacción de poder darle al duque una respuesta que lo liberaba de todo compromiso.

—Excelencia, debo comunicaros que he pedido a mi Gobierno ser relevado de esta misión. En la carta que les he enviado, les hago notar que deberían mandar a un agente con un cargo de más peso, alguien con más poderes de los que me han dado a mí. Pienso que os será mucho más provechoso discutir todos estos asuntos con mi sucesor.

—Lleváis razón. Estoy cansado de que vuestro Gobierno me dé largas. Ha llegado el momento de que tomen una decisión. Deben decidir si están conmigo o contra mí. Yo debería haberme ido de aquí hoy mismo, pero de haberlo hecho la ciudad habría sido saqueada. Andrea Doria va a rendirse mañana de modo oficial, desaparecerá el peligro de saqueo y entonces partiré hacia Castello y Perugia. Una vez haya resuelto mis asuntos en estos dos Estados, dedicaré toda mi atención a Siena.

—¿Consentirá el rey de Francia que toméis dos ciudades que se hallan bajo su protección?

—Por supuesto que no, y yo no soy tan tonto como para creer lo contrario. Mi propuesta es tomarlas por encargo de la Iglesia. Yo no quiero nada para mí mismo, me basta con mis propiedades de la Romaña.

Maquiavelo suspiró. Pese a todo, sentía una admiración involuntaria por este hombre. Fiero y orgulloso, estaba tan seguro de su fuerza que creía poder conseguir todo lo que se le antojara.

—Excelencia —le dijo—, sois el favorito de la fortuna. De eso no cabe la menor duda.

—La fortuna favorece a quienes saben aprovechar las oportunidades que ella les ofrece. No iréis a suponer que las condiciones establecidas por Andrea Doria para la capitulación de esta ciudad se hayan debido a una feliz casualidad.

—No os haría semejante injusticia, excelencia. Tras haber asistido a los últimos acontecimientos, no me cabe la menor duda de que habéis sido vos quien en todo momento ha dirigido los acontecimientos.

El duque se echó a reír.

—Me agradáis, secretario. Sois un hombre con el que se puede hablar. Os voy a echar de menos. —Tras estas palabras, guardó un momento de silencio y miró a Maquiavelo con ojos penetrantes—. Hay momentos en que casi desearía teneros a mi servicio.

—Vuestra excelencia es muy amable, pero estoy satisfecho con servir a la República.

—¿Y qué provecho sacáis de ello? Vuestro salario es tan mísero que necesitáis pedir prestado a los amigos para poder sobrevivir.

Las palabras del duque sobresaltaron un poco a Maquiavelo, pero luego recordó que el duque debía tener noticia de los veinticinco ducados que Bartolomeo le había prestado.

—Soy muy descuidado con el dinero y algunas veces tiendo a la extravagancia —le respondió con una sonrisa agradable—. Solo a mí debo culparme si vivo por encima de mis posibilidades.

—Ah, pero es que eso no os sucedería si trabajarais para mí. Es muy agradable disponer de medios suficientes, en especial cuando deseamos obtener los favores de una mujer hermosa. En ese caso, estamos en condiciones de regalarle un anillo, un broche o un brazalete.

—Suelo satisfacer mis deseos con mujeres de virtud fácil y pretensiones modestas. Es una de mis reglas.

—Es una buena regla, siempre y cuando los deseos de uno sean controlables. Pues ¿quién puede predecir las extrañas jugarretas que nos depara el amor? Enamorarse de una mujer virtuosa trae consigo muchos gastos, y estoy seguro de que vos mismo os habréis visto alguna vez en situación apurada por este motivo.

El duque lo contemplaba con ojos burlones, y, por un momento, Maquiavelo se sintió incómodo. ¿Sería posible que estuviera al corriente de su pasión frustrada por Aurelia? Sin embargo, pronto desechó la idea. César Borgia tenía ocupaciones mucho más importantes que la de andar fisgando en los asuntos amorosos del enviado de Florencia.

—Estoy más que dispuesto a concederos la razón sin necesidad de pruebas. Prefiero que sean otros quienes incurran en gastos. También les cedo con gusto el placer que se pueda derivar de ello.

El duque le lanzó una mirada inquisitiva, como si estuviera calibrando qué clase de hombre

tenía enfrente. No parecía que lo hiciera por algún motivo específico, sino más bien por pura curiosidad. Su expresión era la de quien está sentado en la antesala de un despacho y, para matar el tiempo, se dedica a observar a los extraños que están a su alrededor, tratando de adivinar sus hábitos, aficiones, carácter y profesión basándose en su aspecto físico.

—Yo hubiera dicho que sois un hombre demasiado inteligente como para conformaros con un papel subordinado durante el resto de vuestra vida.

—He leído a Aristóteles, y de él he aprendido que la sabiduría consiste en cultivar una dorada medianía.

—¿Será posible que carezcáis de ambiciones?

—Muy lejos de ello, excelencia —le respondió Maquiavelo, con una sonrisa—. Ambiciono servir a mi Estado de la mejor manera posible.

—Y esto es, exactamente, lo que se os impedirá hacer. Vos sabéis mejor que nadie que en una república el talento siempre resulta sospechoso. Quien llega a tener un cargo elevado asciende solo porque es lo bastante mediocre como para no suponer una amenaza para sus socios. Así es como funciona la democracia. Quienes mandan no son los hombres más competentes, sino aquellos cuya insignificancia no despierta los recelos de nadie. ¿Sabéis cuáles son los cánceres que corroen el corazón de la democracia?

Miró a Maquiavelo, como esperando respuesta, pero este guardó silencio.

—La envidia y el miedo. Los funcionarios son mezquinos, envidian a sus compañeros. No permitirán que uno de ellos destaque o ascienda, y le impedirán actuar aun cuando eso suponga poner en riesgo la seguridad y la prosperidad del país. También sienten temor, pues se saben rodeados de otros que no se detendrán ante nada, que no dudarán en mentir e intrigar para quitarles sus propios puestos. ¿El resultado? El resultado es que pasan más tiempo temiendo equivocarse que esforzándose en hacer lo correcto. Dice el refrán que un perro no muerde a otro, pero quienquiera que inventara este dicho no vivió nunca bajo un Gobierno democrático.

Maquiavelo siguió en silencio. Sabía bien que había mucho de verdad en el discurso del duque. Recordó las airadas protestas que se habían desatado cuando la Señoría lo había designado para ocupar un cargo que, después de todo, no era más que el de un subordinado, y la acritud con que habían reaccionado sus rivales derrotados. Algunos de sus compañeros no le quitaban el ojo de encima, controlaban al detalle todos sus pasos, listos para tomar nota de cualquier pequeño desliz que pudiera contribuir a su despido.

—Un príncipe que se halla en mi posición —continuó diciendo el duque— es libre para elegir a sus servidores en función de su mérito. No necesita dar un puesto a un hombre de escasa valía porque necesite de su influencia, o porque este venga apoyado por una facción a la que él se vea obligado a cortejar porque necesite de sus favores. Un príncipe en mi posición no teme a ningún rival porque está por encima de cualquier rivalidad. Y, en consecuencia, en lugar de favorecer y alentar la mediocridad, esa maldición que es la lacra de cualquier democracia, lo que hace es buscar talento, energía, iniciativa e inteligencia. No tiene nada de sorprendente que en vuestra República las cosas vayan de mal en peor, así sucede cuando cualquier don nadie puede entrar a trabajar en el Gobierno por cualquier razón menos la única que debería ser válida: su aptitud para el cargo.

Maquiavelo sonrió con sutil ironía.

—Permitidme recordaros, excelencia, que el favor de un príncipe es un bien especialmente incierto. Si bien es verdad que los príncipes pueden encumbrar a un hombre hasta las posiciones más altas, también lo es que pueden hundirlo en el más profundo de los abismos.

César Borgia lanzó una risita ahogada. Se lo estaba pasando bien.

—Vos estáis pensando en Ramiro de Lorca. Un príncipe debe tener claro cómo recompensar y también cómo castigar. Su generosidad tiene que ser grande, y su justicia, severa. Ramiro cometió crímenes abominables y merecía morir. De haber vivido en Florencia, ¿qué hubiera pasado? Seguro que su ejecución habría supuesto una afrenta para algunas personas, luego habría habido otras que hubieran intercedido por él por mero interés, porque en algún momento habían

sacado provecho de sus fechorías. Y, entre una cosa y otra, la Señoría hubiera estado sumida en un mar de dudas y habría acabado por nombrarlo embajador y mandarlo a la corte del rey de Francia. O a la mía.

Maquiavelo se echó a reír.

—No perdáis cuidado, excelencia. La respetabilidad del nuevo embajador que os enviará la Señoría es incontestable.

—Sí, y lo más probable es que el hombre vaya a matarme de aburrimiento. En fin, secretario, si me queda alguna certeza, es que voy a echaros de menos.

Tras estas palabras, el duque se quedó callado y pensativo, y, de súbito, pareció que se le acabara de ocurrir una idea. Sonrió a Maquiavelo con expresión amistosa.

—¿Por qué no entráis a mi servicio? Os buscaré una tarea estimulante, un trabajo en el que podáis aplicar vuestra mente rápida y vuestra gran experiencia del mundo. No me hallaréis mezquino.

—Lo creo. Pero, decidme, ¿qué confianza os podría inspirar un hombre que traiciona a su país por dinero?

—Yo no os estoy pidiendo que traicionéis a vuestro país. Sirviéndome a mí podríais también servir mejor a vuestro país. Desde luego, vuestro nuevo cargo os sería más útil que el actual que ostentáis como secretario de la Segunda Cancillería. Otros florentinos han entrado a mi servicio; no creo que hayan lamentado su decisión.

—Eran simpatizantes de los Médici que escaparon de Florencia tras la expulsión de sus señores, gente dispuesta a aceptar cualquier cosa con tal de hacerse con medios para sobrevivir.

—Pero no solo ellos. Ni Leonardo ni Miguel Ángel han sido tan orgullosos como para rechazar mis ofertas.

—Artistas. Gente irresponsable. Los artistas van a cualquier parte con tal de que en ella haya un mecenas presto a encargarles trabajo.

La sonrisa del duque se mantuvo intacta y sus ojos, puestos en Maquiavelo, brillaron con una chispa maliciosa cuando le respondió:

—Soy propietario de una finca muy cerca de Imola. Tiene viñedos, tierras de labranza, pastos y bosques. Estaría muy contento de regalárosla. Os reportaría una renta diez veces mayor que la que ahora os dan esas miserables hectáreas que poseéis en San Casciano.

¿Imola? ¿Por qué razón había César nombrado esa ciudad y no otra? De nuevo, Maquiavelo tuvo una repentina sospecha; quizá el duque sabía de su deseo insatisfecho por Aurelia, del fracaso de sus intentos.

—Estas miserables hectáreas de San Casciano de las que habláis han pertenecido a mi familia durante trescientos años —le respondió con acidez—. ¿Para qué quiero yo una propiedad en Imola?

—La casa que hay en ella es de nueva construcción, es bella y sólida. Un lugar muy agradable para retirarse de la ciudad cuando aprietan los calores de verano.

—Habláis de modo enigmático, excelencia.

—Tengo previsto nombrar gobernador de Urbino a Agapito de Amalia. No conozco a nadie más competente que vos para sustituirlo en el puesto como mi secretario principal. No obstante, entiendo que eso resultaría algo embarazoso y complicaría las relaciones con el nuevo embajador que me va a enviar Florencia, así que descartaremos esta idea. A cambio, estoy más que dispuesto a nombraros gobernador de Imola.

A Maquiavelo casi se le detuvo el corazón del sobresalto. Aquel era un cargo de mucha relevancia; jamás hubiera ni soñado poder aspirar a semejante honor. El Estado de Florencia había entrado en posesión de algunas ciudades, ya fuera mediante la fuerza militar, ya por la firma de algún tratado. Pero, cuando la Señoría había tenido que nombrar a sus gobernantes, siempre había optado por elegir a miembros de las grandes familias; hombres poderosos, con contactos e influencia. Le vino a la mente la imagen de Aurelia. Si fuera gobernador de la ciudad, la muchacha se sentiría orgullosa de convertirse en su amante, y a él le sería muy fácil

encontrar mil pretextos para alejar a Bartolomeo cuantas veces lo deseara. Imposible que la oferta fuera azarosa. El duque estaba al corriente no solo de su deseo por la chica, sino de las circunstancias y detalles de la aventura. ¿Cómo se había enterado? En cualquier caso, le complació darse cuenta de que la propuesta lo había dejado totalmente frío; no había alterado el estado de su corazón, ni tampoco había acrecentado sus ambiciones de poder.

—Excelencia, amo a mi tierra natal más que a nada en el mundo, incluido a mí mismo.

Dicho esto, Maquiavelo esperó la ira del duque. Su interlocutor no estaba acostumbrado a que lo contradijeran. Lo más probable es que montara en cólera y lo despidiera sin contemplaciones. Para su sorpresa, no fue así. El duque siguió contemplándolo con expresión reflexiva en tanto jugaba ociosamente con la orden de San Miguel. Transcurrió un buen rato antes de que retomara la palabra.

—Siempre os he sido muy franco, secretario —dijo por fin—. Me consta que no sois hombre al que se pueda engañar con facilidad y ni se me ocurriría desperdiciar el tiempo intentándolo. Pondré mis cartas boca arriba. No os pido que guardéis esta conversación en secreto. Sé que no traicionaréis lo que aquí os voy a decir, por la simple y sencilla razón de que nadie en su sano juicio creería que yo os he otorgado mi confianza contándoos mis planes. Los caballeros de la Señoría pensarían que estáis disfrazando vuestras propias opiniones o conjeturas presentándolas como si fueran hechos consumados, y, además, dirían que fanfarroneáis para daros importancia.

El duque hizo una pausa, luego retomó su discurso.

—He consolidado mi dominio sobre Romaña y Urbino. Dentro de poco, sumaré Castello, Perugia y Siena a mis posesiones. No tendré que levantar ni un dedo para hacerme con Pisa, y Lucca se rendirá en cuanto se lo pida. Florencia se encontrará rodeada por Estados que estarán todos, o bien en mi posesión, o bien bajo mi autoridad. ¿Cuál será entonces su posición?

—Sin duda, peligrosa, de no ser por el tratado que tenemos firmado con Francia.

La réplica pareció divertir al duque.

—Un tratado no es más que un acuerdo firmado para el beneficio común entre los Estados. Cualquier Gobierno prudente lo desestimará si se dan nuevas circunstancias que convierten los antiguos pactos en un lastre. ¿Qué creéis que dirá el rey de Francia si yo le propongo ayudarlo a tomar Venecia a cambio de que él cierre los ojos cuando yo ataque Florencia?

Maquiavelo se estremeció de temor. Conocía demasiado bien a Luis XII. Si lo que estaba en juego eran sus intereses, no dudaría un instante en sacrificar su honor. Durante unos segundos calló; necesitaba un tiempo para responder al duque y, cuando lo hizo, fue con lentitud deliberada.

—Su excelencia cometería un error dando por supuesto que puede invadir Florencia si no es a costa de muchas pérdidas. Llegado el caso, pelearemos hasta la muerte para preservar nuestra libertad.

—Ah, ¿sí? ¿Y con qué medios? Vuestros ciudadanos están demasiado entretenidos ganando dinero. Dudo que se hallen dispuestos a dedicar el mismo esfuerzo a defender la ciudad. Habéis contratado a mercenarios para que luchen por vosotros y que nada turbe vuestros negocios. ¡Es una locura! Los soldados a sueldo van a la batalla con el único fin de hacerse con algo de dinero, pero eso no es acicate suficiente para que entreguen su vida por vosotros. Un Estado se ve abocado a la destrucción si no es capaz de defenderse por sí solo. La única manera de protegerlo es creando un cuerpo de ciudadanos bien adiestrados, sujetos a disciplina y provistos con las armas correctas. Claro está que algo así comporta sacrificios, y no creo yo que los florentinos estéis muy inclinados a hacerlos. Os gobiernan negociantes, y el único objetivo de quienes hacen negocios es pactar transacciones a cualquier precio; beneficios a corto plazo, provecho inmediato. Paz, siempre, aun en estos tiempos que corren, y aun cuando esto suponga aceptar situaciones humillantes o asumir el riesgo de un próximo desastre. Vuestro Tito Livio os ha enseñado que la salvaguarda de una república depende de la integridad de los individuos que la conforman. Pero el pueblo de Florencia es blando. Vuestro Estado es corrupto y merece perecer.

El rostro de Maquiavelo se ensombreció; no tenía argumentos ni respuesta a estas palabras. Y

el Valentino continuó, implacable.

—El momento de gloria de los Estados pequeños ha pasado. Ahora que España se ha constituido como una unidad, y Francia, libre de los ingleses, es una potencia fuerte, no les será posible mantener su independencia. Se ha convertido en un espejismo; no se sostiene en la fuerza propia y, por tanto, solo es viable en tanto conviene a los intereses de los grandes poderes. Los Estados de la Iglesia están bajo mi control, Bolonia caerá en mis manos y Florencia está condenada. Me haré dueño de todo el país, desde el Reino de Nápoles, en el sur, hasta Milán y Venecia en el norte. Dispondré de mi propia artillería sumada a la de Vitelli, y pienso crear un nuevo ejército que será tan eficiente como el que tengo ahora en Romaña. El rey de Francia y yo nos repartiremos las posesiones de Venecia.

—Excelencia, aun cuando todo eso suceda con arreglo a vuestros deseos —alegó Maquiavelo, ceñudo—, todo lo que conseguiréis será incrementar el poder de Francia y, con ello, despertar los temores y la envidia tanto de Francia como de España. Cualquiera de estos dos poderes podrá entonces aplastaros a vos.

—Cierto. Pero contaré con mis tropas y mi riqueza, cosa que me permitirá aliarme con quien mejor me plazca. La facción que yo decida apoyar tendrá la certeza de salir victoriosa.

—Pero entonces quedaréis como vasallo del victorioso.

—Decidme, secretario, vos que habéis vivido en Francia y habéis tratado a los franceses, ¿qué opinión os merecen?

Maquiavelo se encogió de hombros, adoptando una expresión un tanto desdeñosa.

—Son frívolos y poco fiables. Su primer ataque suele ser feroz, pero, si su enemigo lo encaja y resiste, se achican y pierden fuelle. Son flojos, están habituados al confort y no toleran las duras condiciones de la vida militar por mucho tiempo. Pronto, bajan la guardia y se vuelven tan descuidados que es fácil aprovecharse de ello para pillarlos desprevenidos.

—Me consta. Cuando llegan los fríos y las lluvias de invierno, se escabullen de los campamentos. Un goteo constante de desertores; se van uno tras otro y quedan a merced de cualquier enemigo más fuerte que ellos.

—Por otra parte —siguió diciendo Maquiavelo—, el país es fértil y rico. El rey ha logrado doblegar a los barones, despojándolos de su fuerza, y ahora es un monarca muy poderoso. Cierto que no es un hombre de muchas luces, pero sus consejeros son tan inteligentes como cualquiera de los que tenemos en Italia.

El duque asintió.

—Decidme ahora qué pensáis de los españoles.

—He tenido muy poco trato con ellos. No sabría deciros.

—En ese caso, yo os lo diré. Son valientes, duros, tozudos y pobres. No tienen nada que perder y, en cambio, sí mucho que ganar. Resultarían invencibles de no ser por una circunstancia que les juega en contra, y es que se ven obligados a traer sus tropas y armas por mar. Si ahora consiguiéramos expulsarlos de Italia, no resultaría difícil impedirles que volvieran a desembarcar aquí.

Se hizo el silencio en la habitación. El Valentino, con la barbilla apoyada en una mano, parecía sumido en sus propias reflexiones, y Maquiavelo pudo observarlo a placer. Tenía la mirada pétrea y reluciente de excitación; frente a sus ojos, desfilaba un futuro pletórico de tortuosas negociaciones y batallas sangrientas. En su presente estado de ánimo, exaltado por los acontecimientos del día y el fantástico éxito de su astuta estrategia, ninguna empresa le parecía demasiado difícil o peligrosa. ¿Quién era capaz de adivinar las visiones de grandeza y de gloria que poblaban su arrojada imaginación? De pronto sonrió.

—¿Os dais cuenta? Con mi ayuda, los franceses podrían expulsar a los españoles de Nápoles y Sicilia. Con mi ayuda, los españoles podrían expulsar a los franceses de Milán.

—Sea el que fuere el que elijáis ayudar, quedará dueño de Italia. Y de vos, excelencia.

—En caso de que me decidiera por ayudar a los españoles, eso sería cierto. Pero, si me decanto por los franceses, no necesariamente. Ya los expulsamos de Italia anteriormente; podemos volver

a hacerlo.

—Quizá. Pero volverán. Buscarán el momento oportuno y regresarán.

—Me encontrarán preparado para hacerles frente. El rey Fernando, ese viejo zorro, es un hombre práctico muy poco dado a lamentarse de hechos ya consumados. Si los franceses me atacan, verá la oportunidad de vengarse e invadirá Francia con su ejército. Por otra parte, ha casado a su hija con el hijo del rey de Inglaterra, y esta alianza significa que los ingleses tampoco perderían la oportunidad de declarar la guerra a sus vecinos y enemigos históricos. Creo que los franceses tienen más motivos para temerme ellos a mí que yo a ellos.

—No obstante, excelencia —le recordó Maquiavelo—, el santo padre es anciano. Cuando muera, os quedaréis sin la mitad de vuestro ejército y, además, perderéis parte de vuestra reputación e influencia.

—¿Y vos pensáis que no he ponderado ya todo esto? He previsto cualquier eventualidad. La muerte de mi padre me encontrará preparado. El próximo pontífice será un cardenal elegido por mí y estará protegido por mis tropas. No temo la muerte del papa, no va a interferir en mis planes.

Tras decir estas palabras, el duque se levantó súbitamente de su silla y comenzó a caminar por la estancia.

—La Iglesia es quien ha alimentado la división de este país. Jamás ha sido lo bastante fuerte como para mantener a toda Italia bajo su poder. Lo único que ha conseguido es evitar que alguien más lo hiciera. Y, sin embargo, Italia no prosperará hasta que se haya unificado.

—Si nuestro país se ha convertido en presa fácil para toda clase de bárbaros, y en eso estoy de acuerdo con vos, es porque ha sido gobernado por un enjambre de señores y príncipes.

El Valentino dejó de caminar y sus sensuales labios se curvaron, dibujando una sonrisa sardónica. Sus ojos buscaron los de Maquiavelo.

—Mi querido secretario, la solución a este conflicto se halla en las Sagradas Escrituras. Estas nos dicen que demos a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

El significado y sentido de sus palabras era inequívoco. Maquiavelo tuvo que contener una exclamación, mezcla de temor y asombro. Se sentía extrañamente atraído por aquel hombre fascinante, capaz de abordar, con absoluta calma, la posibilidad de hacer algo que causaría espanto y horror en toda la cristiandad.

—Un príncipe debe consolidar la autoridad espiritual de la Iglesia —siguió diciendo con frialdad—, pues ello contribuye a que su pueblo sea obediente y se comporte de modo pacífico. Por desgracia, hoy en día la Iglesia ha perdido el rumbo y ya no es el referente moral que debería ser. Su carga mundana es excesiva, y a mí no se me ocurre mejor manera de ayudarla a recuperar su autoridad que librándola de su poder temporal.

Maquiavelo se quedó en blanco, sin saber cómo responder a un discurso tan descarnadamente cínico. Un oportuno llamado a la puerta lo libró de semejante obligación.

—¿Quién es? —vociferó el duque.

La interrupción había desencadenado un súbito arranque de cólera.

No hubo respuesta verbal, pero la puerta se abrió de golpe y entró un hombre en la habitación. Maquiavelo lo reconoció. Era don Miguel, el español al que todos llamaban Michelotto. Se decía que él había sido el encargado de estrangular con sus propias manos a Alfonso de Bisceglie, el joven desdichado y bello al que Lucrecia había amado. Michelotto era un hombre corpulento e hirsuto de musculatura poderosa. Tenía una nariz corta y roma, cejas muy pobladas y unos ojos gélidos que otorgaban una expresión de ferocidad constante a su rostro.

La actitud del duque cambió de inmediato al verlo.

—Murieron —se limitó a decir Michelotto en español.

El español de Maquiavelo era precario, pero suficiente para comprender lo que significaba esa única palabra: *murieron*. Michelotto se había quedado al lado de la puerta. El duque se acercó a él, hablaron un rato en voz baja y en español. Maquiavelo no pudo comprender bien lo que decían, aunque notó que el primero hacía un par de preguntas abruptas, y que el segundo parecía

responderlas dando profusión de detalles.

Y entonces César Borgia se rio. Fue una carcajada muy leve; la risita alegre y ligera que solía utilizar cuando algo le complacía además de divertirle. Don Miguel salió de la habitación y él regresó a su asiento. En sus ojos brillaba la chispa de una sonrisa feliz.

—Vitellozzo y Oliverotto están muertos. Y ambos murieron con mucha menos valentía de la que mostraron en vida. Oliverotto estuvo gritando y suplicando que se lo perdonara, y trató de justificar su traición echándole toda la culpa a Vitellozzo. Había sido él, chillaba, quien lo había llevado por el mal camino.

—¿Qué ha sido de Paolo Orsini y del duque de Gravina?

—Están presos. Mañana los llevaré conmigo bajo custodia. Los retendré hasta tener noticias de su santidad el papa.

Maquiavelo le lanzó una mirada de interrogación.

—Le envié mensaje tan pronto como hube arrestado a estos bribones —explicó el duque—. De paso, le pedí que se encargara de arrestar al cardenal Orsini. Tanto Paolo como su sobrino deben ser castigados por sus crímenes, y yo pienso asegurarme de que se haga justicia.

De pronto, la expresión de César Borgia se ensombreció, como si una nube oscura acechase entre sus cejas. Se hizo un silencio pesado. Maquiavelo dio por supuesto que la audiencia había terminado y se puso de pie, mas el duque hizo un súbito gesto de impaciencia y lo conminó a sentarse de nuevo. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz queda, pero su tono era implacable, colérico y determinado.

—No basta con destruir a los miserables tiranos cuyos súbditos gimen aplastados bajo el yugo de un pésimo gobierno. Somos carne de cañón para toda clase de bárbaros. Lombardía está desmantelada; Toscana y Nápoles, estranguladas por los tributos. Yo soy el único que puede acabar con esas bestias horribles e inhumanas. Solo yo puedo liberar a Italia.

—Bien sabe Dios que toda Italia pide a gritos la llegada de un dirigente que rompa sus cadenas y la libere de su esclavitud —respondió Maquiavelo.

No podía por menos que admitir cierta verdad en las palabras del duque.

—Este es el momento preciso de hacerlo; la situación está madura. Será una empresa que cubrirá de gloria a quienes tomen parte activa en ella y reportará multitud de beneficios a toda la gente de nuestra tierra.

El duque clavó una mirada brillante y retadora en él, como si quisiera plegar su voluntad con la sola fuerza de sus ojos.

—¿Será posible que os mantengáis al margen de lo que va a suceder? ¿Un hombre de vuestra valía? Nadie en toda Italia rehusará seguirme. Estoy seguro de ello.

Maquiavelo contempló a César Borgia con expresión grave y exhaló un profundo suspiro.

—Mi corazón no desea otra cosa que liberar a Italia de los bárbaros que abusan de ella. De quienes nos despojan y saquean, arrasan nuestras tierras, violan a nuestras mujeres y roban a nuestros ciudadanos. Quizá seáis vos el hombre elegido por Dios para redimir a nuestro país, pero el precio que me pedís es demasiado alto. Queréis que me sume a vos para destruir la libertad de la ciudad que me vio nacer.

—Con o sin vos, Florencia se hundirá y perderá su libertad.

—En ese caso, yo naufragaré con ella.

El duque encogió los hombros con desdén; estaba irritado y molesto.

—Palabras de antiguo romano, no las de un hombre con sentido común.

La audiencia había finalizado, y así se lo indicó a Maquiavelo alzando la mano con altivez. Él se levantó y se despidió con la debida inclinación de cortesía. Llegó a la puerta, pero, cuando ya estaba por salir, la voz del duque lo detuvo. Había cambiado de tono; ratificando el gran actor que podía ser. Ahora se dirigió a él con afable cordialidad.

—Secretario, antes de que os vayáis, me agradaría que me hicierais el favor de aconsejarme. En Imola, os hicisteis amigo de Bartolomeo Martelli. Últimamente, le he encargado resolver un par de cuestiones algo delicadas y no lo ha hecho del todo mal. En estos momentos, necesito

negociar con los comerciantes de lana franceses y debo mandar un hombre a Montpellier para que se encargue del asunto, tras lo cual sería conveniente que el mismo hombre viajara también a París para hacerme unas cuantas gestiones. Vos conocéis bien a Bartolomeo. ¿Os parecería prudente que le adjudique esta misión?

El duque había hablado a la ligera, como si su pregunta no tuviera otro significado que el que se podía atribuir a sus palabras, pero Maquiavelo captó bien lo que encerraba el comentario. Se ofrecía a mandar lejos a Bartolomeo por un tiempo indefinido y así allanarle el camino que conducía a Aurelia. Ahora ya no cabía la menor duda, el duque estaba al corriente de su deseo por la mujer.

Maquiavelo apretó los labios y se mantuvo impasible; nada en su rostro traicionó lo que sentía. Contestó con voz indiferente:

—Ya que vuestra excelencia es tan amable como para preguntar mi opinión, diré lo que pienso. Bartolomeo os es muy útil en Imola. Allí goza de influencia y su admiración por vos contribuye a que los ciudadanos de la ciudad estén satisfechos con vuestro gobierno. A mi modo de ver, sería un grave error alejarlo.

—Puede que tengáis razón. Se quedará en Imola.

Maquiavelo se inclinó de nuevo y salió de la habitación.

30

Piero y los criados lo aguardaban fuera. Las calles estaban oscuras y desiertas. Nadie había recogido los cadáveres. Yacían de cualquier manera; la mayoría de ellos habían sido presa de rapiña y estaban prácticamente desnudos. Los cuerpos sin vida de unos cuantos saqueadores se balanceaban en el patíbulo de la plaza; los habían ahorcado a modo de escarmiento para la soldadesca.

Maquiavelo y sus hombres caminaron hasta su posada. Las grandes puertas estaban cerradas a cal y canto. Llamaron y, tras examinarlos por la mirilla, les franquearon la entrada. Era una noche muy fría, y Maquiavelo se alegró de poder calentarse junto al fuego de la cocina. En la estancia había hombres bebiendo, otros que jugaban a las cartas o al dominó, y otros que ya se habían dormido, acostados en los bancos o sobre los tablones del suelo. El dueño de la posada tendió un jergón en su propio cuarto, a los pies de la enorme cama donde su mujer y sus hijos estaban ya dormidos. Allí se acostaron Piero y Maquiavelo; tumbados, pegados el uno al otro, y ambos rebozados en sus capas de viaje. Piero se durmió enseguida. La larga cabalgata de la mañana desde Faro, las emociones del día, más luego la larga espera en palacio, lo habían dejado exhausto. Maquiavelo, en cambio, permaneció despierto durante largo rato. Tenía mucho en que pensar.

Estaba claro que el Valentino estaba al corriente de la intriga que había urdido para poseer a Aurelia. Sonrió, no sin cierta amargura, en la oscuridad. Resultaba irónico que un hombre como el duque hubiera cometido un error de bulto tan grande: su tortuosa mente le había hecho concebir la idea de que podía sobornarlo utilizando la supuesta pasión que sentía por Aurelia. Era inaudito que un hombre de su inteligencia lo creyera tan insensato y obnubilado como para anteponer sus sentimientos a sus principios y a su lealtad por la República. El amor estaba muy bien, siempre y cuando no interfiriera en los asuntos importantes de la vida. Mujeres, las había en abundancia. Sin ir más lejos, recordó Maquiavelo, el propio duque había secuestrado a Dorotea Caracciolo, esposa del capitán de la infantería veneciana, y, cuando Venecia le envió mensajeros exigiendo su retorno, les contestó que no necesitaba tomarse la molestia de abducir mujeres extranjeras cuando en la Romaña tenía acceso a más de las que podía abarcar. Él, Maquiavelo, ya llevaba muchas semanas sin ver a Aurelia; de hecho, tan solo la había visto, muy de pasada, el día en que fue a despedirse de Bartolomeo. Cierto que aún deseaba poseerla, pero no tanto porque sintiera una pasión enfebrecida, sino porque le escocía el desaire sufrido. Siendo consciente de ello, hubiera considerado un despropósito complacerse en un sentimiento tan mezquino. Aun así, le podía la curiosidad por saber de qué manera había descubierto su secreto el duque. Estaba seguro de que no había sido por alguna indiscreción de Piero; tenía al chico por fiable. ¿Serafina? Él había actuado con mucha cautela en todo momento; era imposible que su casera hubiera sospechado lo que se traía entre manos. Y, en lo que respectaba a doña Caterina y doña Aurelia, ambas estaban demasiado involucradas en la intriga como para traicionarlo y traicionarse. Tampoco podía haber sido Nina; habían tenido buen cuidado en acallarla. Llegados a este momento, Maquiavelo tuvo una súbita revelación. Pero ¡qué tonto había sido! Se dio un golpe en la frente. El asunto era tan claro como la luz del día, y él se merecía un buen rapapolvo por no haberlo pensado antes. Fray Timoteo, por supuesto. Fray Timoteo era un espía al servicio del duque. La posición de consejero que ocupaba en casa de Bartolomeo y su amistad con Serafina lo colocaban en una posición idónea para controlar todos los movimientos del enviado de Florencia. Por fray Timoteo, el duque habría estado informado en todo momento de lo que

hacía, de quiénes iban a visitarlo, de cuándo enviaba correos a Florencia y de cuándo recibía sus respuestas. La idea de haberse hallado siempre bajo vigilancia le resultaba extrañamente incómoda. Y, sin embargo, de ser ciertas sus sospechas, todo lo ocurrido quedaba explicado. No fue casualidad que el duque lo hiciera llamar la noche en que Bartolomeo estaba rezando frente a las reliquias de san Vital, y tampoco lo fue que sus soldados llegaran en el preciso momento en que él tenía previsto llamar a la puerta de doña Aurelia. Fray Timoteo conocía el plan en todo detalle y había informado al duque.

Maquiavelo estaba furioso. En aquel preciso momento, su mayor felicidad habría sido tener al monje a mano para poder retorcerle el pescuezo. Todo estaba claro. César Borgia, juzgándolo en base a sus propios parámetros, había creído que la decepción de aquella noche exacerbaría su deseo; lo haría maleable y mejor dispuesto a plegarse a sus designios. De ahí que fray Timoteo le hubiera rehusado toda ayuda posterior. Con toda seguridad, había sido el monje quien había llenado la cabeza de Aurelia con todas aquellas ideas sobre la intervención de la Providencia para evitar que cayera en pecado. Y, desde luego, él le había aconsejado que de ahora en adelante se guardara de todo mal.

—A saber cuánto más se embolsó, además de mis veinticinco ducados —murmuró con rabia Maquiavelo para sí, obviando el hecho de que aquellos ducados habían sido un préstamo de Bartolomeo, que a su vez los había recibido del duque.

Y, aun con todo, no podía por menos que sentir cierta complacencia cuando se detenía a pensar que César Borgia se había tomado todas esas molestias tan solo para conseguir que él entrara a su servicio. Era muy gratificante y agradable descubrir que el duque lo tenía en tan alta estima. En su Florencia natal, los caballeros de la Señoría pensaban que era un tipo ingenioso, y las cartas que les enviaba los hacían reír muy a menudo. Sin embargo, no confiaban demasiado en su juicio y opiniones, y raras veces seguían sus consejos.

—Nadie es profeta en su propia tierra —se dijo en un suspiro.

Maquiavelo sabía que él acumulaba más inteligencia en la punta de su dedo meñique que todos los demás funcionarios del Gobierno juntos. Piero Soderini, cabeza visible de la Señoría, era un hombre de carácter débil, intelecto superficial y talante amable. Muy posiblemente, el duque lo tuviera a él en mente cuando habló de quienes pasan más tiempo temiendo equivocarse que esforzándose en hacer lo correcto. Su grupo de consejeros personales estaba formado por gente mediocre, apocada e irresoluta, cuya política general consistía en dudar, contemporizar y dejar que las cosas cayeran por sí solas. El inmediato superior de Maquiavelo era Marcello Virgilio, secretario de la República, un hombre que debía su posición a la buena presencia y un magnífico don para la oratoria. Maquiavelo sentía cierto apego por él, pero tenía muy pobre opinión de sus habilidades. Pensó en todos aquellos compañeros suyos en el Gobierno, en su estupidez. Lo habían enviado de misión cerca del duque precisamente porque lo consideraban un funcionario de escasa relevancia. Vaya sorpresa se llevarían si supieran que el duque le había pedido que fuera su consejero principal, y, además, con la oferta de gobernar Imola. Maquiavelo no tenía la menor intención de aceptar sus propuestas, pero le divertía fantasear con la idea e imaginar la consternación que sentirían los miembros de la Señoría y la furia de sus enemigos.

Y, además, Imola tan solo sería un primer paso. Si César Borgia se convertía en rey de Italia, bien pudiera suceder que él acabara siendo su primer ministro, con lo que, entonces, gozaría de una posición similar a la del cardenal de Amboise con respecto al rey de Francia. ¿Sería posible que Italia hubiera encontrado por fin a su redentor? César Borgia actuaba movido por la ambición personal, mas sus objetivos eran loables, y no cabía la menor duda de que el hombre poseía altura de miras y grandeza de espíritu; cosas, ambas, que requería tan colosal tarea. El Valentino tenía vigor mental y físico. Había logrado ser amado y temido por la gente y, como jefe supremo del mando, se había ganado el respeto y la confianza de sus tropas. Era cierto que, en estos momentos, Italia vivía esclavizada y humillada, pero seguramente la antigua tradición, su valor y su coraje no habían muerto. Una Italia unida bajo la batuta de un gobernante fuerte sería un país próspero y seguro en el que sus habitantes podrían vivir y trabajar siguiendo sus

inclinaciones y vocaciones. ¿Acaso podía un hombre aspirar a mayor gloria que esta que el destino le ofrecía? Nada menos que rescatar a aquella tierra doliente, conseguir su estabilidad mediante una paz duradera.

No obstante, mientras pensaba todo esto a Maquiavelo le asaltó otro pensamiento. Le provocó tal conmoción que dio un brinco involuntario en la cama y casi despertó a Piero, que, echado a su lado, se movió con desasosiego. Se trataba de una idea en extremo desagradable. Quizá todo el asunto no fuera más que una tomadura de pelo del duque, una broma pesada que le había gastado. El Valentino siempre, o casi siempre, se había mostrado muy amable con él, pero podía tratarse de meras apariencias. De hecho, César Borgia tenía muchos motivos para estar descontento de su gestión. Debía pensar que su labor como mediador frente a los caballeros de la Señoría no había sido lo bastante persuasiva e insistente y que, como resultado, estos habían rechazado renovarle la *condotta* que tanto necesitaba para consolidar su prestigio personal y aumentar sus recursos económicos. A partir de ahí, toda la jugada habría sido concebida como una magnífica venganza. Maquiavelo se estremeció; le entraban sudores fríos tan solo de pensar que durante su estancia en Imola sus asuntos personales habrían estado en boca del duque, de Agapito y de toda la camarilla que los rodeaba. Habrían estado siguiendo sus movimientos, habrían debatido sobre su estrategia de seducción. Se habrían reído de él a sus espaldas en tanto buscaban la manera de frustrar su aventura con Aurelia. Intentó tranquilizarse, convenciéndose a sí mismo de que semejantes fantasías eran ociosas y carecían de fundamento. Debía desterrar estos pensamientos. Y, sin embargo, no tenía manera de estar seguro al respecto, por lo que sus buenas intenciones eran más fáciles de decir que de aplicar. La incertidumbre lo torturaba. Pasó la noche muy inquieto.

31

A la mañana siguiente, el duque inició la primera etapa de su marcha hacia Perugia. Partió con el grueso de su ejército, dejando tan solo una pequeña fuerza de guarnición en Senigallia.

Era el día de Año Nuevo.

El tiempo era desapacible, y muy pronto los caminos, ya precarios en la mejor época del año, quedaron convertidos en auténticos lodazales debido a los cascos de los caballos, al peso de las carretas y a la marcha de los soldados de infantería. El ejército se detuvo en ciudades pequeñas que no disponían de medios para alojar a tan grande cantidad de hombres, con lo que solo unos pocos afortunados consiguieron hallar un techo que los cobijara. Maquiavelo estaba acostumbrado a vivir con cierta comodidad y no se adaptaba bien a semejantes asperezas. Lo ponía de mal humor dormir en el suelo de cualquier choza campesina, y encima compartiendo aliento y espacio con muchos otros que habían elegido el mismo lugar para dar un descanso al cuerpo. Por si esto fuera poco, también debía conformarse con comer lo que había y tenían bien a darle; su digestión, siempre delicada, le causaba constantes problemas.

Al poner pie en Sassoferrato, recibieron la noticia de que Vitelli, el capitán que había conseguido escapar, se había refugiado en Perugia. También supieron que una comisión formada por los ciudadanos prominentes de Castello estaba esperando al duque en Gualdo; iban a ofrecerle su ciudad y los territorios que comprendía. Un poco más tarde, hizo presencia un mensajero para anunciarles que Gian Paolo Baglioni, Vitelli y los Orsini, junto con sus tropas, habían huido hacia Siena tras perder toda esperanza de defender Perugia cuando los ciudadanos se levantaron contra ellos. Al día siguiente de su huida, los mismos ciudadanos enviaron una embajada al duque comunicándole su rendición. De esta manera, César Borgia entró en posesión de Castello y Perugia, dos importantes ciudades, sin tan siquiera desenvainar la espada. Luego se dirigió hacia Asís. Allí llegó una delegación de Siena para hablar con él. Sus miembros deseaban saber por qué motivo había tomado la decisión de atacarlos; corrían rumores de que esa era ahora la intención del Valentino. El duque les respondió que solo albergaba sentimientos amistosos hacia Siena, pero que había decidido expulsar a su gobernante, Pandolfo Petrucci, al que consideraba su enemigo. Si los habitantes de la ciudad estaban dispuestos a hacer la faena por sí mismos, entonces nada debían temer de él. Si, por el contrario, preferían no actuar, intervendría con su ejército y se ocuparía de llevar a cabo la tarea en persona. Tras comunicarles esto, se puso en camino hacia Siena, y lo hizo dando un rodeo y alargando el trayecto para que sus habitantes tuvieran tiempo de reflexionar. Durante el viaje, aprovechó para apoderarse de varios castillos y pueblos en tanto su soldadesca arrasaba cuanto hallaba a su paso. Los habitantes huyeron, y los que quedaron rezagados, por ser más ancianos o impedidos, se vieron expuestos a la extrema crueldad de las tropas. Los colgaban de los brazos con fogatas bajo los pies para que confesaran dónde habían escondido los objetos de valor. Si no lo hacían, ya fuera porque no querían o porque, sencillamente, no tenían nada que confesar, les daban muerte tras larga tortura.

Entretanto, llegaron buenas noticias de Roma. Cuando su santidad recibió una carta de su hijo César dándole cuenta y razón de los hechos ocurridos en Senigallia, envió un mensaje al cardenal Orsini. Como es natural, no lo informó de la suerte sufrida por sus parientes y amigos, sino que se limitó a comunicarle la buena nueva de la capitulación de la ciudad. A la mañana siguiente, el cardenal cumplió con la obligación que comportaba su cargo y se personó en el Vaticano para felicitar al papa en compañía de su familia y su séquito habitual. Nada más llegar, los condujeron a una antecámara y allí mismo fueron todos arrestados. A partir de ese momento, era seguro para

el duque disponer de sus cautivos. Michelotto en persona se encargó de estrangular al duque de Gravina y a su tío, Paolo Orsini, el insensato que había cometido la candidez de confiar en las dulces palabras del Valentino. El cardenal Orsini quedó preso en el castillo de Sant'Angelo, donde poco después les hizo el favor de pasar a mejor vida. El santo padre y su hijo César tenían motivos para congratularse: habían conseguido destruir el poder de una familia que durante años había sido una espina clavada en la carne de todos los vicarios de Cristo. No les faltaban razones para el regocijo. Se habían librado de sus enemigos personales al tiempo que prestaban un gran servicio a la Iglesia. Con lo cual quedaba demostrado que es perfectamente factible servir a la vez a Dios y al diablo.

32

Cuando el duque llegó a un lugar llamado Città della Pieve, Maquiavelo supo que su sucesor en el cargo estaba a punto de salir de Florencia, una noticia que recibió con alivio. Città della Pieve era una ciudad de cierta relevancia, con castillo y catedral, y esta vez tuvo la suerte de encontrar un alojamiento decente. El duque había optado por permanecer allí una temporada para dar descanso a sus tropas, y Maquiavelo albergaba la esperanza de que el nuevo embajador de Florencia, un hombre llamado Giacomo Salviati, llegara antes de que se diera nueva orden de partir. Los largos viajes a caballo lo habían fatigado y la comida de baja calidad le estaba destrozando el estómago. Había estado durmiendo poco y mal; las diversas posadas en las que se había visto obligado a pernoctar tras cada día de viaje eran desastrosas y no reunían las mínimas condiciones de confort.

Pasados dos o tres días, recibió una visita inesperada. Sucedió una tarde en que se había tumbado un rato en la cama para descansar y aliviar las piernas, aún rígidas y doloridas tras tantos días de viaje. Estaba echado, pero no encontraba sosiego; le rondaban por la cabeza demasiados asuntos. Aun cuando había estado escribiendo a diario a los caballeros de la Señoría, había obviado contarles la parte más sustanciosa de la conversación que mantuvo con el duque en Senigallia. Tenía muy serias dudas sobre la conveniencia de hacerlo. El Valentino le había ofrecido riqueza y poder, era una oportunidad extraordinaria y, teniendo en cuenta que en el Gobierno de la República ya había tocado techo y no podía aspirar a un cargo de más enjundia, quizá los caballeros de la Señoría le creyeran incapaz de resistirse a la propuesta de César Borgia. Eran hombres sin altura de miras; funcionarios mezquinos que desconfiaban de todos y peleaban por nimiedades. De saber la verdad, lo primero que pensarían es que, si el duque le había hecho semejante oferta, sería porque sabía que no sería mal acogida y, en consecuencia, concluirían que algo habría hecho Maquiavelo para alimentar semejantes esperanzas. En suma, aquella proposición se convertiría en una mancha en su historial. Pasaría a ser un hombre en el que no se podía confiar, y pronto encontrarían alguna razón plausible para despedirlo de su cargo. Y serían precisamente estos funcionarios, que, con su actitud y sus decisiones equivocadas, amenazaban la seguridad de Florencia, quienes jamás comprenderían que él, en cambio, pondría siempre los intereses de la República por encima de su beneficio personal. No, no lo entenderían. ¿Cómo iban a entenderlo? Por otra parte, si un día, por azar, la proposición del duque llegaba a oídos de la Señoría, su silencio actual lo condenaría, haciéndole parecer culpable. En conclusión, se hallaba en una situación muy difícil e incómoda. Y fue justo en este punto cuando sus reflexiones se vieron interrumpidas por una voz estentórea que pedía a gritos por *messer* Niccolò Maquiavelo.

—¡Es *messer* Bartolomeo! —exclamó Piero, que estaba sentado frente a la ventana leyendo uno de los libros de su amo.

Maquiavelo se levantó de la cama con indisimulado malhumor.

—¿Qué demonios querrá este ahora?

Un momento después, el grasiento comerciante irrumpió en la habitación. En cuanto vio a Maquiavelo, le echó los brazos al cuello y lo besó en ambas mejillas.

—Ha sido tarea difícil dar con vos. He estado recorriendo la ciudad casa por casa.

Maquiavelo se liberó del abrazo.

—¿Qué os trae por aquí?

Bartolomeo saludó a su joven sobrino con el mismo entusiasmo y luego respondió a la

pregunta:

—El duque me hizo venir por un asunto relacionado con los negocios de Imola. Antes tuve que pasar por Florencia. He viajado con un grupo de criados de vuestro embajador. Él llegará mañana. Ah, Niccolò, mi querido amigo Niccolò, vos me habéis salvado la vida.

Abrazó otra vez a Maquiavelo, y otra vez lo besó en ambas mejillas. Y, una vez más, Maquiavelo se zafó del abrazo como pudo.

—Estoy muy contento de veros, Bartolomeo —empezó a decir con voz tirando a fría.

Pero el comerciante lo interrumpió:

—Un milagro, un milagro. Y os lo debo enteramente. Aurelia está embarazada.

—¿Cómo?

—Dentro de siete meses, mi querido Niccolò, seré padre de un chico revoltoso y lleno de energía. Y será gracias a vos.

Si el curso de los acontecimientos se hubiera dado de otra manera, el comentario habría resultado bastante embarazoso, pero, tal y como habían ido las cosas, lo único que Maquiavelo sintió fue una perplejidad infinita.

—A ver, Bartolomeo, contened vuestras emociones. Haced el favor de explicarme el significado de todo esto —le pidió con voz susceptible—. ¿Qué es lo que me debéis a mí?

—¿Cómo no voy a estar emocionado cuando se va a cumplir mi más preciado anhelo? Ahora puedo encaminarme hacia mi tumba y saber que descansaré en paz. Mis posesiones y título pasarán a manos de quien será carne de mi carne y sangre de mi sangre. Mi hermana Constanza está fuera de sí, loca de rabia.

Y, dicho esto, se puso a reír a grandes carcajadas. Maquiavelo miró a Piero con expresión atónita; aquello no tenía ni pies ni cabeza. También el muchacho parecía tan sorprendido como él.

—Naturalmente que os lo debo a vos. Jamás hubiera ido a Ravena a rezarle toda una noche a san Vital de no haber sido por vuestro consejo. Cierto que fray Timoteo fue el primero en darme la idea, pero no acababa de fiarme de él. Nos había mandado de peregrinaje muchas veces, habíamos ido de capilla en capilla, de un santo a otro, y todo para nada. No me cabe la menor duda de que fray Timoteo es un hombre bueno, y seguro que muy santo, pero con los curas uno debe estar siempre en guardia, no dan puntada sin hilo; a menudo, sus consejos responden a un motivo ulterior. No voy a culparlos por ello, son hijos leales de nuestra santa madre Iglesia. Pero yo me lo hubiera pensado muy mucho antes de ir a Ravena de no ser por la historia de *messer* Giuliano degli Albertelli que vos me contasteis. En vos, Niccolò, sí podía confiar plenamente; sois mi amigo y no tenéis otro interés que el de hacerme feliz. Me dije que, si aquel milagro le había sucedido a uno de los ciudadanos más notables de Florencia, por qué no iba a repetirse con un ciudadano que tampoco es un don nadie en la ciudad de Imola. Y tuve razón, Aurelia concibió la misma noche en que yo volví de Ravena.

La excitación y el largo discurso lo habían hecho transpirar con profusión. Se detuvo un momento para enjuagarse la frente con la manga. Maquiavelo lo contempló con una mezcla de incredulidad, sorpresa y disgusto.

—¿Estáis seguro de que doña Aurelia se halla en estado de buena esperanza? —le preguntó con acritud—. Las mujeres tienden a cometer errores en esta materia.

—Es cierto. Tan seguro como que Dios es uno y trino. De hecho, ya teníamos nuestras sospechas cuando vos abandonasteis Imola. Os lo hubiera querido decir entonces, pero tanto doña Caterina como doña Aurelia me suplicaron que no lo hiciera. No lo anunciemos, alegaron, hasta que estemos bien seguros. Quizá notarais que Aurelia no tenía muy buen aspecto el día en que os llevé a despediros de ella. Después se enfadó mucho conmigo, le disgustó que la vierais tan decaída y poco agraciada; la idea le resultaba insoportable y, además, temía que su mal aspecto levantara vuestras sospechas. Quería mantener el secreto hasta que ya no hubiera ninguna duda al respecto. Intenté razonar con ella, pero ya sabéis lo antojadizas que se vuelven las mujeres cuando están embarazadas.

—No noté nada ni sospeché nada —dijo Maquiavelo—. Pero también es verdad que solo llevo unos cuantos meses de casado; mi experiencia en estos asuntos es muy limitada.

—Mi deseo era que fuerais la primera persona en saberlo, pues, de no ser por vos, yo nunca habría podido ni soñar en convertirme en feliz padre. Ahora, en cambio…

Bartolomeo se aproximó a él con la clara intención de volver a abrazarlo. Maquiavelo dio un paso atrás y se apartó a toda prisa.

—Os felicito de todo corazón, pero, si mi embajador llega mañana, no tengo tiempo que perder. Debo informar al duque de inmediato.

—Os dejo, os dejo. Sin embargo, esta noche vos y Piero cenaréis conmigo. Celebraremos la ocasión a lo grande.

—No veo cómo hacer nada a lo grande aquí —respondió Maquiavelo con mal disimulada irritación—. Apenas si se encuentra algo que comer, y el vino de este lugar es tan infame como el que hemos estado bebiendo durante todo el viaje.

—Ah, yo ya había contado con eso —respondió Bartolomeo, y se echó a reír, frotándose las manos con anticipada alegría—. Me traje vino de Florencia, además de una liebre y un cochinillo. Comeremos y beberemos a la salud de mi primogénito.

Maquiavelo había ya agotado sus reservas de humor y paciencia. No obstante, desde que había salido de Imola no había disfrutado de una comida decente; la idea de poder sentarse frente a una buena mesa era irresistible, aun en compañía de Bartolomeo, y aceptó el convite con tanta amabilidad como le fue posible mostrar.

—Perfecto, os vendré a buscar aquí —dijo Bartolomeo, satisfecho—. Pero antes de irme quiero que me aconsejéis sobre un asunto. Recordaréis que había prometido hacer una donación a la iglesia de fray Timoteo en caso de que doña Aurelia concibiera. He pensado encargar un cuadro para que lo cuelgue en la capilla de nuestra Madona milagrosa. Sí, ya sé que debo mi buena fortuna a san Vital, pero sin duda ella hizo todo cuanto pudo, y tampoco es cosa de ofenderla. En definitiva, he decidido que el cuadro será una escena en la que se verá a nuestra Madona sentada en un lujoso trono y llevando en brazos a su hijo. Doña Aurelia y yo estaremos arrodillados a sus pies, con las manos unidas de esta manera.

Bartolomeo juntó las manos, levantó los ojos hacia el techo y adoptó una expresión devota. Tras la demostración, regresó al mundo terrenal para seguir exponiendo sus ideas.

—Se me ha ocurrido pedir al pintor que coloque a san Vital, en pie, a un lado del trono, y fray Timoteo me ha sugerido que en el otro lado ponga también a san Francisco. Según él, eso tendría mucho sentido, puesto que la capilla de la Madona está en una iglesia dedicada al santo de Asís. Y ahora, decidme, ¿qué os parece la idea?

—Muy acertada —respondió Maquiavelo.

—Gracias. Y aún os molestaré con otra petición. Vos, como florentino, debéis saber de arte y artistas. ¿A qué pintor podría hacer el encargo?

—No sabría qué deciros. Los pintores son gente muy poco fiable y de vida disipada. Nunca he tenido trato con ellos.

—No seré yo quien os lo reproche, pero seguramente podríais sugerirme algún nombre.

Maquiavelo se encogió de hombros.

—El verano pasado, estando en Urbino, me hablaron bien de un joven artista, un discípulo de Perugino. Aseguraban que iba a llegar muy lejos y que ya había superado a su maestro.

—¿Cómo se llama?

—No tengo la menor idea. Me lo dijeron, pero, al no tener interés por el asunto, el nombre me entró por un oído y me salió por el otro. De todos modos, puedo averiguarlo sin problema, y no creo que sea un artista demasiado caro.

—El dinero no será impedimento alguno —protestó Bartolomeo haciendo un gesto ampuloso con el brazo—. Soy un hombre de negocios y sé bien que, cuando uno desea lo mejor, debe estar dispuesto a pagar por ello. Ahora mismo, yo busco lo mejor que haya en existencia. Quiero a alguien de renombre, y pagaré lo que tenga que pagar.

—Entendido. En cuanto regrese a Florencia, haré las averiguaciones necesarias— le respondió Maquiavelo con un deje de impaciencia.

Por fin se fue. Maquiavelo se sentó en el borde de la cama y miró a Piero con expresión absolutamente estupefacta.

—¿Has oído alguna vez algo semejante? —le dijo al muchacho—. El hombre es estéril.

—Está claro que es un milagro —respondió Piero.

—No digas tonterías. Se nos obliga a creer que los milagros existen. La santa madre Iglesia los aprueba por ser obra de Dios Nuestro Señor y de sus apóstoles, y también acepta la autenticidad de algunos milagros obra de los santos. Pero el tiempo de los milagros ya pasó y, aunque no hubiera pasado, ¿por qué, en nombre del cielo, san Vital iba a tomarse la molestia de hacerle semejante favor a un idiota gordo y grasiento como Bartolomeo?

Acababa de pronunciar estas palabras cuando recordó su última conversación con fray Timoteo. A decir del monje, si Bartolomeo había acudido al santo con fe ciega y absoluta convicción, bien podía ser que este se hubiera dignado a escucharlo, haciendo realidad los poderes ficticios que Maquiavelo le había atribuido. ¿Sería posible? En su momento, había pensado que aquello era un argumento falaz del monje, una mera excusa para no ayudarlo. Era un hipócrita y buscaba sacarle más dinero.

Piero abrió la boca para decir algo, pero lo acalló:

—No hables. Ahora mismo necesito pensar.

Maquiavelo jamás se hubiera definido a sí mismo como un buen católico. Muchas veces, incluso se había recreado pensando en cuán agradable sería que los dioses del Olimpo volvieran a su antiguo hogar. El cristianismo mostraba la verdad y el camino hacia la salvación, cierto, pero, a cambio, exigía soportar el sufrimiento en lugar de pasar a la acción. Y esta enseñanza había hecho del mundo un lugar habitado por hombres débiles, presa fácil de toda clase de carroñeros. La humanidad aspiraba al paraíso y, para no condenarse, antes prefería presentar la otra mejilla que defenderse de los malvados. El cristianismo proclamaba que el mayor bien consiste en practicar la humildad, rechazar las ambiciones y, en general, desprenderse de los bienes mundanos. La religión de los antiguos, en cambio, ensalzaba la grandeza de espíritu, el coraje y la fortaleza.

Lo sucedido era inaudito y lo había alterado. Su razón se rebelaba, diciéndole que aquello no era posible, y, sin embargo, una voz íntima e incómoda le susurraba que quizá sí fuera verdad, que existía la posibilidad de una intervención sobrenatural. Estaba dividido; su inteligencia se negaba a aceptarlo, pero en su carne, en su sangre y, en definitiva, en su ser más primitivo quedaba la sombra de una duda de la que no conseguía librarse. Era como si todas las generaciones de creyentes ciegos que lo habían precedido se hubieran apoderado de su alma y trataran ahora de forzarlo, imponiéndose a su razón.

—También mi abuelo padecía dolor de estómago —murmuró de súbito.

Piero no supo a qué venía aquello y lo miró con expresión vacía. Maquiavelo suspiró.

—Los hombres se han ido volviendo cada vez más flojos y complacientes. Y quizá por eso, porque son tan indignos y faltos de sustancia, han acabado por interpretar la religión de acuerdo con lo que conviene a su carácter perezoso. Ahora prefieren olvidar que la religión también predica amar y honrar a nuestra tierra nativa, y estar preparados por si llega el momento en que debemos defenderla.

Se interrumpió y, viendo la expresión atónita de Piero, se echó a reír.

—No me hagas caso, muchacho. Hablo sin ton ni son. Voy a prepararme para ir a ver al duque. Le anunciaré que mañana llega el nuevo embajador. Y, sea lo que fuera, al menos esta noche podremos disfrutar de una buena cena a costa de ese tonto.

33

Se cumplieron las previsiones para la cena. Era la primera comida decente que hacía Maquiavelo desde que abandonara Imola y, además, Bartolomeo había traído un buen *chianti*. El buen vino y la satisfacción le soltaron la lengua y lo volvieron expansivo. Contó historietas picantes e hizo chistes subidos de color, y se mostró elegantemente cínico, también lascivo y hasta algo grosero. Bartolomeo lo pasó en grande; en algún momento, sus carcajadas fueron tan violentas que tuvo que sostenerse los costados para no reventar de risa. Los tres hombres se emborracharon un poco.

Los acontecimientos de Senigallia habían causado un gran revuelo en Italia, y, de la noche a la mañana, brotaron multitud de ciudadanos, la mayoría muy imaginativos, dispuestos a dar sus propias versiones de la historia. Bartolomeo tenía muchas ganas de saber lo ocurrido por boca de alguien que, como Maquiavelo, había sido testigo directo. Y él, que para entonces ya estaba agradablemente ablandado por la cena y el vino, aceptó complacerlo. Había tenido que narrar los hechos por escrito, al menos en tres o cuatro ocasiones distintas, en cartas que había enviado a la Señoría. La repetición se debía a que los acontecimientos eran de gran relevancia, por supuesto, pero también a que Maquiavelo sabía que al menos una de las cartas no había llegado a su destino. En aquellas páginas, explicaba los diversos hechos acaecidos, además de las informaciones y detalles que había ido recabando, hablando con unos y otros; muy en especial, con quienes eran cercanos al Valentino. De este modo, había conseguido llegar al fondo del asunto; ahora comprendía algunas cosas que, en su momento, le habían resultado confusas e inexplicables.

De todo ello hizo uso en esta ocasión, y la historia que narró fue trepidante.

—Cuando Vitellozzo abandonó la Città del Castello para dirigirse a Senigallia, se despidió de familia y amigos como si adivinara que los estaba viendo por última vez. Pidió a los amigos que cuidaran de su casa y su fortuna, y aleccionó a sus sobrinos diciéndoles que no debían olvidar las virtudes de sus ancestros.

—Pues, si el hombre conocía el peligro al que se dirigía —alegó Bartolomeo—, ¿por qué se fue de la ciudad, renunciando a la protección que le aseguraba su recinto amurallado?

—¿Acaso un hombre puede escapar al destino que le aguarda? Nos consideramos capaces de doblegar la voluntad de nuestros semejantes a nuestro antojo, creemos poder modelar los acontecimientos de acuerdo con nuestros propósitos. Nos inquietamos, peleamos y nos esforzamos hasta la extenuación, pero, en última instancia, tan solo somos juguetes en manos de la fortuna. Cuando los capitanes cayeron en su trampa y Paolo Orsini se lamentó de la perfidia del duque, Vitellozzo le hizo un solo reproche. «Ved cuán equivocado estabais», le dijo; «es vuestra insensatez la que nos ha colocado, a vuestros amigos y a mí, en esta situación».

—Vitellozzo era un canalla y merecía morir —dijo Bartolomeo—. Una vez le vendí unos caballos y nunca me los pagó. Cuando le reclamé el dinero, me dijo que fuera en persona a Città del Castello para recogerlo. La verdad, preferí darlo por perdido.

—Obrasteis muy sabiamente.

Maquiavelo se preguntaba qué habría pasado por la cabeza de aquel hombre cansado, viejo y enfermo, pero implacable, durante el intervalo que medió entre su arresto y la hora de su muerte, cuando, atado a una silla, su espalda contra la de Oliverotto, las manos crueles de Michelotto le arrancaron la vida. Quien no conociera bien a este último se llamaría fácilmente a engaño con respecto a su personalidad. Lo cierto es que era un tipo de trato social agradable, y buena

compañía con la que compartir una botella de vino y bromear. Solía interpretar exóticas melodías españolas con la guitarra y cantar canciones salvajes y melancólicas de su país natal. Viéndolo en estos momentos de solaz, se hacía muy difícil creer que en realidad fuera un asesino brutal que gozaba matando a los enemigos con sus propias manos. La mera imagen resultaba siniestra y desasosegante, mas luego Maquiavelo recordó que Michelotto estaba a las órdenes del duque y dejó escapar una sonrisa. Cualquier día de estos, el Valentino decidiría que aquel matarife ya no le resultaba de utilidad, y entonces lo haría ejecutar sin el menor remordimiento. Michelotto correría la misma suerte que Ramiro de Lorca, el lugarteniente más leal y eficiente de César Borgia.

—Un hombre extraño —murmuró para sí—, quizás un gran hombre.

—¿A quién os referís? —preguntó Bartolomeo.

—Al duque, por supuesto. ¿De quién más podía estar hablando? Ha conseguido librarse de sus enemigos haciendo gala de una duplicidad magnífica. Su estrategia ha sido tan perfecta que quien haya sido testigo directo de ella no puede por menos que sentir admiración. Se habla mucho de los artistas, la gente se asombra ante sus cuadros, y ellos mismos no cesan de elogiarse, alardeando de saber crear magníficas obras de arte con sus pinceles y su paleta de colores. Pero yo digo: ¿qué son sus lienzos comparados con la obra maestra de quien utiliza hombres vivos en vez de paletas de colores y su astucia e ingenio en vez de pinceles? César Borgia es un hombre impetuoso y propenso a la acción; yo jamás hubiera creído que tendría la paciencia necesaria para llevar a cabo una estrategia tan bellamente concebida, y encima con éxito. Mantuvo en vilo a los capitanes rebeldes durante cuatro meses. Mientras ellos trataban en vano de adivinar sus intenciones, se dedicó a nutrir sus miedos y a espolear los celos y envidias que sentían los unos por los otros. Los confundió con sus falsas promesas y los burló con sus propias astucias. Sembró la disensión entre ellos con una habilidad extraordinaria, hasta conseguir que Bentivogli y Baglioni, los señores de Bolonia y Perugia, rompieran su alianza con ellos. Ya sabéis que aquella deserción le ha servido de bien poco a Baglioni y, desde luego, pronto le llegará el turno a Bentivogli. El duque modeló su actitud con los insurgentes adaptándola conforme a lo que convenía en cada momento; tan pronto se mostró cordial y comprensivo como severo y amenazador, hasta que por fin todos cayeron en la trampa que les había tendido. Su estrategia fue una obra maestra del engaño y merece pasar a la posteridad por la diáfana claridad de su diseño y su perfecta ejecución.

Bartolomeo era un hombre locuaz y abrió la boca para opinar, pero Maquiavelo aún no había terminado su discurso.

—César Borgia ha liberado a Italia de esos mezquinos tiranos que la corrompían. Está por ver lo que sucederá a partir de ahora. No es el primer hombre elegido por Dios para redimir a Italia; ha habido otros antes que él, pero todos fracasaron y acabaron por hundirse arrastrados por el curso de los acontecimientos.

Tras estas palabras, se levantó de la silla sin más contemplaciones. Estaba harto de la pequeña reunión y ya no tenía humor para escuchar las vulgaridades de Bartolomeo. Le agradeció el convite y luego, escoltado por su leal Piero, emprendió el regreso a su posada.

34

Al día siguiente, Bartolomeo concluyó sus negocios y abandonó la ciudad en dirección a Perugia, primera etapa de camino a su casa. Aquel mismo día, Maquiavelo salió al encuentro de Giacomo Salviati, el nuevo embajador de Florencia. Lo acompañaron Piero, sus dos sirvientes y algunos funcionarios del duque. Todos ellos lo escoltaron hasta su posada, donde cambió su ropa de viaje por un atuendo adecuado a su nueva posición. Luego Maquiavelo lo acompañó al castillo para que presentara sus credenciales al duque. Tenía muchas ganas de volver a Florencia, pero no podía irse hasta adiestrar a su sucesor. Debía mostrarle quiénes le iban a ser necesarios en el ejercicio de su oficio y, dado que en la corte del duque no se hacía nada de forma desinteresada, también explicarle qué favores podía pedir a cada persona y cuánto se esperaba que pagara por ellos. Debía decirle qué funcionarios eran de fiar y cuáles debía evitar y, en general, hacerle saber su valoración de todos cuantos iba a verse obligado a tratar. Su sucesor había leído todos los informes que él había escrito a la Señoría, pero en ellos había omitido algunos hechos y opiniones porque existía el riesgo de que las cartas fueran interceptadas. Ahora tuvo que pasar largas horas narrando de viva voz multitud de detalles y hechos que el nuevo embajador tenía que saber.

Así las cosas, pasaron aún seis días antes de que pudiera pensar en partir hacia Florencia. Iba a ser un viaje largo y arduo. Los caminos eran inseguros y convenía hacer los trayectos a la luz del día, por lo que decidió ponerse en marcha a primera hora de la mañana. El día previsto, saltó de la cama al romper el alba y se vistió sin tardanza. La noche anterior ya había empacado sus pertenencias, y los sirvientes se encargaron de bajar las alforjas. Un poco más tarde, la posadera subió a su habitación para decirle que todo estaba preparado, y ya podían partir.

—¿Está Piero con los caballos? —inquirió Maquiavelo.

—No, *messere*.

—¿Dónde está?

—Salió.

—¿Cómo que salió? ¿Y dónde ha ido a estas horas? Maldito chico, ¿es que no sabe lo poco que me agrada estar esperando? Manda a uno de los sirvientes en su busca, que lo traigan aquí de inmediato.

La mujer se apresuró a salir para cumplir con el encargo. Apenas le dio tiempo a cerrar la puerta tras ella cuando esta se abrió de nuevo y apareció Piero.

Maquiavelo se lo quedó mirando con asombro. El chico se había desprendido de sus raídas ropas de viaje y ahora vestía el flamante uniforme rojo y azul de los soldados del duque. Le devolvió la mirada con una expresión algo traviesa, pero también un tanto vacilante.

—He venido a deciros adiós, *messer* Niccolò. Me he alistado en el ejército del duque.

—Ya me supuse que no te habías ataviado con semejante disfraz solo para divertirte.

—No os enojéis conmigo, *messere*. Durante los tres meses que he estado a vuestro servicio, he podido ver algo de mundo. He sido testigo de grandes acontecimientos y he tratado con hombres implicados en ellos. Ahora soy joven y fuerte, tengo salud, no me veo regresando a Florencia para pasar el resto de mi vida con una plumilla en la mano en la Segunda Cancillería. No he nacido para esto. Yo quiero vivir la vida.

Maquiavelo lo miró pensativamente. En aquella línea delgada y afilada que era su boca asomó la insinuación de una sonrisa.

—Nunca me hablaste de que tenías esta idea en mente.

—Tuve miedo de que me impidierais alistarme.

—Tanto como eso, no. Pero hubiera considerado mi deber hacerte notar que la vida del soldado es dura y peligrosa, y encima está muy mal pagada. Él es quien asume los riesgos mientras su comandante se queda con toda la gloria. El soldado pasa hambre y siente sed, y está siempre expuesto al rigor de los elementos. Si el enemigo lo captura, le quita hasta los calzones, y cuando tiene la mala suerte de caer herido, lo abandonan para que muera en el mismo lugar donde se derrumbó. Si por casualidad consigue recuperarse pero no se lo considera apto para seguir combatiendo, no tendrá más opción que la de dedicarse a mendigar un mendrugo por las calles. La vida del soldado transcurre en compañía de hombres embrutecidos, groseros y licenciosos que echan a perder sus valores morales y ponen en peligro la salud de su alma. Asimismo, hubiera considerado deber mío señalarte que trabajando para la Cancillería de la República, comportándote con astucia y mostrando la debida sumisión a los caprichos de tus superiores tendrías un cargo respetable y seguro que te permitiría ganar un salario suficiente, pero solo suficiente, para mantener cuerpo y alma juntos. Y también te diría que, tras años de servicio leal y entregado, si fueras hábil, ligeramente inescrupuloso y muy afortunado, podrías ser ascendido de cargo, siempre y cuando ningún cuñado o sobrino político de un influyente anduviera necesitado de trabajo en ese preciso momento. Y, tras advertirte de todo esto, hubiera considerado mi deber cumplido, y no hubiera dado un solo paso más para impedirte hacer lo que quieres.

Piero se echó a reír de puro alivio. Sentía afecto por Maquiavelo y lo admiraba mucho, pero también lo temía un poco.

—Entonces, ¿no os ofende mi decisión?

—Por supuesto que no, querido muchacho. Me has servido bien, has sido honesto, leal y activo. La buena fortuna favorece al duque y no puedo reprocharte que te subas a su carro.

—En ese caso, quizá podríais hablar en mi favor, explicárselo a mi madre y a mi tío Biagio.

—A tu madre se le romperá el corazón. Pensará que yo te he llevado por mal camino y dirá que todo es culpa mía. Pero Biagio es un hombre sensato y hará todo lo posible por consolarla. Y ahora, querido muchacho, vamos a despedirnos, pues tengo que partir ya.

Maquiavelo abrazó al muchacho para darle un par de besos en las mejillas. Fue entonces cuando reparó en la camisa que asomaba por encima de su chaleco. Tiró un poco del cuello y vio que estaba adornado con un precioso bordado.

—¿De dónde has sacado esta camisa? —le preguntó.

Piero se ruborizó hasta las orejas.

—Me la dio Nina.

—¿Nina?

—La criada de doña Aurelia.

Maquiavelo reconoció el refinado lino que Bartolomeo había enviado desde Florencia y estudió el diseño del bordado con el ceño fruncido. Luego observó a Piero con atención. El muchacho estaba turbado, tenía la frente perlada de sudor.

—A doña Aurelia le sobró un poco de aquella tela que les envió *messer* Bartolomeo y se la regaló a Nina para que la usara ella.

—Ah, ¿y fue la propia Nina quien cosió este bordado tan bonito?

—Sí.

—¿Cuántas camisas te dio?

—Solo dos. La tela no le alcanzaba para hacer más.

—Bien. Dos te serán muy útiles. Podrás usar una mientras se lava la otra. Eres un joven muy afortunado. Las mujeres con las que yo me acuesto no me hacen regalos; más bien, esperan que sea yo quien se los haga a ellas.

—Solo me acosté con ella para contentaros, *messer* Niccolò —se apresuró a puntualizar Piero, con una sonrisa inocente—. Vos me pedisteis que la sedujera.

Maquiavelo se dijo que el muchacho mentía con mucha torpeza. Ni en sueños se le hubiera

ocurrido a Aurelia regalar un solo metro de aquel costoso lino a su criada, y tampoco la criada hubiera sabido hacer un trabajo de aguja tan complejo. La propia doña Caterina lo había comentado la primera vez que se vieron: la única mujer de la casa capaz de bordar un dibujo tan delicado era su hija. Y de todo ello se deducía que había sido la misma Aurelia quien había regalado las camisas a Piero. ¿Y por qué iba a hacer ella semejante cosa? Desde luego, no porque el muchacho fuera primo tercero de su marido. La verdad, la amarga verdad, saltaba a la vista. La noche de marras, mientras él se reconcomía de ansiedad en las dependencias del duque, Piero se había encargado de sustituirlo en el lecho de Aurelia. No se había acostado con Nina, la criada, sino con su ama. Y quien había hecho concebir a la mujer de Bartolomeo no había sido san Vital con sus milagros, sino la muy natural intervención de aquel muchacho que ahora estaba en pie frente a él. De ahí las ridículas excusas de doña Caterina tratando de justificar su negativa a concertarle otra cita con Aurelia, y de ahí también el rechazo de Aurelia a cualquier posterior contacto o comunicación con él. A Maquiavelo lo invadió una cólera fría. Se habían burlado de él, y de qué manera. Aquellas dos mujeres de apariencia desvalida y el muchacho inexperto al que había acogido bajo sus alas lo habían hecho quedar como un tonto de capirote. Dio un paso atrás para poder contemplar mejor a Piero.

Maquiavelo nunca había concedido demasiado valor a la belleza masculina. Quizá porque él no la tenía, siempre había creído que para conquistar a una mujer las mejores armas eran las buenas maneras, una conversación entretenida y, sobre todo, mucha audacia y aplomo en el asalto. Piero le había parecido un muchacho agradable desde el primer día, pero, más allá de esta observación general, la verdad es que no se había tomado la molestia de estudiar su apariencia en detalle. Lo hizo ahora, y lo que vio le causó una considerable irritación. El muchacho era alto y apuesto. El uniforme del duque no hacía más que realzar su figura. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha y las piernas rectas y bien torneadas. Su pelo era rizado y de color castaño y le cubría la cabeza como un bello casquete hecho a medida. Los ojos eran grandes, también de color oscuro, las cejas, perfectamente delineadas. La piel, de tono oliváceo, poseía una textura tan suave y brillante como la de una muchacha. La nariz era pequeña y recta; la boca, carnosa y sensual; las orejas, menudas, bien formadas y pegadas al cráneo.

«Sí —se dijo Maquiavelo—, la clase de belleza susceptible de atraer a una mujer estúpida». No se había dado cuenta de ello; de haberlo hecho, hubiera estado en guardia.

Se maldijo por su propia estupidez. Pero ¿cómo iba a sospechar que Aurelia pudiera fijarse en Piero, por mucho que fuera el primo de su marido? No era más que un muchacho recién salido de la escuela, y Maquiavelo lo había utilizado como a un recadero, llevando regalos de un lado para otro y yendo de aquí para allá según él le ordenara. Y, si lo había tratado con una indulgencia de la que ahora se arrepentía, era más por ser el sobrino de su amigo Biagio que por su talento. Sin ser estúpido, el chico carecía de esos encantos que se adquieren en el trato con el gran mundo. No tenía gran cosa que decir ni opinar, y, cuando se hallaba en presencia de sus mayores, pasaba la mayor parte del tiempo callado. Maquiavelo, en cambio, era un hombre de experiencia. Sabía que gustaba a las mujeres y estaba convencido de que muy pocos podían enseñarle algo nuevo sobre el arte y ciencia de la galantería. Si se proponía agradar, lo conseguía; hasta el momento, todas las mujeres a las que había deseado se habían rendido a su atractivo. Piero no era más que un muchacho imberbe y, sin embargo, lo había derrotado. Maquiavelo no daba crédito. ¿Quién hubiera pensado que Aurelia posaría sus bellos ojos en semejante jovencito cuando tenía rendido a sus pies a un hombre distinguido, de conversación agradable y sabiduría mundana? Era absurdo.

Piero soportó el largo escrutinio de su mentor sin perder la compostura. Ya se había recuperado del primer sobresalto sufrido; permaneció sereno aun cuando sus maneras y expresión denotaban cautela. Seguía vigilante.

—He sido muy afortunado. El paje del conde Ludovico Alvisi tuvo que irse a Roma porque cayó enfermo durante el viaje a Senigallia. El conde me ha tomado a mí en su lugar.

Anunció la buena nueva con voz calmada, casi indiferente, como si tener buena suerte le

pareciera consecuencia natural de sus méritos. La noticia sorprendió a Maquiavelo; el conde era uno de los íntimos del Valentino, un noble romano que había entrado a su servicio como lancero.

—¿Cómo te las has arreglado para hacerte con semejante puesto?

—*Messer* Bartolomeo habló con el tesorero del duque y me consiguió el cargo.

Maquiavelo enarcó ligeramente las cejas. Vaya con el muchacho. No contento con haber seducido a la esposa, había utilizado al marido engañado para conseguir un cargo estupendo al lado de uno de los oficiales de confianza del duque. De no ser por su desdichada implicación en el caso, Maquiavelo habría pensado que la situación tenía una comicidad difícil de resistir.

—La fortuna favorece a los audaces —le dijo—, y tú llegarás muy lejos. Pero permíteme que te dé unos consejos antes de despedirnos. No sigas mi ejemplo, guárdate mucho de ganarte reputación de perspicaz e ingenioso; por experiencia propia, te puedo asegurar que, una vez catalogado como tal, ya nadie creerá en tu sensatez. Limítate a estudiar las costumbres y los humores de los hombres, y adáptate a ellos. Ríete con ellos cuando los veas contentos y pon cara seria cuando los veas graves y solemnes. Es absurdo comportarse sabiamente cuando uno se halla entre bobos; también lo es comportarse de modo estúpido cuando uno se halla entre sabios. Háblale a cada uno según su propio lenguaje. Ejerce la cortesía, eso cuesta muy poco y, en cambio, ayuda mucho. Ser un hombre que ayuda resulta muy útil; conseguir que los otros comprendan que tu ayuda les es valiosa resulta doblemente útil. No tiene sentido que estés satisfecho de ti mismo si los demás no lo están de ti. Y recuerda que siempre los complacerás más cultivando sus vicios que alentándolos a que practiquen la virtud. Preserva tu intimidad y no la entregues en exceso a ningún amigo; las circunstancias de la vida pueden convertirlo en tu enemigo, y entonces estaría en posición de hacerte daño. Pero tampoco maltrates a tu enemigo, quizá algún día te convendrá que vuelva a ser tu amigo. Cuida mucho tus palabras. Siempre hay tiempo para pronunciar una palabra, pero jamás lo hay para retirarla una vez ha sido pronunciada. La verdad es el arma más peligrosa que puede enarbolar un hombre, y, por tanto, debemos utilizarla con precaución. Durante muchos años, me he callado lo que creía y casi nunca he creído en lo que decía. Y, si se da la circunstancia de que alguna vez debo decir la verdad, entonces la oculto entre tal cantidad de mentiras que resulta difícil saber dónde encontrarla.

El discurso fluía sin interrupción, encadenando lugares comunes y viejas admoniciones, pero quien lo pronunciaba ni siquiera se escuchaba a sí mismo. Maquiavelo tenía la cabeza ocupada en reflexiones mucho más importantes. Él sabía que un hombre público puede ser corrupto, incompetente, cruel, vengativo, inseguro, egoísta e interesado, débil y estúpido, y, aun con todo, alcanzar los cargos y honores más altos en un Estado. Y, sin embargo, si este mismo hombre, al que se le perdonan todos sus defectos, hiciera el ridículo, entonces estaría liquidado. Las calumnias son refutables, las ofensas se pueden despreciar e ignorar, pero contra el ridículo no hay modo de defenderse. Por extraño que parezca, Dios carece de sentido del humor, y el diablo se sirve de la burla como instrumento para obstaculizar el camino del hombre que aspira a alcanzar cierta perfección. Maquiavelo valoraba mucho la estima que le profesaban sus conciudadanos y el respeto con que los dirigentes de la República escuchaban sus opiniones. Tenía ambiciones y confianza en su propio criterio; esperaba que la Señoría lo empleara para gestionar asuntos de importancia. Era demasiado lúcido como para no darse cuenta de que en la abortada seducción de Aurelia él había representado la parte del personaje cómico. Si la historia empezaba a correr por Florencia, se convertiría en el hazmerreír de la ciudad y pronto sería víctima de toda clase de bromas salvajes. La idea le provocó un estremecimiento de horror. Los florentinos eran maliciosos y poseían un gran ingenio. Si la historia se contara en Florencia, se convertiría en el hazmerreír, les inspiraría innumerables chirigotas, pasquines y epigramas. Incluso el propio Biagio, que tan a menudo había sido objeto de sus bromas, acogería con alegría la oportunidad de saldar viejas cuentas con él. Debía conseguir que Piero callara, y a toda costa; de otro modo, aquello sería su ruina.

Adoptó una expresión afable y se acercó a él. Le puso una mano en el hombro. Su boca

sonreía, pero sus ojos, fijos en los del muchacho, eran dos rendijas duras y frías.

—Y ahora, mi querido muchacho, ya no me resta más que decirte una última cosa. La fortuna es inconstante y cambia cuando menos te lo esperas. Hoy es dadivosa, te bendice con honores, poder, riqueza; pero, si mañana cambian las tornas, te afligirá con miseria, servidumbre, infamia. Nadie escapa a la fortuna, el mismo duque es su juguete, y puede que una vuelta de su rueda acabe por llevarlo a su destrucción. Si esto sucede, vas a necesitar amigos en Florencia. Sería muy poco prudente que ahora te ganaras la enemistad de quienes pueden ayudarte en momentos de apuro. La República no simpatiza con quienes la abandonan para entrar al servicio de gobiernos que ella considera poco fiables. Unas cuantas palabras susurradas en el oído apropiado podrían traer consigo la confiscación de tus propiedades familiares, y entonces tu pobre madre, expulsada de su casa, se vería obligada a pedir caridad a familiares poco dispuestos a acogerla. La República tiene un brazo muy largo; si algún día lo creyera conveniente, le sería muy fácil encontrar a un gascón necesitado de dinero que se prestara a clavarte un puñal por la espalda a cambio de unos pocos ducados. O también podría suceder que el duque recibiera una carta en la que se te acusara de ser un espía de Florencia. En el potro de tortura, te verías obligado a confesar que la acusación es cierta y acabarías colgado de la horca como un ladrón vulgar. Estoy seguro de que esto último le dolería mucho a tu madre. Así que, por tu propio bien, y si valoras en algo tu vida, te recomiendo que seas discreto y guardes a buen recaudo tus secretos. Los hombres sabios no andan por ahí contando todo lo que saben.

Maquiavelo miró el fondo de aquellos ojos castaños, grandes y brillantes, y en ellos leyó que Piero lo había comprendido perfectamente.

—No tema usted, *messere*. Seré mudo como una tumba.

Maquiavelo se rio con ligereza.

—Siempre supe que no tenías un pelo de tonto.

Apenas le quedaba dinero para llegar hasta Florencia con cierto desahogo, pero en aquel momento correspondía ser generoso, aun incurriendo en algún exceso. Cogió su bolsa y le dio cinco ducados al chico, su regalo de despedida.

—Me has servido con lealtad —le dijo—, y tendré sumo placer en explicarle a tu tío Biagio lo bien que te has portado y el celo que has mostrado a la hora de defender mis intereses y los de la República.

Diciendo esto, lo besó cariñosamente en ambas mejillas, y descendieron las escaleras cogidos de la mano. Piero sostuvo la cabeza de su caballo mientras él montaba. Luego caminó a su lado hasta que llegaron a las puertas de la ciudad. Allí se separaron y cada uno siguió su camino.

35

Maquiavelo espoleó a su caballo y partió a trote ligero con sus dos criados siguiéndolo de cerca. Estaba de un humor de perros. Era innegable que le habían tomado el pelo de mala manera. Todos ellos, fray Timoteo, Aurelia y su madre, Piero. No sabía con quién estar más enfadado y, lo peor, no tenía manera de ajustar las cuentas con nadie. Se lo habían pasado en grande riéndose a costa suya, pero no podía vengarse ni hacerles pagar por la ofensa. Obviamente, Aurelia era una estúpida; taimada, sí, igual que lo eran todas las mujeres; aun así, una estúpida. Había que serlo para preferir a un mozo imberbe, por lindo que fuera, a un hombre hecho y derecho, un diplomático distinguido al que su Gobierno había encargado una misión de relevancia. Cualquier persona inteligente se daría cuenta de que la comparación era disparatada y que él, Maquiavelo, tenía muchísimas más cualidades que aquel don nadie. Jamás había sido considerado como un hombre de presencia repulsiva. Marietta, su mujer, no se cansaba de decirle cuánto le agradaba su pelo, y el modo en que le crecía, ajustado al cráneo como si fuera un casquete de terciopelo negro. Gracias a Dios que tenía a Marietta; al menos, ella sí era una mujer fiable cien por cien. Podía dejarla sola medio año y estar bien seguro de que jamás miraría a otro hombre que no fuera él. Es verdad que últimamente se había vuelto algo quisquillosa y pesada. Se quejaba de su ausencia, y se lamentaba de que no le escribía con suficiente regularidad, de que no le había dejado suficiente dinero. Pero estaba embarazada y había que ser indulgente; ya se sabe cómo se ponen las mujeres en semejante estado. Había estado fuera de casa tres meses y medio, durante los que ella habría engordado considerablemente. Se preguntó cuándo daría a luz. Tenían ya decidido que el niño se llamaría Bernardo, como su propio padre, en paz descanse. Bien pensado, continuó diciéndose Maquiavelo, si Marietta protestaba por tan larga separación, era porque lo quería mucho. Pobre criatura, sería agradable volver a su lado. Contar con una mujer legítima era muy ventajoso; uno siempre la encontraba disponible en caso de necesidad. Claro que Marietta estaba muy lejos de ser una belleza como Aurelia. Sin embargo, era virtuosa, cosa que no se podía decir de la hija de doña Caterina. Ojalá le hubiera comprado un regalo, pero la verdad es que en su momento ni se le había pasado por la cabeza la idea y ahora, cuando le habría gustado hacerlo, ya no tenía dinero, tan simple como eso.

Deseó no haber gastado tanto en Aurelia. Aquel chal, luego los guantes y el aceite de rosas y la cadena de oro. Bueno, no era de oro sino de plata, pero aun así… Y pensar que se la había dado a doña Caterina. El recuerdo lo sulfuró; si aquella celestina hubiera tenido un resto de decencia, se la habría devuelto. Ahora le hubiera venido bien, se la habría llevado a Marietta como regalo, seguro de que la haría feliz. Pensamientos ociosos. ¿Acaso había alguna mujer que devolviera un regalo? No, ninguna.

Vieja alcahueta, y encima deshonesta, eso es lo que era doña Caterina. Aceptó la cadena muy a sabiendas de que él se la daba como pago anticipado, a cambio de que ella le organizara el encuentro con su hija. Cuando este encuentro se frustró, lo menos que se podía esperar era que el pago le fuera reintegrado. Nada de eso, menuda zorra. Claro que el descubrimiento no había supuesto una sorpresa. Adivinó de qué clase de mujer se trataba desde el primer día; al instante comprendió que a la vieja le agradaba revolcarse en el fango. Se complacía ayudando a que otros gozaran de las indecencias que ella ya no se podía permitir. Estaba convencido de que ella misma había conducido a Piero y a Aurelia hasta la cama. Ah, sí. Se habría reído con ganas tragando los capones y las golosinas que les había mandado con Piero y bebiendo su vino en tanto él aguardaba en la puerta, calado hasta los huesos. Y Bartolomeo creyó que semejante mujer sería

guardiana de la fidelidad de su esposa. Menuda insensatez. Bartolomeo era un idiota.

Maquiavelo se detuvo un momento a pensar en aquel hombre grasiento y bobo. Él era el mayor culpable de todo lo sucedido. Bien pensado, el único culpable.

—Si la hubiera vigilado como Dios manda —murmuró para sí—, yo no hubiera ni soñado con seducirla. No se me hubiera ocurrido intentarlo.

Concluyó que toda la culpa recaía en Bartolomeo. No obstante, era innegable que también él había sido un tonto de capirote. Mira que enviarle a Aurelia aquel chal tan valioso para hacerse perdonar que no había acudido a la cita. Y, encima, mandárselo con Piero aquella misma mañana, para que ella pudiera recibir el presente antes de la llegada de su marido. ¡Y precisamente el día en que él se hallaba en cama, enfermo, afónico y casi moribundo! Cómo se habrían burlado de su desgracia, y, para colmo, les habría proporcionado una nueva oportunidad para estar juntos y solazarse… Menudo par.

Siguió dándole vueltas al asunto y consiguió exasperarse aún más al rememorar sus tratos con Aurelia. No solo la había cubierto de regalos, sino que le había dado lo mejor de sí mismo: le había narrado sus mejores historias y cantado sus canciones más bellas para divertirla y halagarla. En definitiva, había hecho todo lo que un hombre podía buenamente hacer para ganarse los favores de una mujer. Y tanto esfuerzo, ¿para qué? Para que luego llegara un maldito advenedizo de dieciocho primaveras y consiguiera, gratis, por su cara bonita, aquello por lo que él había estado luchando durante un mes con un considerable gasto de tiempo, energía y, desde luego, de un dinero que no tenía. Pese al enfado, sentía curiosidad; le hubiera gustado saber cómo se las arregló Piero para plantear el asunto. Aunque quizá había sido la propia doña Caterina, temerosa de que Bartolomeo adoptara a sus sobrinos, quien había alentado, incluso espoleado, sus avances. Se entretuvo en imaginar cómo habría sido la conversación.

—Y bien —le habría dicho la vieja alcahueta a su hija—, ¿qué vamos a hacer ahora? No podemos estar toda la noche esperándolo. Y, por otra parte, parece una lástima desperdiciar semejante oportunidad. Mira, hija, si yo estuviera en tu lugar no lo dudaría un instante. Piero es muy agraciado, tiene una expresión dulce y cariñosa, y un pelo rizado precioso. No sé si te has dado cuenta, pero es igualito al Adonis que hay en ese cuadro del Ayuntamiento. La verdad, si a mí me dieran a elegir entre él y *messer* Niccolò, con esa piel de color enfermizo que tiene, la nariz larga y esos ojillos como cuentas… La verdad, hija querida, es que no hay punto de comparación. Y me atrevo a decir que este chico, mucho más joven y fuerte que el escuchimizado secretario, cumplirá con su cometido bastante mejor que él.

Una mujer malvada. Y, desde luego, una mujer perversa. Pudiendo elegir a un hombre inteligente y experimentado como padre de su nieto, había preferido optar por un don nadie. Resultaba incomprensible.

No obstante, quizá doña Caterina no tuvo necesidad de intervenir ni de convencer a nadie; a lo mejor, la iniciativa partió del propio Piero. Cierto que el chico tenía aspecto de ser cándido, a veces incluso bastante tímido. Pero las apariencias engañan y ahora ya lo sabía capaz de actuar con gran disimulo; nunca, ni por un instante, había dejado traslucir que hubiera habido algo entre él y Aurelia. Mentía bien, con frialdad y cinismo. Solo mostró algo de turbación cuando la camisa lo delató, e, incluso entonces, sabiendo que Maquiavelo había empezado a sospechar, se había recuperado muy pronto y había respondido a sus preguntas con aplomo. Lo más probable es que, durante aquella velada, hubiera abordado a Aurelia empezando por besarla en la boca, y luego, al ver que ella no ponía objeciones, habría deslizado su mano por debajo de su corpiño para acariciarle los pechos. No hacía falta mucha imaginación para adivinar lo que ocurrió a continuación. Y así, el indignado Maquiavelo acompañó a la pareja hasta el dormitorio de Bartolomeo, e incluso mucho más allá, llegando a meterse en la cama con ellos.

—Hay que ver lo desagradecido que es este muchacho —exclamó para sí.

Había aceptado llevárselo de viaje por pura bondad. Lo había hecho todo por él. Le había presentado a personas de valía que le podrían ser útiles en el futuro. Había sido mentor y maestro. Le había explicado cómo debía comportarse en cada situación y había tratado de hacer

de él un muchacho civilizado. No había ahorrado esfuerzos a la hora de prodigarle su sabiduría y su ingenio para hacerle comprender los entresijos de la vida mundana y la mejor manera de hacerse con amigos y de ganarse la voluntad del prójimo. ¡Y esto era lo que recibía a modo de recompensa! Su ingrato protegido le había robado a la mujer que él deseaba, y bajo sus mismísimas narices.

«Bueno —se dijo—, al menos en el último momento le metí un santo temor de Dios».

Maquiavelo sabía bien que, cuando uno le hace una jugarreta a su benefactor, gran parte de la diversión consiste en andar contándolo por ahí. Al menos Piero no disfrutaría de semejante alegría, pensó. La idea le trajo cierto consuelo.

Y, aun con todo, el enfado que sentía hacia Aurelia, Piero, doña Caterina y Bartolomeo no era nada comparado con la indignación que le provocaba pensar en fray Timoteo. Él era, en realidad, el auténtico villano de aquella historia; el que había dado al traste con su bien planificada estrategia.

—Pocas oportunidades tendrá de predicar los sermones de Pentecostés en Florencia —murmuró iracundo.

La verdad es que nunca había tenido intenciones serias de recomendar al monje para esta labor; pese a todo, lo regocijaba pensar que, de haberlas tenido, ahora el asunto habría quedado descartado por completo. Aquel hombre era un sinvergüenza. Viéndolo a él, no resultaba sorprendente que el cristianismo hubiera perdido toda autoridad moral con sus fieles. La gente común se había vuelto malvada, corrupta y licenciosa. ¿Y cómo iba a ser de otra manera cuando sus dirigentes religiosos eran deshonestos y ya no sabían distinguir el bien del mal? Volvió a pensar en lo sucedido. Le habían tomado el pelo de mala manera; todos y cada uno de ellos habían contribuido al engaño. Pero nadie lo había traicionado de modo tan canallesco como aquel miserable fraile.

Se detuvieron a comer en un hostal. La comida era mala, pero el vino tenía una calidad aceptable y Maquiavelo dio buena cuenta de él. Cuando volvió a montar en su silla para continuar el viaje, el mundo parecía un poco menos tenebroso. El camino estaba concurrido. Se cruzaron con campesinos que llevaban sus vacas o montaban en burros cargados, y con otros viajeros, a pie o a caballo. Durante un rato, Maquiavelo se dedicó a especular sobre el papel que había jugado el duque en su aventura frustrada. César era hermético y no confiaba sus planes a nadie, por lo que resultaba arriesgado llegar a ninguna conclusión. Quizá solo había querido gastarle una broma pesada, o también pudiera ser que su intervención formara parte de un plan más complicado cuyo objetivo final habría sido hacerlo abandonar Florencia para entrar en su servicio. Bien, si se trataba de esto último, ahora ya sabía que el plan le había fallado. Sus pensamientos regresaron a Aurelia. La cosa no tenía remedio y no valía la pena seguir lamentándose. Cuatro meses antes, ni sabía de su existencia; era una estupidez hacer tantos aspavientos por una mujer a la cual solo había visto media docena de veces y con la que ni siquiera había cruzado más de media docena de frases. No era el primer varón al que una mujer daba esperanzas para luego dejarlo con un palmo de narices llegada la hora de la verdad. Esta era la clase de experiencia que un hombre prudente afrontaría con filosofía. Por suerte, ninguno de los protagonistas de la historia tenía el menor interés en que esta se difundiera. Sin duda, resultaba humillante haber hecho el ridículo de semejante manera, pero, cuando el ridículo no es de dominio público, resulta perfectamente tolerable. La solución consistía en observar la aventura desde la distancia, como si le hubiera ocurrido a otro. Y Maquiavelo se decidió que pondría su empeño en ello.

Pocos segundos después, soltó una exclamación y tiró bruscamente de las riendas del caballo. El movimiento fue tan violento que el animal, creyendo recibir órdenes, se detuvo de golpe y porrazo, haciendo que su jinete casi saliera despedido de su silla. Los criados acudieron a toda prisa.

—¿Qué ocurre, *messere*?

—Nada, nada.

Recobró la compostura y siguió el viaje. El pequeño sobresalto había sido causado por una súbita ocurrencia que cruzó por su mente como un rayo. La sacudida fue tan violenta que creyó estar sufriendo un acceso de vómito, pero luego comprendió que no era enfermedad, sino brillante inspiración. Acababa de descubrir que aquella historia contenía todos los elementos de una comedia. Escribiría una pieza cómica, sería su manera de vengarse de todos los que lo habían engañado y robado. Los convertiría en personajes grotescos y antipáticos; el público se reiría de ellos y los despreciaría. Su mal humor se desvaneció como por ensalmo; siguió cabalgando, ahora con la imaginación ocupada y el rostro iluminado por una sonrisa alegre y traviesa. Estaba encantado de la vida.

La acción tendría lugar en Florencia, porque la historia sería siempre más plausible si la situaba en las calles que le eran familiares. Los personajes ya estaban ahí; lo único que tendría que hacer sería enfatizar un poco sus rasgos para hacerlos más efectivos en escena. Bartolomeo, por ejemplo, podía ser aún más estúpido y crédulo de lo que en realidad era, y Aurelia, más cándida y sumisa. A Piero ya le había adjudicado el papel de proxeneta. Pensaba convertirlo en un estupendo villano; él maquinaría todo el engaño, utilizando cualquier medio para impedir que el héroe consiguiera sus propósitos. En su cabeza tenía ya la línea argumental bien dibujada. El héroe sería él mismo, y, de inmediato, supo qué nombre adjudicarse: Calímaco. Un joven atractivo y rico, originario de Florencia que había pasado unos años en París. Este último detalle le daría la oportunidad de escribir unas cuantas lindezas sobre los franceses; no los apreciaba y nunca le habían caído bien. Calímaco regresaría a Florencia, un día vería a Aurelia y se enamoraría locamente de ella. ¿Cómo iba a llamarla? Lucrecia, desde luego. La decisión le provocó una carcajada silenciosa. Buena idea era bautizarla con el nombre de aquella matrona romana, modelo de virtudes domésticas, que se había suicidado clavándose un puñal en el corazón al verse deshonrada por Tarquino. Naturalmente, su comedia tendría un final feliz, y Calímaco pasaría una noche de amor con el objeto de sus deseos.

El sol relucía desde un cielo límpido y azul, pero en los campos había aún restos de nieve, y el camino, helado, crujía bajo los cascos de los caballos. Maquiavelo, bien arrebujado en su capa de viaje y excitado por su momento creativo, disfrutaba del viaje. Se sentía extrañamente exaltado. Claro que, por el momento, tan solo disponía del tema general de la obra. Los hechos reales eran demasiado planos; no bastaban para dar cuerpo a la pieza, y tendría que inventar un conflicto más sólido que sirviera como línea argumental en la que poder ir ensartando sus giros cómicos. Necesitaba una idea fantástica y brillante, algo que hiciera reír al público y que tuviera suficiente tensión dramática como para llevar la trama hasta su desenlace. Y que, al mismo tiempo, le permitiera desarrollar los diferentes caracteres de sus personajes: la simpleza de Aurelia, la estupidez de Bartolomeo, la desvergüenza de Piero, la lascivia de doña Caterina y la taimada bellaquería de fray Timoteo. Pues, claro está, el monje iba a ser un personaje clave. La imaginación de Maquiavelo bullía, y, en su fuero interno, se frotaba las manos de alegría pensando en que tendría ocasión de exponer el carácter del monje mostrando sus auténticos colores: su avaricia, su falta de escrúpulos, su hipocresía y su malicia. Daría nombres falsos a todos los personajes, pero a él lo dejaría con su nombre real, para que todos se enteraran de su falsedad y villanía.

Todo esto estaba muy bien, pero aún no tenía ni idea de cómo poner a todas sus marionetas en movimiento. ¿Cuál sería la idea central que desencadenara la acción? Tenía que ser algo original e impensable, incluso algo descarado, puesto que iba a tratarse de una comedia. Algo que hiciera contener el aliento al público: que le provocara, primero, asombro y, luego, un gran estallido de risa. Conocía bien a Plauto y a Terencio, y repasó mentalmente sus obras para ver si en ellas hallaba alguna idea ingeniosa que sirviera a sus propósitos. No dio con ella. Le faltaba una idea unificadora; y el problema era que no conseguía concentrarse. Su mente funcionaba de modo disperso, no hacían más que ocurrírsele pequeñas escenas sueltas, situaciones ridículas y diálogos graciosos para insertar aquí y allí. El tiempo pasó tan rápido que se llevó una sorpresa cuando, de pronto, él y los suyos llegaron al lugar en el que habían decidido pasar la noche.

—Al diablo con el amor —murmuró en tanto descabalgaba—. ¿Qué es el amor comparado con el arte?

36

Llegaron a un lugar llamado Castiglione Aretino. Encontraron una posada bastante digna; desde luego, no era peor que cualquiera de las otras en las que Maquiavelo había dormido durante las últimas semanas. La cabalgata al aire libre, sumada a los derroches creativos, le había despertado gran apetito, y, nada más llegar, pidió que se le sirviera una buena cena. Después de cenar se lavó los pies; se preciaba de ser un hombre limpio y se los lavaba cada cuatro o cinco días. Tras secárselos, se sentó a escribir un mensaje a la Señoría; era muy breve y lo mandó tan pronto como lo hubo terminado. La posada estaba llena, pero el dueño le dijo que él y su esposa disponían de una cama muy grande; podían acomodarlo en ella sin mayores problemas. Maquiavelo echó un rápido vistazo a la susodicha esposa y se apresuró a sugerir que le echaran un par de pieles de cordero en el suelo de la cocina; estaba seguro de que allí dormiría muy confortablemente. Después se sentó para dar cuenta a un enorme plato de macarrones.

«¿Qué es el amor comparado con el arte?», repitió en su fuero interno. «El amor es transitorio, el arte es eterno. El amor no es más que el instrumento usado por la naturaleza para inducirnos a la reproducción, y así traer a este mundo envilecido nuevas criaturas que, desde el día mismo de su nacimiento hasta el de su muerte, se verán expuestas al hambre y a la sed, a la enfermedad y al dolor, a la envidia, al odio y a la maldad. Estos macarrones están mejor cocinados de lo que yo me esperaba, y también la salsa es rica, muy suculenta; yo diría que está hecha con higadillos de pollo y alas. La creación del hombre ni siquiera se debió a un error trágico, sino, más bien, a una grotesca mala suerte. Nada, excepto el arte, justifica su presencia en la tierra. Lucrecio, Horacio, Catulo, Dante y Petrarca. Quizá ninguno de ellos hubiera escrito jamás una palabra de no ser por las tribulaciones que padecieron. Bien pensado, si al final yo hubiera conseguido acostarme con Aurelia, jamás se me habría ocurrido la idea de escribir esta comedia. Así que, visto ya con cierta distancia, todo ha sido para bien. Perdí una baratija, pero, a cambio, gané un diamante digno de adornar la corona de un rey».

Tras estas reflexiones filosóficas y el buen plato de macarrones, Maquiavelo volvió a ser el hombre afable y bien humorado de siempre. Jugó una partida de cartas con un monje peregrino que iba de un monasterio a otro, y dejó que le ganara una pequeña cantidad sin rechistar. Después se instaló sobre su improvisado lecho de pieles de cordero; durmió profundamente y de un tirón hasta la mañana siguiente.

Se levantó cuando acababa de salir el sol. El día apuntaba hermoso, y él estaba de un ánimo excelente. Era muy agradable pensar que, dentro de pocas horas, se hallaría de nuevo en su casa junto a Marietta. Durante su ausencia, no la había atendido lo suficiente, pero, con la alegría de su vuelta a casa, seguro que le perdonaría su negligencia y, con un poco de suerte, no lo abrumaría a reproches. Biagio se acercaría a casa para saludarlo después de la cena, su querido y amable amigo Biagio. Y mañana vería a Piero Soderini y a los caballeros de la Señoría. Luego iría a visitar a sus amigos. Oh, qué alegría volver a Florencia, ir cada día a la cancillería, recorrer las calles que conocía desde niño, cruzarse con una mayoría de personas conocidas, saludarlas por su nombre, hablar con ellas.

«Bienvenido a casa», diría una de ellas. «Caramba, caramba, Niccolò, ¿de dónde salís esta vez?», añadiría otra. «Ah, tunante, ya imagino que habéis vuelto a casa con los bolsillos repletos de dinero», apuntaría una tercera. «¿Cuándo va a tener lugar el feliz acontecimiento?», preguntaría un amigo de su madre.

Florencia. El hogar. Su hogar.

Y no había que olvidar a la Carolina, ahora aburrida y sin nada que hacer, porque su último amante, el cardenal que la mantenía, se había hecho demasiado rico como para morir de viejo y de muerte natural. La Carolina era una mujer de enjundia y buen verbo; a Maquiavelo le resultaba muy gratificante charlar con ella. El placer debía ser mutuo, pues algunas veces había conseguido camelarla para que le ofreciera, gratis, el mismo servicio que otros recibían solo tras pagar una considerable suma de dinero.

¡Qué bello era el paisaje de la Toscana! Dentro de un mes, los almendros estarían ya en flor.

De nuevo se puso a pensar en la obra de teatro que le rondaba por la cabeza. Era una nueva ocupación que le procuraba felicidad y le hacía sentirse rejuvenecido; tenía la cabeza ligera, como si hubiera bebido unos vasos de vino con el estómago vacío. En su fuero interno, iba repitiéndose los diálogos, llenos de ingenio y cinismo, que saldrían de la boca de fray Timoteo. Detuvo su caballo sin previo aviso. Los sirvientes se acercaron a él para ver si deseaba alguna cosa. Para su gran sorpresa, se lo encontraron balanceándose sobre su silla de montar, el cuerpo sacudido por una risa silenciosa e incontenible. Cuando vio la expresión de sus rostros, dio rienda suelta a su hilaridad lanzando carcajadas sin disimulo. A continuación, hundió las espuelas en el vientre de su caballo y partió a galope tendido camino abajo hasta que su pobre caballo, poco acostumbrado a semejantes excesos, frenó y regresó a su trotecillo habitual. Había dado con la idea. Por fin, aquella idea que había estado buscando con tanto ahínco acababa de llegar de súbito. No hubiera sabido decir cómo ni por qué, pero ahí estaba, y era exactamente la idea que él deseaba: cómica, extravagante, picante. Casi un milagro. Todo el mundo sabía que las mujeres crédulas utilizaban la raíz de mandrágora para aumentar sus posibilidades de concebir; aquella era una superstición muy extendida y corrían toda clase de historietas obscenas sobre el tema. En su obra, Bartolomeo, al cual para entonces ya había dado como nombre *messer* Nicia, estaría convencido de que su mujer tan solo concebiría tras beber una pócima hecha de mandrágora. No obstante, el milagro tendría una contrapartida espinosa: el primer hombre que tuviera contacto carnal con ella tras el tratamiento estaría destinado a morir. ¿Y cómo hacer que Bartolomeo creyera semejante patraña? Muy sencillo, él, Calímaco, se presentaría como un médico reputado que había estudiado en París, y él sería quien prescribiría el tratamiento. Como es natural, Bartolomeo vacilaría mucho ante semejante dilema; dar su vida por la paternidad no era ninguna broma. Y, en consecuencia, se decantaría por buscar a un extraño dispuesto a ocupar su lugar la primera noche. Y este extraño sería, naturalmente, Maquiavelo. O sea, el mismo Calímaco, aunque ahora se presentaría bajo otro disfraz.

Ya tenía la línea argumental, y, a partir de ahí, las escenas comenzaron a desplegarse, una tras otra, casi de modo automático. Se colocaban en su lugar preciso, encajando como las piezas de un rompecabezas. Parecía que la obra se estuviera escribiendo ella sola y él, Maquiavelo, no fuera más que un simple amanuense a su servicio. Cuando, al principio, había tenido la ocurrencia de escribir una comedia basada en sus propias desventuras, había sentido un estremecimiento de emoción muy agradable. Ahora, viendo que la obra tomaba forma, la emoción se había redoblado. La comedia se desplegaba frente a sus ojos en su totalidad, como un jardín lleno de terrazas y fuentes, avenidas sombreadas y arboledas placenteras.

Cuando se detuvieron a cenar, estaba tan absorto en sus personajes que no prestó ninguna atención a la comida que le sirvieron. Y, cuando reemprendieron el viaje, no tenía ni idea de cuántas millas habían recorrido. Se aproximaron a Florencia. El paisaje devino familiar; un paisaje que le era tan querido como la calle que lo vio nacer y, sin embargo, ni tan siquiera lo vio. El sol hacía rato había sobrepasado ya su cenit, y ahora se encaminaba hacia el oeste; pronto se hallaría donde se unen cielo y tierra, pero tampoco este espectáculo atrajo su atención. Habitaba un universo de su propia creación que convertía el mundo real en algo ilusorio. Su propio yo se había borrado; se había transmutado en Calímaco, un joven guapo, rico, audaz y alegre. La ardiente pasión que sentía por Lucrecia era un torrente tumultuoso; en comparación, su antiguo deseo por Aurelia quedaba reducido a un sentimiento pálido y soso. Aquello de entonces fue tan solo una sombra; lo esencial acontecía ahora. Sin saberlo, Maquiavelo estaba

experimentando la suprema felicidad de la que un hombre es capaz en esta tierra. La inefable euforia de la creación.

—¡Mirad, *messere*! —gritó su sirviente Antonio llevando su caballo hasta donde se encontraba él—. ¡Es Florencia!

Maquiavelo miró. A lo lejos, con la silueta recortada sobre el cielo y la luz declinante del atardecer, se dibujaba la orgullosa cúpula diseñada por Bramante. Espoleó al caballo para que avivara al paso. Allí estaba, su ciudad. Unos días antes, le había dicho al duque que la amaba más que a su propia alma. No habían sido palabras gratuitas. Florencia, la ciudad de las flores, con su *campanile* y su baptisterio, sus iglesias y palacios, los jardines, las calles tortuosas y el viejo puente que él cruzaba cada día para ir al palacio. Florencia, su hogar y el de Toto, su hermano, y el de Marietta y de todos sus amigos. La ciudad de la que conocía todas y cada una de sus piedras, la que tenía una historia grandiosa; el lugar donde él y sus antepasados habían nacido. Florencia, la ciudad de Dante y Bocaccio. La ciudad que durante siglos había luchado por conservar siempre su libertad. Florencia, su amada ciudad de las flores.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que luego rodaron por sus mejillas. Apretó los dientes para contener los sollozos que pugnaban por salir de su garganta. Pobre Florencia, ahora despojada de su poder, gobernada por hombres corruptos que habían perdido toda valentía; habitada por ciudadanos que antes preferían dedicarse a comprar y vender que a levantar las armas contra aquellos que amenazaban su libertad. Florencia, cuya defensa estaba en manos de un puñado de mercenarios sin fe ni sentido de la lealtad; cuya frágil libertad dependía enteramente de la benevolencia del rey de Francia, un favor por el que la ciudad pagaba un duro tributo. ¿Cómo iba a poder resistir el asalto de aquel hombre audaz y ansioso de poder? El Valentino la consideraba tan poco peligrosa que ni siquiera hacía el menor esfuerzo por ocultar sus aviesas intenciones con respecto a ella. Florencia estaba condenada. Y, si no caía en manos de César Borgia, caería en manos de otro como él; quizá no aquel año, quizá tampoco el siguiente, pero ciertamente caería, y lo haría antes de que los jóvenes de la ciudad llegaran a viejos.

«Al diablo con el arte —se dijo—. ¿Qué es el arte si se lo compara con la libertad? El hombre que pierde su libertad lo pierde todo».

—*Messere*, deberíamos apresurarnos si queremos llegar antes del anochecer —le recordó Antonio.

Maquiavelo se encogió de hombros con expresión fatalista. Tiró de las riendas y su caballo reemprendió el camino con paso cansino.

Epílogo

Pasaron cuatro años, durante los cuales se sucedieron muchos acontecimientos. Murió el papa Alejandro VI. El Valentino había anticipado el deceso de su padre y se había preparado para hacer frente a cualquier contingencia. Pero lo que jamás hubiera imaginado es que, cuando esto ocurriera, también él se hallaría a las puertas de la muerte. Estaba muy enfermo, tan grave que solo su gran fuerza y energía conseguían mantenerlo con vida. A pesar de su gran estado de fragilidad, se las arregló para asegurarse de que la elección del nuevo pontífice, Pío III, recayera en un cardenal que no suponía una amenaza para él y sus intereses. Pero los nobles a los que anteriormente había atacado y despojado de sus dominios vieron entonces la oportunidad de recuperar sus propiedades, y, en esta ocasión, se vio impotente para detenerlos. Guidobaldo de Montefeltro regresó a Urbino. Los Vitelli recobraron Città di Castello y Gian Paolo Baglioni capturó Perugia. Tan solo la Romaña le permaneció fiel. Así estaban las cosas cuando Pío III, un hombre viejo y enfermo, murió, y quien entonces ascendió al trono papal con el nombre de Julio II fue Giuliano della Rovere, un enconado enemigo de los Borgia. Durante la elección papal, y para hacerse con los votos de los cardenales afectos al duque, Giuliano le había prometido confirmarlo en su cargo de capitán general de la Iglesia y reinstaurarlo como señor de sus Estados. Y entonces sucedió algo inaudito. César Borgia, el hombre que jamás cumplió las promesas hechas a los demás, decidió confiar en las promesas que le hacían otros. Fue un error fatal. Julio II era un hombre vengativo, taimado, implacable y carente de escrúpulos. No pasó mucho tiempo antes de que hallara un pretexto para arrestar al duque. Ya confinado en prisión, lo obligó a entregar las ciudades de la Romaña que sus capitanes aún seguían gobernando en su nombre. Una vez consiguió despojarlo de todo, le permitió escapar. César Borgia huyó a Nápoles. Tras una corta estancia, el rey Fernando de España lo hizo arrestar de nuevo y lo trasladó a una prisión española. Primero, lo encerraron en una fortaleza de Murcia, y de allí pasó a una prisión más segura en Medina del Campo, en el corazón de la vieja Castilla. Parecía que por fin Italia había conseguido librarse de un aventurero cuya insaciable ambición había estado creando conflictos y turbando su paz durante largo tiempo.

Sin embargo, unos pocos meses más tarde, toda Italia padeció un nuevo sobresalto cuando corrió la noticia de que el Valentino había escapado de la prisión y, tras un tortuoso viaje, había conseguido llegar hasta Pamplona disfrazado de mercader. Pamplona era la capital del rey de Navarra, su cuñado. La inesperada noticia levantó el ánimo de sus partidarios, de tal modo que en las ciudades de Romaña se dieron muchas escenas de regocijo y alegría. Entretanto, los mediocres e irrisorios príncipes de Italia temblaban, atrincherados tras las murallas de sus ciudades. Por aquel entonces, el rey de Navarra estaba en guerra con sus barones y puso a César Borgia al frente de su ejército.

Durante esos cuatro años, Maquiavelo trabajó con tesón y empeño para la Señoría. Fue enviado a varias misiones diplomáticas, y se le encargó la difícil tarea de constituir una milicia en Florencia para que la República pudiera ser más autosuficiente y dejar de depender de las tropas de mercenarios. Cuando no estaba ocupado en esos menesteres, estaba realizando el trabajo administrativo de la Cancillería. Maquiavelo siempre había tenido problemas de digestión, y los largos viajes a caballo durante los extremos calores de verano, o bajo el viento, la lluvia y la nieve de invierno, sumados a los horarios irregulares, la extrema incomodidad de las posadas y la pésima calidad de la comida de los hostales, acabaron por pasarle factura. Estaba exhausto. En febrero del año del Señor 1507, cayó gravemente enfermo. Los médicos le

practicaron sangrías y aplicaron purgas en tanto él, por su parte, hacía uso de su medicina favorita, una píldora de su propia invención que, según decía, servía para sanar cualquier enfermedad. De hecho, quedó convencido de que fue esta píldora, más que las instrucciones de los médicos, lo que finalmente le salvó la vida. Recobró la salud, pero la enfermedad y los tratamientos lo dejaron tan débil que la Señoría lo liberó de sus tareas durante un mes para que descansara. Se instaló en su finca de San Casciano, a unos cinco kilómetros de Florencia. Allí recuperó rápidamente sus fuerzas.

Aquel año, la primavera llegó antes de tiempo, y de pronto el campo se convirtió en un festín para los ojos. Los árboles restallaban de hojas, las flores silvestres cubrían los campos, la hierba verdeaba con frescor y el trigo crecía gordo y hermoso. Para Maquiavelo, las delicias del paisaje de la Toscana poseían una cualidad íntima, familiar; apelaban más a la mente que a los sentidos. Aquella visión carecía de la sublime belleza de los Alpes o de la grandeza del mar inacabable, pero era un pedazo de tierra encantador, ligero, alegre y elegante; el lugar idóneo para el hombre amante del ingenio y la conversación inteligente, de las lindas mujeres y las alegrías sencillas. La Toscana no evocaba la música espléndida y solemne de Dante, sino, más bien, la obra ligera de Lorenzo de Médici.

Un día del mes de marzo, Maquiavelo se levantó de buena mañana y se encaminó hacia un bosquecillo de su finca. Lo estaban talando, y se entretuvo un rato viendo el trabajo que se había hecho el día anterior y charlando con los leñadores. Después se dirigió a una fuente junto a la que había colocado un banco; allí se instaló a leer. Había salido de casa con su volumen de Ovidio en el bolsillo. Lo abrió y sus labios finos se curvaron en una sonrisa mientras leía los versos vivaces y amables con que el poeta describía sus amores. Recordó algunos de los suyos, y la remembranza le trajo recuerdos placenteros.

—Mucho mejor pecar primero y arrepentirse más tarde que arrepentirse más tarde por no haber pecado antes —murmuró para sí.

Un poco más tarde, se acercó hasta el hostal dando un paseo y conversó con algunas personas que estaban de paso. Maquiavelo era una criatura sociable y gustaba de la compañía selecta, pero, si no la tenía a mano, entonces se hallaba más que dispuesto a charlar con la gente sencilla. Cuando un vacío en el estómago le avisó de que se acercaba la hora de cenar, volvió a casa y se sentó a la mesa con su mujer y sus hijos; juntos, dieron cuenta de una comida modesta hecha con productos de su granja. Tras la cena, regresó al hostal. Ahí estaban el dueño, el carnicero, el molinero y el herrero. Jugaron todos a los naipes; fue una partida ruidosa y muy disputada en la que discutieron apasionadamente y se racanearon hasta el último céntimo. Se pelearon a gritos, volaron los insultos y hasta hubo algún que otro amago de llegar a las manos. Maquiavelo gritó, peleó y amenazó tan bien como cualquier otro. Regresó a casa cuando ya anochecía. Marietta, embarazada por tercera vez, estaba dando de comer a los dos pequeños.

—Creí que no ibas a volver nunca —le dijo.

—Estuve jugando a las cartas.

—¿Con quién?

—Con los de siempre. El molinero, el carnicero…

—Menuda pandilla.

—Quizá. Pero impiden que se me oxide el cerebro. Y, bien mirado, no resultan más estúpidos que los ministros del Gobierno, y ni de lejos están tan encanallados.

Diciendo estas palabras, cogió a su hijo Bernardo, que ya casi tenía cuatro años, lo puso sobre sus rodillas y empezó a darle de comer.

—No dejes que se te enfríe la sopa —le dijo Marietta.

Estaban comiendo en la cocina, junto con la cocinera y un jornalero, y, una vez hubieron dado fin a la sopa, la criada le sirvió media docena de alondras ensartadas en un espetón. Fue una agradable sorpresa; normalmente, la cena consistía solo en un bol de sopa y una ensalada.

—¿Y esto? —preguntó a Marietta.

—Las cazó Giovanni. Pensé que te agradarían como cena.

—¿Son todas para mí?

—Todas.

—Eres una buena mujer, Marietta.

—Llevo cinco años casada contigo, tiempo suficiente para saber que el mejor modo de ablandarte el corazón es satisfaciendo tu estómago.

—Una observación muy aguda, querida mía. Te mereces una alondra por ella —le contestó Maquiavelo, y cogió una de las minúsculas aves con los dedos y la depositó, pese a las protestas de ella, en su boca.

—Vuelan hacia el cielo en raptos de éxtasis, con los corazones pletóricos de trinos y canciones, pero luego llega cualquier muchacho y las caza, y pasan a la olla y de allí al estómago de alguien. Así sucede también con el hombre, lleno de aspiraciones e ideales elevados, amante de la belleza y los logros intelectuales, anhelando siempre la trascendencia. Y todo esto, ¿con qué fin? También él, atrapado por la fortuna perversa, acabará siendo solo manjar para los gusanos.

—Cómete las alondras ahora que aún están calientes, querido. Ya hablarás luego.

Maquiavelo se echó a reír. Se puso otra alondra en la boca y, mientras la partía con un buen mordisco, miró a Marietta con cariño. No cabía la menor duda de que era una buena mujer; sabía economizar y tenía buen carácter. Cuando él se veía obligado a partir en alguna misión diplomática, siempre se entristecía y, cuando regresaba, siempre lo recibía con gran alegría. Se preguntó si sería consciente de sus constantes infidelidades. Si lo era, jamás había dado muestras de saberlo, lo que ratificaba que era una mujer sensata y de naturaleza pacífica. Pese a haber ido de acá para allá, lo cierto es que podía haber escogido mucho peor. Estaba muy complacido con su elección de esposa.

Tras finalizar la cena, la sirvienta se puso a fregar los platos, Marietta acostó a los niños y Maquiavelo fue al piso de arriba. Tenía por costumbre pasar las veladas en su estudio, leyendo a los clásicos, pero antes fue a cambiarse de ropa. La que había llevado durante todo el día estaba sucia y enfangada, y se la quitó para ponerse lo que él llamaba su vestimenta cortesana. Estaba en plena operación cuando escuchó la llegada de alguien a caballo y luego una voz conocida que preguntaba por él a la sirvienta. Era su amigo Biagio. Algo debía haber sucedido para que se aventurara a salir de la ciudad a semejante hora.

—¡Niccolò! —le gritó desde el piso de abajo—. Te traigo noticias.

—Aguarda un minuto. Bajo en cuanto acabe de vestirme.

Por las noches, aún hacía algo de frío, así que se puso el sobretodo de damasco negro encima de la túnica. Luego abrió la puerta. Biagio lo esperaba al pie de las escaleras.

—El Valentino ha muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Hoy ha llegado un mensajero de Pamplona. Supuse que te interesaría saberlo, por eso vine.

—Vamos a mi estudio.

Tomaron asiento. Maquiavelo, frente a su escritorio y Biagio, en una silla de madera labrada que había sido parte de la dote de Marietta. Biagio le explicó los hechos tal y como los conocía. César Borgia había sentado sus cuarteles en un pueblo a orillas del río Ebro. Desde allí tenía previsto atacar el castillo del conde de Lerín, que era el más poderoso de todos los nobles que se habían rebelado contra el rey de Navarra. A primera hora del día 12 de marzo, se inició una escaramuza entre los hombres del duque y los del conde. César Borgia se hallaba aún en sus habitaciones cuando escuchó la voz de la alarma. Se puso la armadura, montó en su caballo y se dirigió al lugar de la pelea para sumarse a ella. Los insurgentes huyeron, y él, en el calor de la batalla, partió en su persecución sin antes asegurarse de que sus propios hombres lo seguían. Poco después, se encontró atrapado en un profundo barranco, solo, cercado por enemigos y sin cabalgadura. Luchó con fiereza hasta que lo mataron. Al día siguiente, el rey y sus hombres hallaron su cuerpo. Lo habían despojado de su armadura y de toda la ropa, estaba completamente desnudo. El rey lo cubrió con su propia capa.

Maquiavelo escuchó la narración de Biagio atentamente y, cuando esta llegó a su fin,

permaneció en silencio.

—Está bien que haya muerto —añadió Biagio tras un breve silencio.

—Había perdido todas sus posesiones, su fortuna y su ejército. Y, aun así, toda Italia le temía —dijo Maquiavelo por fin.

—Era un hombre terrible —apuntó Biagio.

—Sí, y hermético e impenetrable. Era cruel, traicionero y carecía de escrúpulos, pero era un hombre vigoroso y capaz. Era templado y sabía controlar sus instintos. Nunca permitió que nada interfiriera en el curso que se había marcado. Le gustaban las mujeres, pero tan solo las utilizaba como instrumento de placer y jamás se dejó gobernar por ellas. Creó un ejército que le era leal y confiaba en él. Jamás fue complaciente consigo mismo. En la marcha, era indiferente al frío y al hambre, y su gran fortaleza física lo hizo inmune a la fatiga. En la batalla, se comportaba con arrojo y brío, y compartía el peligro que fuera con el último de sus soldados. Su gobierno fue tan eficaz en tiempos de paz como en los de guerra. Eligió a sus ministros con juicio y buen criterio, aunque siempre dejándoles muy claro que la permanencia en el cargo dependía enteramente de su voluntad personal. Hizo todo lo que un hombre cauto e inteligente debe hacer para consolidar su poder, y, si sus métodos no le procuraron todo el éxito que buscaba, no fue por su culpa, sino porque el destino le fue adverso y se ensañó maliciosamente con él. Teniendo en cuenta la grandeza de su espíritu y las grandes ambiciones que albergaba, sus actuaciones no podían haber sido otras que las que fueron. Tan solo la muerte de Alejandro y su propia enfermedad torcieron sus designios. Si hubiera gozado de buena salud, podría haber superado sus dificultades.

—Sufrió justo castigo por sus crímenes —apostilló Biagio.

Maquiavelo se encogió de hombros.

—De haber vivido y seguido gozando de los favores de la fortuna, quizá habría expulsado a los bárbaros y traído paz y prosperidad a este infortunado país. Entonces, los hombres le habrían perdonado los crímenes cometidos para alcanzar el poder; habría pasado a la posteridad como un gran hombre y, además, beneficioso. A nadie le importa que Alejandro Magno fuera cruel y desagradecido. ¿Acaso hay alguien que recuerde la perfidia de Julio César? En este mundo, lo que importa es alcanzar el poder y saberlo mantener, y los medios utilizados para alcanzar este objetivo, sean los que sean, se considerarán honorables y, además, serán objeto de admiración. Si la gente ve a César Borgia como a un canalla, es solo porque no triunfó. Un día de estos pienso escribir un libro sobre él y lo que he aprendido estudiando sus actuaciones.

—Mi querido Niccolò, qué poco práctico eres. ¿Quién crees que va a leer un libro con semejante tema? Lo que es seguro es que no vas a alcanzar la inmortalidad con él.

—Ni aspiro a ella —replicó Maquiavelo, riendo.

Biagio lanzó una mirada de sospecha a la pila de papeles manuscritos que había sobre el escritorio de su amigo.

—¿Qué es lo que tienes aquí?

Maquiavelo lo obsequió con una sonrisa que desarmaba.

—No tenía mucho que hacer estos días, y decidí pasar el tiempo escribiendo una comedia. ¿Te gustaría que te la leyera?

—¿Una comedia? —dijo Biagio en tono indeciso—. Asumo que debe tener referencias políticas.

—En absoluto. Su único propósito es entretener.

—Oh, Niccolò. Deberías valorarte mejor, tener algo más de respeto por ti mismo. Los críticos se te van a echar encima como una jauría de perros.

—No veo por qué. Y no creo que ninguno de ellos piense que *El Asno de Oro*, de Apuleyo, o el *Satiricón*, de Petronio, fueran escritos con otro objeto que el de ser una mera diversión.

—Son obras clásicas. Y eso marca la diferencia.

—¿Quieres decir que los divertimentos, como las mujeres de vida alegre, se vuelven respetables con la edad? A menudo me he preguntado por qué los críticos solo comprenden y aceptan una broma cuando esta pertenece al pasado. Aún no han descubierto que el mejor humor

está siempre relacionado con la actualidad.

—Tú acostumbrabas a decir que la esencia del humor reside, no en su brevedad, sino en su carácter pornográfico. ¿Has cambiado de opinión?

—En absoluto. ¿Hay algo más de actualidad que la pornografía? Créeme, querido amigo Biagio, el día en que los hombres dejen de considerarla de actualidad querrá decir que han perdido todo interés por reproducirse como especie. Entonces, podremos dar por finalizado el experimento más desafortunado del Creador.

—Mejor léeme tu manuscrito, Niccolò. Ya sabes que no me agrada oírte decir esta clase de cosas.

Maquiavelo sonrió y cogió los papeles de la mesa. Empezó a leer:

—«Una calle en Florencia…»

Se detuvo, vagamente paralizado por la timidez que todo autor experimenta cuando expone por primera vez su obra. Por mucho que la lectura sea solo para un amigo, no sabe si le va a agradar o no.

—Es solo un primer borrador. Seguro que aún le voy a hacer muchos cambios cuando vuelva a repasarlo.

Revolvió los papeles con expresión insegura. Se había divertido escribiendo la obra, pero habían pasado dos o tres cosas con las que no contaba. Sus protagonistas habían adquirido vida propia y, al final, se habían apartado bastante de sus personalidades originales. Lucrecia había permanecido igual de insípida y apagada que Aurelia, su original, y él tampoco había hallado razones para convertirla en una mujer con más sustancia. Para que el argumento funcionara, se había visto obligado a hacer de ella una mujer virtuosa a la que su madre y su confesor obligan a actuar contra sus principios y conciencia. Por el contrario, el papel de Piero, al que había llamado Ligurio, había adquirido una relevancia mayor de la que había previsto en la idea original. Su personaje era el que ideaba toda la estrategia para burlar al estúpido marido; también él dirigía los hilos que movían las actuaciones de la madre de Lucrecia y de fray Timoteo. En suma, Ligurio conducía la trama principal y la llevaba hasta su conclusión. Era astuto, ingenioso, de reflejos rápidos y agradablemente falto de principios. A Maquiavelo le resultó fácil construir el carácter del villano de la historia. No obstante, cuando acabó de escribir la obra descubrió que aquel personaje, astuto y retorcido, tenía tanto o más de sí mismo que el del galán, aun cuando este último fuera, supuestamente, el auténtico héroe de la aventura.

De hecho, pensó en aquel momento, no dejaba de ser curioso que su propia personalidad estuviera tan presente en los dos personajes principales de la misma comedia. Una idea llevó a otra. Levantó los ojos y le dijo a Biagio:

—Por cierto, ¿has tenido noticias de tu primo Piero últimamente?

—Sí, sí. Quería decírtelo, pero con la emoción de la muerte del Valentino se me ha ido de la cabeza. Va a casarse.

—¿Ah, sí? ¿Hará un buen matrimonio?

—Sí, se casa por dinero. No sé si recordarás a Bartolomeo Martelli, aquel comerciante de Imola con el que yo tenía cierto parentesco.

Maquiavelo asintió.

—Cuando Imola se amotinó contra el duque, prefirió ponerse a salvo y salir de la ciudad hasta ver cómo evolucionaba la situación. Había sido un hombre de confianza del duque y temía sufrir represalias. Se fue a Turquía; tenía negocios por allí. Las tropas del papado entraron en la ciudad antes de que empezaran a darse disturbios serios, y la suerte quiso que Piero estuviera con ellas. Al parecer, el chico había sabido ganarse las simpatías de algún hombre cercano al pontífice y consiguió salvaguardar las propiedades y bienes de Bartolomeo con su influencia. Sin embargo, esta no alcanzó para proteger al propio Bartolomeo. El hombre fue condenado al destierro y, un poco más tarde, llegaron noticias de que había fallecido en Esmirna. En suma, ahora Piero se va a casar con su viuda.

—Muy justo y apropiado —apostilló Maquiavelo.

—Me han dicho que es una muchacha joven y bien parecida. Evidentemente, necesita a un hombre que la proteja, y Piero tiene la cabeza bien asentada sobre los hombros.

—Sí. Esa impresión me dio.

—Solo hay una pequeña pega en este arreglo. Y es que Bartolomeo ha dejado un hijo y heredero, un niño que ahora tendrá unos cuatro años. Naturalmente, esto reducirá las perspectivas de futuro de cualquier hijo que vaya a tener Piero.

—No pases cuidado. Estoy seguro de que Piero querrá a este niño como si fuera suyo propio —añadió Maquiavelo con voz cortante.

Volvió los ojos a su manuscrito y sonrió con cierta complacencia. Estaba convencido de haber acertado de pleno con el personaje de fray Timoteo. Lo había escrito con la plumilla cargada de hiel y, muy a menudo, había lanzado carcajadas maliciosas mientras escribía su parte. Allí había vertido todo el odio y el desprecio que sentía por los monjes que medraban a costa de la credulidad de los ignorantes. El personaje era determinante: él decidiría si la comedia tenía éxito o fracasaba. Comenzó a leer de nuevo:

—«Una calle en Florencia…»

Se detuvo y levantó los ojos hacia Biagio.

—¿Qué sucede? —le preguntó este.

—Antes dijiste que César Borgia sufrió el castigo que merecían sus crímenes. Pero no fueron sus acciones las que lo destruyeron, sino circunstancias sobre las que él no tenía ningún control. El hecho de que fuera un malvado carece de relevancia. En este mundo lleno de pecado y dolor, cuando la virtud triunfa sobre el vicio, no triunfa por el hecho de ser virtud, sino porque en aquel momento está equipada con más armas, y, además, armas de mejor calidad. Y lo mismo se puede decir de la honradez. Si prevalece sobre la doblez, no es por su honestidad intrínseca, sino porque cuenta con un ejército más poderoso y capaz que la defiende. Y, en conclusión, si se da el caso de que el bien se impone sobre el mal, no es porque sea el bien, sino porque su bolsa está mejor provista de oro. Bien está tener la razón de nuestra parte, pero sería locura creer que nos servirá de algo si no viene acompañada por el poder y la riqueza. Según se nos dice, debemos creer que Dios ama a los hombres de buena voluntad y, sin embargo, no existe evidencia de que Dios esté dispuesto a intervenir para salvar a los necios de los desastres que ocasionan sus propias locuras.

Suspiró, e inició su lectura por tercera vez:

—«Una calle en Florencia…»

FIN

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Romanyà Valls, en Capellades (Barcelona), el 21 de junio de 2023, cuadringentésimo nonagésimo
sexto aniversariode la muerte de
Niccolò Maquiavelo